

LARA SMIRNOV

Algunas

desayunan con

diamantes.

yo prefiero unos

churritos 

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

1. Perlas nacaradas
2. Cristal transparente
3. Aurora boreal anaranjada
4. Llévame a la luna
5. The Shard
6. Fantasía azul
7. Collares de bolas... de madera
8. Las joyas de la Corona
9. Una gran pulsera roja
10. Chispas en el Churringham Palace
11. Luces en el canal
12. Una rapaza con un corazón de oro
13. Semáforos del sexo
14. Bodas de oro
15. Diamantes de agua y harina
16. Un diamante en el cielo
17. Limoncello murciano
18. Más relucientes que un espejo
19. Una torre, cuatro cervezas y un columpio rojo
20. Un futuro brillante... o no
21. Porque yo lo valgo
22. Sacarle brillo al cetro
23. Los huevos del toro de Wall Street
24. ¡Tiffany!

25. La ciudad que nunca duerme
26. Dos coronas, un cetro y un final de temporada
27. Eclipse de diamante
28. Una jaula de oro
29. Cristal de roca
30. La oscuridad no existe, es la ausencia de luz
31. La madre de todos los diamantes
32. Una bola de discoteca entre cocoteros
33. Negro mate
34. Un xilofón de colores brillantes
35. Como luciérnagas en la noche
36. El peine de la Sirenita
37. Un vestido de diamantes negros
38. Rojo rubí
39. Ónix negro
40. Las flechas de un dios furioso
41. Una nueva estrella

Epílogo

Referencias a las canciones

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compa

Sinopsis

Cuando el jefe de Roberto lo invita a una fiesta en su cigarral de Toledo, el joven abogado acepta por compromiso. Sin embargo, lo que prometía ser una velada aburrida se convierte en una noche loca cuando conoce a las hijas de su jefe, dos mujeres tan opuestas que cuesta creer que sean hermanas.

Cristina, la mayor, es una preciosidad tan aficionada al lujo y al glamur que se hace llamar Cristal. Le gusta tanto el brillo que se burla de su hermana pequeña por llevar el nombre de una piedra semipreciosa.

Ágata ha aprendido a fingir indiferencia cuando algo le interesa, porque sabe que, si Cristal se entera, no para hasta arrebatárselo; pero cuando ve a Roberto siente una atracción tan grande que se olvida de todo, incluso de disimular.

Una boda, un truco de magia, tesoros reales y diamantes legendarios en una comedia viajera que nos recuerda que lo más valioso no se mide en quilates.

ALGUNAS DESAYUNAN CON DIAMANTES, YO PREFIERO UNOS CHURRITOS

Lara Smirnov

Esencia/Planeta

Perlas nacaradas

Las perlas han sido valoradas desde la Antigüedad. Los egipcios las adoraban y en las grandes cortes europeas las usaban no sólo como joyas, sino también bordadas en la ropa. La más famosa es la perla Peregrina, que viajó varias veces de América a Europa en manos de reyes, y que Richard Burton regaló a su adorada Elizabeth Taylor un San Valentín. Para brillos y sombras, la relación de esa pareja. Y, para joyas valiosas, los ojos de la Taylor.

DEL BLOG «MATE O BRILLO»

Toledo, España, 2018

—¡Ágataaaaa! ¿Dónde están los zapatos?

«“¡Ágata, Ágata, Ágataaaaa!” Tengo la voz de Cristina clavada en el cerebro. Si lo sé, me quedo en Londres.»

Cristina y Ágata Veragua tenían una sola cosa en común: el apellido. Ágata no entendía a su hermana; creía que debería ser la persona más feliz del mundo..., y no sólo por tener tipazo, pelazo y cochazo. Sí, sentía envidia de ella, pero no por sus medidas perfectas ni por su melena rubia, ya que Ágata estaba muy a gusto con su metro setenta, sus pechos no muy grandes y su pelo castaño; lo que envidiaba era su relación con Roberto.

—¡Ágataaaa! Llama al idiota de Roberto. Dile que, como llegue tarde a la boda, lo capo y con sus huevos me hago una gargantilla.

«¿Qué demonios ve Roberto en ella?»

Ésa era la pregunta del millón. ¡No, del millón de millones! Si no fuera porque la conocía desde que nació, Ágata pensaría que era una bruja que lo

había hechizado, pero sabía que su hermana no soportaba la magia. Decía que eran bobadas. ¡Ni siquiera le gustaba Harry Potter!

Ágata reprimió las ganas de gritarle a su hermana que Roberto no era ningún idiota y que llegaría a tiempo, pero no era de piedra y no pensaba dejar pasar la oportunidad de volver a hablar con él, aunque fuera para echarle la bronca de parte de su hermana.

De hecho, prefería hacerlo ella; así se lo suavizaba un poco. Roberto trabajaba en el bufete de su padre, el gran Pedro Veragua, famoso por no perder nunca un caso y por su mal carácter. Cristina había heredado una de esas dos cosas de su padre. No tenía estudios universitarios ni ningún tipo de ambición laboral, pero sí un carácter del demonio y un máster en mal humor.

«Es borde *cum laude*.» Ágata sacudió la cabeza y llamó al que un día sería su cuñado, para su resquemor eterno.

—¿Roberto?, soy Ágata.

Él tardó unos segundos en responder.

—Hola, Ágata. —Al oír su voz, ella suspiró y se enroscó un mechón de pelo alrededor del dedo. Él también suspiró, pero no por la misma razón—. ¿Qué quiere Cristina?

—Dice que no la hagas esperar, que tiene muchas ganas de verte.

A él se le escapó la risa por la nariz.

—No ha dicho eso.

Ella volvió a suspirar.

—No me hagas repetir lo que ha dicho, por favor.

Roberto se echó a reír con ganas y su risa provocó en Ágata un efecto fulminante. Hacía tanto tiempo que soñaba con notar su aliento en el cuello, el roce de sus manos en la cintura, sus labios contra...

—¿Ágata? —Ella gimió cuando el dueño de sus fantasías la arrancó de ellas—. Dile que llegaré a tiempo.

—Vale. Conduce con cuidado, ¿quieres?

—Claro. Un beso, Gatita.

* * *

—¿Te crees que soy idiota? ¡Esto no son lirios persas! —exclamó Cristina mientras la organizadora de bodas y su ayudante intercambiaban una mirada desesperada—. Os dije que queríamos lirios persas, no del Amazonas.

—Nos lo dijo hace dos días..., después de haber cambiado de idea diez veces —protestó la organizadora.

—Once —apuntó el ayudante—. Los lirios ya habían llegado a la floristería. Estaban pagados y no son baratos. Además, es imposible conseguir lirios persas con tan poco tiempo.

—Cristina, ¿dónde está el problema? —Ágata, que tenía la sensación de haberse convertido en una enviada especial de la ONU, trató de poner paz—. Esas flores son preciosas y del mismo color que las servilletas y el cinturón de la novia.

—¡Faja, se llama faja! —la corrigió Cristina sin mirarla—. No tienes ni idea de nada, Ágata, así que no te metas. Y vosotros, si ni siquiera sois capaces de traer las flores que desea la novia, ¡no quiero ni pensar en lo que nos espera en el banquete! ¡A ver qué desgracia habéis hecho en la capilla!

Cristina se alejó taconeando con decisión y su hermana aprovechó para perderla de vista un rato. Si se ponía así de histérica en la boda de su amiga, ¿cómo se pondría en la suya?

«Creo que voy a informarme de programas de intercambio en la *uni*. Si se casa, pido el traslado a la Patagonia. Londres está demasiado cerca.»

Se dirigió a la entrada del cigarral familiar, disfrutando del paisaje y de las vistas que tanto había echado de menos. Aunque la novia era Inés, la hija del socio de su padre, la ceremonia se celebraba en casa de los Veragua. ¿Por qué? Cosas de su madre y de la madre de Inés, que eran amigas de toda la vida y que tenían demasiado tiempo libre. En teoría, porque su cigarral tenía capilla y el de los Carrión no. Además, desde su casa las vistas de la puesta

de sol sobre Toledo no tenían rival. Pero Cristina se lo había tomado como una afrenta personal. Aceptó ser la dama de honor principal de Inés y encargarse de dirigir los preparativos para que nadie pudiera decir que era mala amiga, pero se había pasado semanas gritando que su propia familia le había boicoteado el que debería haber sido el día más feliz de su vida. Y pagaba su mal humor con todo el que se pusiera en su camino. Sobre todo con Roberto.

Ágata se acercó a la entrada, donde el chófer del bufete Veragua & Carrión Asociados se preparaba para organizar el aparcamiento de los coches de los invitados, que pronto empezarían a llegar.

—¿Todo listo, Miguel Ángel?

—Sí, señorita Ágata.

—¿Necesitas algo?

—No, gracias. Yo, mientras tenga trastos con ruedas y gasolina cerca, soy feliz, pero igual podría ayudar a aquel caballero.

Miguel Ángel le señaló a un hombre alto vestido con traje oscuro, capa y chistera, que esperaba bajo una encina.

Curiosa, se acercó a él.

—Hola, qué temprano llega, es el primero. ¿Viene de parte del novio?

El hombre se volvió hacia ella, que quedó deslumbrada por su sonrisa.

—Hola. No, no soy un invitado. Me envía la agencia de actores para que entretenga a los niños.

Ella alzó las cejas sorprendida. El hombre tenía una planta espectacular. Le recordó a Hugh Jackman en la película *El truco final*.

«Con lo guapo que es y sólo encuentra trabajo en una boda. ¡Qué dura es la vida del artista!», se dijo.

—Ah, encantada; soy Ágata. ¿Y usted se llama...?

El hombre alzó las cejas. Al parecer, no estaba acostumbrado a que los clientes se interesaran por su nombre.

—Rasputín —respondió tras un instante de vacilación—, pero tutéeme, por

favor. Me hace sentir muy viejo.

La sonrisa de ese hombre era más efectiva que un truco de magia, y la encendió por dentro como una bengala sin necesidad de cerillas.

—¿Rasputín?

—Es mi nombre artístico. —Se inclinó en una reverencia, haciendo una floritura con el brazo—. Había pensado ponerme aquí de momento y recibir a los invitados con pompas de jabón gigantes. ¿Cómo lo ve?

—¡Me encanta la idea! ¡Claro que sí! Y tutéame tú también —dijo, echando de menos la soltura de su madre con sus invitados al notar que se ruborizaba.

Ágata se quedó charlando con Miguel Ángel y mirando disimuladamente al guapo ilusionista.

Al cabo de un rato, una hilera de coches empezó a descender de Toledo hacia el puente de Azarquiel y ascendió por la otra ladera del Tajo en dirección al cigarral de los Veragua.

Poco después, Miguel Ángel estaba en su salsa, organizando el tráfico. Rasputín movía dos varitas mágicas unidas por unas cuerdas en el aire, creando galaxias iridiscentes que brillaban como perlas nacaradas en el aire cristalino de las afueras de la ciudad de las tres culturas.

Tres hermanos bajaron de un coche y empezaron a saltar, tratando de atrapar las pompas de jabón. Ágata se dejó contagiar por su entusiasmo y se unió a ellos, saltando y dando vueltas, haciendo girar la falda de su vestido color coral, su color favorito.

Así la vio Roberto al apagar el motor del coche y, aunque había ido allí desde Madrid pisando el acelerador a fondo para eludir la bronca de Cristina, no pudo evitar quedarse unos segundos contemplando a la que algún día sería su cuñada.

A sus diecinueve años —¡Casi veinte!, como le recordaba ella cada vez que salía el tema—, Ágata era como un hada alegre, ansiosa por vivir aventuras, sencilla, transparente y colorida como la piedra semipreciosa que le daba nombre.

Roberto se obligó a borrar la sonrisa bobalicona que se le había formado en la cara.

«Y una niña. Sigue siendo una niña. ¿No lo ves?»

Al bajar del coche, los recuerdos lo asaltaron y, por un momento, se sintió orgulloso del Alfa Romeo Giulietta rojo que pronto acabaría de pagar. Sacudió la cabeza, sonriendo con ironía al recordar al joven entusiasta que había aceptado la invitación de su jefe dos años atrás y que se había presentado en el cigarral en la vieja Vespa Piaggio con sidecar de su padre porque no tenía coche propio. Su padre decía que era color verde luz, pero Roberto refunfuñaba y decía que tenía el color del agua de una piscina al final del verano. Al entrar a trabajar en el bufete, se había jurado que lo primero que haría sería comprarse un coche para dejar de sentirse acomplejado ante sus jefes.

Se apeó del vehículo con la satisfacción de haber logrado su objetivo, pero su gozo duró hasta que un BMW Serie 8 Coupé aparcó a su derecha y un enorme Porsche Cayenne lo hizo a su izquierda. Cuando el conductor lo miró de arriba abajo con suficiencia, la semierección que le había provocado el baile de Ágata se vino abajo.

«Mejor así, no hay mal que por bien no venga», se dijo dirigiéndose hacia la hija pequeña de su jefe, a la que apenas había visto en persona durante los últimos dos años pero que seguía causándole las mismas sensaciones: ternura, instinto de protección y deseo; un cóctel demasiado peligroso.

—¡Robbie! —La pequeña de los Veragua se lanzó sobre él, que le devolvió el abrazo, pero marcando las distancias que se había impuesto—. Has llegado a tiempo. —Ágata carraspeó y asumió su papel de anfitriona—. Cristina estará contenta.

—¿Tú crees? —Roberto alzó una ceja.

—Bueno, no pidas peras al olmo. Sigue enfadadísima con mamá por haber ofrecido la finca a los Carrión. Dice que no podrá vender su boda a las

revistas del corazón en el mismo sitio, que éste es su cigarral, su ermita, su puesta de sol, bla, bla, bla...

Sí, Roberto sabía de lo que hablaba porque Cristina llevaba seis meses sin pensar en otra cosa. Él siempre le recordaba que lo importante no era la ceremonia, sino unir su vida a la de la persona adecuada, pero ella lo miraba y resoplaba, como si fuera una adolescente a la que han encargado vigilar a su primo pequeño y pesado.

La relación entre ellos no era buena. Ambos se movían por intereses y ambos sabían que lo suyo no iba a ninguna parte, pero día a día, semana a semana, la situación se había ido alargando. Entre ellos no había sexo, y ésa era una de las razones por las que Roberto estaba quemadísimo. Tan quemado estaba que acabó hablando con Iván, el novio de Inés y cliente del bufete, y sugiriéndole que buscara otro escenario para la boda. Iván le había dirigido una mirada de incredulidad y le había confesado que prefería bañarse entre tiburones a inmiscuirse en los preparativos de la ceremonia. Le había aconsejado hacer lo mismo si aspiraba a casarse con la hija del jefe y se había despedido con una palmadita en la espalda.

—¡Ágataaaaa! —Cristina se acercó a ellos enfundada en su vestido gris perla adornado con numerosos cristales de Swarovski que la hacían brillar a la luz del atardecer.

Aunque sabía que no debía hacerlo, Ágata se volvió hacia Roberto. Tal como se temía, él la contemplaba deslumbrado por su brillo.

Rasputín, que también se había quedado embobado mirando a la que parecía una modelo de Victoria's Secret, reaccionó y llenó el aire de grandes pompas iridiscentes para impresionarla.

—¡Serás cretino! —exclamó Cristina sacudiendo los brazos en el aire como si, en vez de pompas, el artista le estuviera lanzando enjambres de avispas enfurecidas—. ¡Como se me manche el vestido, me encargo de que no vuelvas a trabajar en tu vida!

El animador empezó a perseguir las pompas, tratando de hacerlas estallar

con las varitas mágicas, para deleite de los niños, que se unieron al nuevo juego.

—¿Es que todo tengo que hacerlo yo? ¿Nunca piensas con la cabeza, Ágata?

La pequeña de los Veragua estaba estudiando Ingeniería Informática en Londres. No solían acusarla de no usar la cabeza, pero su hermana tenía razón: cuando Roberto estaba cerca, su cerebro se apagaba solo y otras partes de su anatomía empezaban a funcionar en piloto automático.

—Estás preciosa, cariño —susurró Roberto, rodeando la cintura de su novia con un brazo e inclinándose para besarla en el cuello, porque ya sabía por experiencia que no soportaba que la besara en la cara cuando estaba maquillada.

—¡Ya era hora! —Cristina se zafó de su abrazo—. ¡Es que si no hago yo las cosas, no las hace nadie! Roberto, llama a Iván. Asegúrate de que está en camino y de que trae los anillos. Ágata, llama a Inés. Asegúrate de que sigue viva. Cuando acabe la ceremonia, que se tire al Tajo si quiere, pero esta boda no me la va a chafar nadie, ¡ni siquiera los novios!

Roberto y Ágata intercambiaron una mirada entre cómplice e incómoda al oír la mención al río, pero Cristina, que se dirigía ya a la gran carpa instalada junto a la casa como si fuera un rompehielos de brillante acero inoxidable, los llamó por encima del hombro:

—¡Venga! ¡No os embobéis!

—Qué ganas tengo de que pase todo —le confesó Roberto al oído, y Ágata se estremeció sin remedio.

Roberto sonrió. Las hermanas Veragua eran sensibles, sensuales y apasionadas. Su novia, Cristina, era un volcán en todo..., menos cuando estaba con él. Lo primero que ella le dijo cuando su padre impuso sus condiciones fue que no creía en el sexo antes del matrimonio. Sabía que era una excusa porque la había visto en acción, pero fingió creerla porque no tenía interés en

acostarse con ella. En aquel momento, en su vida sólo había sitio para su carrera profesional.

—Pues anda que yo... —murmuró Ágata—. Tenía ganas de volver a casa, pero esto no es un hogar, es un campo de batalla.

Pedro Veragua, el padre de Ágata y jefe de Roberto, se acercó a ellos.

—Ágata, ve con tu hermana; ha surgido no sé qué problema.

La pequeña de los Veragua resopló y se dirigió hacia allí, rodeando la piscina.

—Nos vemos luego, Gatita —se despidió Roberto.

—Guárdame un baile, Robbie —le pidió ella.

—Consultaré mi carnet; creo que me queda un hueco —repuso él guiñándole el ojo.

—Más te vale. —Lo señaló con el dedo y se alejó. Aunque nadie lo sabía, la idea de bailar con Roberto en la boda había alimentado sus fantasías durante los últimos meses.

Los dos hombres esperaron a que Ágata estuviera lo bastante lejos antes de hablar de trabajo.

—¿Has resuelto lo de Aguirre, Roberto? —Aunque parecía una pregunta, el joven abogado sabía que era una orden.

—Sí, Pedro. He abierto el fondo *offshore*, tal como me dijiste.

Veragua asintió.

—¿En Bahamas?

—No, en las islas Caimán.

Pedro miró al horizonte y Roberto lo observó de reojo. Admiraba a su jefe, siempre calmado, parecía que nada ni nadie podía afectarlo. Le habría gustado ser como él: una roca, un puntal, un hombre de hielo. Por él llevaba dos años haciendo cosas que le dificultaban el sueño por la noche.

—Ya lo sabes. El cliente debe quedar contento, lo demás da igual.

—Por supuesto, eficiencia y discreción es el lema de la empresa, no se me olvida.

Pedro le dio una palmada en el hombro.

—Buen chico. Vamos a buscar a Cristina.

Roberto miró a su alrededor y, al ver que un camarero llevaba una bandeja con copas, alzó la mano con decisión.

Normalmente tenía las cosas claras y estaba satisfecho con su vida. Venía de familia trabajadora y había logrado ser el primero de su promoción gracias a su esfuerzo. Luego consiguió entrar en el principal bufete de abogados de Madrid, especializado en Derecho Mercantil. Y no sólo eso. Había logrado que lo invitaran a las comidas familiares en el cigarral, convirtiéndose en la envidia de sus compañeros de promoción, de bufete y de gimnasio. Sin embargo, nunca conseguía acallar del todo una vocecita que le advertía que el camino que había tomado para llegar a lo más alto de su profesión era una autopista de pago y que, en algún momento, llegaría al peaje.

«Buen chico», había dicho su jefe, pero bien podría haber dicho: «Buen perro». Ésa era la sensación que tenía cada vez que se lo decía.

Cogió dos copas de la bandeja y le ofreció una a su jefe, pero Veragua la rechazó con un gesto despectivo.

—Eso es un ponche para abuelas.

Roberto se encogió de hombros y se bebió las dos copas del tirón, una detrás de otra.

* * *

Al otro lado del río, Rubén, el hermano de la novia, sonrió al verlo.

—¿Estás nervioso, Roberto? —murmuró con el ojo pegado al telescopio de su habitación, el mismo desde el que había observado a sus vecinas durante buena parte de su vida—. Pues la función no ha hecho más que comenzar. ¡Que empiece el espectáculo!

Cristal transparente

Los griegos creían que el cristal era hielo que no se fundía a temperatura ambiente. Ha pasado de ser signo de lujo y exclusividad en las mejores mesas a estar en todas las manos gracias a los teléfonos móviles. Si alguien ha sabido sacarle partido ha sido la familia Swarovski, aunque, para muchos, «Cristal» siempre será la más famosa de las telenovelas.

DEL BLOG «MATE O BRILLO»

—*Girl, you'll be a woman... soon* —cantó el vocalista de la orquesta contratada para la boda.

—¿Ágata? —murmuró Roberto, moviéndose al ritmo de la romántica balada de la película *Pulp Fiction* y pensando que sí, que si Ágata no era aún una mujer, poco le faltaba.

«Sí. A lo que sea, la respuesta es sí.» Ágata frotó la cara contra la camisa de Roberto, arriba y abajo, ronroneando. Su aroma la ponía más tonta que la hierba gatera a los mininos que vivían en la finca. Y, encima, llevaba toda la tarde y toda la noche bebiendo. Había empezado con el ponche antes de que los invitados entraran en la ermita y no había parado en ningún momento.

—Gatita —volvió a llamarla, con un deje divertido en la voz—. ¿Me estás metiendo mano?

Ella abrió y cerró los dedos sobre la superficie dura y apetitosa de una nalga.

—Mmm, sí. ¿Te molesta?

Él se echó a reír y le acarició la espalda, provocándole un estremecimiento que batió algún récord de temblores en carpa cubierta.

—No. Si te ve Cristina, ya te entenderás tú con ella.

Ágata gruñó, pero volvió a hundir la cara en el pecho de Roberto e inspiró hondo para olvidarse de todo. Su pecho se había convertido en su cachimba particular, una que no quería compartir con nadie. Cuando le llevó la mano a la otra nalga, Roberto se la agarró con fuerza por la muñeca y la guio hasta su cuello.

—Tu madre y la madre de Inés nos están mirando, Gatita.

Pero Ágata no lo oyó. El aroma de Roberto era una especie de poción mágica que tenía el poder de transportarla en el espacio y en el tiempo. Y ella acababa de retroceder dos años, a ese mismo lugar.

* * *

Durante la fiesta de su puesta de largo no instalaron ninguna carpa y, cada vez que alzaba la vista, se encontraba con un cielo cuajado de estrellas. Aunque ninguna tan brillante como las que se habían encendido en sus ojos al conocer al nuevo fichaje del gabinete de su padre: un abogado acabado de salir de la facultad, tan guapo como ambicioso, que la había sacado a bailar.

Ágata cumplía dieciocho años, se sentía guapa y muy mujer con su vestido de noche color malva, y pensó que el destino acababa de regalarle al hombre de su vida por su cumpleaños.

Durante el primer baile decidió que le gustaba. Mucho. Cuando volvió a bailar con él, media hora más tarde, reconoció que estaba en otra liga. Ningún chico le había provocado las sensaciones que le despertaba Roberto. Se sentía tan atrevida y dispuesta a luchar por él que lo cogió de la mano y lo llevó a dar un paseo por el cigarral, con la excusa de enseñarle la finca.

Al llegar al viejo algarrobo en cuyas ramas había pasado tantas tardes leyendo y pensando en sus cosas, su infancia tiró de ella con fuerza, resistiéndose a entregarla a la edad adulta. Ágata se arremangó la falda y subió al árbol, sentándose en la rama más baja, que quedaba a la altura de la

cabeza de Roberto. Pero ¿quién quiere historias en papel cuando un hombre guapo y con los ojos más brillantes que el acero toledano te mira como si fueras el cuadro de El Greco que ha logrado ver después de hacer media hora de cola al sol?

Ágata le atrapó el cuello con las piernas y lo atrajo hacia sí. Él se quedó traspuesto, mirando hacia arriba con sorpresa y algo más; algo que ella había visto en los ojos de los hombres cada vez que miraban a su hermana mayor: deseo.

El joven abogado le llevó las manos a los tobillos y le acarició las piernas despacio, provocando en Ágata un estremecimiento muy adulto. Él la miraba como si no pudiera creerse lo que estaba pasando y estuviera luchando una guerra en su interior. Cuando le levantó el vestido por encima de las rodillas, cerró los ojos y aspiró su aroma más íntimo, Ágata sintió que se licuaba. Todo lo que estaba pasando era terreno desconocido, pero tremendamente excitante.

Le gustaba.

Le gustaba mucho.

Quería más.

Alargó las manos y le revolvió el pelo antes de clavarle los dedos en las sienes y atraerlo un poco más hacia su cuerpo encendido. La fría y sedosa tela del vestido le acariciaba los muslos, contrastando con el tacto de la piel del abogado, más rugosa y, sobre todo, mucho más caliente, que dejaba un reguero de inocencia quemada a su paso.

Y Ágata no era la única afectada por la pasión. Con manos temblorosas, Roberto se adentró en el territorio prohibido de los muslos de la hija de su jefe. La suavidad de su piel, su aroma a sexualidad limpia, pura, recién estrenada, y el brillo de su mirada lo llamaban con más fuerza que cualquier sirena.

Y exactamente así se sentía ella. De pronto entendió cómo se había sentido Ariel en la playa, estrenando piernas. Cuando Roberto ladeó la cabeza y le dio un beso en la cara interna del muslo, Ágata supo que habría entregado su voz y

lo que hiciera falta a la malvada Úrsula a cambio de conservar a ese hombre en su vida.

Pero la que apareció en su rincón secreto no fue una bruja de ocho patas, sino Cristina, enfundada en un vestido rojo y con unos tacones de infarto.

—¡Ágata! Ah, ahí estás. Mamá te está buscando. ¡Oh! —Fingió tropezar.

Roberto soltó a Ágata y se dirigió a toda prisa hacia Cristina para sujetarla. Aunque su hermana tenía tal dominio de los tacones que podría haber subido al Everest con ellos, Roberto no lo sabía y cayó en su trampa como un alma en desgracia. Cristina lo agarró del brazo, porque nada le gustaba más que quitarle los juguetes a su hermana, y no lo soltó en toda la noche. Mientras Ágata acompañaba a su madre, saludando a todos los invitados, Cristina bailó con Roberto, tejiendo su red.

* * *

—¿Te has dormido, Gatita? —La voz profunda y sensual de Roberto la devolvió al presente.

Ella alzó la cara hacia él y le dirigió una sonrisa arrobada.

—No, pero soñaba.

Roberto no quiso preguntarle con qué o con quién, porque temía la respuesta. El entorno, la compañía, todo le recordaba a la noche de la puesta de largo de Ágata, la primera vez que visitó el cigarral. Aunque sólo habían transcurrido dos años, no era el mismo chico que se había pasado media hora despeinándose el pelo lo justo para no parecer un lechuguino, pero no demasiado para no molestar a su jefe.

Aurora boreal anaranjada

Puedes creer que la aurora boreal y la aurora austral, menos conocida pero igual de mágica, son sólo luces en el cielo provocadas por el choque de átomos de la atmósfera con electrones de alta energía, pero yo prefiero creer que alguien mezcla acuarelas en el cielo cada vez que una pareja se enamora.

DEL BLOG «MATE O BRILLO»

El Roberto Bravo de dos años atrás estaba dispuesto a comerse el mundo con patatas. Adoraba a sus padres, pero quería más; lo quería todo: un coche potente, un ático con vistas al cielo de Madrid, ropa moderna, de temporada; quería cortarse el pelo en una peluquería amplia del centro, llena de cristaleras, y no en la oscura barbería de barrio de don Claudio, que le había cortado el pelo desde siempre y que lo miraba como si fuera un perverso cada vez que él nombraba cosas como reflejos o cera. Quería poder ir a una fiesta de puesta de largo con un traje que no fuera heredado y un coche propio y no la vieja moto de su padre. No era pedir tanto, ¿no?

Lo que prometía ser una fiesta aburrida y una manera como otra de hacer horas extras en el trabajo se había salido de madre al final, como si las Veragua hubieran tenido un hada madrina punk, harta de encerrar a las chicas en casa cuando empezaba lo bueno.

Aunque Ágata lo atraía por su inocencia y su entusiasmo juvenil, cuando su hermana mayor saltaba al campo, se acababa el partido.

Si Ágata era una chica, Cristina —que tenía cuatro años más que ella— era toda una mujer. Una mujer que sabía lo que quería y cómo obtenerlo. Se dedicó a excitarlo toda la noche pero sin entregarse, encendiéndolo,

volviéndolo loco con sus palabras susurradas al oído y trazándole un mapa de carreteras en la nuca con sus uñas pintadas de color rojo pasión. Su objetivo no era otro que volver loco de celos a Rubén, su vecino, con quien mantenía una relación de amor-odio desde siempre, pero eso Roberto no lo sabía.

Cuando la fiesta acabó, Roberto estaba borracho, y no de alcohol. La vida se abría ante él llena de posibilidades que lo embriagaban y nublaban su capacidad de tomar decisiones sensatas. Por eso cuando Cristina lo agarró del brazo y le susurró «ahora empieza lo bueno», se dejó llevar.

—¿Dónde está tu coche? —le preguntó ella.

Él carraspeó.

—Aún no tengo. He venido en la moto de mi padre.

—¿En ese cacharro?! ¿Y no te ha parado la policía?

Cristina le soltó el brazo como si quemara y se acercó a Rubén, que la abrazó por los hombros con tanta posesión que a Roberto no le habría extrañado que le hubiera echado una meadita en los zapatos de tacón para marcar terreno.

Ágata, en cambio, se puso a dar saltos, diciendo que una de las ilusiones de su vida era montar en sidecar. Pero ni siquiera su entusiasmo etílico-erótico le sirvió de consuelo a Roberto, que volvía a sentirse el indigente del grupo, el que recibía las miradas de desprecio de los chicos y las de lujuria de las chicas, que lo querían para un revolcón y nada más.

Inés subió al BMW Z3 de Iván, hijo de uno de los principales clientes del bufete, Cristina montó en el Mini Roadster de Rubén, y Roberto y Ágata los siguieron tan deprisa como pudieron en la petardeante motocicleta de tres ruedas. Si el entusiasmo de Ágata o la frustración de Roberto hubieran servido de combustible, los habrían adelantado en la primera curva, pero el tema de las energías renovables basadas en las emociones no había despertado aún el interés de ningún inversor emprendedor.

Al llegar al lugar donde habían quedado, el puente de Alcántara, no vieron a las otras dos parejas por ninguna parte.

—Éstos nos han dejado tirados —comentó Ágata, bajando de la moto y mirando a su alrededor. Se encogió de hombros—. Pues mejor. —Le dirigió una mirada sugerente por encima del hombro—. ¿Nos damos un baño?

A él se le dispararon todas las alarmas.

—Pensaba que estaba prohibido bañarse por contaminación.

Ágata hizo una pederreta y Roberto deseó sentir la vibración de aquellos labios en los suyos.

—Más mata el aburrimiento, Robbie. —Se acercó a la Vespa, le apoyó las manos en el muslo y se inclinó hacia él, que no podía apartar los ojos de sus mullidos labios—. Si no te bañas conmigo, voy a tener que ir al pub a buscar compañía.

La idea de que algún baboso de los que salían de caza cada sábado noche le pusiera las manos encima se le hizo tan insoportable que se quitó la corbata con decisión y la dejó colgando del manillar.

No le pasó por alto el brillo de los ojos de Ágata mientras se desabrochaba los botones de la camisa. Y cuando ella se pasó la lengua por los labios y se bajó uno de los tirantes del vestido, a él le subió tanto la temperatura que el baño se volvió casi obligatorio.

Tan concentrados estaban el uno en el cuerpo del otro que no se dieron cuenta de que dos vehículos se acercaban, iluminándolos.

—Vaya, vaya, no pierdes el tiempo, ¿eh, hermanita? —Cristina bajó del coche de Rubén dispuesta a recuperar el terreno perdido—. Hemos ido a buscar provisiones.

Iván e Inés salieron del otro coche con bolsas en la mano.

Ágata maldijo la interrupción, pero lo cierto era que tanta excitación le había abierto el apetito.

—¿Qué habéis comprado? Me muero de hambre. ¿Traéis patatas onduladas?

Las risas de los cuatro le dijeron que se había quedado sin patatas.

—No, tenemos cosas más interesantes —respondió Cristina, echando a

andar hacia el puente—. Vamos.

Ágata frunció el ceño.

—¿Adónde?

—Anda, no preguntes tanto y ven, que todo esto es para celebrar tu cumpleaños. —Rubén le pasó un brazo por los hombros y Roberto sintió ganas de arrancárselo con los dientes—. Vas a entrar en la mayoría de edad como Dios manda.

—Quien dice Dios dice el diablo —le dijo Iván a Inés antes de morderle el cuello.

Las siguientes horas no habían desaparecido de la memoria de Roberto, pero cuando trataba de recordarlas aparecían envueltas en una nebulosa que les daba aspecto de sueño.

Un amigo de Rubén tenía las llaves de la torre de Alcántara. Se las habían dejado mientras su empresa llevaba a cabo obras de rehabilitación y él había hecho una copia. Durante una partida de póquer, Rubén le propuso que se apostara las llaves cuando se quedó sin blanca y, tres ases más tarde, Rubén salía de la timba con unas llaves en el bolsillo y la idea de usar la torre para una cita secreta y así impresionar a Cristina.

Pero ella le dijo que para las citas eran más cómodos los paradores y le propuso celebrar allí la *afterparty* de la puesta de largo de su hermana.

El edificio mudéjar, una torre defensiva que protegía la ciudad del asalto de tropas enemigas, estaba a medio restaurar, pero los escalones estaban en buen estado.

Entre risas y pellizcos subieron, a la luz de los móviles. Las salas desiertas olían a polvo y a cerrado, así que siguieron subiendo y se instalaron en lo alto de la torre, bajo el cielo estrellado.

—¡Vamos a chupitos! —Rubén, que había estado apagado y hosco durante la celebración oficial, se había convertido en el alma de la fiesta.

Cristina lo miró con ironía.

—¿Con estos vasos de plástico tamaño elefante?

—No te quejes, Cristal, es lo que había. —Rubén tiró de su mano para que se sentara a su lado y le sirvió un vaso de vodka.

—Cómo me conoces —replicó ella, y se lo agradeció con un beso en la boca que gritaba complicidad.

—Toma. —Rubén le dio el siguiente vaso a Ágata, que se lo quedó mirando.

—¿No tienes limón para combinarlo?

—No.

—¿Ni Coca-Cola?

—No, pero cuando Iván acabe, te pasará una cosita que combina muy bien.

Iván estaba liando un porro que le pasó a Inés antes de que siguiera rulando.

—Gracias —murmuró Roberto cuando Rubén le tendió su bebida.

Dio un trago y miró a su alrededor. Tuvo la sensación de estar en una película americana. Mansiones, coches de lujo, chicas con vestidos largos y ganas de divertirse, alcohol, el humo del porro que los envolvía como una manta... No era eso lo que había esperado encontrar cuando salió de su casa horas antes. La voz de la conciencia le gritó que fuera con cuidado. Si les pasaba algo a las hijas de su jefe, la suya sería la carrera más corta de la abogacía de negocios.

Se apartó de la pared en la que se había apoyado y a punto estuvo de decir que tenía que irse, pero Ágata, que se había sentado en el suelo, alargó la mano y le rogó con la mirada que no la dejara sola. Si no hubiera sido porque lo encontraba absurdo, habría jurado que tenía miedo de su hermana y sus amigos. Le pareció que se fiaba más de él, al que acababa de conocer, que de los otros cuatro, pero sin duda estaba viendo cosas que no existían.

Se sentó entre Ágata y Cristina, aceptó el canuto que le pasó la mayor de las Veragua y aspiró con decisión. Tenía veintitrés años. Si no se divertía entonces, ¿cuándo iba a hacerlo?, ¿cuando se jubilara?

Iván, hijo de un empresario que había hecho fortuna con la exportación de

productos rusos de lujo como el mejor vodka, el caviar o los relojes, resultó ser un tipo muy divertido. Su padre, que tenía cinco hijos de cinco mujeres distintas, había ampliado su imperio empresarial colocando a cada uno de ellos al frente de la delegación en un país. Iván estaba encantado con España. Le gustaba tanto Marbella como Ibiza como Vigo. En todas partes encontraba fiesta y gente con ganas de gastar dinero.

Aunque al principio no pudo evitar sentirse como un intruso, Roberto pronto se relajó. El aire se llenó de anillos de humo y de risas y, cuando Inés se sentó sobre el regazo de Iván y empezó a devorarle la boca, la temperatura se elevó.

Roberto cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, luchando contra la erección que llevaba toda la noche pidiendo permiso para unirse a la fiesta. Le estaba dando órdenes de retirarse hasta nuevo aviso cuando notó que una mano se posaba en su muslo y lo exploraba con delicadeza. Instantes después, otra mano le clavó las uñas en el otro muslo con decisión y ascendió hacia su entrepierna. Abrió los ojos y vio que Ágata estaba fulminando con la vista a su hermana, que le devolvía una mirada burlona.

—¿Qué pasa, Roberto? ¿No tienes bastante con una? —Rubén chasqueó la lengua—. Los chicos de barrio lo queréis todo.

—Yo no...

—¡Una competición! —exclamó Iván—. Cuando mi amigo Nikolai y yo quisimos acostarnos con la misma chica, nos lanzamos desde el arco del puente Zhivopisny.

—Perdona, pero la chica tendría derecho a opinar, digo yo —protestó Ágata.

—¡Calla! —la interrumpió su hermana—. Esto se pone interesante. ¿Quién ganó?

—Ninguno. —Iván se encogió de hombros—. El arco del puente tiene cien metros de altura. Yo lo conté de milagro porque me agarraron antes de saltar.

Nikolai... no tuvo tanta suerte. Cuando me desperté no me acordaba ni del nombre de la chica..., así que no pude ir a reclamar mi recompensa.

—Perdona —volvió a protestar Ágata—, pero igual la chica no quería...

—¡Oh, calla, Ágata! Hasta borracha eres un muermo. ¡Venga, vamos al puente!

—Pero ¿tú has oído lo que ha dicho? —Ágata parecía preocupada—. Murió un chico...

—Sí, ya, en Rusia son muy brutos, pero el puente de Alcántara no es tan alto. A quien se tire al río ¡le hago una mamada!

Iván y Rubén se pusieron en pie de un salto. Roberto abrió mucho los ojos.

—¿Y si me tiro yo? —preguntó Inés, muerta de la risa.

—Paso de ti, tía. —Cristina hizo una mueca—. Yo no como almejas.

—¡Yo me lo como todo! —Rubén salió corriendo hacia la escalera.

—Hay que pararlo —exclamó Ágata—. ¡Se va a matar!

Los seis bajaron la escalera entre risas y trompicones. Por suerte era estrecha y acabaron con raspones en los brazos pero ningún hueso roto.

Cuando Roberto llegó al puente, Rubén estaba en pelota picada. Cuando alzó la cara al cielo y lanzó un bramido, le recordó a un ciervo durante la berrea.

A Iván todo le parecía divertidísimo; no podía parar de reír.

—Venga, Roberto —lo picó Cristina—, que no se diga que no hay cojones. Si le cuento a mi padre que no tienes lo que hay que tener, no querrá que sigas llevando sus negocios. Es muy fan de Putin, le gustan los hombres de verdad.

—Roberto, no le hagas caso —protestó Ágata—; qué tendrá que ver la hombría con hacer el idiota... ¡Rubén! —Se acercó a él y lo agarró del muslo desnudo—. ¡No saltes, que ahí no hay agua! ¡Vete al centro del puente al menos!

—¡Suéltame! —protestó él empecinado—. Esa mamada lleva mi nombre.

—¡Rubén! —insistió Ágata—, si chocas contra el suelo, te vas a quedar tieso todo tú, no sólo ese trozo de carne..., ejem, que se te ha puesto más duro

que la piedra del puente, ejem... ¿Quieres taparte?

—¡Cristal! —la llamó Rubén—, dame la mano. Vamos al centro.

La mayor de las Veragua, que no paraba de reír, condujo a Rubén de la mano hasta el centro del puente. Ágata ahogó un grito cuando él fingió tropezar y otro cuando tropezó de verdad. Iván se fue desnudando por el camino, y picando a Roberto para que hiciera lo mismo.

—¡Ni se te ocurra! —Ágata lo fulminó con la mirada y él pensó que estaba preciosa, tan indignada.

—¿Por qué no? Hace un rato bien que querías bañarte.

—¿Quieres bañarte? —Ella levantó mucho los brazos—. ¡Bien! Vamos al agua, pero bajando por el camino, como las personas, ¡que no somos pelícanos!

Cuando Ágata dio media vuelta y se dirigió hacia la torre para bajar al río por el camino, Roberto dudó. Por un lado estaban su cliente, su compañero de bufete y la seductora rubia que había hecho una oferta difícil de resistir. Por otro, una chiquilla a la que, por alguna extraña razón, no era capaz de dejar sola.

Cuando Iván subió al muro, al lado de Rubén, Roberto no quiso ver más. Echó a correr tras Ágata y la alcanzó antes de que llegara al final del puente. La siguió mientras descendía por el camino de tierra y, en el momento en que ella resbaló y cayó de culo, se agachó a su lado. La pequeña de los Veragua le echó las manos al cuello y lo atrajo hacia sí. Él tuvo que apoyar una mano a cada lado de la cara de ella para no aplastarla.

—Robbie —susurró con voz soñadora—. Creo que eres el hombre de mi vida. —Suspiró—. Bésame. Oigo música y veo luces... Es... es como una aurora boreal en el cielo de Toledo. —Suspiró—. El amor era esto... ¡Qué bonito!

Él estuvo a punto de aclararle que aquello no era amor, sino un colocón del quince, pero le estaba dirigiendo una mirada tan entusiasta que no fue capaz de matar aquella ilusión. Se habría sentido más canalla que un asesino de

cachorritos. Además, el colocón también lo estaba afectando a él. Mientras se acercaba muy lentamente a sus labios, que ella se estaba humedeciendo con la punta de la lengua, empezó a ver la aurora boreal anaranjada que hacía brillar los ojos de Ágata.

«¿Y si tiene razón? ¿Y si el amor es esto?»

Ambos gimieron cuando sus labios entraron en contacto. Ágata pensó que Roberto sabía a futuro y a libertad; él pensó que Ágata sabía a albaricoques y a ternura. Aunque él trató de mantener el beso al nivel de los labios, cuando ella se lanzó aventurera a explorar los confines de su boca, no pudo contenerse. La recibió con entusiasmo, dejando caer su peso sobre ella y recompensando su atrevimiento con un beso que ella nunca olvidaría. Porque, aunque Roberto no lo sabía, para ella era su primer beso.

Cuando levantó un poco la cabeza y le apartó el pelo de la cara con las dos manos, ella lo estaba mirando como estuviera viviendo un sueño.

—Robbie... —susurró.

Pero las palabras que llegaron a oídos de Ágata no fueron las que esperaba.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? —La voz llegaba desde lo alto del puente de Alcántara—. Así, sin mirar mucho, veo escándalo público, allanamiento de patrimonio histórico, delito contra la salud pública...

—No exagere, agente. —Les llegó la voz de Rubén—. No estamos escandalizando a nadie, las chicas están encantadas. Y allanar, tampoco hemos allanado. Teníamos las llaves de la torre.

—¿Puede saberse qué es ese humo que sale de lo alto?

—Mmm, una barbacoa, agente.

—Claaaaro, unos cogollitos a la brasa, que tienen mucha fibra, ¿no? ¡Venga, a vestirse todo el mundo, que nos vamos a dar un paseo!

—¡Eh! —oyeron decir a Cristina—. Si nos llevan al cuartelillo, que venga también mi hermana. Al fin y al cabo, esto es culpa suya, estamos celebrando su cumpleaños. ¡Ágata, ven!

—¿Dónde está su hermana, señorita?

—Abajo, en el río.

Cuando los agentes se asomaron a mirar, no vieron más que las oscuras aguas reflejando las luces anaranjadas que daban vueltas en lo alto del coche patrulla.

—¿Tú ves algo? —preguntó la voz de uno de los agentes.

—No —respondió el otro.

—Ahí hay dos coches deportivos, biplazas —dijo el primero—. No cabe nadie más. No quieran distraernos para escaparse, que nos conocemos todos los trucos.

—¡Porque han venido en moto! Una ruina con sidecar. ¡Ágata, no te escaquees! ¡Si pringamos, pringamos todos!

La vieja Vespa verde quedaba camuflada detrás de unos arbustos y los agentes no la vieron. Como tampoco vieron a la pareja que se había levantado muy deprisa al oírlos y se había escondido debajo del primer arco del puente.

—Vale, vale, señorita, no se altere. Nos lo cuenta todo en el puesto; vamos a levantar atestado.

Cuando el grupo se marchó, Roberto y Ágata permanecieron unos segundos inmóviles bajo el puente, mirándose fijamente con los ojos muy abiertos. Él le había tapado la boca con la mano cuando Cristina empezó a llamar a su hermana y ella había deseado que el momento no acabara nunca. El corazón le latía desbocado. Su lengua jugueteaba con la palma de la mano de Roberto, disfrutando de su sabor, al que se estaba volviendo adicta a toda velocidad. El ruido del agua, el peligro, lo prohibido, la oscuridad de la noche, la cercanía de Roberto... Ágata, que hasta ese momento había llevado una vida tranquila y protegida, estaba haciendo un cursillo acelerado de edad adulta.

Y le estaba encantando.

Roberto apartó la mano y, tras carraspear, le preguntó:

—¿Estás bien?

Ágata se estremeció y se frotó los brazos, echando ya de menos el calor del cuerpo de Roberto.

—Mejor que nunca. Pero...

—¿Sí? —La miró con preocupación.

—¡Me muero de hambre!

Él se echó a reír a carcajadas. Esa preciosidad cuyo cuerpo lo había alterado más de lo que quería admitir acababa de sonar como una niña pequeña.

—Pues no podemos permitirlo. ¿Hay algo abierto por aquí a estas horas?

—No creo... —Se agarró el estómago, que le estaba pidiendo comida a gritos—. ¡Me muero por unos churritos!

—En mi barrio hay una churrería que hace los mejores churros de todo Madrid —propuso él. A Cristina nunca se habría atrevido a proponérselo, pero algo le decía que a Ágata le encantaría acompañarlo.

—Pues ¿a qué esperamos?

—¿No tendríamos que ir a ayudar a tu hermana y a los demás? ¿Avisar a tu padre o algo?

Ágata, que se había puesto en marcha, tambaleándose, se volvió hacia él y frunció el ceño.

—¿A mi hermana? ¿Esa que acaba de delatarme a la Guardia Civil? ¡Paso, gracias! Además, va con un abogado. Rubén sabrá lo que tienen que hacer.

Volvió a enfilar el camino, tan deprisa como le permitían los tacones.

Roberto se encogió de hombros. Ya no podía hacer nada para evitar la detención de la hija mayor de su jefe. Lo más sensato era asegurarse de que a la pequeña no le pasara nada.

«Claro, porque recorrer en una carraca con sidecar casi cien kilómetros después de una boda es de lo más sensato.»

—¿Vienes o qué? —lo llamó Ágata, sentada en el sidecar y peleándose con el casco.

Roberto la miró y supo que nunca sería capaz de negarle nada.

—Claro, ¡marchando una de churros!

Llévame a la luna

La luna, uno de los objetos más brillantes que conocemos, lleva oyendo el aullido de los lobos y las confidencias de personas solitarias en todos los rincones del planeta desde que el mundo es mundo y la mujer es mujer.

DEL BLOG «MATE O BRILLO»

Habían pasado dos años desde aquella noche que marcó el destino de las tres parejas. Los novios, Inés e Iván, se movían al compás de la música, en una burbuja donde no había sitio para nadie más.

Cristina y Rubén bailaban a su lado y Roberto se dio cuenta de que Ágata no era la única de las hermanas Veragua a la que le gustaba meter mano. Su novia parecía estar midiendo la superficie del culo de su vecino a palmos, como si quisiera hacerle unos pantalones a medida.

Frunció el ceño. Cristina había estado desaparecida buena parte de la boda. Tenía que hablar con ella; no podían seguir postergando esa situación. Tenían que hacer frente común y hablar con Pedro Veragua.

Bajó la vista hacia Ágata, que parecía dormir con la cara pegada a su pecho. Aunque había cambiado mucho en los dos últimos años, le seguía pareciendo una niña y aún despertaba en él un gran instinto protector... y otras cosas por debajo de la cintura.

Resopló. No sabía qué estaba haciendo con su vida, pero una vocecita más molesta que Pepito Grillo no paraba de repetirle al oído que iba por mal camino y que aquello iba a acabar mal.

Las notas de *Fly Me to the Moon* lo devolvieron al pasado.

* * *

Ágata había acabado su puesta de largo en la churrería del barrio de Roberto, con el estómago tan lleno como el corazón, pero su hermana había terminado en el puesto de la Guardia Civil. Cuando Cristina avisó a su padre, Pedro Veragua los hizo pasar la noche en el cuartelillo para escarmentarlos y a la mañana siguiente los sacó de allí. Roberto y Ágata regresaron de Madrid casi al mismo tiempo y fingieron haberse quedado dormidos en las tumbonas de la piscina para escapar de la furia de Veragua.

La noche tuvo consecuencias. Pedro prohibió a Rubén que se acercara a su hija y empezó a invitar a Roberto al cigarral, empujándolo en brazos de Cristina. El joven abogado le había demostrado ser un chico responsable, no como el cantamañanas de su vecino; justo lo que Cristina necesitaba para sentar la cabeza.

Al principio, a ella le pareció una idea absurda y se negó, pero en cuanto vio que a Ágata se la llevaban los demonios cada vez que los veía juntos, cambió de actitud.

Roberto se sentía muy atraído por Ágata, pero cuando estaba con ella tenía la sensación de ser casi un pederasta. Aunque era mayor de edad, la veía como a una niña, y se sentía mal cuando le despertaba pasiones adultas.

Por eso el día que Pedro Veragua le dijo a su hija que le pagaba la mejor universidad para sus estudios de Ingeniería Informática, pero en Londres, Roberto se sintió aliviado. Él y Ágata mantuvieron el contacto, pero por internet, algo mucho más seguro para la salud mental del joven abogado, que se había entregado al trabajo.

* * *

Cuando la canción acabó, Roberto se apartó de Ágata, que lo miró

sorprendida, como si se hubiera olvidado de dónde estaba.

Rasputín, el ilusionista, se acercó a las tres parejas.

—Si no me necesitan más, me iré. Son casi las dos y ya no quedan niños que entretener.

—Claro, muchas gracias —dijo Ágata—. ¡Me ha encantado el número de las desapariciones!

Después de que los novios cortaran el pastel nupcial con una espada —toledana, por supuesto—, Rasputín había hecho las delicias de niños y adultos haciendo desaparecer a algunos invitados a demanda del público.

«¡A mi suegra! ¡Haz desaparecer a mi suegra, chaval!», había sido la petición estrella.

Él había hecho desaparecer a un par de niños y, cuando se acercó a la novia, Iván la abrazó, salvándola de las garras del mago y empujando a su cuñado Rubén para que ocupara su lugar.

—La agencia nos dijo que el servicio era de ocho horas. —Cristina hizo una mueca.

—Eeh, sí, claro, pero cuando se marchan todos los niños normalmente...

—Ésta no es una boda normal, por si no te has dado cuenta —insistió Cristina, que parecía más molesta que nunca—. Ésta es una boda de categoría.

—Cris, relájate —dijo Roberto—. La boda ya casi ha acabado y todo ha salido a la perfección. Ven a bailar conmigo y disfruta un poco de la noche; te lo has ganado.

Su intento fue en vano. Cristina barrió a los presentes con una mirada despectiva que acabó aterrizando en Rasputín.

—Todo ha salido a la perfección porque me he encargado de no dejar ni un cabo suelto.

El mago suspiró y colocó el maletín sobre una silla cercana.

«Seis horas entreteniendo a los cafres de los hijos de los Martínez. Debe de estar agotado. Yo me habría hecho desaparecer a mí misma a los diez minutos», se dijo Ágata.

—Muy bien. ¿Qué quiere que haga, señorita Veragua? ¿Unos trucos de cartas?

—Podrías hacer desaparecer a Cristina —refunfuñó Rubén—. ¡Pero que no vuelva! Últimamente está insoportable.

Ella lo fulminó con la mirada, pero a Rasputín pareció gustarle la idea, porque se echó a reír a grandes carcajadas.

—¿Qué me dice, señorita? ¿Se atreve a ponerse en mis manos? —le propuso seductor.

—Yo ya me he puesto en sus manos antes y aquí estoy —la picó Rubén—. No te tenía por una cobarde, vecinita...

—Porque no lo soy, vecinito —replicó con una voz tan cargada de intención que a Roberto se le erizaron los pelillos de la nuca. Cristina siempre le decía a su padre que la relación entre Rubén y ella había sido una inocente tontería de adolescencia, una travesura de dos jóvenes con un telescopio en la habitación y demasiado tiempo libre, pero Roberto sabía que esos dos de inocentes no tenían ni un pelo—. Vamos, Rasputín. Muéstrame la potencia de tu varita mágica.

El mago le dirigió una sonrisa canalla, se quitó la capa y se remangó la camisa. Tenía unos antebrazos poderosos.

Ágata sintió un estremecimiento y Roberto la abrazó por detrás y le acarició los brazos arriba y abajo, achacando su reacción al fresco de la noche castellana.

El ilusionista abrió su gran maleta, que colocó entre dos sillas encaradas.

—Adelante. —Le ofreció la mano y Cristina la aceptó—. El reino de la magia la espera.

Mientras ella se sentaba, Rasputín hizo girar la capa en el aire varias veces, pronunciando las palabras mágicas. La capa cayó sobre Cristina... o sobre el lugar que había ocupado Cristina. Cuando la levantó, la maleta estaba vacía.

Aunque ya habían visto el truco antes, Ágata no pudo contener una

exclamación de sorpresa. Se echó hacia atrás, notando el calor del pecho de Roberto y la firmeza de su erección entre las nalgas, una erección que había nacido mientras bailaban y, por tanto, consideraba de su propiedad.

«¿Puedes dejar a mi hermana ahí para siempre, Rasputín? O al menos una temporada. No sé... Con quinientos años me conformo.»

Pero entre los poderes mágicos de Rasputín no parecía estar la telepatía, porque, tras dar la vuelta a las sillas y pasar la varita por debajo para que el público comprobara que no había ningún cajón secreto para ocultarse, el mago volvió a ocupar su lugar tras la maleta y entonó los hechizos al revés, para deshacer el encantamiento.

Hizo girar la capa en el aire varias veces y la dejó caer de nuevo sobre la maleta. Ése era el momento en que el desaparecido recuperaba su dimensión corpórea bajo la capa, pero, para sorpresa de todos, la tela volvió a quedar plana sobre la maleta.

Rasputín frunció el ceño y Ágata sonrió.

«Es bueno el chico. Sabe cómo darle intriga a la cosa.»

El ilusionista repitió el proceso, con idéntico resultado. Los invitados que no se habían marchado se habían ido acercando, formando un círculo alrededor de la maleta.

Cuando Rasputín se tiró del cuello de la camisa y carraspeó, Ágata miró por encima del hombro, buscando la mirada de Roberto, que tenía los ojos muy abiertos, fijos en la maleta vacía.

—No pasa nada, no pasa nada —murmuraba Rasputín, aunque parecía que tratara de convencerse a sí mismo más que a los reunidos—. Ahora sí. ¡Por el poder del gran diamante Orlov, Cristina, vuelve desde el reino de la magia! Su familia la está esperando.

Hizo girar la capa tres veces por encima de su cabeza y la dejó caer de nuevo. Cuando la negra tela se depositó sobre la maleta como una noche sin luna sobre la meseta castellana, Rasputín levantó las manos en señal de impotencia.

—¡Esto no debería estar pasando! ¡Voy a poner una reclamación! ¡Este equipo está defectuoso! —exclamó, abriéndose camino entre los pasmados invitados.

Cuando los padres de Cristina reaccionaron y lo siguieron para obligarlo a devolverles a su hija, Rasputín hizo girar la capa tres veces en el aire, la dejó caer sobre sí mismo y, dirigiéndoles una sonrisa deslumbrante, desapareció en la noche toledana.

Roberto fue corriendo tras él, pero no encontró ni rastro del mago ni tampoco de Cristina.

—Pero ¿qué demonios? ¡Cristinaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

The Shard

Londres es una ciudad brillante, famosa por las luces de los teatros del West End, por los dorados de Harrods, las joyas de la Corona o por un rascacielos que funde coches al reflejar el sol. Pero si te sientes solo, lejos de casa, no hay tesoro más valioso que el calor intenso de un chocolate y el placer de notar los surcos de los churros en la lengua, haciéndote cosquillas con algún grano de azúcar...

DEL BLOG «MATE O BRILLO»

Londres, una semana más tarde

Ágata se frotó los ojos, cansados de tantas horas pasadas delante del ordenador.

—¿Has encontrado algo? —le preguntó Suso, uno de sus tres socios y compañeros de piso.

—Nada. —Ágata enlazó los dedos de las manos, estiró los brazos por encima de la cabeza y arqueó la espalda tanto como pudo.

Suso la agarró por las muñecas y tiró de ellas hacia arriba para ayudarla a relajar los músculos. Desde que su amiga había vuelto de Toledo, no se había apartado del ordenador.

—Aaaaah, sí, qué bien. Así, así, no pares. Aaaaah, un poquito más.

Fin asomó la cabeza por la cortina de bolas de madera que separaba la zona de venta al público del despacho.

—A ver, un poco de contención, maños, que la *missis* me ha mirado raro.

—¿*Missis* Jessica? —Ágata bajó los brazos.

—La misma.

—La farmacéutica ya no puede vivir sin sus *churuitos*. —Ágata sacudió la cabeza—. Y mira que cuando abrimos el Churringham Palace amenazaba con denunciarnos por atentado a la salud pública.

—Nos miraba como si fuéramos cucarachas. —Fin se estremeció. Le daban mucho asco los bichos y cada vez que encontraban uno en su casa de dos plantas situada en el barrio de Newington, muy cerca de la London South Bank University, se subía al mueble más cercano, se tapaba ojos y orejas y se mecía hasta que alguien le aseguraba que el peligro había desaparecido.

—Hasta que su hermana volvió de Benidorm y la obligó a probarlos. — Suso se sentó para volver al trabajo—. Nuestros churros no tienen rival en todo Londres. Tuviste una idea brillante, Ágata.

—Tuve una idea sabrosa —replicó ella por inercia—, ya sabes lo que opino del brillo.

—¡Lo sabemos, chata! —exclamó Fer, bajando la escalera que unía el local comercial con las habitaciones de la primera planta—. No hace falta que lo repitas.

—Qué borde te has levantado, *nen* —protestó ella.

Fer, guapo, atlético y con una sonrisa de anuncio, saltó por encima de la barandilla para aterrizar a su lado, soltó la bolsa de deporte, le tapó la boca con una mano y fingió darle un beso de tornillo.

Ella lo apartó, empujándole el pecho. No estaba de humor para sus bromas.

—Anda, ve a quemar adrenalina o lo que sea que hagas en el gimnasio y vuelve para el turno del mediodía.

Fer recogió la bolsa del suelo y se cuadró, saludándola militarmente.

—Sí, señora Veragua. A sus órdenes, señora Veragua.

Cuando el ciclón catalán se hubo marchado, Ágata suspiró y se levantó.

—Voy a buscarme unos churritos con chocolate. ¿Te traigo, Suso?

—*Home*, mejor una empanada de zamburiñas. —El gallego se encogió de hombros—. Pero, ya que no hay, tráeme unos cuantos.

Ella cruzó la cortina de bolas y salió al pequeño espacio dedicado a la

venta al público de su producto estrella. Las paredes estaban decoradas con pinturas de guardias reales, con sus uniformes rojos y sus altos sombreros negros, aligerando las horas mientras se comían un chocolate con churros. La idea del negocio había sido de Ágata —que a menudo rememoraba la noche de su puesta de largo—, y el nombre del local había surgido de los cuatro, durante una noche de *fish & chips* y cervezas en La Codorniz Achispada, el pub de la esquina.

Aunque su padre le había buscado alojamiento y con lo que le ingresaba cada mes en su cuenta no necesitaría trabajar, ella quería ser independiente a todos los niveles y lo estaba consiguiendo. Lo primero que hizo fue colgar un anuncio en la red social de la universidad y pronto tuvo compañeros con los que compartir nostalgia y alquiler.

Suso —diminutivo de Jesús— fue el primero en responder. Al igual que Ágata y los demás, estudiaba Ingeniería Informática. Nacido en Pontevedra, le encantaba comer y añoraba los buenos platos de cuchara que le preparaban su madre y su abuela. Tenía algo en común con sus otros dos compañeros de piso: aunque iban a clase para obtener un título de prestigio, los tres podrían haberles enseñado un par de cosas a sus profesores.

Si Suso tenía una habilidad natural para meterse en cuentas bancarias ajenas y moverse por ellas como quien pasea por Hyde Park, Fin —diminutivo de Serafín— era el justiciero digital del grupo, metido en mil causas sociales. Era maño, de izquierdas y gay. Su etapa escolar no había sido fácil y, en cuanto pudo, se marchó de su casa, emigró a Londres y colgó su póster de Labordeta en media docena de habitaciones hasta que conoció a Ágata.

Si Suso era grande en todas sus dimensiones, Fin era bajito y muy delgado. Se había apuntado al gimnasio con Fer, pero lo único que había conseguido era que sus pequeños músculos se endurecieran. No había ganado ni un gramo de masa muscular, así que pronto Fer se quedó sin acompañante en el *gym*.

Bueno, sin acompañante entre sus compatriotas y compañeros de piso, porque si algo no le faltaba a Fer era compañía. El tópico del informático

pajillero no se cumplía con él. Especializado en entrar en webs y cambiar su contenido sin que nadie se diera cuenta, Fer era como un niño grande, siempre sonriendo, siempre jugando. Le encantaba hacer gamberradas, como poner en el currículum de Donald Trump que de joven hizo un curso de danza del vientre.

Fin lo pinchaba constantemente para que pusiera su talento al servicio de causas importantes, pero él se resistía. Guapo, atlético sin necesidad de gimnasio y un castigador con las mujeres, el catalán tenía en común con Suso la añoranza de la comida casera. Su madre se había convertido en la suministradora oficial de fuet, *carquinyolis* y otras delicias que nunca faltaban en la cocina de la casa.

Ágata volvió a la trastienda del local, que en realidad era el comedor que habían convertido en estudio informático uniendo en el centro cuatro mesas, todas de distinta altura y anchura. Los cuatro tenían ordenadores diseñados por ellos mismos, que habían montado los procesadores, placas base, discos duros, tarjetas gráficas y demás según sus necesidades. Cuando Ágata quiso darse cuenta, sus tres compañeros habían echado cable y sus ordenadores trabajaban en línea, lo que era muy práctico para los trabajos de la universidad, pero un asco a la hora de mantener secretos. Si no se había resistido era porque sabía que, para sus compañeros, acceder a cualquiera de sus aparatos electrónicos era tan fácil como para otras personas prepararse una tortilla francesa, ya fuera por cable o vía wifi.

Por eso habían hecho un juramento solemne entrelazando cuatro churros antes de freírlos y comiéndoselos cada uno por una punta. Mediante el juramento churrigueresco —bañado con abundante licor café que había enviado la madre de Suso—, los cuatro amigos se juraron no cotillear en el porno de los demás, ni en los chats picantes que pudieran tener con parejas.

Ágata volvió a entrar en el estudio, con su peinado de Londres. Aunque en Toledo siempre llevaba la melena suelta o, como mucho, recogida en una cola de caballo, fue llegar a Londres e imbuirse del ritmo cosmopolita y trepidante

de la ciudad. Le sentó bien, muy bien. El aire no era tan puro como en el cigarral, pero ella tuvo la sensación de haberse actualizado de la noche a la mañana. La Ágata de Londres —vestida con mallas elásticas, zapatillas deportivas, camisetas de las distintas carreras urbanas a las que se había apuntado y dos moñetas en lo alto de la cabeza, a lo Björk— era una Ágata 3.0, una que había florecido desde su llegada como una flor del desierto tras el único chaparrón del año.

Se sentó en su silla con ruedines, apoyó un pie en el asiento, mojó el churro en el chocolate y estaba a punto de metérselo en la boca cuando se dio cuenta de que Suso y Fin no le quitaban los ojos de encima.

—¿Nos vas a contar algo de una vez? —Suso la miraba con cariño.

Ella se encogió de hombros, se metió el churro en la boca y respondió con la boca llena:

—¿Para qué? Seguro que ya lo sabéis todo.

—Sabemos que tu hermana Cristina ha desaparecido. —Fin había hecho rodar su silla a un lado para verla sin que la barrera de ordenadores los separara.

Ágata volvió a notar esa sensación en el estómago de cuando te asomas al vacío desde lo alto de una torre de telefonía con el suelo de cristal.

—La han secuestrado —dijo, pero por muchas veces que lo repitiera no lograba hacerse a la idea. No tenía ningún sentido.

—Sabemos que alguien llamó a tu padre y le explicó lo que tenéis que hacer si queréis volver a verla —añadió Suso.

A Ágata se le cerró el estómago por la angustia. Apartó el teclado para dejar el chocolate sobre la mesa y le alargó el churro a medio comer a su compañero de mesa, sabiendo que nunca tenía un «no» para la comida.

—Pues ya lo sabéis todo, dejadme en paz.

—Gattaca —sus tres compañeros de piso le habían puesto ese mote tras ver la película juntos durante el primer fin de semana que compartieron—, no podemos saber cómo estás si no nos lo cuentas.

Ella se impulsó en la mesa e hizo rodar la silla hacia atrás hasta chocar contra la pared del cuartito de debajo de la escalera (donde, tras haberse asegurado de que no vivía ningún futuro mago, guardaban las bicicletas). Resopló y se rindió. Al fin y al cabo, estaba a punto de pedirles ayuda; sus investigaciones no la estaban llevando a ninguna parte.

—Estoy mal.

Era la verdad. Le daba vergüenza admitirlo, pero se sentía muy mal porque, aunque debería estar pensando en Cristina y en cómo liberarla, era Roberto el que ocupaba casi todos sus pensamientos. ¡Es que le parecía tan injusto! Cada vez que lograba acercarse un poco a él, su hermana se encargaba de desbaratarle los planes.

Dos años atrás, en su puesta de largo, Cristina y Rubén habían acabado en el cuartelillo por una gamberrada en la que ella no querría haber participado.

Como consecuencia, Inés e Iván habían iniciado una relación por la que nadie daba un rublo, ella había terminado exiliada en Londres —o de ese modo lo había vivido en el primer momento— y su hermana había acabado saliendo con Roberto. Meeec. ¡*Fail* épico!

Si lo de Cristina y Roberto hubiese sido una relación sólida, basada en el amor mutuo, a ella no se le habría ocurrido meterse en medio por mucho que le gustara ese hombre, pero ¡es que su hermana pasaba de él! Lo notaba cada vez que charlaba con Cristina por Skype. Le hablaba de sus fiestas, sus amigos, sus compras y, sobre todo, le hablaba de Rubén, pero ¿de Roberto? ¡Sólo lo nombraba para criticarlo o para lamentarse de que su padre la forzara a seguir con él si quería seguir cobrando su asignación mensual!

Y cuando, dos años después, Ágata había logrado que Roberto se fijara en ella haciéndole notar que ya no era ninguna niña..., ¡Cristina tenía que volver a llamar la atención! Si no fuera porque era absurdo hasta para alguien como su hermana, ¡pensaría que se había hecho secuestrar adrede!

Pero entonces se imaginaba a Cristina en manos de una banda de criminales psicópatas y la culpabilidad le retorció el estómago. Llevaba una semana

sumida en ese bucle de frustración y culpabilidad. Necesitaba ayuda para salir del pozo.

—¿Cuáles son las condiciones del rescate? —Susó la devolvió al presente—. Me imagino que querrán pasta. ¿Habéis ido a la policía?

Ágata se estremeció.

—No, estamos tratando de resolverlo solos. Nos amenazaron con matarla si avisábamos a la policía. —Inspiró de forma entrecortada antes de seguir—. Y no quieren pasta... No exactamente. Quieren diamantes.

Susó soltó un silbido.

—*Carallo!* No se andan con menudencias.

Ágata hizo una mueca.

—Y no les vale cualquier diamante, quieren los de las chicas. —Al ver las caras de póquer de sus amigos, hizo un gesto con la mano para que se acercaran a su ordenador mientras abría un documento con la otra—. Quieren una tiara, ésta en concreto; se llama *Girls of Great Britain and Ireland*.

—¿Se llama *corona de las Chicas de Gran Bretaña e Irlanda*? —Susó alzó mucho las cejas—. Y yo que pensaba que el pueblo de mi primo tenía un nombre raro.

—¿Cómo se llama?

—Parderrubias.

Fin sonrió, pero Ágata no tenía el cuerpo para jotas... ni para muñeiras.

—Se llama así porque fue un regalo para la boda de la princesa May con el príncipe George. La historia de ese par no tiene desperdicio, pero ahora no tenemos tiempo para culebrones reales.

—No, centrémonos en la corona —corroboró Susó.

—Tiara —corrigió Ágata.

—¿No es lo mismo?

—La tiara está abierta por detrás, se puede ajustar a la cabeza; la corona es tipo casco, entra o no entra.

—¿Por qué querrán una tiara pudiendo pedir coronas más valiosas, como

esas de ahí? ¿Cómo se llaman? —Fin se acercó a la pantalla y leyó—: «Corona de san Eduardo», «corona imperial del Estado», «corona imperial de la India»... ¡Buf! ¡O ese cetro! ¿Has visto el pedazo de diamante que lleva ese cetro!

Suso se acercó.

—¡Menudo pedrolo! Pues tienes razón, la tiara esa parece una baratija en comparación.

—Chicos, ¿podéis centraros? —Ágata resopló nerviosa.

—Claro.

—Sigue.

—Una dama, lady Eva Greville, formó un comité y recaudó fondos para hacer a la futura reina un regalo de bodas. La tiara (o *baratija* para vosotros) es de oro y plata, con un montón de diamantes. En la versión original llevaba catorce perlas ahí arriba —señaló con el dedo la parte superior de la tiara—, pero luego la reina las cambió por catorce diamantes más. Es una pieza muy versátil, se puede llevar como corona, tiara y también como collar.

—Ahí tienes una buena entrada para tu blog —comentó Fin.

Ágata, que no había podido resistirse a la tentación de hacer precisamente eso, guardar la información en una carpeta para escribir una futura entrada, y que se sentía muy culpable por estar pensando en su blog en vez de en su hermana, respondió con brusquedad:

—¡Serafín! ¡No seas frívolo! —Él le dirigió una mirada dolida, pero no protestó—. ¡Estamos hablando de mi hermana, mi hermana secuestrada, por si lo has olvidado!

Suso le masajeó los hombros.

—No lo hemos olvidado. Sigue, *parruliña*. ¿Qué pasó? ¿Qué más dijeron los secuestradores?

Ágata gimió. Qué agradable sería relajarse y olvidarse de todo. Pero no podía. Sacudió los hombros para que su amigo la soltara y siguió hablando.

—Que teníamos diez días para entregarles la tiara. Que había una

exposición de las joyas personales de la reina Isabel en la Torre de Londres y que lo tendríamos más fácil para robarla allí que en Buckingham Palace.

Suso y Fin la miraron como si se hubiera vuelto loca.

—¡No me miréis así! Os repito lo que dijeron los secuestradores del demonio.

—Pero... pero...

—Es una locura...

—¡Ya lo sé!

—¿Cómo va a robar alguien una corona de la Torre de Londres?

—Una tiara. —Fin corrigió a su amigo.

—¡Es que a mí *tiara* me suena a princesa Disney con sapo! —admitió Suso con su acento musical.

Fin puso los ojos en blanco.

—¡Ésa es Tiana! ¡Tiana, no tiara!

Ágata llegó al límite de su paciencia.

—¡Aaaaaaaah!

Se levantó, separó las bolas de la cortina con rabia, salió a la churrería y de allí a la calle. El reflejo de la luz en The Shard, el enorme rascacielos con forma de pirámide recubierta de cristal, la cegó.

Refunfuñando, se acercó a un diminuto jardín que había a la vuelta de la esquina y se sentó en un banco, a la sombra de un magnolio, para relajarse un poco.

Shard significa «esquirla» en inglés y es un nombre muy bien puesto, ya que el edificio es como un enorme y amenazador trozo de vidrio que alguien hubiera colocado ahí para que Godzilla se lo clavara en el pie en un hipotético ataque apocalíptico.

Ágata tenía fijación con el tema del brillo. Era algo que debía a su hermana. Cada vez que abría su armario quedaba medio ciega con tanto lamé, lentejuelas y piedras de Swarovski. Cristina era tan aficionada al brillo que empezó a llamarse a sí misma Cristal y se burlaba del nombre de Ágata,

recordándole siempre que tenía ocasión que la piedra que le daba nombre no era una piedra preciosa, sino semipreciosa.

La pequeña de las Veragua alzó la cara e inspiró el aroma de las flores del magnolio. Junio en Londres era como mayo en España, la época ideal. Un pétalo le cayó sobre el muslo. Lo cogió en una mano y lo acarició. Era delicado, aterciopelado, cálido... y mate.

Cada vez sentía más tirria por las cosas brillantes y más afecto por las cosas mates. Había sido algo paulatino. Un día fue el brillo del vestido de su hermana, que cegaba a un incauto Roberto. Otro día, el reflejo de la luz en las pistolas de las películas, en los rifles, las bombas, los aviones. Las montañas de monedas y de lingotes de oro por los que tanta gente había matado. Otro día oyó hablar de los diamantes de sangre y su obsesión creció.

Se abrió un blog, al que llamó «Mate o brillo», porque ésa era la pregunta que le hacía el dueño de la casa de fotos a su madre cada vez que iban a revelar carretes cuando ella era pequeña. Gracias a su madre se había aficionado a la fotografía, y pronto se dio cuenta de que detrás de una cámara perdía la timidez.

En el blog subió sus fotos y vertió sus paranoias, primero en Toledo y más tarde en Londres. Había empezado convencida de que sus fotos y sus pensamientos no iban a interesar a nadie, pero, para su sorpresa, los seguidores habían aumentado rápidamente. Sabía que una parte habían llegado al blog por error. Eran argentinos, que llegaban a ella haciendo búsquedas sobre el mate —la amarga y adictiva infusión—, pero, aunque algunos se iban, otros se quedaban.

«Que el brillo del mundo no te ciegue», se había convertido en una especie de mantra del blog, con el que acababa muchas de sus entradas.

Y, como si el karma quisiera castigarla, los secuestradores exigían una de las joyas más brillantes del mundo a cambio de que su hermana Cristina no perdiera su brillo.

Ágata inspiró hondo y se levantó. Tenía que volver a la búsqueda; su

hermana la necesitaba. No sabía cómo encontrar el diamante, pero tal vez sus compañeros pudieran ayudarla a descubrir quién estaba detrás del secuestro.

Al entrar en el Churryingham Palace, se encontró con una estudiante que esperaba a que salieran a atenderla. Le vendió media docena de churros y cogió uno para ella antes de regresar a la trastienda, donde sus compañeros volvían a estar concentrados en sus ordenadores. Quiso disculparse, pero cuando entraban en su mundo virtual, ni una estudiante hambrienta ni el mismísimo Godzilla machacando rascacielos los desconcentraba. Ya se disculparía más tarde.

Pero, una vez más, sus chicos la sorprendieron.

—Estoy buscando la manera de meterme en las cámaras de vigilancia de la Torre —la informó Suso.

—Y yo en la web de la empresa de seguridad —añadió Fin, sin apartar la vista de la pantalla ni dejar de teclear.

Ágata se los quedó mirando boquiabierta. El nudo de ansiedad que se le había formado en el estómago una semana antes se deshizo un poco, dejando paso a una pequeña bocanada de esperanza.

¿Sería posible? ¿Serían capaces de apoderarse de la tiara y de rescatar a Cristina?

Se acercó a sus compañeros y los abrazó por detrás antes de sentarse en su sitio. El vínculo que se había formado entre ellos era fuerte. Sus compañeros eran muy distintos, pero los tres le despertaban un afecto sincero. Ninguno de ellos le provocaba las emociones y sensaciones que le despertaba Roberto con una sola mirada o una sola palabra, pero es que nadie lo hacía. Había tratado de salir con chicos durante los dos años que llevaba en Londres, pero las experiencias habían sido un desastre. Eran chicos guapos, amigos de Fer, con el pelo encerado y brillante, pero detrás del brillo inicial no había encontrado nada que la sedujera.

Había viajado a Toledo dispuesta a darlo todo en la boda de Inés para demostrarle a Roberto que se había equivocado de hermana Veragua, pero

nada había salido como había previsto.

Un truco de magia fallido había roto la baraja. Ahora Roberto estaba en Londres, buscando una tiara de diamantes, y Cristina no estaba en medio, al menos físicamente, pero su desaparición no ayudaba, todo lo contrario. Una cosa era competir con ella por el amor de Roberto cara a cara, de forma limpia, y otra aprovecharse de su ausencia para levantarle el novio.

Resopló y siguió buscando cualquier pista que la llevara a alguien interesado en adquirir diamantes en el mercado negro para localizar a los secuestradores. Quería encontrar a su hermana cuanto antes. Y, sí, poder volver a tirarle la caña a Roberto era una de las causas. Sabía que no iba a ganar el premio a mejor hermana del año, pero era inútil negar lo que sentía. Había nacido el 3 de noviembre; era escorpio y se obsesionaba con las cosas, las vivía con intensidad. Y si había una OBSESIÓN con mayúsculas en su vida era Roberto.

6

Fantasía azul

La Torre de Londres ha sido un símbolo de poder en la ciudad desde el siglo XI. Aunque no se construyó como cárcel, ha servido como tal durante siglos. Y no sólo de seres humanos, ya que la costumbre de regalar animales a los reyes hizo que entre sus muros acabaran viviendo en cautividad tigres, leones, monos, elefantes... y hasta un oso polar.

Si visitas hoy la Torre, sin duda quedarás deslumbrado por el brillo de las joyas reales que allí se custodian, pero no hay brillo que pueda compararse con el de los ojos de los animales en libertad. En este caso, no tengo ninguna duda. Brillo, por favor.

DEL BLOG «MATE O BRILLO»

—Sí, mamá. Estoy comiendo bien. —Roberto levantó la vista al cielo. Era una mentira piadosa. Seguro que si Jesús hubiera viajado a Londres y la Virgen María le hubiera preguntado si comía bien, le habría dicho que sí para tranquilizarla—. Ya te lo he dicho, mamá. No me dio tiempo a pasar por casa para despedirme. Ya, ya, cuando vuelva me riñes; tengo que colgar. No, no sé cuándo volveré. Vale, mamá. Me abrigaré. —Miró el cielo despejado. Hacía calor, pero era inútil tratar de hacérselo entender a su madre. Otra mentira piadosa a la saca—. Un beso a papá. ¡Sí, sí, claro, para ti también! ¡Uy, qué celosona eres!

Se guardó el móvil en el bolsillo y recuperó el bocadillo de bratwurst que había comprado en un mercado de comida que había encontrado no muy lejos de la Torre de Londres justo antes de que lo llamara su madre. Casi todo lo que vendían en el mercadillo era orgánico, vegano, local, ecológico y mil cosas más, pero él necesitaba un chute de carne, con sus grasas saturadas y todas las salsas que había podido echarle por encima.

Abrió mucho la boca, mordió el bocadillo con ansia y un churretón de salsa salió disparado por el lado contrario, yéndole a parar a los pantalones, a la altura del muslo.

«Lo que faltaba. El broche perfecto para un día de mierda.»

—Anda, anda, que te has puesto perdido —oyó una voz a su lado.

Se volvió hacia la voz femenina, sorprendido al oír hablar en español en la capital londinense. Empezaba a darse cuenta de que debía andarse con cuidado al hablar por teléfono. Londres cada vez se parecía más a Nueva York y era muy fácil encontrar gente hablando español. Cosas de la crisis.

—Ya ve. ¡Qué desastre!

La mujer que le había hablado estaba rebuscando en su gran bolso. Sacó unas toallitas húmedas, retiró lo gordo de la mancha y luego le espolvoreó el pantalón con polvos de talco, haciéndolo estornudar.

—No, atchaaá, no hace falta...

—No me discutas, que si de algo sé es de limpieza. Lo hago por tu madre, que no te tiene cerca. A mí también me gustaría que alguien cuidara de mis niños, que se han quedado en Móstoles con su abuela.

—Pero yo ya no soy un niño.

La mujer, que tendría unos cuarenta y cinco años, le dirigió una sonrisa maternal mientras le sacudía los polvos sobrantes con unas caricias en el muslo que de maternal tenían muy poco.

—Ya lo noto, hijo. Has crecido, y ¡has crecido muy bien! ¡Ole el producto nacional! —Le apretó el muslo con entusiasmo—. ¡Viva la marca España!

«¡Joder!, va a saco la compatriota. Para marca, la que me ha dejado en la pierna.»

—Verá, señora...

—¿Señora? —exclamó ella indignadísima, como si le hubiera soltado el peor insulto posible—. ¡Entre expatriados no nos andamos con formalidades! Llámame Carmen. Y, como vuelvas a hablarme de usted, ¡te vas a enterar!

—Ah..., vale, Carmen. No quería molestarla... ¡Molestarte! No quería

molestarte.

Ella asintió complacida.

—Mejor así.

—Es que acabo de llegar. De hecho, no vivo aquí, estoy de paso y no conozco las costumbres.

—Ah, ¿hombre de negocios?

Roberto abrió la boca, pero en vez de responder, le dio un bocado al bratwurst para ganar tiempo mientras decidía qué contarle y qué no.

Carmen decidió llenar el silencio. Lo que más echaba de menos de España, aparte de sus tres hijos, era poder comentar las cosas cotidianas con alguien en cualquier momento, por eso aprovechaba cada vez que se encontraba con algún compatriota para hablar de lo que fuera.

—Yo llevo aquí varios años. Vine porque con lo que ganaba en España de limpiadora no podía sacar adelante a mis tres tesoros. Mi marido nos dejó y sólo tengo a mi madre, que me ayuda. ¡Suerte de ella! —Roberto ladeó la cabeza y trató de tragar, pero la mujer alzó la mano—. ¡Mastica bien, no te me vayas a atragantar! Y, si querías decir que sientes lo de mi marido, te lo puedes ahorrar. Estamos mejor sin él. Se gastaba todo el sueldo en vino y en casas de apuestas, el muy... Era un sinvivir. —Roberto asintió y dio un trago a la cerveza IPA artesana que había comprado para acompañar la salchicha—. Aquí estoy mejor que quiero. Tengo un buen sueldo, me lo paso bien con mis compañeras de piso y, con lo que envió a casa, mi madre y los niños viven sin apreturas. ¡Estoy mejor que la reina de Inglaterra! —Se echó a reír.

Roberto le devolvió la sonrisa porque el entusiasmo de la limpiadora era contagioso.

—Pues me alegro, Carmen. Yo he venido de viaje de negocios, sí. Tenía un rato libre y he venido a visitar la Torre de Londres.

—¡Anda, pues qué casualidad! Yo trabajo ahí. De momento. —El brillo de sus ojos se apagó—. Tengo miedo de que me despidan con la excusa del *brexít*. Las cosas se están poniendo jodidas para los extranjeros.

«Mierda —se dijo Roberto—. Trabaja allí. ¿Y si me la encuentro cuando vuelva?»

Porque tenía que volver. Tenía que conseguir la maldita tiara como fuera. Lo malo era que no tenía ni puñetera idea de cómo hacerlo, así que se lanzó a la caza de información. No tenía nada que perder.

—He estado visitando el tesoro. Un compañero de trabajo me dijo que la exposición temporal de joyas de la reina Isabel era espectacular.

Carmen sacudió una mano en el aire.

—¡No veas el joyero que tiene esa mujer! A ella la crisis le da igual. Empeña un cepillo de la abuela con dos pedrolos en el mango y pasa todo el año.

—Pues sí, aunque no creo que en Londres hayan notado mucho la crisis.

—Uy, sí. Aquí también llegaron los recortes. Mira, ¿ves a ese tipo que se acerca?

Roberto miró hacia donde señalaba Carmen y vio a un hombre de unos cincuenta años, vestido con traje de paño de tres piezas, lazo en vez de corbata y el pelo peinado hacia atrás. Tenía los ojos muy azules, como el cielo de ese día primaveral. Al ver que el hombre se dirigía hacia ellos, bajó el bocadillo, que había estado a punto de volver a morder.

—¿Sí?

—Es Guille.

—¿También es español?

Carmen se echó a reír.

—¡No! Lo llamo Guille porque me cuesta mucho pronunciar su nombre. ¡Guille! ¿Podrías decirle a mi amigo Roberto cómo te llamas?

El hombre se detuvo ante ellos y dijo con la misma pompa que si estuviera anunciando la entrada de un conde en Almack's, el exclusivo club londinense que, por ironías del destino, podría acabar siendo una tienda de Zara, ya que Amancio Ortega lo había comprado en 2016.

—*I'm William Fitzpatrick Bridgewater Cramborough, pleasure.*

Carmen se levantó y le hizo una reverencia. Roberto se contagió de la solemnidad del ambiente, dejó el bocadillo en el banco y le ofreció la mano al recién llegado. El resto de la conversación tuvo lugar en una mezcla de castellano e inglés, en el caso de Carmen, un inglés con acento de Móstoles que a Roberto le pareció adorable.

Resultó que William, a pesar de su nombre y sus modales impecables, no era un noble, sino uno de los *beefeaters* del histórico edificio, los históricos guardias que de un día para otro habían tenido que recoger sus cosas y marcharse a casa por culpa de una prejubilación.

Para William, la Torre era su vida entera, y no había día que no se pasara por allí para comprobar que todo siguiera en su sitio, tal como lo había dejado.

—Acábase su comida, joven, que se le va a enfriar, y una salchicha fría no vale nada —lo animó William guiñándole un ojo a Carmen, que se echó a reír a carcajadas.

Roberto no se hizo de rogar y, cuando se acabó el bocadillo, volvió con ellos a la Torre. De la manera más inesperada, había conseguido un guía particular con todo el tiempo y las ganas del mundo para contarle la vida y milagros de cada una de las joyas que se guardaban en la antigua fortaleza y prisión. Cuando, cuatro horas más tarde, salió de la Torre, sus ojos marrones brillaban más que las joyas de la exposición.

Collares de bolas... de madera

¿Sois más de azúcar blanco o moreno?

En casa de mi madre nunca entró el azúcar moreno. Demasiado oscuro, demasiado mate para mi exclusiva familia, supongo. Recuerdo colarme en el salón cuando mi madre tomaba el té con sus amigas y robarles algún terrón del azucarero de plata. ¡Me sentía una pirata robando un tesoro! Aunque no me llegaban ni a la puerta del vestíbulo. Se derretían en la boca y las mejillas me dolían por el chute de azúcar. ¡Ah! Luego se pusieron de moda las piedras de azúcar. ¿Cómo lo llamaban? ¿Azúcar candi? Las guardaba en mi habitación, junto a mis minerales, hasta que entraron hormigas y mi madre dejó de comprarlo.

Cuando llegué a Londres descubrí el azúcar moreno en el bar de la universidad. Me lo ofreció el camarero antillano, con su piel oscura y cálida como el cielo del Caribe, y desde ese día soy su mayor fan. Oscuro, mate, con fundamento. Al azúcar moreno, me refiero. A Manuel René III también, pero ésa es otra historia.

DEL BLOG «MATE O BRILLO»

—¡Ágata! —gritó Roberto, abriendo con ímpetu la cortina de bolas que separaba el Charringham Palace de la zona de ordenadores y pillando a Suso con las manos en la masa.

—No es lo que parece —se defendió el de Rivadavia con la boca llena.

—¿No? ¿No le estás dando un *bocao* al fuet de Fer? Entonces ¿qué es?, ¿un *pendrive* de última generación que te estás conectando en la boca?

—¿Podemos cambiar de tema, que uno no es de piedra? —Fin, que compartía con Ágata las calenturas que le provocaba Roberto, se abanicó con uno de los cucuruchos de papel donde vendían los churros, haciendo que granos de azúcar salieran volando sobre su teclado—. ¡Mierda, joder! —

Cogió una brocha que tenía a mano, porque no era la primera ni sería la última vez que le pasaba, y empezó a limpiar el teclado como un poseso.

Roberto sacudió la cabeza y sonrió. Nunca se habría imaginado a la hija pequeña de su jefe viviendo de esa manera en Londres. Durante los últimos dos años había chateado bastante con ella. Empezó dejándole un comentario en su blog y, a partir de ahí, habían comenzado a comentar temas de actualidad que a Cristina no le importaban en absoluto. Ágata le había hablado de sus compañeros de piso, del negocio de churros, de las clases..., y le había dado consejos para aplacar a Cristina cuando se enfadaba. Se alegraba de tenerla en su vida. Era la perfecta cuñada, a la que veía como una hermanita pequeña... casi siempre.

—¿Dónde está Ágata?

—Ha salido a correr para despejarse un poco la cabeza —respondió Fin, que con la brocha en el aire parecía un artista posmoderno haciendo una *performance*—. ¿Alguna novedad? Se te ve contento.

Roberto agachó la cabeza. Nunca se le había dado bien mentir. Según Pedro Veragua, ése era su punto débil, algo en lo que tenía que trabajar si quería llegar lejos a nivel profesional. Pero, aunque Ágata confiaba plenamente en sus compañeros de piso, él prefería mantener las cosas en privado mientras fuera posible.

—No, nada. —Negó con la cabeza y se dirigió a la escalera—. Iré a ducharme antes de que vuelva.

* * *

Diez minutos después era Ágata la que hacía sonar la cortina de bolas de la entrada.

—¡Hola, chicos! —Rodeó la sala, plantando un beso en la cabeza a Fin y otro en la gorra a Suso sin dejar de correr, y subió los escalones de dos en

dos, llena de energía y optimismo—. Qué bien sienta estirar las piernas. ¡Tendríais que probarlo!

—Lagarto, lagarto —murmuró Suso. Sin apartar la vista de la pantalla, comentó—: Oye, ¿no tendríamos que avisarla de que su cuñado está en la ducha?

Al otro lado de la barrera de ordenadores, Fin hizo una bola con el cucurucho de papel y se la lanzó, alcanzándolo en la cabeza, entre las dos latas de refresco que llevaba sujetas a la gorra.

—Ni se te ocurra.

* * *

El baño estaba en silencio. Cuando Ágata abrió la puerta para desnudarse dentro, la recibió una nube de vapor de agua. Se había quitado la camiseta de microfibra violeta cuando se dio cuenta de que entre el vapor aparecía un ser más mitológico que el monstruo del lago Ness. Al menos, para ella. Porque el torso sobre el que se deslizaban gotas de agua, lamiendo pectorales y abdominales, no era un torso cualquiera. Eran los músculos con los que llevaba dos años fantaseando en la intimidad de su habitación.

Aunque compartía casa con tres solteros veinteañeros y no era una beata precisamente, no había tenido tentación de acostarse con ninguno de sus compañeros. Fer estaba como un queso de su tierra manchega, cierto, pero cuando el catalán había llamado a la puerta de sus sueños, Roberto había abierto en su lugar y lo había enviado a freír churritos, antes de volverse hacia ella y desarmarla con su sonrisa.

El Roberto de sus sueños era un hombre decidido, seguro de sí mismo y de lo que quería. Y siempre quería lo mismo: a ella. A poder ser desnuda, pero, si no, ya se encargaba él de ponerle remedio a la situación. Cuando Roberto hacía su aparición, su ropa acababa sobre la lámpara de la mesilla, o a los

pies de la cama, o colgando de la figurita de la reina de Inglaterra que saludaba moviendo la mano a lado y lado.

Luego desaparecía la ropa de Roberto. A veces se desnudaba él solo. Otras lo ayudaba ella. A veces lo tiraba sobre la cama de un empujón y le desabrochaba la camisa, botón a botón, rozándole el torso con la punta de los dedos mientras descendía, disfrutando al ver la masculina piel erizarse a causa de sus caricias.

Otras veces, demasiado excitada y ansiosa, lo hacía caer al suelo junto a la puerta de la habitación, se montaba sobre su cintura y frotaba su sexo —que se humedecía sólo con verlo— sobre la erección que nunca faltaba a la fiesta.

Le encantaba volverlo loco de deseo. Ver cómo sus ojos se abrían por la sorpresa, pero enseguida se empañaban de lujuria y se entornaban mientras la agarraba con fuerza por las caderas y hacía que bailara sobre él, dándole el primer orgasmo de la noche.

Que nunca era el último.

Porque si algo tenían en común el Roberto de sus sueños —Robbie, como lo llamaba siempre entre jadeos y gemidos— y ella, era la imaginación. La vida sexual imaginaria de Ágata era intensa, rica y variada. Tan variada como las posturas que le sugería al oído el abogado, haciéndola estremecer ya antes de ponerle una mano encima.

En sueños, Ágata y Roberto lo habían hecho en la habitación, sobre la cama —y debajo también, pero sólo una vez porque fue muy incómodo—, sobre la cómoda, apoyada en la pared —y apoyado él, mientras ella se arrodillaba a sus pies—, en la encimera del Churringham Palace y hasta bajo la estatua de Nelson en Trafalgar Square.

Donde no lo habían hecho nunca era en la ducha, tal vez porque la primera vez que Ágata se desnudó en la habitación y fue corriendo hasta el baño se encontró a sus tres compañeros en el pasillo, y las miradas que le dirigieron —una divertida de Fer, una de «qué me estás contando» de Fin y otra

directamente babeante de Suso— hicieron que la ducha desapareciera de sus lugares eroticofestivos favoritos.

«Pues qué lástima —se dijo mordiéndose el labio—. Porque tiene muchísimas posibilidades.»

Convencida de que todo era fruto de su desatada imaginación —que estaba en plena forma tras dos años de montárselo en sueños con Roberto—, tardó un par de segundos a lo sumo en lanzarse sobre su cuerpo desnudo, empotrarlo contra las baldosas de la ducha y beberse las gotas de agua que se desprendían de su pelo y le caían por el cuello.

—Mmmm —gimió cuando la deliciosa erección se clavó en su vientre a través de la delgada tela de sus mallas deportivas.

—Ágata —se defendió él, con la voz ronca y poco convencida—, no, no debemos... Tu hermana...

«Eh, no, la culpabilidad no cabe en mis fantasías.»

—¡Ah, no! Por ahí no paso. Mi hermana te tiene en la vida real. En mis sueños sólo se entra con invitación. ¡Hay derecho de admisión! Tú tienes pase vip, pero la petarda de Cristina no. Cuando acabe con lo que tengo entre manos —siguió diciendo, acariciándole el torso y descendiendo hasta sus caderas, desde donde tomó el desvío que llevaba a sus nalgas y apretó con ganas—, volveremos a hacer lo que haga falta para encontrarla, pero ahora no pienso soltarte. —Lo atrajo hacia ella y los ojos de Roberto llamearon.

—Entonces ¿estamos en tu fantasía? —preguntó él esperanzado, agarrándola también por las nalgas, por encima del pantalón de deporte, y bajando la mirada hacia sus pechos. Aunque el sujetador deportivo (práctico y demasiado decente para la ocasión) los cubría casi por completo, la mirada de Roberto hizo que Ágata sintiera que llevaba un sofisticado *balconette* de encaje.

—Ajá. —Ella se echó un poco hacia atrás, para darle acceso y que pudiera mirar a gusto—. Soy la reina de las fantasías.

—Pues *God save the Queen* —murmuró él con la voz ronca antes de

agachar la cabeza y recorrerle con la lengua la línea del escote, tratando de colarse bajo la tela.

A Ágata se le doblaron las rodillas.

«Joder, estas fantasías cada vez son más vívidas.»

Los pechos se le habían hinchado y endurecido al sentirse deseados. Al notar su debilidad, Roberto la sujetó con más fuerza por las nalgas para seguir teniendo sus pechos a la distancia adecuada. Su lengua parecía haber cobrado vida propia. Le lamió los pechos como si fueran las primeras bolas de helado del verano, con ansia y reverencia y, al llegar al valle central, aprovechó para colarse dentro y atacar con más ímpetu.

Ágata se estremeció de arriba abajo y los pezones se le endurecieron rápidamente, clavándose contra la tela, reclamando atención.

Roberto gruñó, sintiendo la misma impotencia que ella al no alcanzar su objetivo. Los dientes se unieron a la refriega. Mordió la tela y trató de retirarla, pero el material elástico no se lo ponía fácil. Con un nuevo gruñido de frustración que Ágata notó retumbar en su vientre, él le soltó las nalgas, buscó la parte baja del sujetador y lo levantó lo justo para poder acceder a sus pezones. Cuando alcanzó el primero y lo marcó con los dientes, ella contuvo el aliento. Su placer y su dolor estaban en manos de ese hombre, pero no tuvo miedo. Lo conocía bien. El Roberto de sus sueños se desvivía por su placer. Cuando le apretó las nalgas con más fuerza, clavándole los dedos y succionando el pezón con la misma intensidad, Ágata gritó y echó la cabeza hacia atrás, abandonándose a las sensaciones.

Por lo general, en sus fantasías era mucho más activa. Y no era que no le apeteciera hacerle de todo. Las manos le cosquilleaban de ganas de deslizarse por su vientre y acariciarlo con avaricia, pero lo que le estaba haciendo era tan delicioso que no podía ni quería pararlo.

Él deslizó los dedos medios desde las nalgas hacia su sexo y Ágata se olvidó de respirar. Las sensaciones eran tan intensas que estaba a punto de

perder el control; tanto que sospechó que estaba siendo la conejilla de Indias de alguno de sus compañeros.

«¿Quién demonios me ha puesto sensores eléctricos en las mallas? Lo de los tejidos inteligentes está llegando demasiado lejos.»

Cuando él alzó los ojos, leyó en ellos la misma frustración que estaba sintiendo ella. Y, cuando los meñiques se le desplazaron unos milímetros hacia el interior de sus nalgas, acercándose peligrosamente a su entrada más secreta, con las chispas que saltaron entre los dos se podría haber alimentado un cartel luminoso en la puerta del Churryingham Palace.

—No quiero irme nunca de tus sueños, Ágata —susurró Roberto.

Ella estaba a punto de decirle que no se preocupara, que ya se encargaría de que no pudiera salir nunca, cuando la puerta del baño se abrió con brusquedad.

—*Collons!* —exclamó Fer al ver la caliente escena.

—¡Joder! —Roberto la soltó de golpe.

—Pero ¡¿qué coño haces en mi sueño, Fer?!

—Pues, a ver, yo quería mear... —respondió con la mirada clavada en los pechos de su compañera de piso—. Pero, vamos..., que ya me espero.

—¡Aaarg! —Ágata se bajó el sujetador indignada, empujó al uno y al otro y salió del baño con toda la dignidad que fue capaz de reunir.

Se metió en su habitación y cerró la puerta con el pestillo que había colocado ella misma cuando sus compañeros se instalaron en la casa, el pestillo que puso para poder fantasear con Roberto sin miedo a interrupciones.

Interrupciones como la de Fer.

En el baño.

Donde había estado a punto de montárselo con Roberto.

¡Con un Roberto real!

Se lanzó sobre la cama boca abajo, cogió la almohada y se tapó la cabeza. Tal vez si apretaba con la fuerza suficiente, todo desaparecería y no tendría que salir a enfrentarse con la realidad nunca más.

—¡Ágata!

«¡Mierda, Roberto! Si no respondo, igual se va.»

—¡Ágata! Abre, tenemos que hablar.

«Perfecto, aún no hemos empezado nada y ya quiere dejarme. Creo que acabo de batir algún récord.»

Fiel a su plan de mantenerse callada e inmóvil debajo de la almohada hasta que el mundo desapareciera, no respondió. No era un gran plan, pero de momento no tenía otro mejor. Al cabo de unos diez minutos, volvieron a llamar a la puerta.

—Ágata, soy yo. —Era la voz de Fin—. Roberto se ha marchado. Traigo churros con chocolate, ábreme.

Su estómago la traicionó rugiendo como si fuera uno de los leones que habían vivido prisioneros en la Torre de Londres durante siglos.

«Dichoso Fin, cómo me conoce.»

Sabía que no podía pasarse la vida encerrada, igual que sabía que tendría que volver a mirar a Roberto a la cara en algún momento, pero aún no podía; la vergüenza que sentía era demasiado fuerte. Tampoco tenía ganas de enfrentarse a la mirada de cachondeo de Fer, pero con Fin se veía capaz de hablar. De hecho, hasta le vendría bien para aclararse las ideas.

Abrió la puerta y, efectivamente, ahí estaba Fin, con una taza de chocolate en una mano y un plato con churritos en la otra. Y, si en algún rincón de su abrumado cerebro alguna neurona se hubiera preguntado cómo había llamado el maño a la puerta, habría encontrado la respuesta junto al traidor de su amigo.

«¡Examigo! ¡Judas!»

—Gracias, Fin. —Roberto le quitó el chocolate y los churros de las manos y entró en la habitación.

Ágata se llevó dos dedos a los ojos y luego los giró en dirección a Fin en un gesto amenazador.

Él tragó saliva y cerró la puerta, dejándolos de nuevo a solas.

La habitación era pequeña. Tenía una cama antigua, con doble cabecero de barrotes metálicos, color bronce envejecido, que había comprado en Portobello Road al poco de llegar a Londres. Fue amor a primera vista. Fue verla y recordar los buenos ratos que había pasado de niña viendo *La bruja novata*. Se había acercado a la cama y había hecho girar uno de los pomos, deseando que la cama se elevara y la llevara a Toledo, junto al río, donde el Roberto de sus sueños siempre la esperaba.

Pero ese mismo Roberto —en su versión mejorada porque podía olerlo y tocarlo— estaba allí, señalando la cama con la cabeza y preguntando:

—¿Puedo?

«¡Joder, joder, joder! Ni te imaginas la de virguerías que puedes hacer en esa cama individual. Te lo digo yo, que las he vivido todas. ¡Ágata, responde, pava!»

—Sí —contestó, y se aclaró la garganta, porque se le había secado—, siéntate, no hay más silla que ésa.

Roberto miró a su alrededor con el ceño fruncido.

—¿Cuál?

Ella hizo una mueca.

—La que desapareció en combate debajo de esa montaña de ropa.

«Si mira que te lo tengo dicho. Ordena la ropa, ordena la ropa, puffff.»

—Toma. —Roberto se sentó y le entregó el vaso de chocolate caliente. Dejó el plato de churros en la cama y la palmeó, haciendo saltar granos de azúcar por los aires, para que se sentara a su lado.

Ella lo hizo y apoyó la espalda en los barrotes de los pies de la cama, cerca de su pomo mágico. Si las cosas se ponían feas y lo frotaba con el suficiente énfasis, tal vez saldría volando de allí. Daba igual si no acababa en Toledo. Mientras estuviera lejos de la mirada penetrante de Roberto, cualquier sitio le valía.

Ágata bebió con cuidado, pero el chocolate ya se había enfriado lo suficiente para no quemarse, y el siguiente sorbo lo dio con ganas.

Roberto la estaba mirando con atención. No, no era atención, era... hambre.

—Y tú, ¿no tienes?

—No, pero podemos compartirlo. —Cogió un churro, lo mojó en el chocolate y se lo acercó a la boca.

Ágata tragó saliva y separó los labios.

Los ojos de Roberto eran del mismo color del chocolate, y la mirada que le estaba dirigiendo la encendió por dentro mucho más que la bebida caliente.

Mordió el churro con los dientes, pero la mano de Roberto tembló al final, y parte del chocolate le quedó en la comisura de los labios. Los ojos de Roberto brillaron de repente, como si alguien le hubiera subido el fuego a la olla en la que se calentaba el chocolate. Él alzó la mano, le sujetó la barbilla con los dedos y, con el pulgar, se lo retiró antes de que ella pudiera hacerlo desaparecer con la lengua.

Cuando Roberto se llevó el dedo a la boca y lo succionó, entornando los ojos; fue el turno de Ágata de ponerse mala, malísima.

A punto estaba de tirar el chocolate sobre la odiosa moqueta de la habitación, de mandarlo todo a tomar por culo y de abalanzarse sobre él para devorarlo sin azúcar por encima, pero Roberto se levantó bruscamente y recorrió los dos metros que separaban la cama de la ventana.

Avergonzada, ella agachó la mirada hacia el edredón de flores verdes y lila, pero no tuvo tiempo de perderse en inseguridades porque él empezó a hablar con decisión.

—Tú y yo tenemos una conversación pendiente, Ágata.

Al oír su nombre en sus labios se estremeció, como siempre, y buscó con la mirada al dueño de sus estremecimientos.

Estaba recortado contra la ventana y al fondo, a su derecha, The Shard reflejaba la luz con tanta fuerza que se tapó los ojos haciendo visera.

Al darse cuenta de su incomodidad, Roberto cerró la cortina, también de flores verdes y lila, a juego con el edredón, y se acercó de nuevo a la cama.

—Yo... yo siento lo que... —balbuceó ella.

Roberto se sentó, le quitó el vaso de la mano y lo dejó en la mesilla de noche antes de agarrarla de las dos manos y apretárselas con fuerza.

—Ni se te ocurra decir que sientes nada de lo que ha pasado entre los dos. —Esperó a que ella negara con la cabeza para seguir—. De eso hablaremos en otro momento, pero tengo novedades, Ágata. He conocido a unas personas en la Torre de Londres, luego te cuento los detalles, pero... —La miró como si estuviera a punto de desvelarle el final de «Juego de tronos» y se inclinó hacia ella para susurrarle—: Sé cómo acceder a la tiara.

Ágata contuvo el aliento y, durante un instante, no supo si alegrarse o no.

Las joyas de la Corona

En un documental de la BBC que vi anoche, la reina de Inglaterra contaba que no puede agachar la cabeza cuando lleva puesta la corona imperial del Estado porque es tan pesada que se le podría romper el cuello. Me pareció una bonita metáfora. Si un soberano agacha la cabeza o, lo que es lo mismo, escucha a su pueblo, empieza perdiendo autoridad y puede acabar perdiendo la cabeza. Y de eso en este país saben mucho, que se lo pregunten a Ana Bolena.

¿Coronas? No, gracias, prefiero las Coronitas. Y, si tienen una buena capa de hielo por encima que opaque el brillo y refresque la garganta, mucho mejor.

DEL BLOG «MATE O BRILLO»

A Ágata le iba el corazón a mil por hora. Vestidos con vaqueros, zapatillas deportivas y camisetas que habían comprado en Camden para la ocasión — gris, con el logo de The Beatles para él, negra con la lengua de los Rolling Stones para ella—, Ágata y Roberto esperaban escondidos entre un gran armario de madera maciza y el muro de piedra a que Guille —William Fitzpatrick Bridgewater Cramborough— acabara de quitarse el uniforme de *beefeater* y lo guardara en el armario.

Aunque ya no trabajaba allí desde la prejubilación forzosa, Guille pasaba por la Torre casi todos los días y, cuando uno de sus excompañeros le comentó que había pedido cambio de turno para poder ir a ver el concierto de su hijo pero que no se lo habían concedido, Guille estuvo al quite y se ofreció para sustituirlo durante la última hora.

Fue él el que los metió en la sala donde se cambiaba el personal cuando faltaba poco para la hora de cierre, y el que se despidió de Carmen con

corrección, pero asegurándole con la mirada que más tarde la saludaría como deseaba.

La mostoleña empezaba turno de limpieza poco antes de que cerraran las instalaciones. Al ver que su Guille se iba sin darle un beso de despedida, fue ella quien se lo robó. El guardia se marchó colorado como la corona que decoraba su uniforme, y Ágata se aguantó la risa.

—¿Qué pasa? —le susurró Roberto al oído, haciéndola estremecer.

Ella se llevó un dedo a los labios, pidiéndole que guardara silencio, y él siguió la dirección del dedo con la mirada.

—¿Qué hacen?

Los ojos de Ágata se encendieron como si fueran dos esmeraldas de la tiara de la reina Victoria. Agarró a Roberto por el cuello de la camiseta y tiró de él para eliminar la escasa distancia que los separaba y unir sus labios en un beso.

Él gimió y le deslizó una mano por debajo de la camiseta, disfrutando de la suavidad de su piel.

«Roberto, esto está mal. Está mal de mil maneras distintas. Céntrate, por lo que más quieras. Necesitas todas tus neuronas para hacer lo que estás a punto de hacer. Que no es montártelo con Ágata en un cuartito de la Torre de Londres. ¡Es robar una de las joyas de la Corona inglesa! ¡Ay, Dios!»

Había intentado convencerla para que no fuera, pero había comprobado de primera mano que era tozuda como una mula de Tomelloso, así que ahí estaban los dos, una vez más, en un recinto amurallado en el que no deberían estar, como en el puente de Alcántara.

En su defensa, los argumentos de la hija pequeña de su jefe habían sido difíciles de rebatir. Levantando los dedos uno a uno, le había dejado claro que iría.

Porque le daba la gana.

Porque Cristina era su hermana.

Porque él la necesitaría si las cosas se ponían chungas, ya que había visto en mil películas que los protagonistas escapaban fingiendo darse el lote en un

callejón mientras los malos pasaban de largo.

Cuando él había alzado una ceja, Ágata había añadido que, si prefería besarse con Guille, pues adelante; que ella no tenía nada en contra de los besos entre personas del mismo sexo y que, además, Guille se daba un aire a Daniel Craig que no estaba nada mal, pero que no creía que a Carmen le hiciera gracia y que...

Sí, había tenido que besarla en su habitación para que se callara de una buena vez.

Al menos, ésa había sido su excusa.

La misma excusa que acababa de usar ella para besarlo en su escondite tras el armario.

Se separó de Ágata, rompiendo el beso. Ella siguió unos segundos con los ojos cerrados, disfrutando de las sensaciones. Cuando los abrió, trató de recuperar la seriedad que exigía el momento.

—Esto es lo que estaban haciendo. He preferido demostrártelo sin palabras para que no nos descubran —susurró muy digna, retorciéndose el pelo que se había recogido en una cola de caballo. Le pareció un peinado más discreto que las dos moñetas a lo Björk. Se trataba de pasar por una pareja de turistas, de llamar la atención lo menos posible.

Él alzó una ceja con ironía. Cuando estaban juntos, ninguno de los dos era capaz de resistirse a la atracción mutua. En otras circunstancias, estaría bien explorar adónde los llevaba esa atracción, pero no era el momento ni el lugar.

—Claro —replicó, tirándole del pelo con suavidad.

En ese momento, el móvil de Ágata le vibró en el bolsillo de los vaqueros. Con una mueca, trató de alcanzarlo, pero Roberto se le adelantó y la hizo estremecer cuando notó su mano deslizándose sobre su cadera por encima de la tela.

Ágata le arrebató el teléfono y resiguió con el dedo el código para desbloquearlo. Roberto pegó la cabeza a la suya para mirar la pantalla. Era la señal que esperaban: un emoticono en forma de *pretzel* o, lo que es lo mismo,

una galleta salada en forma de nudo, que les indicaba que Suso y Fin lo tenían todo atado y bien atado.

Tras la conversación en la cama, la misión Tiara se puso en marcha. Sabían que ellos dos solos no lograrían su objetivo; necesitaban refuerzos, y los tenían. Roberto aportó a Carmen y a Guille, que, al conocer su historia, se habían ofrecido a ayudarlos con el entusiasmo de dos adolescentes. Ágata aportó a Suso y a Fin, que se habían entregado a la causa con fervor. Estaba segura de que Fer también los habría ayudado si se hubiera enterado, pero estaba al principio de una relación con la francesita de los churros y, durante esa etapa, en su cabeza sólo había sitio para una cosa, dos a lo sumo, situadas una a cada lado del esternón de la susodicha.

Guille se encargaría de que pudieran quedarse dentro de la Torre cuando cerraran al público. Si los pillaban, su coartada sería un calentón. Ninguno de los miembros del Comando del Chorro Justiciero dudaba que resultarían convincentes. Lo del nombre de la banda había sido cosa de Fin; fue su condición a cambio de colaborar en el «golpe». Suso había colaborado bautizándolo como «misión Tiara». Lo de golpes, robos y bandas era demasiado vulgar. Ágata había puesto los ojos en blanco y había aceptado. Si las condiciones de sus amigos eran llamarse *comando* y hablar de *misiones*, pues que así fuera. Cuando las cosas se escapan de toda lógica y caen en el surrealismo, ya no viene de un poco más. Y, sin sus compañeros, su misión sería más imposible que la de Tom Cruise.

Fin y Suso habían entrado en el programa que controlaba las cámaras de seguridad, habían copiado un trozo de grabación de diez minutos y lo habían pegado en bucle. Y eso era lo que estarían viendo los encargados de seguridad en su puesto de vigilancia.

Con la relativa tranquilidad que les daba saber que nadie los veía desde el exterior, Ágata y Roberto salieron sigilosamente de la sala de personal y se dirigieron hacia la zona donde se exponía la colección de joyas personales de la reina.

A medio camino les llegó la voz de Carmen hablando en su inglés poco normativo pero muy efectivo, porque se hacía entender con todo el mundo.

La limpiadora estaba mostrándole al guardia de seguridad nocturno un vídeo de su hija mediana, que estaba enamorada de Rosalía y se pasaba las tardes cantando y bailando flamenco-*trap*.

—¡Ole, mi niña! —exclamó mientras con la cabeza le hacía un gesto a la pareja para que entraran en la sala.

Así lo hicieron.

Ágata siguió a Roberto, que entró primero, con un nudo en el estómago. El corazón le latía con tanta intensidad como si tuviera dentro del pecho a la propia Rosalía repitiendo en bucle «tra-tra, tra-tra, tra-tra».

Tras varios días visitando la exposición, fue directa a la vitrina donde se exponía la elegante tiara. Ágata, que no la había visto más que en la pantalla de su ordenador, acalló una exclamación. Era una preciosidad.

—Pues ya estamos aquí —dijo Roberto, secándose el sudor de las manos en los pantalones.

—Bien. ¿Y ahora qué hacemos? —Ágata lo miró con tanta fe que Roberto se odió por no poder estar a la altura de sus expectativas.

—Eso me gustaría a mí saber —respondió entre dientes.

—¿No sabes abrir la vitrina?

—No. ¿Y tú?

Ella lo miró mal y admitió:

—Tampoco.

—Pues habrá que romperla. —Cuando Ágata alzó una ceja, él añadió—: ¿Alguna idea mejor?

Ella negó con la cabeza y miró a su alrededor.

—¿Dónde hay una armadura cuando se la necesita? —murmuró.

Roberto localizó una papelera y se acercó con ella en la mano. La levantó por encima de la cabeza y estaba a punto de golpear la vitrina cuando a ella le

entró otro mensaje en el móvil. Deteniendo el brazo de Roberto con una mano, leyó el mensaje de Fin:

Dejad de hacer el capullo. Yo la levanto.

La pareja se miró a los ojos un instante.

Ágata carraspeó muy digna, y Roberto dejó la papelera en el suelo mientras, frente a ellos, la vitrina se alzaba silenciosamente.

Él levantó los brazos, pero se detuvo a un par de centímetros de la tiara y miró a lado y lado. Le habían venido a la cabeza imágenes de películas de Indiana Jones y temió que salieran disparadas flechas envenenadas de huecos en la pared.

No supo el tiempo que pasó paralizado por el miedo, pero fue tiempo suficiente para que Ágata sacara una caja redonda de la mochila negra que llevaba a la espalda.

—Toma, aguanta —le susurró ella—. ¡Ábrela!

Él abrió primero la caja de cartón decorada y luego unos ojos como platos al ver que dentro había una especie de serpiente.

Ágata agarró la tiara con decisión y la colocó boca abajo en el hueco que dejaba la serpiente enroscada. Tapó la caja, la metió en la mochila y se la colgó a la espalda.

—Vamos —le ordenó a Roberto, que seguía atontado, con la sensación de estar viviendo un sueño.

—¿Qué demonios era eso? ¿El monstruo del lago Ness?

—No, es una anguila de mazapán. Me la envió mi madre y la escondí para que no la vieran los buitres de mis compañeros.

El teléfono vibró poco después. Era Suso.

Ya te vale, mala amiga. Escondiendo comida.

Merecerías que te dejara encerrada en la Torre.

—Pues la caja parece hecha a medida.

—¿Verdad? —Ágata sonrió y Roberto pensó que era más bonita que

cualquiera de las joyas que allí se exponían—. Las madres siempre saben lo que sus hijos van a necesitar incluso antes de que lo necesiten; es su superpoder.

Al asomar la cabeza por la puerta, vieron que Carmen seguía entreteniéndolo al guardia, que bailaba más tieso que una tabla mientras decía algo parecido a «mi cintura, cintura».

Aguantándose la risa, cruzaron la sala y recorrieron el camino a la inversa. Salieron al exterior de The Jewel House, rodearon la Torre Blanca y se dirigieron a la salida con tanto sigilo como pudieron. Milagrosamente, nadie los detuvo, pero, antes de llegar a la calle, se encontraron con la garita de otro guardia.

—¡Mierda! —Ágata se mordió el puño. ¿Cómo iban a justificar su presencia si los veía? ¿Y si los registraba?

Roberto tiró de ella y la pegó a la pared. Pensó en cómo distraer al guardia para que Ágata escapara con la tiara, pero, una vez más, la colaboración de Guille fue providencial. Los estaba esperando al otro lado de Byward Street y, al verlos, se acercó al guardia, le ofreció un cigarrillo y le dio cháchara con la excusa de estar esperando a Carmen.

La pareja cruzó frente a la garita de la puerta de los Traidores, llegó a la calle y se dirigió con toda la calma que fue capaz de fingir hacia la terminal de ferri situada en el río Támesis, al pie de la Torre.

En un rincón los esperaba una barca, no muy grande, que reconocieron por el nombre escrito en el casco: *Mildred*.

Mildred era el nombre de la madre de Guillermo y de su hermano. Este último, el dueño de la barca, se la había dejado porque el solterón de William Fitzpatrick —Guille— le dijo que la quería para pedirle matrimonio a su novia. En realidad, lo hizo porque los secuestradores los habían avisado de que el intercambio de la tiara por la secuestrada se realizaría en algún lugar a lo largo del río.

Aunque el mayor de los Bridgewater Cramborough había remoloneado un

poco, preguntándole si estaba seguro de querer casarse con una española, Guille lo había dejado sin argumentos respondiéndole que, si Enrique VIII se había casado con Catalina de Aragón, ¿por qué no iba a hacer él lo mismo?

Tal como habían acordado con Guille, saltaron a la cubierta, entraron en la cabina y se quedaron esperando a que él volviera con Carmen, sentados en el suelo con la mochila entre ambos.

Roberto alargó el brazo y Ágata creyó que él iba a tocar la caja, pero lo que quería era darle la mano. Entrelazaron los dedos mirándose a los ojos y la tensión que los atenazaba aflojó su garra. Estaban al pie de una cárcel donde muchos prisioneros habían perdido la esperanza, en un país extranjero, con una de las joyas preferidas de la reina Isabel en su poder, y lo peor aún estaba por llegar: entregar la joya a una banda de peligrosos delincuentes. Y, sin embargo, al perderse en los cálidos ojos color chocolate de Roberto, Ágata sintió algo muy parecido a la paz. Era como haber entrado en una casa de montaña con la chimenea encendida en pleno mes de enero.

Y lo tuvo muy claro.

Daba igual dónde estuviera y en qué circunstancias. Roberto era su hogar.

Se miraron durante mucho tiempo, demasiado para poder ocultarse nada. Los dos vieron en los ojos del otro las ganas que se tenían, pero también algunas cosas aún más íntimas. Vieron la añoranza de ese futuro que debería haber sido de los dos y que se había truncado por una gamberrada en el puente de Alcántara y un padre demasiado controlador. Era imposible no preguntarse qué habría pasado si Pedro Veragua no hubiera prohibido a Cristina verse con Rubén, si no hubiera enviado a Ágata a Londres o si no hubiera empujado a Roberto a los brazos de su hija mayor.

Ágata sacudió la cabeza. No tenía sentido seguir dando vueltas a lo que podría haber sido y no fue. Las cosas eran como eran y, francamente, se alegraba mucho de haber salido de su casa y haber descubierto que el mundo era mucho más grande de lo que creía.

Pensar en su familia le recordó la angustia que debían de estar sintiendo sus

padres. Sacó el teléfono de la sudadera y se lo mostró a Roberto.

—Voy a llamar a mi madre.

Él asintió, pero Ágata no tuvo tiempo de llamar, porque su madre se le adelantó.

—Un sexto sentido —murmuró—, las madres tienen un sexto sentido. ¿Mamá?

—Hija, ¿estás bien?

—Sí, mamá. Mejor que bien. ¡La tenemos! —Roberto se llevó un dedo a los labios para que bajara la voz—. La tenemos —repitió fulminándolo con la mirada.

—¡Gracias a Dios! Acaban de llamar los secuestradores. Han dado instrucciones para el intercambio.

Ágata sintió un escalofrío. ¿Cómo sabían que ya estaban en posesión de la tiara? Los vigilaban, era evidente.

Roberto le rodeó los hombros con un brazo, pensando que el estremecimiento se debía al frío, mientras ella escuchaba con atención. Carmen y Guille llegaron en ese momento y subieron a la *Mildred*.

—¿Estás bien? —le preguntó Roberto a Carmen al ver que tenía los ojos brillantes.

—Pues sí, me temo que, después de hoy, no voy a poder volver a trabajar ahí, así que... *Bye, bye!* —La mostoleña se encogió de hombros. Al ver la culpabilidad en los ojos de Roberto, alzó una mano—. ¡Eh, lo hemos hecho porque hemos querido! No tenemos veinte años. Si hacemos las cosas como nos mandan, sin sacar los pies del tiesto, nunca podremos llevar la vida que deseamos. Y no hablo de ser millonarios y vivir sin dar un palo al agua. Hablo sencillamente de reunir a mi familia. De vivir con el hombre al que quiero, con mis hijos y mi madre. No creo que sea pedir tanto.

Roberto abrió la boca, pero volvió a cerrarla cuando Ágata se puso en pie y los miró nerviosa.

—¡Al London Eye, Guille! ¡El intercambio se hará en el London Eye!

—*Fuck!* ¡*Come on*, que cierran a las seis! —exclamó Carmen, haciendo reír a Guille, que parecía haberse quitado diez años de encima. Iba vestido con pantalones de *tweed* gris y jersey de pico negro. Se plantó una gorra de marinero y puso en marcha la *Mildred*.

Al pasar bajo el puente de Londres, Ágata se estremeció. Tenía la sensación de estar dentro de una película de acción, pero ninguno de los cuatro ocupantes de la *Mildred* sabía lo que estaba haciendo. De momento estaban teniendo la suerte de los principiantes, pero... ¿hasta cuándo? Porque aquello contaba con todos los ingredientes para acabar mal, ya fuera detenidos por la policía inglesa o eliminados por los secuestradores.

The Shard reflejaba el sol de la tarde y a Ágata le recordó al ojo de Mordor, brillante y amenazador, que todo lo ve. Miró el edificio con desconfianza, imaginándose a un villano de película en lo alto del edificio, vigilándolos con sofisticados sistemas de seguimiento.

«No seas peliculera y céntrate en lo que toca.»

Y lo que tocaba era subir a una de las cabinas de la gran noria, que por las noches se iluminaba de rojo desde que la patrocinaba Coca-Cola.

—Robbie, ponte al timón —le pidió Guille—. Tengo que hacer algo antes de llegar al London Eye.

—Pero yo nunca he conducido una barca... ¡Y hay mucho tráfico!

Guille le dirigió una mirada divertida.

—Yo tampoco había robado nunca una joya real. —Le guiñó el ojo y le colocó la gorra en la cabeza, tapándole los ojos—. Siempre hay una primera vez para todo.

Roberto se levantó la visera y sujetó el timón con fuerza, pero pronto se relajó. No dejaba de ser un volante, y la embarcación era mucho más fácil de manejar que un coche.

—Ágata, saca la tiara. Quiero vérsela puesta a Carmen antes de desprendernos de ella.

La pequeña de los Veragua dudó, pero sólo un instante. La pareja había

arriesgado mucho para ayudar a Robbie y a su hermana. Dudaba que ella hubiera hecho algo así para ayudar a un desconocido; no podía negarles ese último capricho.

Sacó la caja de mazapán y, al verla, Carmen y William se echaron a reír como dos adolescentes, pero, cuando la abrió, Guille le dirigió una mirada de admiración.

—*Fucking brilliant!*

Cogió la tiara con reverencia, le dio la vuelta y la contempló.

—Se ha quedado un poco de *marzipan* aquí —comentó, y se entretuvo limpiando la tiara—. Ya. *Sit down, my darling Carmen.*

Carmen hizo lo que le pedía y se sentó, no en un trono, sino en un viejo banco de piel gastada por los años, pero con toda la clase y la elegancia de una reina.

Ágata se acercó a Roberto, para dar intimidad a la pareja.

William colocó la tiara sobre la cabeza de la limpiadora. Si hubiera pasado un barco cerca en ese momento, sus ocupantes habrían alucinado con la escena, pero, por suerte, el Támesis era muy ancho.

Carmen se llevó una mano a la cabeza y abrió la boca, pero no dijo nada. Guille había logrado dejar a la charlatana mostoleña sin palabras; todo un mérito.

Él hincó entonces la rodilla en el suelo y se sacó un anillo del bolsillo, un aro plateado con un gran brillante encima. Y, mientras pasaban por delante del Shakespeare's Globe, la reproducción del teatro donde el más famoso dramaturgo de todos los tiempos estrenó sus obras, declaró:

—Mi queridísima Carmen, luz de mi vida. Brillas por dentro y por fuera. Has convertido una existencia aburrida en una fiesta constante. Te quiero muchísimo, cada día más, y nada me haría más feliz que compartir risas y aventuras contigo hasta el final de nuestros días. Ya eres mi reina, con o sin tiara, pero dime, Carmen, *dear*, ¿quieres ser mi esposa?

Ágata se llevó la mano a los labios emocionada.

Carmen estaba llorando; las lágrimas le caían por las mejillas y brillaban a la luz del atardecer, compitiendo con los diamantes de la tiara de las Chicas de Gran Bretaña e Irlanda.

—Sí, Guille —respondió la mostoleña—. ¡Claro que sí!

Mientras le colocaba el anillo en el dedo, William añadió:

—Esta piedra es de Swarovski, pero el amor que siento por ti tiene todos los quilates del mundo.

Ella se lanzó al suelo y se arrodilló ante él para quedar a la misma altura.

—Lo sé. Y yo no tengo nada que ofrecerte, más que tres hijos que son tres gemas y una suegra que vale su peso en rubíes. —Sacudió la cabeza—. ¿Estás seguro, Guille? Aún estás a tiempo de tirarte por la borda y salir huyendo...

Él le sujetó las mejillas con delicadeza y le respondió a un par de centímetros de la boca:

—Nunca he estado más seguro de nada en toda mi vida.

—¿Tres niños y una suegra en el lote? —susurró Roberto al oído de Ágata—. Eso es amor y lo demás son leches.

Ágata se volvió hacia él. Con la gorra de capitán y recortado contra el *skyline* de la capital británica, sintió ganas de colocarse entre el timón y él, desabrocharle los pantalones y devorarlo allí mismo. «¡Contrólate, por favor! —se dijo—. La vida de tu hermana está en juego. Necesitas tener la cabeza clara, no llena de imágenes de... de...»

—No sé qué te está pasando por esa cabecita, pero me gusta —susurró Roberto a su lado con una sonrisa canalla. La agarró con un brazo y la atrajo hacia sí, sintiéndose como un pirata dispuesto a surcar el Atlántico en busca de riquezas y de libertad.

Cuando estaba a punto de besarla en los labios, Ágata tuvo la suficiente cordura para volver la cabeza y susurrarle:

—Cristina, Robbie. Lo estamos haciendo por Cristina, no lo olvides.

Él alzó la vista para asegurarse de que ni Guille ni Carmen lo habían pillado, pero la pareja estaba demasiado ocupada besándose.

Cuando se separaron, riendo y llorando a la vez, Ágata se acercó a ellos para volver a guardar la tiara en la caja de mazapán.

—¿Qué haréis ahora? —les preguntó—. ¿Volverás a Móstoles, Carmen?

La pareja negó con la cabeza.

—Empezaremos una nueva vida en un nuevo mundo —respondió Guille.

Ágata alzó las cejas.

—¿América?

Carmen abrió la boca para responder, pero Guille la interrumpió:

—Prefiero no deciros adónde iremos, si no os importa. Las cosas pueden ponerse feas en cualquier momento.

—¡Claro, claro! Bastante habéis hecho ya. De verdad que no sé cómo daros las gracias...

Carmen le agarró las manos.

—Siendo feliz, viviendo al máximo, no dejándote encerrar en la cárcel de la vida.

Las dos mujeres compartieron una mirada cómplice y Ágata asintió.

—Te lo prometo.

Guille se había levantado y había vuelto a tomar el control de la embarcación. El London Eye estaba cada vez más cerca.

—Cuando lleguemos al embarcadero, nos separaremos. Nosotros seguiremos nuestro camino. Espero no volver a veros en una temporada.

Roberto asintió. Sabía que Guille les estaba diciendo que esperaba no tener que verlos en un calabozo o en un juzgado.

—Cuando todo pase, tal vez algún día podamos reunirnos y brindar por los nuevos comienzos —dijo Carmen para romper la tensión que se había instalado en la *Mildred*.

—¿Unas caipiriñas en una isla desierta? —Roberto le guiñó el ojo—. ¿Dónde hay que firmar?

Una gran pulsera roja

Cuando construyes la noria más grande del mundo, sabes dos cosas. Una: que pronto construirán otra mayor, y dos: que te vas a dejar un pastón en iluminarla.

Por eso los dueños de la gran noria londinense decidieron cambiar los fluorescentes por luces led, mucho menos setenteras y más fáciles de cambiar en las ocasiones especiales.

Actualmente la noria es más roja que la plaza de Moscú y el barrio de Ámsterdam. ¿Para que haga juego con los autobuses o las cabinas telefónicas? No, por la Coca-Cola, la marca que patrocina la atracción desde 2015.

Si en el siglo XVIII los americanos iniciaron las hostilidades con Gran Bretaña lanzando al mar un cargamento de té, en el siglo XXI opinan que, para llenar el vaso de líquido oscuro, mejor añadirle azúcar y burbujas. Al fin y al cabo, como afirmaba la campaña publicitaria más famosa de la empresa, Coca-Cola es la chispa de la vida y todos necesitamos un chispazo de vez en cuando, cuando sentimos que el día a día es demasiado mate.

DEL BLOG «MATE O BRILLO»

Tras despedirse con un abrazo, Roberto y Ágata abandonaron la *Mildred* y se dirigieron corriendo a la impresionante noria, que por las noches brillaba como un gran ojo rojo resacoso en la ciudad que, como Nueva York, nunca duerme.

Si durante el rato que habían pasado en la Torre de Londres el corazón de Ágata le había latido en el pecho como un tambor en Calanda, ahora directamente había salido disparado y se le había quedado encallado en la garganta. No podía ni hablar.

—Vamos —le susurró Roberto, que, aunque él sí que podía hablar, tenía la voz muy ronca, casi irreconocible.

La suerte estuvo de su lado; apenas había cola para sacar las entradas.

Mientras los visitantes que tenían delante subían a la primera cabina disponible, Ágata estuvo a punto de empujarlos a todos para subir ella gritando «¡Es una emergencia!», pero Roberto le estrechó los hombros y le acarició el brazo, susurrándole al oído que se calmara, que todo iba a salir bien.

No obstante, aunque por fuera él parecía estar calmado, por dentro estaba tan nervioso como Ágata o más. Miraba disimuladamente a su alrededor y todo el mundo le parecía sospechoso, hasta el crío de unos cinco años que no les quitaba el ojo de encima.

Una vez dentro de la cabina de cristal con forma de redondo de pollo, la pareja se dirigió a un rincón y miró el paisaje fingiendo desinterés mientras se elevaban hacia el cielo londinense.

A pesar de los nervios, por un instante Roberto sintió una liberación cuando el suelo se alejó de ellos y la panorámica se amplió con rapidez.

Buscó la *Mildred*, pero fue incapaz de reconocerla entre todas las embarcaciones que surcaban el Támesis. Pronto, hasta el orgulloso Big Ben quedaba a sus pies.

«No estás haciendo turismo, tío. Tienes una misión, ¿recuerdas?»

Ágata se pegó mucho a él, como si la altura le estuviera provocando vértigo. Le estrechó los hombros y le acarició la parte alta del brazo hasta que recordó que era probable que los secuestradores lo estuvieran observando.

«Y, ya que te pones a recordar, recuerda que tienes novia, ¿vale?»

Roberto se pasó una mano por la cara. Tenía que poner orden en su vida. El poco rato que había pasado a bordo de la *Mildred* con la gorra de capitán en la cabeza lo había marcado. Le había gustado la sensación de dirigir su vida, de ser algo más que una extensión de su jefe. Tenía que examinar sus sentimientos y tomar el timón de su existencia, tanto a nivel profesional como personal. Los días que había pasado en Londres con Ágata y sus amigos habían sido los más felices de los últimos dos años y eso no era normal.

Él era el primer sorprendido, pero eso no cambiaba las cosas. Su novia

estaba en manos de unos delincuentes sin escrúpulos, había tenido que robar una de las joyas más valiosas del planeta y, en vez de sentirse angustiado y con ganas de que pasara todo, se sentía liberado, como un hámster que hubiera logrado salir de la rueda.

Curiosa epifanía para tener en una enorme noria.

No quería que aquello acabara. No quería volver a su vida anterior, ésa por la que tanto había luchado. Las jornadas laborales de dieciséis horas, el plegarse a las exigencias de clientes arrogantes, que se envolvían en la bandera de la patria mientras a escondidas defraudaban a Hacienda todo lo que podían.

«Con tu ayuda, Roberto, no seas hipócrita. ¿Puedes decirme en qué se diferencia lo que acabas de hacer de lo que has estado haciendo durante estos dos años? Pues te lo voy a decir. La diferencia es que hoy le has arrebatado a una de las mujeres más ricas del planeta una joya que nació gracias al esfuerzo de muchas mujeres inglesas e irlandesas. Y en el bufete ayudas a que clientes forrados eviten pagar impuestos que irían a parar a hospitales, colegios y residencias de ancianos.»

Roberto sacudió la cabeza, abrumado por la intensidad de los pensamientos que lo habían asaltado en cuanto la noria se había puesto en funcionamiento. Londres se extendía a sus pies. Vio The Shard y muchos otros edificios de piedra y de ladrillo. Pero lo que más le llamó la atención fue la vegetación. Verde. Londres era muy verde. La vista se perdía en el horizonte. Si siguiera ruta hacia el norte, en unas horas llegaría al bosque de Sherwood, donde Robin Hood debió de tener alguna revelación parecida a la suya siglos atrás.

A su lado tenía a Ágata, con la cabeza apoyada en su hombro. Era una lady Marian del siglo XXI, igual que él, sin diferencias de ropa ni de ningún otro tipo. Una compañera, una cómplice en la vida... y, en esos momentos, una cómplice de robo.

La atrajo con fuerza hacia sí y le plantó un beso en la sien, sin importarle quién pudiera estar observándolos.

Ella, que también había estado sumida en sus pensamientos, alzó la cara y le dirigió una mirada sorprendida pero encantada con sus ojos verdes pardos como los bosques de Sherwood en otoño, como la esperanza, como la libertad.

Una vibración en el bolsillo de la sudadera los sacó a ambos del absurdo trance en el que estaban sumidos, en un momento en el que deberían tener los sentidos despiertos al cien por cien.

—Es mi madre —susurró Ágata.

Roberto miró por encima del hombro. En la cabina había unas diez personas. Todas estaban pegadas a los cristales, mirando en distintas direcciones. Curiosamente, todos llevaban ropa amplia, donde se podría esconder una tiara... o un arma.

Sintió flojera en las piernas y en el vientre y se obligó a controlarse.

«Aprieta las rodillas y los esfínteres, Roberto. No es momento de tembleques.»

—¿Qué dice?

Al darse cuenta de que a Ágata le temblaba tanto la mano que era probable que no pudiera leer el mensaje, le puso la suya debajo, para darle estabilidad.

—Dice que nos sentemos en el banco.

Él se volvió despacio. El banco central tenía forma ovalada, como de tabla de surf, y estaba hecho de madera con huecos entre las láminas. De momento, todo el mundo seguía de pie, contemplando el paisaje. A primera vista, nadie parecía sospechoso, aunque, bien mirado..., cualquiera de las ancianas que hablaban excitadas en portugués, señalando el Big Ben, podría guardar la tiara en su gran bolso. O los dos hombres vestidos con túnicas negras que parecían monjes ortodoxos... Todo el mundo sabe que el hábito no hace al monje, ¿no?

Ágata le tiró con brusquedad del brazo, tal vez animándolo a sentarse de una vez, o para impedir que mirara fijamente a los otros ocupantes de la cabina. Supuso que tenía miedo de las represalias. Chica lista.

Sentados en el centro del banco, Ágata leyó el siguiente mensaje en

silencio.

—¿Me ayudas a quitarme la mochila? —le pidió a Roberto. Las manos le temblaban tanto que debía de temer que se le cayera la caja de mazapán con sorpresa al suelo.

Él asintió en silencio e hizo deslizar los cordeles por los brazos de su nerviosa compañera de golpe. Menudo par de ladrones de joyas estaban hechos. La vergüenza del gremio, sin duda.

—Hemos de dejar la mochila en el banco, entre los dos —susurró, y Roberto siguió las instrucciones.

Aunque el corazón le latía con la fuerza de un martillo pilón, al ver a Ágata tan nerviosa le propuso un juego.

—El que diga más películas que tengan Londres como escenario gana. Empiezo yo: *V de Vendetta*.

Ágata lo miró no muy convencida, pero le siguió el juego.

—La de James Bond.

—Eso no sirve. —Roberto negó con la cabeza—. Has de decir un título.

Ella puso los ojos en blanco.

—*Quantum of Solace*.

Él asintió.

—*Harry Potter*.

—*Mary Poppins*.

—*Closer*.

—*Love Actually*.

—*To me, you are perfect* —dijo él mirándola fijamente.

Ágata contuvo el aliento al reconocer una de las frases más famosas de la película.

—Eso no es un título —susurró, paseando la vista entre los ojos y los labios de Roberto.

—Pues he perdido —murmuró él, acercándose muy despacio—. Elige tu premio.

Ágata no necesitó oír más. Con los ojos cerrados, eliminó el espacio que los separaba e hizo que sus bocas se fundieran en un beso tan inevitable como el que corona la preciosa escena entre Keira Knightley y Andrew Lincoln.

Y, hablando de coronas, cuando Roberto buscó la mano de Ágata sobre el banco para apretársela, se dio cuenta de que la mochila había desaparecido.

Palmeó el banco con disimulo para asegurarse y luego abrió los ojos. Ágata seguía con los ojos cerrados y los labios entreabiertos e hinchados por sus besos. ¿Hinchados? ¿Cuánto tiempo había durado el beso?

Se volvió hacia la puerta de la cabina. Estaba abierta y todo el mundo había bajado. Un empleado les hizo un gesto para que siguieran su ejemplo.

—Gatita. —Le dio un pico y le palmeó las dos mejillas a la vez para que saliera del trance.

Cuando ella abrió los ojos y le dirigió una mirada bobalicona, Roberto sintió un tirón en el pecho. Tenía la sensación de que entre los dos existía una cuerda que los había unido el día de su puesta de largo en el cigarral de los Veragua. Y, cada vez que ella hacía algo, lo que fuera, la cuerda se anudaba, haciéndose cada vez más corta. Sin duda por eso cada vez necesitaba estar más cerca de ella.

—*Closing time!* —exclamó el empleado.

Roberto tiró de ella para que se levantara. Mientras se dirigían a la puerta, Ágata miró por encima del hombro.

—¡No está! —susurró—. ¡Se la han llevado! Pero ¿y Cristina?

Bajaron de la noria y recorrieron el césped, aturdidos, como drogados por un cóctel de endorfinas y adrenalina, buscando alguna señal de los secuestradores, o esperando ver aparecer a Cristina en cualquier momento. Pero el césped estaba como siempre, lleno de parejas y de familias disfrutando del entorno.

Tardaron un rato en asimilar que la misión había terminado, que Carmen y Guille ya no estaban en su vida, que la tiara de la reina estaba ahora en manos de... de...

—¿Tú has visto quién se la ha llevado? —preguntó Ágata.

Él apretó los dientes, furioso consigo mismo. Si los secuestradores no liberaban a Cristina y tenían que acabar pidiendo ayuda a la policía, ¿qué les dirían? «No vi nada. Me distraje... con el paisaje.»

—No, no he visto nada. Tenía los ojos cerrados —añadió con rabia.

Ágata sintió una punzada de culpabilidad. Se apartó unos centímetros de Roberto y él notó como si un aire helado se colara entre ambos, a pesar de que la noche era cálida.

Ella se sacó el móvil del bolsillo y se puso a revisar los mensajes que se habían acumulado durante la última media hora, que era lo que duraba el trayecto en el London Eye, aunque a ellos les hubiera durado un suspiro.

—¿Noticias de los secuestradores?

—Sí. Mi madre ha escrito.

Le mostró el mensaje a Roberto, que leyó:

Entrega realizada con éxito. Esperen instrucciones.

—¿Cómo? ¡Pero si habían dicho que entregarían a Cristina en la noria, joder!

Ágata hizo una mueca.

—Ya ves. Parece que son unos delincuentes sin palabra... ¿Quién se lo iba a imaginar?

Roberto la miró de reojo. ¿Le estaba tomando el pelo? La verdad era que parecía un poco mosqueada. ¿Estaría preocupada por su hermana? Aunque, más que preocupada, parecía estar... celosa.

«Bien, Roberto. Una hermana secuestrada y tú liándote con la otra como si la situación no fuera ya lo bastante complicada. Así me gusta, que gestiones las situaciones con madurez.»

A su lado, Ágata seguía revisando los mensajes.

—Susó también ha escrito. Van a cenar a La Codorniz Achispada. Dice que si nos apuntamos.

Él suspiró y asintió.

—Sí, joder. Mi reino por una pinta helada.

—Que sean dos.

Roberto estuvo a punto de darle la mano a Ágata para dirigirse al local, pero ella le dedicó una mirada dolida y se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

«Unos chupitos tampoco vendrían mal —se dijo—. La noche va a ser larga.»

* * *

La noche mejoró cuando llegaron al pub. Suso y Fin habían pedido ya las bebidas —Coca-Cola y Seven Up respectivamente— y estaban sentados a una de las mesas rinconeras, uno enfrente del otro. Roberto dejó a Ágata instalada junto a Fin y se dirigió a la barra en busca de dos pintas, *pilsener* para ella, *stout* para él. Y, aunque sabía que no era nada caballeroso, no pudo resistirse a darle un buen trago en cuanto el camarero la dejó en la barra ante él. El líquido fresco e intenso se llevó parte de la angustia que se le había alojado en la garganta.

Cuando se sentó junto a Suso, frente a Ágata, ella le dirigió una sonrisa ladeada. Se levantó, alargó la mano y le retiró un poco de espuma que se le había quedado en el labio. Cuando se metió la espuma en la boca sin dejar de mirarlo fijamente, Suso carraspeó.

—Gattaca nos ha puesto al día —dijo Fin mientras Roberto y Ágata daban un trago tan largo a sus pintas que parecían estar haciendo una competición.

—¡Bien! —Roberto tuvo que alzar la voz ya que el pub estaba abarrotado de gente que salía del trabajo.

Miró a su alrededor, a los chicos y chicas que bebían, hablaban a gritos, jugaban a dardos o al billar. Vestidos con trajes que probablemente habrían comprado en grandes cadenas como Zara o H&M, los chicos y chicas,

millennials casi todos, parecían clones que se lanzaban a relajarse con el mismo empuje que ponían en sus trabajos, porque era la hora del *afterwork* y era lo que tocaba. Una copa, un selfi en Instagram y, por la cara de alguno de ellos al salir del lavabo, alguna sustancia más, aparte del alcohol, para aguantar el ritmo.

—¿Estás bien? —le preguntó Ágata.

No, no estaba bien. Estaba muy angustiado. Tenía la sensación de ser una marioneta en un gran espectáculo de guiñol. Y no sólo por estar a las órdenes de unos secuestradores sin escrúpulos. Sintió que formaba parte de una trampa mucho mayor. Esos jóvenes que, como él, habían sido niños hacía cuatro días eran captados por el sistema con la promesa de un sueldo que les permitiría disfrutar de la tecnología más tentadora: patinetes eléctricos, móviles con cámara de alta definición, altavoces inteligentes, asistentes virtuales con nombre de mujer... Pero para conseguir esos juguetes debían renunciar a su libertad y aceptar trabajos mal pagados donde se promocionaba a los más obedientes, los que anteponían el trabajo a todo: la familia, los amigos, la propia salud...

Cogió la pinta y la vació de un trago.

—Déjame pasar —dijo Suso—. Voy a pedir *bangers and mash*. Con comida en el estómago lo verás todo más claro.

Roberto lo dejó pasar y lo vio acercarse a la barra.

—¿Qué dice que va a pedir?

—Salchichas con puré.

Aunque en ese momento, con el estómago cerrado por la angustia, no se veía capaz de comer, poco después tuvo que admitir que el gallego tenía razón: con el estómago lleno se sentía mucho mejor. O tal vez fuera por las otras dos pintas que habían caído después de la primera.

—No sé cómo podré agradecer lo que habéis hecho por nosotros, chicos —dijo pasando un brazo por encima de los hombros de Suso, que se tensó un momento al notar el contacto antes de relajarse.

—Queremos ver libre a Cristina. Ése es el único pago que nos vale.

Roberto asintió en silencio. En ese momento, el móvil de Ágata sonó.

—Es mi madre —murmuró. Dejó el móvil en el centro de la mesa y lo puso en modo manos libres para que todos oyeran la llamada—. ¿Mamá? ¿Han llamado?

La voz de la serena y siempre compuesta señora Veragua sonaba más alterada que nunca. Tanto gritaba que Ágata miró a su alrededor, pero nadie parecía estar pendiente de ellos.

—¡Han llamado! Esos hijos de Satanás han llamado al fin. ¡Aaaaarg! Si los pillo algún día, los echo al caldo.

—¿Qué dicen, mamá? ¿Dónde está Cristina? ¿Vamos a buscarla?

—No sé dónde está tu hermana. Esos sinvergüenzas han dicho que no piensan soltarla de momento. Que han decidido que vale mucho más que una tiara y que, si seguimos colaborando como hasta ahora, no le cortarán ninguna parte de su bonito cuerpo. —Teresa inspiró profunda y entrecortadamente.

—Tranquilízate, mamá. Respira hondo.

—¿Cómo quieres que me tranquilice?!

Oyeron voces y ruidos de fondo. Cuando alguien volvió a hablar, no era la madre de Ágata, sino su padre.

—Nena, buen trabajo. Felicita a Roberto de mi parte, pero dile que no vuelva; lo necesitamos.

—No entiendo...

—Los secuestradores no tienen bastante. Han dicho que, si queremos volver a ver con vida a Cristina, tenemos que darles algo más.

—¿Qué coño quieren ahora?

—¡Nena, esa boca!

—¡Joder, papá! ¿No te importa que me haya convertido en una ladrona de joyas pero sí que diga tacos? ¡Manda cojones!

Suso abrió mucho los ojos, Roberto se llevó un dedo a los labios y Fin hizo un gesto con las dos manos planas, indicándole que bajara el volumen.

—El mundo se está desmoronando, Ágata. Si perdemos los modales, perdemos la humanidad.

Ella miró el móvil como si su padre se hubiera vuelto loco, pero no era el momento de discutir por esa tontería.

—¿Qué demon...? —Inspiró hondo y volvió a empezar—: ¿Qué quieren ahora?

—Quieren más diamantes.

—¿Qué?! ¿Están locos? ¡No podemos volver a acercarnos a la Torre!

Roberto tenía la vista fija en el televisor. Fin se volvió para comprobar qué le había llamado la atención y, al ver que habían interrumpido el partido de fútbol para dar un avance informativo y que en un recuadro de la pantalla aparecía la tiara de las Chicas, le tapó la boca a Ágata para que no pudiera seguir comprometiendo la seguridad de todos.

—No tenéis que volver a la Torre. Quieren diamantes de Ámsterdam.

Ágata apartó la mano de Fin, pero tardó unos instantes en responder.

—Pero... pero... ¿qué más dará de dónde sean?

—No sólo les importa el origen, exigen un montón de cosas más: el tamaño, la cantidad, los quilates...

—Lo flipo. Papá, no podemos seguir así eternamente. ¡Hemos de ir a la policía! Esto se nos escapa de las manos.

—¡No! Han dicho que, si avisamos a la policía, la matarán.

—¿Y te fías de su palabra?

—No queda otra, Ágata. —El abogado suspiró—. No queda otra. Te pasamos las instrucciones por escrito, hija. Es importante; no podéis fallar.

Ágata resopló, sacudió la cabeza y apretó el puño. Parecía estar a punto de echarse a gritar. Roberto le tapó la boca y replicó en su lugar:

—No fallaremos, Pedro.

—No, Roberto —replicó el padre de Ágata con un punto amenazador en la voz—, no fallaréis.

—Mañana mismo...

—Quien dice mañana dice esta noche, Roberto. Teresa se ha olvidado de comentaros que, esta vez, han acortado el plazo de entrega a la mitad. —Todos alzaron las cejas—. Tenemos cinco días.

Cuando Roberto colgó, miró a sus tres compañeros de mesa —y, como empezaba a calarle en la cabeza, compañeros de golpe—, sintiendo como si le hubiera caído sobre los hombros el peso de la cúpula de la catedral de San Pablo.

—¿Es que esta pesadilla no va a terminar nunca? —susurró.

—Me temo que acaba de empezar —dijo Fin—. Vámonos.

Chispas en el Churryingham Palace

Durante las siguientes horas, los acontecimientos se precipitaron. El robo de la tiara de las Chicas de Gran Bretaña e Irlanda fue el tema estrella de las tertulias televisivas tanto en Inglaterra como en España desde el momento en que se hicieron públicos los nombres y las fotografías de los sospechosos. Carmen y Guillermo se habían convertido en delincuentes buscados por la Interpol y en *trending topic* mundial.

Su historia tenía todos los ingredientes para cautivar audiencias. Era una historia de amor y crimen, por lo que pronto los bautizaron como los Bonnie y Clyde europeos. Cuando empezaron a saberse datos sobre sus vidas, los británicos se identificaron con el responsable *beefeater*, que había llevado una vida intachable de servicio a su país y que había perdido la chaveta tras ser apartado del trabajo en su querida Torre. Ésa fue la lectura que hicieron algunos. Otros lo acusaron de haber caído en las redes de una española sin escrúpulos, una Mata Hari con fregona. Pero, precisamente por eso, los debates ardían entre defensores y detractores de la pareja y la gente no se despegaba del televisor.

Si en Gran Bretaña Guillermo era el hombre de moda, en España fue Carmen la que llenó programas. Durante los días siguientes, los reporteros de las tertulias de la mañana se pelearon por entrevistar a su entorno, pero, para su disgusto, no encontraron ni a su madre ni a sus hijos; habían desaparecido del mapa. Como el tema estaba caliente y a alguien había que entrevistar, lo intentaron con profesores y vecinos hasta que salió el premio gordo: su

exmarido, un pozo sin fondo de mentiras escandalosas que hizo las delicias de los tertulianos.

En Twitter, el foco se había puesto en otros temas. Por un lado, pronto aparecieron multitud de *memes*, basados en todos los tópicos habidos y por haber. Al principio los tuiteros habían representado a Carmen como la cigarrera de Ronda que da nombre a la ópera de Bizet, pero pronto se alzaron voces femeninas en defensa de la limpiadora. Exigieron que se la tratara por igual. Un grupo publicó un comunicado, condenando que la mujer fuera vista siempre como la tentación que lleva al hombre por el mal camino. Era hora de dejar de ver a Eva como una serpiente o una manzana, dijeron. Hombre y mujer han de enfrentarse juntos a los grandes retos del siglo XXI si queremos dejar a nuestros hijos un mundo mejor que el que hemos encontrado, y el potencial femenino sólo se podrá aprovechar al máximo desde la igualdad de condiciones.

Las reacciones al comunicado fueron variadas. Unos las acusaron de querer que las niñas se convirtieran en delincuentes, pero otros las apoyaron. Y, cuando alguien destacó el origen de la tiara de las Chicas, fue como si hubiera lanzado un Mentos en una botella de Coca-Cola. A la opinión pública le resultó escandaloso que se hubiera realizado una colecta entre el pueblo para pagar una joya real. Se alzaron voces acusando a la Iglesia y a la monarquía de ser sanguijuelas del pueblo, y Carmen y Guille se convirtieron en la cara visible del movimiento. Se alejaban de los patrones de belleza y juventud establecidos y habían roto todas las normas para vivir su amor.

«¡Ladrones!», exclamaban unos.

«No, sólo han devuelto a los pobres lo que los ricos les arrebataron», rebatían otros.

Un incauto habló de la presunción de inocencia, pero eso no interesaba a nadie y el tuit pasó sin pena ni gloria.

* * *

Al volver de La Codorniz Achispada, Fin se puso a buscar información sobre las fábricas y los talleres de diamantes de Ámsterdam. Suso se ofreció a pedirle a su prima Virginia —«la Virgi, una chica majísima», les dijo— que los acogiera en su casa y los ayudara a orientarse por la ciudad.

Roberto y Ágata querían quedarse junto a Fin, pero él los convenció para que descansaran un rato.

—Estás bizca, Ágata. Vete a dormir.

Ella miró a su alrededor, pero, aunque en el Churrougham Palace nunca faltaban churros ni chocolate, lo que no abundaban eran los espejos. Buscó la mirada de Roberto, que fingió observarla con atención.

Él asintió burlón.

—No estoy bizca —protestó—. Y no voy a dejarte aquí solo, trabajando.

—Trabajo mejor solo. —Fin le hizo un gesto a Roberto—. Venga, tío. Llévala arriba y asegúrate de que descansa. Tiene que recuperar fuerzas para el segundo asalto.

A Roberto se le oscurecieron los ojos al oír lo del segundo asalto.

—Pero bueno, ¿qué os habéis pensado? —protestó ella—. Yo descansaré cuando descansemos todos. No soy ninguna princesita indefensa... ¡Eeeh! —exclamó cuando de pronto el mundo se puso del revés.

Roberto la había agarrado por los muslos, se la había cargado al hombro y la subió así hasta su habitación de la primera planta. Fer estaba en la habitación de al lado con su amiga Ivette.

Cuando los había visto volver del pub, había protestado con teatralidad, a pesar de encontrarse tan a gusto entre las piernas de la estudiante francesa que estaba sentada en la barra que recorría una de las paredes para los clientes que preferían consumir su chocolate en el local. Él estaba sentado en un taburete y provocaba a la estudiante de logopedia recorriéndole la mejilla con un churro hasta que ella lo atrapaba entre los dientes.

—Ya os vale. Vosotros de campo y playa y yo toda la tarde deslomándome

en el Churringham. Necesito una ducha para relajarme un poco. —Se había vuelto hacia su conquista—. ¿Me acompañas, *mon chéri*?

Ella se había echado a reír.

—*Ma chérie* —lo corrigió antes de soltar el paquete y lamerse sugerentemente el azúcar de los dedos—. *Bien sûr, Fernando. Allons-y!*

—*Allons-y!* —exclamaron Suso y Fin, entusiasmados al oír una de las muletillas favoritas del doctor Who, uno de sus héroes de ficción.

* * *

Dos horas más tarde, Fernando y la logopeda seguían ejercitando las labiales, dentales y palatales.

Toda ellas sonoras, muy sonoras.

Al otro lado de la pared, apoyados en el cabecero de la cama de Ágata, Roberto y ella iban señalando tuits y leyéndolos con las cabezas pegadas. Cuando creían que las cosas no podían salirse más de madre, la realidad se encargaba de demostrarles que siempre podía subir las apuestas.

La pareja estaba en shock o poco les faltaba. Estaban agotados, física y mentalmente. Tras el chute de adrenalina del robo, se habían quedado chafados, sin fuerzas. La cena y las cervezas en el pub habían ayudado, pero lo que más ayudó, sin duda, fue el apoyo de Suso y Fin.

Ágata respiraba un poco más tranquila. Tenía mucho miedo de que la policía hubiera descubierto su implicación en el robo y los estuviera esperando en la puerta de la casa, acompañados por Jessica, la farmacéutica, que los señalaría con su dedo acusador. Pero, aunque lo sentía mucho por ellos, toda la atención estaba puesta en Carmen y Guillermo, y la de la policía también.

—¿Crees que lograrán escapar? —preguntó Ágata.

Roberto sacudió la cabeza muy despacio.

—No lo sé. Mi pesimismo innato me dice que no, pero se los veía tan

tranquilos y convencidos de lo que estaban haciendo. ¿Quién sabe? Cosas más raras se han visto.

Ágata hizo una mueca cuando unos gritos al otro lado de la pared les indicaron que la logopeda estaba alcanzando un nuevo orgasmo. Y ya iban... No lo sabían; habían perdido la cuenta.

Cada vez que los gemidos y los gruñidos volvían a empezar, Roberto se tapaba la entrepierna con un cojín y Ágata se movía de lado a lado y frotaba los muslos, deseando frotarse contra otra cosa: en concreto, contra lo que Roberto ocultaba bajo el almohadón floreado.

Pero el horno no estaba para bollos. Ambos sabían sin necesidad de decirlo en voz alta que, hasta que Cristina estuviera en libertad, lo suyo seguiría entre rejas. Su deseo estaba más cautivo que la propia secuestrada.

Roberto resopló bruscamente, soltó el cojín y se levantó.

—Necesitas descansar. —Se agachó para recuperar las zapatillas, que se habían quitado para estar más cómodos—. Voy a decirles que paren un rato para que puedas descansar y me iré a mi hotel.

Ágata lo agarró por la muñeca y quedó frente a frente con la parte que el almohadón había estado ocultando. Sintió que se le secaba la garganta. Si ella estaba excitadísima por la situación, él no lo estaba menos. Sus palabras podrían decir misa, pero su cuerpo no podía negar que tenía ganas de fiesta.

—No te vayas —le pidió—. Quiero decir, déjalos. Tampoco podría dormir, estoy muy... —Se detuvo antes de confesarle a la cara que estaba excitada como nunca, pero no hacía falta. El rubor de sus mejillas y su cuello, el brillo de sus ojos, su modo de removerse en la cama, hablaban tan alto como la abultada entrepierna de Roberto.

Él suspiró, como si se rindiera a una situación que lo superaba, le apoyó dos dedos bajo la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos.

—¿Estás muy...? Dime, Gatita, ¿cómo estás? Tal vez... pueda ayudarte.

En vez de responderle con palabras, Ágata tiró de él para que regresara a la cama y, cuando volvió a tenerlo a su lado, le acarició el muslo mirándolo

con los ojos entornados por el deseo.

Roberto contrajo la pierna y la miró divertido cuando ella gimió al notar la dureza de sus músculos.

—¿Qué te crees, Gatita? —susurró con una sonrisa canalla—. No eres la única que va a correr al parque por las noches.

La frustración habló por boca de Ágata:

—¡Corrámonos juntos de una buena vez! —Se sentó sobre sus muslos y lo empujó hasta que él quedó con la espalda apoyada en el cabecero. Luego lo agarró por la nuca y le comió la boca como si el mundo se hubiera inundado y él fuera la única bombona de oxígeno del planeta.

Cuando Roberto notó su calor frotándose contra su erección por encima de los vaqueros, maldijo en voz baja. Había decidido que no se acostaría con ella hasta que Cristina estuviera sana y salva, libre, y pudiera cortar con ella cara a cara, pero resistirse a Ágata le estaba resultando duro. Tan duro como la erección contra la que ella se refregaba con desesperación.

Gimió, y ella se bebió su gemido.

Ágata se estremeció y él absorbió su temblor.

Eran un engranaje que se retroalimentaba de pasión y que estaba a punto de cruzar la línea roja.

No iban a tener ni tiempo de quitarse la ropa.

Cuando Ágata rompió el beso, se levantó sobre las rodillas, se dejó caer contra su entrepierna y volvió a gemir, echando la cabeza hacia atrás, ya era tarde: el tren había salido de la estación y avanzaba a toda velocidad, sin frenos.

Roberto la agarró con todas sus fuerzas por las nalgas redondas y prietas, y apretó los dientes para no correrse dentro de los pantalones.

Ágata abrió los ojos bruscamente y lo miró asustada. Él la entendió sin necesidad de palabras: no quería que sus compañeros la oyeran gritar.

Sin soltarle las nalgas, abrió la boca y se la ofreció, dándole un espacio donde poder amortiguar sus gritos. Ella aceptó el ofrecimiento agradecida y se

fundió con sus labios, temblando, gruñendo y sudando mientras el orgasmo la recorría de arriba abajo.

Ágata, que por unos instantes había temido que la tensión le impidiera relajarse lo suficiente para alcanzar el clímax, se sorprendió por la potencia de las contracciones. Tenía el vello de todo el cuerpo erizado como nunca por los estremecimientos que se sucedían sin parar, como olas en un mar revuelto.

Roberto permanecía muy quieto, con las caderas echadas hacia delante y manteniendo un agarre de hierro sobre sus nalgas, dejando que ella lo usara a placer, nunca mejor dicho.

Al notar que ella empezaba a relajarse, la soltó y le acarició la cara.

Cuando la nebulosa de euforia que se había apoderado de ella se disipó un poco, Ágata empezó a ser consciente de lo que acababa de pasar.

«Ay, Dios —se dijo, buscando refugio en el pecho cálido y acogedor de Roberto—. Podría quedarme así por toda la eternidad.»

Él le soltó el pelo, que aún llevaba recogido en una cola de caballo, y se lo acarició pasándole los dedos por el cuero cabelludo, lo que a punto estuvo de provocarle un segundo orgasmo.

Un gruñido torturado hizo vibrar la caja torácica que se había convertido en el colchón favorito de Ágata.

—Rob... —ronroneó—. Robbie.

Él volvió a gruñir, abriendo mucho las ventanas de la nariz. Se estaba resistiendo otra vez y Ágata no pensaba consentirlo. Lo que estaba sintiendo era demasiado bueno para no compartirlo.

—Gatita, no.

Ella empezó a recuperar el uso de los músculos, que el orgasmo le había dejado más relajados y blandos que un churro mojado en leche. La mirada se le desvió por voluntad propia a la entrepierna de Roberto, que seguía de guardia.

—Esta gatita quiere su leche antes de irse a dormir —ronroneó borracha de placer.

—¡Joder! —Roberto se agarró a la colcha con las dos manos. Si el frotamiento de Ágata se la había puesto como una piedra, sus palabras acababan de convertirla en una barra de hierro.

—No descartemos lo de joder, pero primero lo primero. Ya sabes que estoy a favor de la igualdad entre sexos.

Roberto había empezado a sudar. Y, al oír la palabra *sexo* en boca de la sensual y desatada gatita que le acariciaba el pecho con un dedo, dejó de llegarle la sangre al cerebro.

Ágata lo mantuvo hipnotizado con sus ojos verdes con franjas marrones y, cuando quiso darse cuenta, le había desabrochado los vaqueros.

—No, Gatita, por favor, no me hagas esto...

—¿El qué, Roberto? —Ágata le dio una palmada en la nalga para que levantara las caderas y él obedeció por instinto. Ella le bajó los vaqueros, llevándose el bóxer al mismo tiempo, y lo tiró todo al suelo—. ¿No quieres que me quite la camiseta?

Él negó con la cabeza, pero su voz lo traicionó:

—Sí.

Ágata le dirigió una sonrisa que era pura tentación mientras se levantaba la camiseta muy despacio, haciendo desaparecer la lengua de Mick Jagger y dejando a la vista su vientre. Cuando se pasó la lengua por los labios, Roberto pensó que el mundo llevaba medio siglo equivocado venerando la lengua del cantante de los Stones, cuando deberían haber llenado estadios para adorar la tentadora y rosada lengua de la gatita mimosa que quería enroscarse en su regazo.

Cuando ella le regaló la visión de sus blancos pechos tras el sujetador negro, supo que estaba perdido.

—¿No quieres que me quite el sujetador?

—Me da igual —respondió él con la voz ronca.

Ella ladeó la cabeza; no era la respuesta que esperaba.

—¿Te da igual?

—Sí, porque, si no te lo quitas tú, te lo quitaré yo.

La sonrisa de Ágata iluminó la habitación. Sintióse una diosa del sexo por primera vez en su vida, se desabrochó el sujetador y dejó que se deslizara sensualmente por los brazos hasta llegar a las muñecas.

Sin darle tiempo a repensar nada, avanzó sobre sus piernas a cuatro patas y se apoderó de su erección. Había hecho eso tantas veces en sueños que le pareció que su pene y ella eran viejos conocidos.

Él inspiró hondo a través de los dientes apretados cuando Ágata le apretó la base con decisión, como si plantara su bandera en territorio conquistado.

Ella se humedeció un poco más y se arrepintió de no haber acabado de desnudarse. La tela de la braga se le había metido entre los labios empapados y le provocaba sensaciones electrizantes cada vez que se movía. No le disgustaba, pero no quería distraerse. Por segunda vez en el mismo día, tenía un objetivo, y éste era mucho más agradable que cumplir las instrucciones de unos secuestradores.

Desde la madrugada de su fiesta de puesta de largo, cuando había visto salir el sol en Madrid tomándose un chocolate junto a Roberto, nunca había vuelto a comerse un churro sin pensar en él. Cada vez que el azúcar le hacía cosquillas en la punta de la lengua se imaginaba cómo sería notar allí la parte más privada del hombre de sus sueños..., y estaba a punto de comprobarlo.

En la vida real.

Inclinándose, entreabrió los labios, sacó la punta de la lengua y le dio un pequeño lametón de prueba.

—¡Dios!

El grito de Roberto le dijo que el chispazo que acababa de sentir en la lengua había sido compartido.

Ella alzó la vista. Él la estaba mirando con los párpados entornados, sin ocultar la lujuria que sentía. El pecho, aún cubierto por la camiseta de los Beatles, le subía y le bajaba bruscamente. Se maldijo por no haberle pedido que se la quitara para poder así disfrutar del espectáculo de su torso, pero ya

era tarde. Acababa de probar el fruto prohibido y quería más. No quería parar. No le daba la gana.

Volvió a llevarse su erección a la boca y esta vez la rodeó con los labios. Era firme pero suave como la seda, y cálida, agradable al tacto. La acarició de arriba abajo y volvió a ascender mientras le rodeaba la punta con la lengua. Era la primera vez que lo hacía, pero se sintió muy cómoda. Como no tenía amigas a las que preguntar —y no quería usar a su hermana como fuente de información porque imaginarse a Cristina y a Roberto juntos le hacía subir la bilirrubina, la hemoglobina y hasta la albúmina—, había buscado información por internet y, tras haberse empapado de tutoriales de felaciones para *dummies*, se sentía muy segura de sí misma.

Los gruñidos, gemidos y palabrotas de Roberto eran la mejor señal de que la cosa iba por buen camino.

—Sí, así, más rápido, más fuerte, apriétame más, Gatita, que no me rompo, joder. Aahh, sí, la madre que me parió.

Ágata se picó. Estaba descubriendo muchas cosas sobre sí misma, una de ellas, que era muy celosa. Había aprendido a no obsesionarse cuando estaban separados, pero ahora Roberto estaba en su cama, y en su cama no se nombraba a otra mujer, ¡aunque fuera su madre!

Enroscada en su regazo, le acarició las pelotas con una mano mientras con la otra redoblaba el ritmo. Bañó la punta de saliva, se apartó lo justo para soplar sobre ella y, cuando él contuvo el aliento, volvió a metérselo en la boca y succionó con todas sus fuerzas.

—¡Ágataaaa! —Él le regaló su nombre bañado en desesperación y espolvoreado con lujuria, el mejor de los regalos.

Ella siguió bombeando y succionando, dándole placer pero recibiendo un gran placer al mismo tiempo. Estaba excitadísima, a punto de correrse una vez más gracias al roce de los vaqueros.

Roberto la agarró por el pelo y tiró de ella, obligándola a mirarlo.

—Gatita, no puedo más. Si no paras ahora mismo, yo... yo...

Ella sonrió con la boca húmeda, brillante y tentadora.

—¿Vas a darle a esta gatita lo que te ha pedido de una buena vez, Robbie?

Roberto empezaba a darse cuenta de que había estado muy ciego. Había idealizado a Ágata, viéndola como a una niña a la que había que proteger de las amenazas del mundo..., entre las que se incluía. Ella llevaba dos años haciéndole ver que era una mujer, una mujer con deseos muy adultos. No entendía por qué lo deseaba a él entre todos los hombres que había en Inglaterra y en España, pero no pensaba llevarle la contraria.

Esta vez, cuando ella volvió a tomar lo que quería, Roberto dejó de resistirse y se abandonó al placer que le estaba regalando. Hundió los dedos en su pelo y la mantuvo pegada a su entrepierna mientras ella gemía y se retorció sobre su regazo, acariciándolo, lamiéndolo y succionándolo, sensual y entregada.

Echó la cabeza hacia atrás y trató de no hacer demasiado ruido mientras se rendía a un orgasmo que lo abrasó por dentro hasta no dejar ni un rincón intacto. El fuego que nació en su vientre prendió en las terminaciones nerviosas y fue electrificándole el torso, el cuello, la cara y las extremidades al mismo tiempo. Mientras lo recorría una oleada tras otra de placer eléctrico, perdió la noción del tiempo.

Cuando más tarde logró abrir los párpados, que le pesaban como si fueran dos viejas persianas, la vida le regaló la visión de su Gatita ronroneando en su regazo, lamiéndolo con fruición, como si no quisiera dejar ni una gota.

Sus miradas se encontraron y, por un instante, todo fue perfecto en el universo. El mundo y su música desafinada quedaban fuera. En la cama de Ágata sólo había lugar para ellos dos.

Pero, al parecer, la perfección no puede ponerse nunca cómoda en este mundo imperfecto. Debe saltar de persona en persona, como si el suelo fuera lava, y eso fue lo que pasó en la pequeña habitación situada sobre el Charringham Palace.

Después de llamar, Fin no esperó respuesta y abrió la puerta de su

compañera. Ágata se cubrió los pechos con los brazos mientras Roberto se tapaba la entrepierna con las manos.

La mirada del maño no fue de sorpresa, lo que era lógico teniendo en cuenta que llevaba cinco minutos esperando fuera a que acabaran.

—Mmm... —se llevó un dedo a los labios pensativo—, chicos, me recordáis al póster que tengo en mi habitación.

—¿Cuál? —preguntó Roberto para ganar tiempo mientras se debatía entre la culpabilidad y las ganas de matarlo.

—El de *Pijama para dos*. —Ágata y Roberto intercambiaron una mirada incómoda pero muy cómplice—. Sí, sois los nuevos Rock Hudson y Doris Day en versión *millennial*.

Fin devoró la pierna de Roberto desde el tobillo hasta la entrepierna hasta que Ágata lo tapó con la sábana y lo fulminó con la mirada.

—No lo sé, no la he visto —le dijo.

—¿Cómo que no has visto *Pijama para dos*? —exclamó Fin, con voz tan chillona que Roberto y Ágata chistaron a la vez—. ¡Qué pena de juventud!

—¡Fin, tenemos la misma edad! —protestó Ágata exasperada.

—La edad se lleva por dentro y yo soy un alma vieja —le rebatió él, llevándose la mano a la frente en un gesto, ciertamente, muy a lo Escarlata O'Hara en *Lo que el viento se llevó*.

—Fin, ¿venías a hacer cine fórum o querías algo? —insistió Ágata.

—Ah, sí, es verdad. Suso ha hablado ya con su prima y yo te he conseguido el billete, Roberto. Sales mañana a las ocho, de Luton.

—Querrás decir que salimos, ¿no? —Ágata frunció el ceño cuando Fin la ignoró.

Roberto buscó los pantalones con la vista y Fin, siempre servicial, los recogió del suelo y se los dio, aprovechando para curiosear en su ropa interior.

—Mmm, bóxer elástico negro..., sexy.

—¡Fin! —Ágata le habría tirado algo por la cabeza, pero para eso habría

tenido que destaparse los pechos y, aunque sabía que a su compañero sus pechos le interesaban menos que los resultados de la Premier League, ella no se sentía cómoda mostrándolos.

Tal vez por las endorfinas que le recorrían el cuerpo, tal vez por el peso que se había quitado de encima al comprobar que podía acostarse con Ágata sin que el cielo se abriera y apareciera el gran Pedro Veragua lanzándole un rayo sobre la cabeza, el caso es que Roberto se echó a reír.

Cuando había salido de Madrid con destino a Londres sin tener muy claro lo que se esperaba de él pero dispuesto a lo que fuera por liberar a Cristina, se había sentido muy angustiado. Acostumbrado a planificarlo todo antes de enfrentarse a cada caso, la idea de tener que improvisar le había generado una gran ansiedad, pero, para su sorpresa, empezaba a cambiar el chip.

Desde su llegada, había conocido a tres informáticos que habían resultado ser hackers, se había puesto a hablar con una limpiadora en un parque, con la que había acabado asaltando la Torre de Londres, y la hija de su jefe, a la que se había jurado tratar como a una hermana pequeña, acababa de..., bueno, digamos que acababa de convencerlo de que verla como a una hermana pequeña era una idea tan absurda como la de convertirse en ladrón de joyas internacional.

Sacudió la cabeza y resopló. Ágata y Fin lo estaban mirando: él con diversión; ella, como si se hubiera vuelto loco.

Pero no era él. Era la vida la que había empezado a girar como el London Eye y, aunque sabía que admitirlo en público sería políticamente incorrecto, nunca se había sentido tan libre, tan lleno de vida. Tenía la sensación de haber escapado de una cárcel, lo que era del todo absurdo, teniendo en cuenta que la cárcel era el final más probable a toda esa locura.

—Tengo que ir al hotel a por la bolsa, y a hacer el *check-out*. —Aunque había pasado más tiempo en el Charringham Palace que en el hotel que le había reservado su suegro, aún tenía ahí sus cosas—. Si te das media vuelta, Fin —hizo girar el dedo en el aire—, me acabo de vestir.

El maño hizo un mohín, pero obedeció. Ágata aprovechó para ponerse la camiseta mientras contaba en su mente, esperando el instante en que Fin se diera la vuelta para sorprender a Roberto.

«Un, dos... ¡Bingo!»

La mirada aprobatoria de su compañero y compinche le dijo a Ágata que Roberto había pasado el examen con nota.

—¿En avión, Fin? —preguntó Roberto, entre otras cosas para que el maño dejara de comerse con los ojos lo que la dulce Ágata acababa de comerse literalmente—. ¿No será peligroso pasar los controles?

—Hay novedades. —El hacker apartó la mirada muy despacio de la entropierna de Roberto y suspiró—. Bajad, que os ponemos al día.

Luces en el canal

Sudor, adrenalina, nervios a flor de piel. Ocultos bajo el manto de la noche, los furtivos esperan la señal. En todas partes del mundo, en todas las épocas, una luz ha simbolizado la diferencia entre la vida y la muerte. Un candil podía significar vía libre, no hay soldados, adelante; pero durante los bombardeos de Londres, una luz sin cubrir podía significar la aniquilación de un barrio. En el combate entre la luz y las tinieblas, cuando la vida pone en su balanza el alivio de unos marineros al ver la luz de un faro, la muerte exige igualar la jugada con la desesperación de los contrabandistas al distinguir los focos de una patrullera.

DEL BLOG «MATE O BRILLO»

—¡Dios, pensaba que nos iban a detener! —exclamó Rubí, sentándose en el banco de la cabina del lujoso yate.

—¿Con qué motivo? —Swarovski lo miró desde el extremo opuesto de la cabina, alzando una ceja—. Somos tres jóvenes liberados que viajamos por Europa disfrutando de la vida y del amor. No hacemos daño a nadie.

Fabergé, que estaba al mando de la nave, se volvió hacia Swarovski y sacudió la cabeza.

—¿Cómo se te ocurre guardar la caja? ¿Estás loca? De verdad, casi me da un infarto cuando la han encontrado.

Los tres miembros del comando que había secuestrado a Cristina estaban cruzando el Canal de la Mancha en dirección a Holanda. Tras apoderarse de la tiara de la Chicas de Gran Bretaña e Irlanda, habían salido Támesis abajo en una lancha taxi hasta el embarcadero donde se hallaba atracado el yate en el que habían esperado a que el novio de la rica española encontrara la manera de conseguir la joya.

Cuando los padres de la joven les confirmaron que el golpe había sido realizado con éxito, los primeros sorprendidos fueron ellos. Rieron, gritaron y bebieron vodka a morro mientras se dirigían a Yarmouth, el punto de la costa este británica, situado a la altura de Ámsterdam, donde habían acordado hacer la entrega de la tiara.

Encapuchados, entregaron la mercancía, pero Swarovski quiso quedarse con la caja de la anguila de mazapán como recuerdo. Tras la entrega, Fabergé les había comunicado a sus dos compañeros que el gran capo de la mafia rusa para el que trabajaban les había dado nuevas instrucciones. La joven española había aumentado de valor. Su novio había resultado tener más recursos de los esperados y no se podía desperdiciar un agente así. Había que explotarlo hasta que lo cazaran.

Horas más tarde, Swarovski, Fabergé y Rubí emprendieron rumbo a Holanda. El novio tenía ya sus nuevas instrucciones. Ellos sólo debían buscar un embarcadero discreto cerca de Ámsterdam y esperar.

Fue entonces, cuando estaban a punto de abandonar aguas territoriales británicas, cuando los interceptó una patrullera. Aunque la tiara se había quedado en Yarmouth, los nervios fueron inevitables. ¿Los habría descubierto Scotland Yard? ¿Los habrían entregado los mafiosos para librarse de ellos tras obtener la valiosa joya real?

Las preguntas de los agentes los convencieron de que no había nada contra ellos. Era una inspección rutinaria, pero nadie los buscaba. Hubo un momento de gran tensión cuando uno de los agentes encontró y abrió la caja de mazapán. Pero estaba vacía. Y los agujeritos que las piedras preciosas de la tiara habían hecho en el fondo de la caja les pasaron inadvertidos.

—No seas agonías; no ha pasado nada. —Swarovski, que estaba mirando por la ventana, dio un brinco cuando un relámpago iluminó el cielo de derecha a izquierda.

—¡Mierda! —comentó Fabergé—. Ya duraba mucho el buen tiempo.

Rubí resopló.

—¡Joder! Esto no estaba previsto. Tenía que ser un golpe y, luego, a disfrutar de la vida. Estoy harto de estar aquí. Esto es un muermo, quiero irme al sur, Marbella, Málaga, Torremolinos... ¡Vámonos! Que les den a los rusos.

Fabergé lo miró como si fuera un niño de guardería.

—No seas capullo. Esto no va así.

—¿A quién llamas tú *capullo*? —Rubí se acercó a él con chulería. No estaba dispuesto a quedar por debajo de Fabergé a ojos de Swarovski.

Frente a la costa holandesa, un rayo cayó desde la alta nube directo al mar, partiendo el cielo en dos.

Swarovski se estremeció. La electricidad estaba cargando el aire, el mar y los ánimos en la cabina. No podía permitirlo.

—¡Dejad de discutir! Estamos juntos en esto hasta que acabe. Y se avecina tormenta. Hemos de unificar fuerzas. A ver, Fabergé, tú que eres capitán de yate...

—¡Yo también soy capitán de yate! —protestó Rubí.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Te lo sacaste por internet —le recordó, y él se encogió de hombros—. Fabergé, ¿qué hay que hacer en estos casos?

El aludido, que acababa de comprobar la previsión del tiempo, respondió haciendo girar el timón hasta dar media vuelta.

—¿Con este barco y esta tripulación? Volver a tierra y buscar el pub más cercano.

Una rapaza con un corazón de oro

Ágata se subía por las paredes. Aquello era un complot del patriarcado. Al parecer, en algún momento Roberto les había pedido a Fin y a Suso que la mantuvieran al margen de la operación en Ámsterdam. ¡Y a sus compañeros les había parecido bien!

—¡Voy a sacar un billete por mi cuenta! No podéis obligarme a que me quede aquí sin hacer nada. ¡Os recuerdo que Cristina es mi hermana!

Sus dos colegas le dirigieron una mirada que venía a decir, más o menos: «Pues hace un rato, mientras sacudíais las paredes de tu habitación, la que te has olvidado de tu hermana has sido tú».

Roberto tenía la vista clavada en el suelo, y Ágata juraría que se había ruborizado. Y no le extrañaba. Lo que acababan de compartir en la habitación le haría subir la temperatura cada vez que lo recordara, pero ahora no necesitaba recordar nada porque ya estaba más roja que una lata de Coca-Cola. Y si se llevaba la mano a la cabeza y se levantaba la anilla de apertura, la rabia generaría un géiser en medio de la sala de ordenadores que reventaría el techo y se alzaría hasta la altura de The Shard.

—La prima Virgi ha dicho que en la congregación puede acoger a Roberto, pero a ti no.

«¿Una congregación? ¿Qué es?, ¿monja? ¿Y puede acoger a un hombre y a mí no? ¡No sabe nada la prima Virgi!» Ágata apretó los puños.

—¿Y qué? Me voy a un hotel, o a un albergue, o...

—O te quedas aquí —la interrumpió Roberto—. Esos tipos son peligrosos. No quiero que te veas involucrada en...

—¡Ya estoy involucrada! ¡Todos lo estamos!

—¡Chiss! —Todos hicieron gestos desesperados para que bajara la voz, ya que la francesita seguía en la habitación de Fer.

—Es la verdad —susurró ella—. Además, ¿no decís que la Interpol ha lanzado una orden de búsqueda contra Carmen y Guille?

Suso y Fin asintieron. Las primeras investigaciones policiales se habían centrado en comprobar que no hubiera desaparecido nada más de la Torre y, para sorpresa de Roberto y los demás, resultó que habían desaparecido un montón de objetos de incalculable valor económico e histórico. Según las autoridades, la pareja se había llevado joyas, documentos medievales y hasta una armadura. Cuando oyeron la noticia en la BBC, Roberto y Ágata se habían mirado sin entender nada. Carmen y Guille habían salido de la Torre con las manos vacías. Un documento podrían haberlo escondido bajo la ropa, pero ¿joyas? ¿Una armadura?! Al parecer, alguien había decidido colgarle a la pareja todas las desapariciones injustificadas de los últimos tiempos.

«¡Qué práctico! —se dijo Ágata—. No, si es que, aquí, el que no corre vuela.»

Carmen y William habían desaparecido y, de momento, no tenían manera de saber si estaban siendo usados como cabeza de turco o si en realidad eran una pareja de ladrones muy astutos que los habían utilizado para llevar a cabo su plan.

Ágata resopló y sacudió la cabeza. ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado? ¿Por qué no podían seguir en la cama, donde todo era fácil? Caricias, besos, dar placer, recibir placer, más caricias, más besos...

—Gatita —Roberto se había acercado y le había rodeado los hombros con el brazo—, quédate aquí. Necesitaré que seas mi apoyo logístico. Detrás de tu ordenador serás igual de útil, pero estarás a salvo.

—¡Fin y Suso serán nuestro apoyo logístico!

—A ver, Gattaca —protestó Fin—, no es que no queramos ayudar, pero estamos a final de curso, hemos de entregar trabajos y...

—Como suspenda algo, mi madre me dará más golpes que a un pulpo antes de hacerlo *a feira*.

Ágata se sintió culpable y le dio mucha rabia porque sabía perfectamente que ésa era la intención de sus compañeros. A punto estuvo de decirles que no iban a suspender, y que, si suspendían, entrarían en la web de la universidad y cambiarían los resultados como quien prepara palomitas en el microondas, pero aquello era un complot y estaba en minoría.

—No se hable más. Mañana —Roberto miró la hora en el ordenador—, bueno, dentro de un rato vuelo a Ámsterdam, me instalo con la prima Virgi, busco la manera de introducirme en el taller de diamantes y..., bueno, estaremos en contacto en todo momento. Gracias a Carmen y a Guille, la policía no sospecha de nosotros. Podré moverme sin problemas.

En ese momento, el ruido de unos pasos en la escalera los sobresaltó. Ágata miró a Roberto, que había palidecido de golpe. Aunque fingía controlar la situación, su actitud era pura fachada.

El intruso no era un miembro de la Interpol; ni siquiera era un intruso. Unos pies descalzos, seguidos de unas piernas largas y atléticas, un torso depilado y la cara traviesa de Fer, fueron apareciendo poco a poco.

Él los miró revolviéndose el pelo y Roberto pensó que se parecía demasiado a Andrés Velencoso, hasta en la sonrisa ladeada. Tal vez no fuera mala idea llevarse a Ágata a Ámsterdam, para mantenerla lejos del seductor catalán.

—¿Aún trabajando? —les preguntó Fer—. Menudo vicio tenéis, ¿no?

Ágata lo siguió con la vista mientras él se dirigía a la nevera, la abrió, sacaba un cartón de leche y se bebía la mitad a morro sin parar.

«Lógico —se dijo ella—. Se le ha acabado el tóner. Necesita recargar el depósito si quiere seguir haciendo cafés *au lait* con la francesita.»

—Pues si lo nuestro es vicio..., ¿lo tuyo qué será, machote? —Suso sacudió la cabeza y le dio una palmada en la espalda a Fin, que había empezado a hiperventilar, como cada vez que veía a Fer sin ropa.

El maño inspiró hondo y miró agradecido a Suso mientras regularizaba la respiración.

Fer llenó un vaso de leche para subirlo a la habitación.

Ágata estuvo a punto de decirle que podría haber llenado el vaso antes de beber a morro, pero se imaginó que, a esas alturas, a Ivette le daría igual comerse unas cuantas babas de su amante.

Un *flashback* de Roberto, ofreciéndole la boca para ahogar en ella los gritos de su orgasmo, la asaltó a traición y se ruborizó sin remedio.

Fer, que había llegado a su lado, le apoyó un dedo bajo la barbilla y la obligó a mirarlo a la cara. La examinó con curiosidad y le dirigió una sonrisa quemabragas.

—No sé en qué andáis, pero te sienta muy bien, Gattaca; sigue así.

Ella se quedó mirando su retaguardia mientras subía la escalera. Le habría respondido, pero se había quedado dando vueltas en bucle a sus palabras.

«¿El qué me sienta bien? ¿Ser una ladrona de joyas reales? Lo dudo. ¿El sexo con Roberto? Desde luego. ¿Que mi hermana haya desaparecido del mapa? Paso palabra.»

Roberto aprovechó su desconcierto para escapar.

—Voy al hotel a por mis cosas. —Le dio un rápido beso en los labios y se dirigió a la puerta.

Ágata estuvo a punto de ofrecerse a acompañarlo, pero se mordió la lengua. Él estaba poniendo distancia entre ambos. Probablemente tenía tantas cosas en la cabeza como ella y necesitaba ordenarlas.

—No tardes —le recordó Suso—. Luton está a una hora de aquí.

—Algo más —añadió Fin—. Y el bus sale de la estación de St. Pancras. Te acompañaremos.

Roberto estuvo a punto de decirles que el padre de Cristina corría con todos los gastos y que podía tomar un taxi, pero asintió y se dirigió al hotel a pie. No iba a ser capaz de cobrarle nada a Pedro Veragua. Ni vuelos, ni hoteles, ni taxis. Con la vista fija en The Shard, que iluminaba el centro de la

cosmopolita ciudad, recorrió las calles que lo separaban del hotel perdido en sus pensamientos.

Acababa de hacer realidad una fantasía que no lo había abandonado del todo en los últimos dos años. Acostarse con Ágata había sido mucho mejor que cualquier ensoñación. Había sido dulce pero picante. Había sido sexy, pero, al mismo tiempo, lo había hecho sentir cómodo, acogido, como en casa, algo que nunca le había pasado con Cristina.

Inspiró hondo y dio una patada a un guijarro. Demasiada intensidad, demasiadas emociones.

Sin embargo, una de ellas dominaba sobre las demás: tenía la sensación de haber vuelto a nacer. No era la misma persona que se había levantado de la cama esa mañana. Se sentía como si hubiera agarrado el rascacielos con forma de esquirra y lo hubiera usado para romper el cordón umbilical que lo unía a Madrid, a Cristina, y a Pedro, su padre laboral. Y, aunque estaba algo asustado, se sentía mucho más fuerte que antes. Había sido capaz de robar una corona real sin que lo descubrieran, había hecho el amor con una mujer que le encendía el corazón además del vientre. ¿Qué más cosas sería capaz de hacer el nuevo Roberto si se daba permiso para experimentar?

Con un gran subidón provocado por la euforia del sexo y por los nervios de la nueva aventura que lo esperaba en los Países Bajos, decidió seguir cortando cordones umbilicales.

En el hotel hizo el *check-out* rápidamente, se dirigió a la estación de autobuses y, con el billete de avión en el móvil, esperó a estar a las afueras de la ciudad para avisar a Ágata de que no iba a volver al Charringham Palace.

Estoy de camino a Luton. Avisa a los chicos y
dales las gracias por todo.

Ella respondió al momento:

Pero ¿por qué no me has avisado? ¡Quería
acompañarte al aeropuerto!

No tiene sentido que me acompañéis.
Descansa, Gatita.

Ágata se quedó mirando la pantalla y sintió un gran vacío en su interior. ¿Estaría huyendo de ella? ¿Volvería a verlo alguna vez o tendría que conformarse con los recuerdos de esa noche durante el resto de su vida?

Al ver que Suso y Fin la estaban mirando con preocupación, los puso al día.

—No —dijo Fin, sin venir a cuento.

—¿No a qué?

—No a esos pensamientos negativos que te están cruzando por la mente. Roberto ahora mismo está sometido a una gran tensión. Debe de sentir que tiran de él cuatro caballos. Necesita espacio para saber lo que de verdad quiere.

—Pero ¿y si...? —Ágata no fue capaz de acabar la frase, pero Fin, que se había puesto en plan doctor Amor, lo hizo por ella.

—Si decide que lo que quiere no está a tu lado es que es más idiota de lo que pensaba y, desde luego, estarás mucho mejor sin él.

—Amén —corroboró Suso.

—Pero lo dudo mucho, Gattaca. —Fin le dirigió una sonrisa irónica—. ¿O debería llamarte *Gatita*? —Ella le sacó la lengua—. Hazme caso, ese chico te quiere.

Ella inspiró entrecortadamente. Ya sabía que la quería, pero ¿habría logrado que dejara de verla como a una hermana pequeña? ¿La vería al fin como a una mujer? Estaba casi segura de que sí, pero... ¿y si al hacerlo había pasado a ser como el resto de las mujeres del mundo? ¿Mujeres a las que uno puede abandonar después de una noche de pasión? ¿Se había equivocado cambiando su relación platónica? ¿Por qué demonios no podía tenerlo todo?

«Porque Roberto es el novio de tu hermana», le dijo su conciencia.

«Anda, la que faltaba —le replicó con sarcasmo—. ¿Ahora te da por aparecer? ¿Dónde estabas cuando he asaltado la Torre de Londres? ¿No

podrías haber venido antes de que me convirtiera en una delincuente por un tipo al que probablemente no volveré a ver el pelo?»

«Ágata, has robado la tiara para que liberen a tu hermana, ¿no?»

«Eeeem, sí, claro, conciencia. Por supuesto, conciencia.»

«Anda, que ya te vale.»

—Fin tiene razón, *parruliña*. Os vendrá *ben* pasar estos días separados para aclararos las ideas. Son sólo cinco días. ¿Qué es eso para ti, que llevas tanto tiempo esperando por él?

Ágata se recogió el pelo en lo alto de la cabeza con un bolígrafo-souvenir que tenía el Big Ben en la parte superior mientras se sentía como una Penélope del siglo XXI a la espera de su Ulises. Y la sensación no le gustó; no le gustó nada.

—Demasiado tiempo.

«Ya no soy la misma —La revelación la sorprendió—. No pienso quedarme esperando por nada ni por nadie nunca más.»

—No, mujer. Además, mi prima Virgi lo va a cuidar de maravilla, ya lo verás. Esa rapaza tiene un corazón de oro.

Ágata se guardó la opinión que le merecía la prima Virgi y se despidió de los chicos dándole un abrazo a cada uno. Poco después, en la intimidad de su habitación, se despidió de Roberto.

Avisa cuando llegues... y no hagas
ninguna tontería.

Él respondió al momento:

Tranquila, Gatita, las tonterías las guardo para
hacerlas contigo.

Ella frunció el ceño. Esa frase podría ser una muestra de arrepentimiento o lo más romántico que había oído nunca. Suspiró, súbitamente agotada. Decidió hacer caso a todos y descansar. Por la mañana lo vería todo más claro..., o eso esperaba.

Semáforos del sexo

Los focos resaltan lo que uno quiere que se vea, ya sean gemas en una joyería, políticos en una palestra o mujeres en un escenario.

O en una vitrina.

Las ciudades brillan, y si de día Ámsterdam es una de las capitales de los diamantes, de noche son otras las luces que iluminan la ciudad. En el Barrio Rojo, las luces, rojas o azules, son un semáforo del sexo que guía a los que buscan el estremecimiento del placer o el consuelo de un cuerpo caliente en el frío de la noche.

DEL BLOG «MATE O BRILLO»

Ámsterdam, Holanda

Roberto comprobó la dirección una vez más.

«Sí, es aquí.»

Era una calle como tantas otras de la capital holandesa. El canal en el centro, con las barcazas avanzando majestuosas sobre las aguas oscuras, plomizas, como el cielo tras la tormenta. Los edificios, uniformes, ni muy lujosos ni muy altos. Lo único que diferenciaba la calle de cualquier otra era lo que se ofrecía en sus escaparates.

Ventanas, los llamaban allí. Lo sabía porque había estado en Ámsterdam anteriormente de viaje de negocios. Tras firmar los contratos de manera satisfactoria, había salido a cenar y a tomar una copa con el cliente. El alcohol y la camaradería masculina habían guiado sus pasos hasta el Barrio Rojo. Cuando Roberto admitió que nunca se había acostado con una prostituta, el cliente lo había mirado como si le hubieran salido cuernos verdes en la cabeza y se había propuesto «desvirgarlo». Cuando él se negó, el cliente insistió

diciendo que iba «a cuenta de la empresa», como si el dinero fuera el problema.

Esa noche, Roberto volvió solo al hotel mientras el cliente disfrutaba de los servicios que le ofrecía la ciudad de los canales. Tumbado en la cama, con los brazos detrás de la cabeza y la mirada clavada en el techo, dio vueltas a su decisión.

Suponía que había cosas que uno mamaba desde pequeño sin que se diera cuenta. Ésa era la auténtica educación, la que se absorbía en casa, cuando uno no era consciente de estar aprendiendo. Y su padre le había enseñado a respetar a las prostitutas sin decir ni una palabra. Lo que hacía era fulminar con la mirada a los que sacaban el tema a su alrededor.

Sus padres y él nunca habían hablado de ello abiertamente, pero Roberto había ido sacando sus propias conclusiones a lo largo de los años. La tía Lola vivía en el extranjero. En teoría era misionera en Brasil, pero cada Navidad, cuando iba a cenar a casa de los Bravo, llegaba cargada de regalos de lo más... exóticos. Picardías para Ana, la madre de Roberto, extrañas estatuas con grandes atributos sexuales para su padre, que se llamaba como él... A él le llevaba juguetes adornados con plumas con los que jugar a una especie de bádminton sin raqueta y muchas otras cosas, pero, sobre todo, llevaba un soplo de aire fresco a las Navidades.

Su padre solía recibirla con un gruñido y una frase que al niño Roberto se le había quedado marcada: «Pareces un árbol de Navidad, Lola», antes de fundirse con ella en un largo abrazo.

Lola siempre respondía alborotándole el pelo, porque sabía que él odiaba que le tocaran la cabeza, y exclamando alegre: «¡Y tú un abedul, hermano! Cada año tienes menos hojas», lo que despertaba la risa del Roberto niño.

Sus vestidos de lentejuelas, su exuberancia natural, unos abrazos largos y apretados que lo envolvían con su aroma de frutas tropicales, y su charla desinhibida eran un paréntesis de color en la vida austera y sacrificada de los Bravo.

Al principio, el niño Roberto pensó que estar al servicio de Dios era lo que le daba a Lola esa alegría de vivir y ese brillo en la mirada. No entendía que su padre tratara de convencerla cada año para que dejara su trabajo y volviera a Madrid. Un año había provocado las risas de todos —menos de su padre— cuando afirmó, muy convencido, que de mayor seguiría los pasos de su tía.

Hacía ya tiempo que Roberto era consciente de que su tía no era misionera, pero veinte años más tarde tuvo una sensación muy parecida a la de esas Navidades. Miró la fachada del edificio cubierto de ventanales y le pareció que en cada uno de ellos había un árbol de Navidad. Unos estaban iluminados con luces rojas; otros, con luces azules; algunos ventanales estaban apagados.

«Creo que la prima Virgi pertenece a la misma congregación que la tía Lola. Ya te vale, Suso.»

Sacudiendo la cabeza, llamó al timbre.

* * *

Suso no lo había engañado. La prima Virgi era un amor de rapaza, con un corazón de oro. Había citado a Roberto en la habitación donde ejercía la prostitución para darle la llave del apartamento que compartía con otras compatriotas. Y para decirle dónde estaba la clave del wifi. Procuraba mantener su vida profesional apartada de la familiar, pero Suso le había dicho que era una emergencia, que su amigo necesitaba su ayuda, y Virgi le había dado la dirección donde encontrarla sin pensarlo dos veces.

Lo recibió con una bata transparente, estampada con unas grandes flores de hibisco, y mucho cariño, como siempre que se encontraba con un compatriota.

—¡Hola, corazón! ¡Pero qué guapo eres! Menos mal que las chicas están trabajando, así te tengo un rato para mí sola. ¿Quieres un cafecito?

—No querría molestar...

—¡Qué molestia ni qué molestia! —Se dirigió a una pequeña cocina situada al fondo del pasillo y le hizo un gesto con el dedo para que la siguiera—. Si

las capsulitas lo hacen todo solas... Acabamos de recibir unas que son de lo más cucas. Son de la colección París. *Oh là là!* Praliné, *macaron*... Deliciosas. —Lo miró por encima del hombro, dejando resbalar la bata de seda por él—. ¿No me digas que no te despiertan el apetito?

Roberto le dirigió una sonrisa ladeada. Virgi era buena en lo suyo, muy buena. Lo estaba haciendo sentir cómodo, a gusto, como en casa.

—Un *ristretto*, gracias, Virgi, que necesito tener la cabeza despejada.

—Qué voz tan varonil tienes, Roberto —ronroneó ella—. ¿Puedes volver a decir *ristretto*, por favor? Me has recordado al guapazo ese, el George Clooney.

Él se echó a reír.

—Qué peligro tienes, Virgi.

Mientras la máquina preparaba el café, ella abrió un armarito y sacó una bandeja con un bizcocho.

—Un trocito de bizcocho casero tomarás, ¿no? Es una receta especial.

Él alzó las cejas, recordando su primera vez en Ámsterdam, cuando entró en un *coffee shop* pensando que era una cafetería normal y pidió un trozo de bizcocho... especial.

—Si por *especial* quieres decir que es bizcocho con marihuana, no, gracias, Virgi. Necesito tener los cinco sentidos bien despiertos. Cuando acabe la misión..., ¡quiero decir, la reunión!, cuando acabe la reunión de negocios, no te digo que no, pero...

—¡Que no, *toló!* Que es una receta especial de mi familia, pasada de madres a hijas.

—En ese caso, sí, claro. ¡Encantado!

Virgi y Roberto compartieron café y conversación durante unos minutos.

—Trabajamos aquí hasta las cinco. Tú instálate tranquilo en el apartamento, Roberto, majó, y cenamos juntos esta noche si quieres. —Lo miró apreciativamente de arriba abajo—. A las chicas les encantará tenerte unos días en casa.

Él no pudo evitar comentar:

—No querría perjudicaros. Si tenéis más trabajo por la noche, por mí no cambiéis nada, ¿eh?

Ella le pellizcó la mejilla.

—¡Ay, qué sol! No, no es por ti. Las chicas y yo llevamos aquí ya mucho tiempo y preferimos trabajar de día. Trabajo no falta en ningún turno... —se acercó y añadió hablándole al oído, envolviéndolo con su olor a esencias orientales—: y de día hay menos borrachos.

La mirada de Roberto se ensombreció. No tenía nada en contra de las mujeres que decidían alquilar su cuerpo, siempre que lo hicieran por elección propia, pero odiaba pensar en lo vulnerables que estaban delante de algunos tipos sin escrúpulos.

—Si puedo ayudaros en algo mientras esté aquí, tienes mi móvil. Si algún capullo os da problemas, llámame y...

—¡Ay, qué riquiño eres, Roberto, por favor! No sigas diciendo esas cosas, que me voy a enamorar —exclamó, llevándose la mano a la frente en un gesto tan teatral que lo hizo reír otra vez. Luego abrió un cajón y sacó un espray de pimienta y unas esposas—. Te lo agradezco de corazón, pero nos las apañamos solas. Sabemos defensa personal y, cuando alguna de las cuatro tiene problemas, las otras acudimos al momento.

Él asintió.

—Bien, me quedo más tranquilo. Suso me comentó que vivías en una congregación.

Virgi se llevó la mano a la boca para aguantarse la risa.

—Sí, la congregación del Glorioso Cirio Enhiesto.

Roberto alzó una ceja.

—Es como lo llamamos las chicas y yo —le guiñó el ojo—, pero no delante de la familia, claro. Cuando viene la familia a vernos, quedamos en alguna cafetería o parque, con la excusa de que las religiosas no nos dejan

recibir visitas. No me avergüenzo de mi trabajo, lo hago porque quiero, pero cuanto menos se mezcle la familia y lo laboral, mucho mejor para todos.

Roberto afirmó con la cabeza, sintiendo una gran afinidad con Virgi. Era absurdo, pero, de alguna manera, tuvo la impresión de que Virgi podría ser la hija de su tía Lola, lo que la convertiría en su prima..., no de sangre, pero sí de la vida.

—Voy a ir tirando, Virgi. Tengo... mucho trabajo.

—Ya me contarás más cosas de ese —le guiñó el ojo— trabajo que tan nervioso te pone.

Él tragó saliva y le dirigió una sonrisa incómoda.

—Nada interesante —mintió.

—¿Llevas la llave?

Él se palmeó el bolsillo.

—Sí, muchas gracias.

—¡Muchas gracias, muchas gracias! —canturreó ella, imitando su voz grave—. Qué formales sois en la meseta. Anda, dame un abrazo, compatriota.

Él se acercó a la exuberante gallega, que lo esperaba con los brazos abiertos, y la abrazó con ganas. Por unos momentos, Roberto sintió que volvía a tener ocho años y que la Navidad acababa de entrar en su casa de la mano de la tía Lola. Tuvo que apretar los párpados con fuerza para que no asomaran unas inoportunas lágrimas a las que nadie había invitado.

Cuando ella notó que Roberto se había librado de parte de la enorme tensión que cargaba, rompió el abrazo y le agarró las mejillas con las manos.

—Todo saldrá bien —le aseguró.

—Gracias, Virgi. Tu primo se quedó corto; eres un tesoro. Deberías estar en una vitrina de la Torre de Londres.

Ella se echó a reír con ganas y lo empujó, dirigiéndose hacia la salida.

—Quita, quita, qué aburrimiento. Estas vitrinas son mucho más entretenidas. Anda, ve. —Le dio una palmada en el culo a modo de despedida.

—¡Virgi! —Él fingió ofenderse, pero la sonrisa lo delató.

—Cuídate, Roberto.

—Cuídate tú, preciosa.

Con la risa cantarina de la prima de Suso en los oídos, y las emociones a flor de piel, Roberto salió al canal y decidió recorrer la media hora que separaba la céntrica calle del Barrio Rojo del apartamento de Virgi y sus compañeras.

Aunque pensaba dejar el equipaje antes de centrarse en la misión, cuando poco después se encontró con un taller de diamantes por el camino, no pudo evitar acercarse. Sabía que no debía hacerlo, que tenía que evitar aparecer en las grabaciones de las cámaras de seguridad, pero el brillo de las gemas expuestas en el lujoso escaparate lo atrajo como si fuera un faro en una tormenta.

Mientras contemplaba los diamantes, solos o engarzados en anillos, pulseras o colgantes, repitió mentalmente las instrucciones de los secuestradores, que había memorizado durante el viaje: «Diez diamantes redondos brillantes: 10 ct, H&A, FL, River».

El taller parecía casi un búnker por fuera. La única ventana era el escaparate, y el vidrio que lo cubría parecía ser a prueba de misiles. El expositor era sobrio y elegante, gris oscuro, sobre el que destacaban las gemas que arrancaban mil destellos a la luz. Por supuesto, nada enturbiaba esa belleza fría y perfecta, ni un cartel que señalara el precio, ninguna información.

Resopló y sacudió la cabeza. No sabía cómo iba a franquear las medidas de seguridad de esos locales sin ayuda. Lo de Carmen y Guille había sido un tremendo golpe de suerte, pero esas cosas pasaban una vez en la vida. Y, aunque por casualidad lograra acceder a los diamantes, ¿cómo demonios iba a saber cuáles querían? Por mucho que los mirara y los remirara, para él todos eran iguales. Como mucho podía decir si eran grandes o pequeños, redondos o cuadrados, pero ¿H&A? ¿Qué demonios era eso? ¿No era una tienda de ropa?

Suspiró y continuó su camino, siguiendo las instrucciones del navegador

del móvil. El contraste entre el taller y el Barrio Rojo que acababa de abandonar era impactante. Uno tan frío y elegante, el otro tan cálido y bullicioso. Sin saber por qué, le recordaron al cielo y al infierno.

Su imaginación se puso en marcha. Se imaginó que la misión salía mal y que moría a manos de algún vigilante de seguridad. Una larga escalera mecánica lo conducía al cielo, donde san Pedro consultaba su lista mirándolo por encima de sus gafas de leer de montura dorada.

—¿Roberto Bravo, dices?

—El mismo —respondía él, mirando a su alrededor. No se oía ni un alma, nunca mejor dicho. Verlas, sí. Las almas caminaban solas o en pareja, pausadas, ceremoniosas, transmitiendo una gran paz y serenidad.

San Pedro suspiraba frustrado.

—Tú tampoco, hijo. No sé qué pasa últimamente, cada vez os quedáis menos.

Él se encogía de hombros.

—Va a ser cosa de Twitter, Peter. Es imposible leer los comentarios a cualquier tema sin que se te lleven los demonios.

San Pedro resoplaba.

—Ya se lo dije al jefe cuando vino aquel experto en posicionamiento SEM/SEO y lo echó con cajas destempladas. Nos estamos quedando desfasados. Anda, baja por esa barra de bomberos.

—¿Una barra de bomberos para bajar al infierno? —Roberto se dirigió hacia el hueco entre las nubes y miró al guardián del cielo con ironía—. Esta gente sí que sabe, si es que no hay color.

—Anda, circula, malandrín.

El graznido de un ánsar lo sacó de su ensoñación.

Roberto sonrió con ironía.

«Me parece que, al final, el bizcocho de Virgi sí que llevaba sorpresa. O eso, o necesito dormir una semana entera.»

El navegador le indicó que había llegado a la calle que buscaba. La ciudad

transmitía unas sensaciones muy distintas de las de Londres. Ambas eran unas ciudades preciosas, pero, así como en Londres enseguida se había sentido integrado en la vorágine, tenía la impresión de que Ámsterdam levantaba una barrera, que marcaba distancias. Aunque tal vez sólo necesitaba conocerla un poco más.

A lado y lado de la puerta había bicicletas; al entrar, en el portal, más bicicletas. La ciudad estaba llena de ellas por todas partes. Subió hasta el último piso y abrió la puerta. Tal como le había dicho Virgi, no había nadie. Lanzó la bolsa sobre el sofá y miró a su alrededor. Todo estaba sorprendentemente ordenado. No sabía por qué se había imaginado que el piso sería una leonera, con tangas colgando de las lámparas y sujetadores en los pomos de las puertas.

«Claro que sí, Roberto, ahí, sin prejuicios ni nada...»

Puso a cargar el móvil y miró si había recibido algún mensaje. Tenía varios. Abrió primero el de Ágata:

Tengo novedades.

Era de las cuatro de la madrugada. Ahora ya eran casi las doce. Por lo general a esas horas Ágata no dormía, pero no quería molestarla si se había pasado la noche en blanco.

«Te ha dicho que la avises cuando llegues; déjate de excusas y llámala ya. Bueno, envía un mensaje.»

Ya donde Virgi. ¿Qué hay de nuevo?

Segundos más tarde le llegó un aviso al móvil. Ágata quería hablar con él por videollamada usando WhatsApp. Respondió al momento.

Ella estaba paseando la mirada por varios rincones de la cámara. Cuando sus miradas se encontraron al fin, se iluminaron. Ambos soltaron el aire y sonrieron.

—Roberto, ¿has llegado bien? ¿No has tenido problemas en la frontera?

—Buenos días, Gatita. —Ella se ruborizó al oírlo y él sintió unas ganas

enormes de estar a su lado y morderle el rubor que se extendía por su cuello —. Ningún problema, todo estaba tranquilo. ¿Y por ahí? ¿Has dormido? ¿Qué hay de nuevo?

Ella se frotó los ojos y Roberto se dio cuenta de que estaba sentada en la cama. Lo que no había conseguido Virgi con su ropa sugerente, su aroma exótico y su experiencia de muchos años lo consiguió la imagen de un par de barrotos y de la cara aniñada de Ágata quitándose las legañas de buena mañana: se endureció como una piedra en segundos.

«Estás jodido, macho.»

Se revolvió en el sitio, soltando el aire poco a poco por la nariz para calmarse. Necesitaba concentrarse para poder obtener los diamantes y liberar a Cristina. Cada vez tenía más prisa por conseguirlo. Hasta que pudiera mirar a Cristina cara a cara y cortar la relación con ella, se sentiría como un miserable cada vez que se le pusiera dura pensando en Ágata.

Ella estaba quejándose de que había dormido poco por culpa de Fer, que había hecho cantar a la francesita de buena mañana, y no precisamente *La marselesa*.

Roberto se sentó en un taburete y apoyó el móvil en la barra que separaba la cocina del comedor.

«No pienses en los gritos y los golpes en la pared de la habitación de Ágata o no avanzaremos.»

—¿Has averiguado qué significan las instrucciones de los secuestradores?

Ella inspiró hondo y asintió.

—Sí. *Redondo brillante* es la forma. Es la más clásica. *Ct* significa *carats*, «quilates» en inglés. Quieren diamantes de diez quilates.

—¿Es la talla? ¿Diamantes de la talla 10?

—No. Cuando se habla de talla en diamantes, se refieren al modo de cortarlo. Los quilates sirven para saber el peso, no el tamaño.

—Em, vale.

—*H&A* significa *Hearts and Arrows*.

Roberto frunció el ceño.

—¿«Corazones y flechas»?

—Exacto. Es un modelo que muestra la intensidad de la luz que refleja el diamante, y también sirve para saber si es simétrico. Cuando se examina el diamante con un instrumento especial, si se mira desde arriba se ven flechas; si se mira desde abajo, corazones.

Roberto se pasó las manos por el pelo y respiró hondo.

—¿Me estás diciendo que voy a tener que buscar un aparato para examinar diamantes y que voy a tener que ponerme a buscar corazones y flechas antes de meterme los diamantes en la saca? —Aunque sabía que Ágata no tenía la culpa, no pudo evitar ir elevando el tono de voz, hasta acabar con un grito de frustración.

Ella se encogió de hombros.

—No sólo eso. *FL* se refiere a la pureza del diamante. Significa *flawless*, es decir, «sin defectos», totalmente puro.

—*Tupendo* —murmuró él, sin ánimos ni para pronunciar la palabra entera.

—Y *River* es el color.

—¿El color? ¿No son todos transparentes?

—Uy, no. Hay diamantes de colores: amarillo, naranja, marrón, verde, azul, rosa, pero apenas se comercializan porque la gente los quiere blancos. Cuanto más, mejor. Ni te imaginas la cantidad de blancos distintos que hay; he flipado al ver la tabla. Hay blanco difuminado, blanco extra, blanco excepcional...

—¿Y eso de *River* a qué viene? Porque llamar «río» a un tono de blanco es muy optimista. Éstos no han visto el Tajo a su paso por Toledo.

Los secuestradores era probable que no, pero Ágata sí, y el brillo de sus ojos le dijo a Roberto que estaba recordando el beso que se dieron a orillas del largo río, cuando, embriagados por la pasión y otras sustancias, confundieron las luces del coche de la Guardia Civil con una aurora boreal anaranjada.

Carraspeó antes de replicar:

—Ese nombre se lo pusieron por los diamantes encontrados en cursos de agua.

Roberto resopló.

—Todo esto que me estás diciendo me lo podrás pasar por escrito, ¿verdad?

—Claro. Te envió por email los enlaces de las páginas que he estado revisando. Suso ha estado investigando qué talleres tienen este tipo de diamantes. En Ámsterdam están los talleres, pero los dueños son también propietarios de las minas en Johannesburgo. Este negocio no ha conocido la crisis. —Sacudió la cabeza—. Y Fin ha buscado qué empresas se ocupan de la seguridad. Si quieres, ve a echar un vistazo a los talleres y, cuando hayas elegido uno, se meterá más a fondo.

Roberto se endureció un poco más al oír a Ágata pronunciar esa última frase. Agachó la cabeza y volvió a bufar. Se sentía como un caballo, o como un toro.

Cuando levantó la vista, vio que ella bizqueaba un poco y percibió una pequeña punzada de celos. El toro que había empezado a escarbar con las patas en su interior estaba protestando. Decía algo así como que no quería que su Ágata bizqueara si no era fundiéndose de placer entre sus brazos.

Se estaba comportando de un modo del todo ridículo y nada normal en él. Y no iba a poder echarle la culpa al bizcocho de Virgi eternamente. Mucho se temía que la droga que lo afectaba tenía un efecto mucho más largo que cualquier planta. Había visto el efecto que causaba en los gatos la planta que llamaban *hierba gatera*, y se parecía demasiado a lo que sentía cada vez que oía, olía o veía a Ágata, aunque fuera por videoconferencia.

Se aguantó la risa pensando que la pequeña Veragua era su hierba *agatera*.

—¿Roberto? —canturreó la dueña de sus ensoñaciones—. ¿Ese cuadro que tienes a tu espalda es una mujer desnuda?

Él se encogió de hombros, pensando que era muy posible, pero pronto reaccionó: ¡la congregación! Ágata pensaba que Virgi vivía en el piso de una

congregación de monjas. ¡Y Suso también! No podía traicionar la confianza de Virgi. ¡Encima que le había abierto las puertas de su casa sin conocerlo de nada!

—Eeem... —Se volvió para ver qué cuadro había llamado la atención de Ágata. El piso era de lo más normal. No había nada en él que pudiera hacer adivinar la profesión de las chicas. Nada..., excepto los cuadros. Aunque elegantes, las imágenes eran de lo más erótico. La que Ágata había visto era un primer plano de un vientre en blanco y negro. En un extremo, el vello púbico. Una mano femenina descendía por el liso vientre en busca de placer—. No, mujer, ¿qué dices? Esto es el desierto. Y esto, una caravana de camellos que se dirige a un bosquecillo. Hay que ver, qué mente más sucia tienes, Ágata. — Le guiñó el ojo, cogió el teléfono y dio media vuelta para que a su espalda quedaran los armarios de cocina.

—Si tú lo dices... —Ágata ya no bizqueaba, pero tenía el ceño fruncido.

—Son imágenes bíblicas, sobre lo que les espera en el infierno a los pecadores de lujuria.

«Venga, tú arréglalo, Roberto.»

La pareja se miró en silencio. Él trago saliva. Ella se ruborizó con la mirada fija en su nuez. Por suerte, Lucifer no apareció en aquel momento haciéndoles una oferta dos por uno, porque ambos habrían saltado al carrito de la compra del diablo como quien se tira a una piscina el primer día de vacaciones.

El ruido de una llave abriendo la puerta del apartamento sacó a Roberto de su embobamiento. Cuando la puerta acabó de abrirse, el que bizqueó fue él. Con la boca abierta, vio entrar a una mujer de curvas generosas, vestida de cuero negro y medio cubierta por una capa de terciopelo, también negro, con capucha. Llevaba botas de tacón muy alto, aunque, para ser precisos, en los pies sólo calzaba una. La otra la llevaba en la mano, rota. La recién llegada resopló y cruzó el salón con la misma gracia que Lina Morgan en *La tonta del bote*.

—¿Roberto? —La voz de Ágata lo hizo reaccionar.

—¡Sí! Tengo que colgar, Ágata. Ha llegado una de las hermanas. Creo que viene de la procesión en honor a san Caralampio, patrón de los cojos. ¡Te llamo luego!

Bodas de oro

La recién llegada, que se había dejado caer en el sofá y había apoyado los pies en la mesita, le estaba dirigiendo una mirada entre admirada y divertida.

—Hola, hola. ¿Quién eres tú? Tienes reflejos rápidos, además de una cara de ángel y un cuerpo que incita al pecado.

Él no supo si levantarse e ir a saludarla o permanecer en el taburete. No quería que se sintiera acosada en su propia casa.

—Soy Roberto, amigo de Suso, el primo de Virgi...

—¡Es verdad! Me lo ha comentado Virgi esta mañana, pero no le he hecho mucho caso. Yo es que, hasta que no me tomo el cuarto café, no soy persona. Anda, acércate, que no muerdo..., a menos que me lo pidas. —Le guiñó el ojo—. Ya que estás aquí, ayúdame a quitarme la bota. El corsé me aprieta tanto que me cuesta un montón agacharme.

—Claro. —Roberto se acercó a la vivaracha joven, que había apoyado los brazos abiertos en el respaldo del sofá y había echado la cabeza hacia atrás—. ¿Un día duro en el trabajo? —le preguntó mientras le levantaba el pie y le desabrochaba la cremallera.

—Lo normal. —Ella suspiró al notar sus manos en el pie—. ¿No me darías un masajito, Roberto? —le pidió poniéndole ojitos.

Él la miró desde arriba. La mujer no parecía ser mucho mayor que él, pero en sus ojos se veía que había vivido mucho. Llevaba un corsé de látex ajustadísimo, del que sobresalían dos exuberantes pechos, que iba cerrado con cuatro hebillas plateadas. La minifalda, también de látex, se ceñía a las curvas peligrosas de sus caderas. La capa de terciopelo estaba abierta sobre el sofá.

Si por fuera era negra, por dentro era roja como una granada, roja como sus labios. Le recordó a un personaje de cómic, tierna pero capaz de cualquier cosa.

Carraspeó y dijo:

—Trae aquí esos pies. —Al ver que el pie descalzo estaba sucio, lo soltó sobre la mesa—. Espera. Vamos a hacerlo bien.

Mientras se alejaba, la oyó ronronear.

—¿Cómo te llamas, por cierto? —le preguntó, abriendo armarios de la cocina. Cuando encontró lo que buscaba, fue al baño a por más material.

—Agustina.

—Nombre de guerrera, me gusta. ¿Eres maña, como Agustina de Aragón?

—Tan maña como ella; es decir, no.

Roberto se acercó y dejó sobre la mesita una olla con agua tibia jabonosa. Se sentó junto a la olla, cogió los pies de Agustina y empezó a lavarlos con una toalla húmeda.

—¿Qué quieres decir?

Ella gimió de gusto.

—Agustina de Aragón nació en Reus.

Él alzó una ceja con desconfianza.

—¿Me estás diciendo que era catalana..., como los que dicen que Cristóbal Colón era catalán?

—Yo de Colón no sé nada, pero en el cole siempre se reían de mi nombre, así que hice un trabajo sobre Agustina de Aragón para que los compañeros vieran lo mucho que moló su vida y me dejaran en paz. No me discutas sobre ella, que me sé su vida al dedillo. Algunos dicen que nació en Reus, otros en Barcelona, pero catalana era, eso seguro.

—¿Y tú de dónde eres? Ese acento tuyo catalán no es. —Roberto dejó la toalla, se echó un poco de crema hidratante en las manos y empezó a masajearle los pies, los tobillos y las pantorrillas.

Agustina tardó un rato en contestar porque se estaba estremeciendo de

arriba abajo. Con la piel erizada, la cabeza echada hacia atrás, los pechos elevándose al techo como en ofrenda y la boca entreabierta, podría haber servido de modelo para una estatua sobre el éxtasis de santa Teresa.

Proporcionarle un placer tan grande a una profesional de la sensualidad lo hizo sentir poderoso y satisfecho consigo mismo.

Tras secarse un hilillo de baba de la comisura de la boca, ella respondió:

—De un pueblo pequeño en la frontera entre Murcia y Almería. ¿Y tú, manos de ángel, de dónde vienes?

—De Madrid.

Ella gimió cuando él le masajéó las corvas antes de volver a descender por las pantorrillas.

—Ahora lo entiendo.

Roberto ladeó la cabeza y le disparó una sonrisa a traición.

—¿El qué?

—Lo de «De Madrid al cielo». Bienvenido, Roberto. —Le guiñó el ojo—. Estás en tu casa, quédate el tiempo que quieras.

Con una palmada en las plantas de los pies, él dio por acabado el masaje y se levantó.

—Voy a salir. Tengo que... —Se quedó con la mano dando vueltas en el aire, sin saber cómo acabar la frase sin mentir, pero sin desvelar demasiado.

—¿Ocuparte de unos negocios? —apuntó ella, acostumbrada a suavizar situaciones incómodas.

—Exacto.

—Bien. Nos vemos a la vuelta. —Con la capa en la mano, Agustina se dirigió a las habitaciones ofreciéndole un plano privilegiado de su poderoso trasero.

Roberto no podía apartar la vista de sus caderas, que marcaban el paso de los segundos con más precisión y autoridad que un metrónomo. Agustina, plenamente consciente del poder de sus armas, lo miró por encima del hombro y le lanzó un beso antes de desaparecer.

Sacudiendo la cabeza, se palpó los bolsillos para asegurarse de que llevaba la cartera, el móvil y las llaves, y salió a la calle.

En los escalones de la entrada se sentó y abrió el correo para leer la lista de talleres de diamantes que le habían pasado los chicos desde Londres. Podría haberlo mirado dentro, pero la llegada de Agustina había llenado el apartamento de estrógenos, que le dificultaban pensar con claridad. El aire de la calle lo despejó. Hizo copiar y pegar con la dirección del primer taller en el navegador y siguió las indicaciones.

Una vez allí, decidió que despertaría menos sospechas si se unía a uno de los numerosos grupos de turistas, pero el primer autocar que se detuvo frente al taller transportaba japoneses que le llegaban por el hombro, así que siguió esperando en un banco vecino, viendo pasar la vida por el canal.

El agua y el ruido de las barcazas eran tan hipnóticos como el trino de los pájaros o los timbrazos regulares de las bicicletas que avisaban a los peatones que se apartaran si no querían morir jóvenes.

Roberto no pudo evitar sentir que la vida le había hecho un regalo. De no ser por la mala conciencia que le provocaba no saber dónde ni cómo estaba Cristina, habría pensado que estaba de vacaciones.

«Qué cantidad de cosas nos perdemos, prisioneros en la rueda de hámster que es el día a día. No hacen falta lujos para disfrutar de la vida, sólo un poco de tiempo libre para sentarse junto a un canal...»

Unos alegres gritos en español lo sacaron de sus pensamientos.

—¡Juan, Juan, baja de una vez! —Una de las turistas, una señora de unos setenta años, vestida con mallas blancas, una camisa roja floreada y sandalias de tacón rojas no muy altas, gritaba al pie de la puerta del autocar.

Poco después, un señor de unos setenta y cinco, con pantalones chinos color crema, camisa de rayas en color hueso y azul pastel y náuticas en los pies, la siguió refunfuñando.

—No quiero visitar otra fábrica de diamantes, Marisa. Son todos iguales y, además, son muy caros. No vamos a comprar ninguno.

La mujer alzó las manos al cielo.

—¡Aaay, lo tacaño que te me has vuelto! ¡Al principio no parabas de hacerme regalos, y mira ahora!

—¿Te parece poco regalo el viaje?

—¡El viaje nos lo han pagado los niños! Ha sido su regalo por las bodas de oro. ¡No me seas, no me seas...! ¡Anda, vamos!

—¡Que no! Que estoy harto de ver pedruscos. Yo me quedé aquí en este banco leyendo el periódico y haciendo el autodefinido. —Se sentó junto a Roberto.

—¿Me vas a dejar sola?

—Yo la acompaño, señora —se ofreció Roberto poniéndose de pie—. Con permiso de su marido.

El hombre vio el cielo abierto.

—Claro, claro —dijo cruzándose de piernas y abriendo el periódico—. Pasadlo bien.

La mujer miró a su marido sin dar crédito. Furibunda, se agarró del brazo de Roberto y se dirigió hacia el grupo que se había reunido junto a la puerta.

—¿Estamos todos? —preguntó la guía—. Pues vamos. Procuren no separarse, pero, como nos conocemos ya, dentro de una hora el autobús sale hacia Zaanse Schans. Visitaremos los molinos y comeremos en la zona. Si alguien se despista en la fábrica, nos encontramos todos en el autobús dentro de una hora. ¿De acuerdo?

Roberto temía que, en cualquier momento, la guía se diera cuenta de que él no era Juan y lo echara a patadas, pero la joven paseó la vista sobre el grupo sin fijarse en nadie y entró en el taller.

A lo largo de la hora siguiente, la guía les mostró las salas, donde el grupo pudo escuchar la historia de la explotación de las minas de diamantes de Sudáfrica desde el siglo XVI, cuando el país todavía no era Sudáfrica.

También observaron cómo unos trabajadores tallaban las gemas y otros montaban las valiosas joyas con éstas ya talladas.

Cuando la guía les habló de las cuatro «C»: *carat*, color, corte y claridad, a Roberto ya no le sonó a chino, gracias a la explicación de Ágata.

Su mente, sin duda aún afectada por la falta de sueño y el exceso de pastel especial de Virgi, visualizó a Ágata, recortada a la luz de la luna junto a una ventana, volviéndose hacia él con la tiara de las Chicas en la cabeza, una sonrisa y nada más. Avanzó hacia ella, que alargó la mano con elegancia. Él la cogió y le colocó un solitario en el dedo anular, mirándola a los ojos, mucho más brillantes que cualquier gema.

—Vamos, guapo —le dijo Marisa, tirando de él.

Él sacudió la cabeza. La ensoñación lo llamaba con demasiada fuerza; no quería abandonarla.

La mujer le dirigió una sonrisa.

—¿Cómo se llama?

—Roberto.

Ella se echó a reír.

—No, tú no. Te preguntaba cómo se llama la mujer por la que suspiras, Roberto.

Él echo la cabeza hacia atrás bruscamente, como pillado en falta.

«¡Ágata, Ágata, Ágata!», gritaba su corazón traicionero, pero su mente no le dejaba pronunciar su nombre en voz alta. Era como si unos guardias medievales montaran guardia en su garganta: Cristina a un lado, Pedro Veragua al otro; ambos con las lanzas cruzadas, bloqueándolo.

—Es complicado —dijo al fin.

La mujer sacudió la cabeza.

—Pareces mi hija. De verdad, qué generación. ¿Por qué complicáis tanto algo tan sencillo y bonito como el amor?

Roberto siguió acompañando al grupo de sala en sala, fijándose en las medidas de seguridad: la ubicación de las cámaras, la solidez de las vitrinas, el número de guardias...

Al cabo de una hora, el grupo salió a la calle. Algunos llevaban bolsas con

sus nuevas adquisiciones; otros, como Marisa, no.

—¿Y ahora dónde se ha metido ese hombre? —exclamó al ver el banco vacío—. ¿Será posible? ¡Menuda vejez me va a dar!

—Igual ha subido ya al autocar —sugirió Roberto.

—Igual. —La mujer se volvió hacia él—. Ven, agáchate que te dé un beso.

Roberto obedeció, porque cuando estás con alguien que desprende tanta autoridad natural, no se le discute.

Marisa lo agarró por la cabeza, a la altura de las orejas, y le plantificó dos besos sonoros en las mejillas, dejándole la marca del pintalabios.

—Gracias por la compañía, Roberto. Y acepta el consejo de esta abuela: vuelve ahí dentro y cómprale un anillo bien bonito a esa complicación que no te deja dormir.

Él le dirigió una sonrisa tímida y la ayudó a subir al autocar, lo que provocó la envidia de sus compañeras de excursión.

Con las manos en los bolsillos, se alejó del autocar, pero en ese momento vio aparecer a Juan, que salía del taller. Sorprendido, se acercó a él.

—Marisa lo estaba buscando. Ha subido ya al autocar.

El hombre le mostró con disimulo la cajita del anillo que acababa de comprar. Luego se llevó un dedo a los labios.

—Esta noche, cena y sorpresa —le dijo guiñándole el ojo antes de dirigirse al autocar, donde la guía estaba ya contando a los viajeros antes de ponerse en marcha.

Roberto vio cómo Marisa recibía a Juan con grandes aspavientos, como si le estuviera pegando la bronca. Juan miró a Roberto por el cristal, se encogió de hombros y puso los ojos en blanco. Marisa siguió la dirección de la mirada de su marido y, al ver a su joven acompañante, se le olvidó el berrinche y lo saludó alegremente. Juan aprovechó para sentarse a su lado.

Con una sonrisa, Roberto se despidió de la pareja. La guía, que estaba recontando a los pasajeros, le dirigió una mirada extrañada y le preguntó algo a Marisa. A Roberto no le costó imaginarse que le preguntaba quién era, así

que dio media vuelta y desapareció en dirección contraria al autocar antes de que pudiera fijarse en él.

Diamantes de agua y harina

Cuando nos enamoramos, las estrellas que nacen en nuestros ojos al mirar a esa persona vuelan hacia él (o ella) y lo bañan en un barniz deslumbrante, un barniz mágico que hace que sus virtudes brillen y sus defectos se opaquen. Si una es muy afortunada, a la otra persona le pasará lo mismo. Por desgracia, lo más habitual es que en los ojos de la otra persona no haya más que dos agujeros negros que nos atraen con la fuerza de mil soles, para devorarnos y triturarnos en su interior. Y, luego, cubrirlo todo con un tupido velo, y si te he visto no me acuerdo.

DEL BLOG «MATE O BRILLO»

Tras una noche de sueño inquieto, Ágata actualizó el blog y salió a correr a primera hora de la mañana para despejarse y cargarse de energía. Cruzó el río por el Millennium Bridge, porque le encantaba la perspectiva con la enorme cúpula de la catedral de San Pablo al fondo. Siguió corriendo por calles donde la historia te saludaba en cada esquina, pero no eran los impresionantes edificios como la Bolsa o el Banco de Inglaterra los que le llamaban la atención, sino la energía que desprendía la gente. Chicas poco mayores que ella andando a toda prisa con un vaso de café en una mano y una gran bandolera cruzada. Hombres trajeados que habían adquirido la habilidad de caminar mirando el móvil, alguna mascota pero pocos niños, muy pocos.

Regresó cruzando el Tower Bridge, lo que le trajo recuerdos de su aventura en la Torre, una aventura que empezaba a desdibujarse muy rápidamente. Tenía la sensación de que todo el terreno ganado con Roberto se le estaba escurriendo entre los dedos como el agua que se deslizaba Támesis abajo. Sabía que era imposible retener a alguien que no quiere ser retenido y, aunque admitía que lo suyo con Roberto rayaba la obsesión, su cerebro todavía

funcionaba. Su cerebro llevaba toda la noche repitiéndole que dejara las cosas tal como estaban y esperara a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Otra cosa era que le hiciera caso o pasara de él, que era lo que solía suceder.

Dejó atrás el brillo cegador de The Shard y recorrió las últimas calles que la llevaron a casa. Entró en el Charringham Palace, que aún estaba cerrado al público, ya que esa mañana era ella la encargada de abrirlo.

Se duchó, pero no se lavó el pelo, porque tras el turno en la churrería le tocaría volver a ducharse. Eran gajes del oficio, pero no le gustaba el olor que dejaba el aceite en el pelo o la ropa.

Mientras se duchaba, no pudo evitar acordarse de la piel de Roberto, brillando por el agua que le caía por los pectorales mientras ella lo empujaba contra las baldosas.

—Mmm —gimió, imaginándose que eran sus manos las que le enjabonaban los pechos.

«Céntrate, Ágata —se ordenó—. Los sueños no te van a llevar a ninguna parte. Si quieres algo, ponte las pilas. Hoy toca vender churros y ver cómo afrontas el final de curso. No quiero que pierdas ni un solo minuto en todo el día pensando en Roberto.»

Se vistió con vaqueros y camiseta de tirantes para combatir el calor de la churrería, se recogió el pelo en dos moñetas y se puso a preparar la masa, ya que —tal como se anunciaba en los carteles que había pintado ella misma con brocha en las paredes— los churritos del Charringham Palace eran artesanales.

Midió el agua, le echó sal y puso la olla a calentar. En un recipiente, echó un kilo de harina y, cuando el agua estuvo hirviendo, la vertió sobre la harina. Con la gracia que había adquirido durante los últimos meses, meneó la masa hasta que los ingredientes quedaron del todo integrados. Metió la masa en la churrera y puso el aceite a calentar.

La churrera era el instrumento más importante. La primera vez que la añoranza se apoderó de ella y trató de hacer churros de madrugada con ayuda

de una manga pastelera, éstos empezaron a saltar en el aceite como si fueran armas químicas en manos de un terrorista loco. Tras investigar por internet, descubrió que el aparato que servía para dar a los churros su forma estrellada característica no era así por capricho, sino que esa forma era necesaria para que la masa se expandiera sin estallar.

Empezó a trabajar de manera eficiente, formando largas tiras de masa sobre la encimera, que cortó a la medida habitual, pero pronto su imaginación tomó el mando y comenzó a jugar. Formó círculos con la masa, pero le recordaron al London Eye, a Roberto y al beso que se dieron mientras los secuestradores les arrebatában la tiara delante de sus narices.

«La nariz de Roberto, tan firme, recta y masculina..., rozándose con la mía mientras me besa, descendiendo por mi cuello hasta colarse por debajo de la camiseta, separándome el sujetador de... ¡Ágataaaa!»

Dibujó un rombo, y tardó nada y menos en pensar en diamantes. Siguió dibujando formas sobre el mármol hasta que tuvo diez rombos. Ojalá fuera tan fácil conseguir los diamantes que exigían los secuestradores, los diez malditos diamantes que habían enviado a Roberto al otro lado del canal; teóricamente, a una congregación religiosa, pero ella tenía la mosca detrás de la oreja. No sabía por qué, pero algo no le cuadraba. ¿Qué iba a hacer una joven gallega en una congregación religiosa en Ámsterdam?

Mientras su cabeza daba vueltas, las manos se movían solas. Trazó otra hilera de churros rectos y acabó con una última, que trabajó formando corazones. Luego formó una anguila, un símbolo fálico que la llevó sin remedio a recordar la noche que había pasado con Roberto en el piso de arriba.

—*Pardon, miss!*

Ágata pegó un brinco y, cuando se volvió hacia la voz, pegó otro aún mayor. Si no gritó fue porque se mordió la lengua.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó en inglés uno de los dos agentes de la policía metropolitana que habían entrado en la tienda mientras ella

fantaseaba con serpientes de carne firme como el acero toledano.

Durante unos segundos, Ágata se vio detenida, esposada y encarcelada, pero cuando uno de los agentes le señaló la gran sartén, se dio cuenta de que el local estaba lleno de humo, y que éste salía por la puerta abierta hasta la calle.

«¡La madre que me parió! Y eso que hoy tenía que concentrarme en el trabajo.»

Se abalanzó sobre la gran sartén de dos asas, la retiró del fuego y luego lo apagó.

—¡Lo siento, lo siento mucho! —se excusó—. No sé cómo ha podido pasar.

—¿No tienen alarma antiincendios, *miss*? —Uno de los dos agentes la miró muy serio mientras el otro examinaba el techo con la vista.

—¡Por supuesto! Está ahí. —Ágata señaló la supuesta alarma, que en realidad era un vasito de arroz para microondas al que Fin había pegado una luz led roja intermitente. «¡Por favor, por favor, que no se acerquen a inspeccionarla!»—. Sólo es un poco de humo, no ha pasado nada, gracias a su rápida intervención, agentes. —Trató de pestañear seductora, pero le picaban los ojos por el humo y lo dejó correr—. Ahora tiraré el aceite quemado, pondré aceite limpio y... —El otro policía la estaba mirando con una expresión divertida—. Iré con mucho cuidado, se lo prometo. Si vuelven dentro de una hora, los invito a chocolate con churros, agentes.

—¿Está intentando sobornarnos, *miss*?

—¡No! —exclamó ella con un nudo en la garganta; lo último que se podía permitir era que la ficharan. Pero, al ver que los agentes se aguantaban la risa, se tranquilizó—. O sí. —Sonrió—. Depende; ¿funcionará?

—Mientras estamos de servicio somos insobornables, pero a las cuatro acabo turno. Volveré a pasar entonces y hablamos.

—¡Claro, me encantará! —Los saludó con la mano fingiendo un entusiasmo que no sentía y, cuando salieron del local, se apoyó en la pared y soltó varias toneladas de aire que había estado conteniendo.

Cuando el policía simpático asomó la cabeza, Ágata volvió a sobresaltarse.

—Tranquila —le guiñó el ojo—, sólo quería presentarme. Soy Bill, y tú, ¿tienes nombre o tengo que llamarte prima de Guy Hawkes?

Ella se echó a reír.

—Ágata, me llamo Ágata.

—Mmm, como Agatha Christie. ¿Ocultas muchos misterios, Ágata?

«Ni te lo imaginas, Bill.»

—Tendrás que descubrirlos —dijo, devolviéndole el guiño.

El resto de la mañana transcurrió sin incidencias. Preparó los churros y el chocolate, se comió media docena porque la carrera de buena mañana y los nervios de su encontronazo con la policía le habían abierto el apetito y vendió el resto.

Tuvo tiempo de reflexionar y tomó una decisión. Iría a la universidad a hablar con los profesores. No entraría en detalles, pero les diría que una emergencia de salud familiar le impedía acabar el curso. No era ninguna mentira; la salud de Cristina estaba en la estacada por mucho que intentara no pensar en ello.

Cuando Suso y Fin volvieron, les contó lo sucedido. No tenían previsto mantener el Churringham Palace mucho tiempo, era sólo algo temporal para ayudar a pagar el alquiler; por eso habían tirado de picaresca para ahorrarse gastos.

—Pues no es mala cosa tener a un poli de barrio contento —comentó Fin—. Sal con él, hazle cuatro cariñitos...

Ágata lo fulminó con la mirada.

—Será si me apetece, ¿no?

Suso le rodeó los hombros con un brazo.

—A ver, Mata Hari, por ti nos hemos metido en un robo de joyas reales. Digo yo que, si hay que hacerle cariñitos a Bill, se le hacen, ¿no?

La piel de Ágata se rebeló. No quería que la tocara nadie que no fuera Roberto, pero sus compañeros tenían razón. La habían seguido en todas sus locuras. Primero se habían convertido en sus socios de un negocio que no

cumplía con la normativa de seguridad y, luego, se habían convertido en sus cómplices sin pestañear. Suspiró.

—Tenéis razón; saldré con él.

* * *

Tras haber hablado con los profesores en la universidad, haciendo encaje de bolillos mental para no contar demasiado pero al mismo tiempo resultar convincente, Ágata había logrado no perder la convocatoria y aplazar los exámenes. Al volver a casa, Fin le dijo que Bill había pasado por allí y que él mismo se había encargado de concertar una cita con él.

—¡Espero que no le hayas hablado de La Codorniz Achispada!

—¡No! Ése es nuestro refugio. Los ligues los llevamos a cualquier otro lado.

Ágata asintió y escuchó a medias el nombre del local donde al cabo de un par de horas tenía una cita con un policía. Mientras Fin seguía hablando, su mente había vuelto a perderse en su tema favorito.

«Los ligues los llevamos a cualquier otro lado», había dicho Fin. Pero Roberto había compartido con ellos cerveza y confianzas y había encajado perfectamente. ¿Querría decir eso que Roberto era sólo un colega..., o que era algo más que un simple ligue?

—Ágata... ¡Ágata!

—¿Sí?

Fin sacudió la cabeza y resopló.

—Anda, ve a ponerte mona.

Ella se miró.

—¿No voy mona?

Fin le dio media vuelta y le palmeó el culo para que subiera a su habitación.

—Monísima, pero por una vez en la vida ponte sexy, que no te va a pasar

nada.

Ella lo miró por encima del hombro, fingiendo ofenderse, pero se le escapó la risa.

—A ver, aparte de Fer, ¿tú dónde has visto un ingeniero informático sexy?
Él tuvo que darle la razón.

—En ninguna parte, por desgracia, pero anda, haz un esfuerzo: conviértete en la vergüenza del gremio.

Ella siguió subiendo la escalera entre risas.

—Querrás decir *el orgullo*...

—Tú déjalo flipado —sentenció Suso, y no hizo falta más.

* * *

Cuando una hora y media más tarde Ágata bajó esa misma escalera con unos shorts vaqueros, un top de camuflaje escotado y una blusa blanca transparente que se caía hacia un lado dejando un hombro al descubierto, los tres chicos interrumpieron lo que estaban haciendo y le dedicaron toda su atención.

Fer tardó tres segundos en llegar a la escalera. La miró de abajo arriba y soltó un silbido de lo más sincero.

—Criatura, lo que hacen unos tacones —murmuró mordiéndose el labio inferior.

—Y la melena suelta —añadió Suso, que no se levantó porque no quería que su compañera viera el efecto inmediato que había tenido sobre él.

Fin se acercó y olfateó el aire.

—Y un buen perfume.

—Menudo cabrón ese poli —refunfuñó Fer—. Para salir con nosotros no te pones así.

Ella sonrió, encantada con su reacción.

—No os equivoquéis —dijo acariciando con un dedo el pecho de Fer,

desde la nuez hasta el ombligo, antes de acercarse a Fin y darle un beso en la mejilla—, esto no lo hago por Bill; lo hago por vosotros.

Desde la puerta se volvió y le envió un beso aéreo a Suso.

—Portaos bien.

* * *

Varias horas más tarde, Bill la dejó en la puerta del Churringham Palace. El policía había resultado ser un tipo agradable y, contra todo pronóstico, Ágata se lo había pasado muy bien. Él trató de despedirse con un pico en los labios, pero ella ladeó la cara en el último momento. Lo hizo sin pensar, porque no quería darle esperanzas, pero sólo logró despertar aún más su interés.

—Volveremos a vernos, misteriosa Ágata —se despidió con una mirada encendida.

—Ya sabes dónde estoy, Bill —replicó, mirándolo por encima del hombro y sintiéndose como una chica Bond.

Entró en casa y se apoyó en la puerta con los ojos cerrados. Soltó el aire y se inclinó hacia un lado para quitarse los tacones, que la estaban matando, pero la voz de Suso hizo que se olvidara hasta de que tenía pies:

—Hombre, Roberto, has tenido suerte. Cenicienta acaba de volver del baile.

«¿Roberto? ¿Ha vuelto?» Miró a su alrededor esperanzada, pero no tardó en darse cuenta de que Suso y Fin estaban hablando por videoconferencia desde el ordenador del maño.

—¿Cenicienta? ¿Te has puesto un vestido brillante para salir con el apuesto agente de la ley?

«¡Robbie!» Ágata sintió un torbellino de emociones. Las piernas le fallaron al oír esa voz que con una sola palabra le provocaba un efecto mucho más letal que una noche de copas y confidencias con un guapo chicarrón de Leeds como Bill.

Se impulsó con las manos para separarse de la puerta y acercarse a la pantalla, nerviosa como una quinceañera.

Apoyó una mano en el hombro de Fin y otra en el de Suso y buscó la mirada del hombre que le sonreía sentado en un sofá. Parecía estar en su casa, con las piernas separadas y frotándose los muslos. Se la comió con los ojos mientras ella hacía lo mismo con él, hasta que Suso carraspeó.

—¿Qué, Roberto? ¿Exagerábamos o no?

Al otro lado de la pantalla, él se aclaró la garganta.

—Os habéis quedado cortos —susurró—. ¿Qué tal, Ágata? ¿Se ha dado bien la noche?

La dureza en el tono de voz de su Robbie la hizo reaccionar.

—Estupendamente, Rob. El agente Bill Jones se ha convertido en un firme defensor del *brexit*. Me ha dicho que quiere que cierren las fronteras... conmigo dentro, para que no pueda volver a España.

Roberto se echó hacia delante en el sofá y agachó la cabeza. Cuando volvió a levantarla, segundos más tarde, sus ojos marrones brillaban como el chocolate fundido.

—Pues si crees que tontear con un policía es lo que más nos conviene en estas circunstancias —dijo muy cabreado—, no seré yo quien me interponga en tu camino.

—¿Pe... perdona? No he...

—¿Quieres saber cómo me ha ido el día o prefieres subir a la habitación a chatear con... *Bill*? —la interrumpió él, pronunciando el nombre del policía como si se tratara de un insecto venenoso.

«¡Será capullo!» Ágata apretó los puños y sacó paciencia del fondo de reserva.

—Claro que quiero. —«Por Cristina. Lo único importante es liberar a Cristina.»

—Eso pensaba yo —musitó él al otro lado del canal, y luego añadió algo más que Ágata no entendió, aunque parecía estar reprendiéndose—. Como les

he contado a Suso y a Fin, he visitado los talleres y...

En ese momento una mujer vestida de negro, con una capa larga, pasó tras él gritando:

—¡Virgi! ¿Has visto mi látigo?

—Sí —llegó una voz más lejana—, está tendido. Es que estaba con la ropa sucia y lo he metido en la lavadora.

—¡Tía! Que es de cuero, no se lava.

—¡Pues mira dónde lo dejas!

Las cejas de Ágata se fueron levantando hasta convertirse en dos arcos góticos.

—¿Es ésa tu prima, Suso? —preguntó sin dejar de taladrar a Roberto con la mirada—. ¿Y sus compañeras de congregación? ¿Cómo dijiste que se llamaba, Roberto?

—La congregación del Glorioso Cirio Enhiesto —apuntó una voz femenina. Él carraspeó.

—Hermanas, por favor, que estoy hablando con Londres. —Se oyeron unas risitas de fondo y una puerta que se cerraba—. Sí, son las hermanas del Cirio. Tienen una liturgia un tanto especial, basada en la autoflagelación y la disciplina. —Volvió a carraspear.

—¡Claro! —exclamó Ágata, harta del cinismo de Roberto, que le afeaba que saliera con Bill mientras él vivía en un piso lleno de mujeres con extrañas perversiones—, y yo soy María Magdalena. Mira, ya me pondrán al día los chicos. ¡Hasta otra, Roberto!

Cortó la llamada, dejándolos a todos con cara de póquer, y se llevó las manos a la cintura.

—¿Alguna novedad importante?

—Por desgracia, no —respondió Suso—, no sabe por dónde atacar. Las medidas de seguridad de los talleres son muy grandes, pero lo peor no es eso. Necesitaría convencer a alguien de dentro que le indicara cuáles son los

diamantes que busca, porque todos le parecen iguales, pero con tan poco tiempo...

—¡Joder! —exclamó con impotencia, dirigiéndose a la escalera—. Llamaré a mi madre. Necesitamos que contraten a un experto en diamantes. Buenas noches, chicos. ¿Fer no está?

—Ha salido. Ha dicho que verte así lo había puesto como una moto y que necesitaba compañía femenina.

Ella alzó una ceja.

—¿Desde cuándo necesita excusa para eso? —Sacudiendo la cabeza, subió a la primera planta, usó el baño aprovechando que estaba libre y se encerró en su habitación.

Se quitó la ropa de batalla, se puso una camiseta azul marino extragrande con el *skyline* de Londres silueteado en blanco, se recogió el pelo en lo alto de la cabeza y se sentó en la cama. Dobló las rodillas, apoyó en ellas el móvil y llamó a su madre.

—Cariño, estaba a punto de llamarte. ¿Cómo estás?

—Pues con ganas de que acabe esta locura, mamá. ¿Se sabe algo más?

—No, hija, no han vuelto a llamar. ¿Cómo está Roberto?

«Demasiado bueno para mi salud mental.»

—Preocupado. Entrar en esos talleres no es fácil, pero es que, como no secuestre a alguno de los empleados a punta de pistola y lo obligue a decirle cuáles de los diamantes son de 10 ct, H&A, FL, River, no sabe cómo hacerlo.

—¿Roberto tiene pistola?

—Que yo sepa, no, así que ya ves que la cosa está chungu y el tiempo pasa volando. Mamá, esto no va a salir bien; necesitamos refuerzos. O enviáis a Ámsterdam a un experto en diamantes o la vamos a cagar.

—¿Un tasador?

—Exacto, y si va acompañado por el Equipo A, ¡mejor que mejor! —Ágata resopló. Seguía molesta con Roberto, pero al mismo tiempo sentía un enorme

instinto protector hacia él—. O eso, o aceptamos que lo más sensato es avisar a la policía, mamá.

—¡Ah, no! Eso sí que no.

—¡Mamá!

—¡Que no, Ágata! Si avisamos a la policía, matarán a tu hermana.

—No, si no se enteran de que lo hemos hecho....

—Que no. Entre que la policía de aquí acaba de rellenar papeles, se pone en contacto con la policía de Holanda y hacen algo, habrá pasado el plazo. Y, además..., si entra en juego la Interpol, irán a por ti, Ágata. Y no puedo perderos a las dos —a Teresa se le quebró la voz—, no puedo.

A Ágata se le rompió un trocito del alma. Si un instante atrás la había sorprendido el gran instinto protector que le despertaba Roberto, las palabras de su madre fueron como gasolina, que hizo crecer en su pecho la hoguera del valor. No iba a quedarse quieta en su cama de Londres mientras la vida de su hermana corría peligro. No pararía hasta verla de nuevo en Toledo, en brazos de su madre. Y luego, si eso, ya se tirarían del pelo para ver quién se quedaba con Roberto.

«¿Quieres olvidarte de Roberto de una buena vez?!»

—No te preocupes, mamá. Me voy a Ámsterdam ahora mismo. Lo conseguiremos, ¡te lo juro!

—¡Gracias, mi niña! —Su madre parecía haberse recuperado rápidamente—. Voy a hacerte una transferencia por si necesitas pagar a alguien para que... os asesore.

Ágata abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Cada día añadían nuevos términos al diccionario del crimen familiar: secuestro, robo, falsificación de sistemas de seguridad y ahora, al parecer, estaban a punto de añadir soborno.

«Que no tengamos que añadir delitos de sangre es lo único que pido.» Se estremeció.

Se despidió de su madre, se levantó de un salto y bajó a la sala de ordenadores a pedirle a Fin que le buscara billete de avión mientras ella

preparaba la maleta. Cuando volvía a subir la escalera, oyó a Suso decir:

—Ya tardaba.

A primera hora de la mañana, cruzaba el canal en avión. Al oír varias exclamaciones de vecinos de vuelo, se asomó a la ventanilla y durante unos instantes creyó que se había dormido y estaba soñando. Cientos de enormes veleros que parecían salidos de otra época surcaban las aguas cercanas a la costa. Apoyó la barbilla en la mano y los contempló. La magia podía aparecer en cualquier momento, en cualquier rincón del mundo. Esperaba que la magia la acompañara durante su estancia en *Ámsterdam*, porque para lograr su objetivo iban a necesitar toda la ayuda posible.

Un diamante en el cielo

Swarovski elevó la vista hacia una estrella que brillaba en el cielo de la mañana. «Un avión. Parece un diamante —pensó—. Pues venga, que se acerquen nueve más, se dejen caer en cubierta y nos largamos de aquí.»

Estaba nerviosa. Los chicos y ella se esforzaban por pasar desapercibidos, pero era imposible. Cuando no era una patrullera británica era... era..., no sabía ni cómo definir el espectáculo que se abría ante sus ojos en el mar del Norte.

—¡Es una puta pasada! —Rubí no compartía su inquietud. Al igual que Fabergé, que estaba al timón, no había parado de gritar de entusiasmo desde que se habían cruzado con la caravana de embarcaciones que parecían salidas de otra época—. ¿No te gustaría dar la vuelta al mundo en uno de esos veleros, preciosa?

Ella miró con desdén el impresionante buque que surcaba las aguas a su lado. Le faltaban ojos para tantos mástiles, tantas velas, tantos marinos moviéndose en cubierta.

—Dudo que tengan peluquería a bordo. Prefiero un crucero en el *Brilliance of the Seas*.

—¡Mirad allí! —Fabergé señaló al otro lado—. ¡Es el *ARC Gloria*, el buque insignia de la armada colombiana!

La pareja se volvió hacia donde señalaba su colega. Rubí colocó a Swarovski ante él y la abrazó por la cintura, atrayéndola hacia su cuerpo para que notara su excitación.

El velamen iba completamente desplegado, mostrando el esplendor de la

embarcación. Las órdenes dadas a gritos, el tintineo de las jarcias, el flop-flop de las velas..., todo contribuía a crear un espectáculo hipnótico.

Rubí empezó a embestirla por detrás con disimulo, al ritmo del flop-flop del velamen.

—Para —protestó ella, estremeciéndose al recordar su furtivo encuentro en el camarote horas antes—. ¿No has tenido bastante esta noche?

—¿De tu culito? Nunca. —Rubí le mordió el cuello y ella volvió a estremecerse. Luego se volvió hacia la cabina—. ¿Qué tipo de barco es?

—Un buque escuela, un bergantín, también lo llaman *bricbarca*.

—¿Bricbarca? —Swarovski se echó a reír—. Eso te lo estás inventando.

—Claro, para impresionarte con la magnitud de mis conocimientos.

—Olvídala, capullo, ya está impresionada por la magnitud de mi aparejo.

Ella sonrió, encantada de ser el centro de las atenciones de sus dos socios.

—Esto parece la M-30 en hora punta —comentó mirando a su alrededor—. ¿Cuántos barcos puede haber?

—¡No lo sé, centenares!

—Va a ser imposible encontrar amarre en Ámsterdam.

—Del todo imposible. Miradlo bien porque voy a poner rumbo al norte dentro de cinco minutos. Todos los municipios que rodean el canal del Noordzee van a estar abarrotados.

—Vaya ojo han tenido tus socios —protestó Swarovski, que tenía ganas de pisar suelo urbano—. Una logística impecable, ¿eh?

—No protestes tanto. —Rubí la hizo girar entre sus brazos y la acalló a su manera favorita, devorándole la boca.

Swarovski ladeó la cara y el brillo del avión le guiñó el ojo antes de perderse en el abrazo del hombre que había puesto su mundo patas arriba.

Limoncello murciano

—¿Otro trozo, Roberto?

—Ni hablar, voy a explotar. ¿Cómo podéis comer tanto por la mañana?

—Tenemos mucho saque, niño. Ni te imaginas todo lo que podemos llegar a comer en una mañana, tolete. —Yurena, la compañera canaria de Virgi, ladeó la cabeza y pestañeó exageradamente, haciéndolos reír a todos.

—En nuestro negocio no podemos ser lánquidas damiselas.

—A menos que nos lo pidan. —María, la turolense, le guiñó el ojo.

Al oír el timbre, Virgi comentó:

—¿Ya viene Joop? ¿Tan temprano?

Agustina se abrió un poco la bata para dejar al descubierto su poderosa delantera y se dirigió a la puerta.

—No puede vivir sin su Gustirrinina.

—No es tan temprano. —Roberto consultó el reloj—. Se nos ha ido ya media mañana.

—Venga, que no se diga que te hemos hecho pasar hambre. —Virgi le sirvió otro trozo de empanada de lomo, que, la verdad, estaba de muerte.

Roberto se rindió y le dio un mordisco. La empanada estaba impresionante, jugosita gracias a la cebolla, con el punto justo de sal y con los bordes de la masa crujientes y sabrosos.

—Está de muerte, Virgi. Mejor que anoche. —Gimió de gusto—. De verdad, qué manos tienes.

—Roberto —lo llamó Agustina a su espalda, pero él estaba ocupado chupándose los dedos y se limitó a responder con otro gemido—. Tienes

visita.

—¿Yo?

Su imaginación le presentó una escena de película de acción. Vio a Agustina prisionera de una banda de mafiosos con pasamontañas que la sujetaban por el cuello mientras se dispersaban por el piso, tomando posiciones. Lo que no entendía eran las caras de las chicas que estaban delante de él, que veían la escena en directo. No tenían cara de pánico, sino de... guasa. ¿Serían sus cómplices?

Con el ceño fruncido, lamentó no haberse despedido de Ágata por si estaba a punto de enfrentarse a una bala asesina. Se volvió, poco a poco, y se encontró con dos ojos verdes pardos bajo unas cejas acusatorias.

—¡Ágata! Pero ¿qué... qué haces aquí?

—¿Aquí? —repitió ella con ironía—. ¿Quieres decir en la congregación? Virgi carraspeó.

—Nosotras vamos a ir tirando. Se ha hecho tardísimo.

María y Yurena asintieron y se retiraron discretamente. Las peleas entre clientes y sus novias siempre solían terminar mal para ellas. Siempre les acababa cayendo algún insulto de propina, sin comerlo ni beberlo. Y, aunque Roberto no era su cliente, la recién llegada no parecía muy convencida; mejor que se lo aclarara él.

Pero Ágata y Roberto ni se fijaron en ellas. Sólo tenían ojos el uno para el otro. Mientras la toledana lo taladraba con sus ojos del color del avellano en otoño y se retorció nerviosa la trenza color castaño, él se dio cuenta de que, al pensar que se estaba enfrentando a la muerte, su último pensamiento había sido para ella; no para sus padres ni para Cristina.

Los dos parecían estar esperando a que el otro moviera ficha. Se recordaban partidas de ajedrez entre Boris Spassky y Bobby Fischer en plena guerra fría con menos tensión.

En silencio, Roberto se levantó y se acercó a Ágata, que respiraba de forma entrecortada. Le brillaban los ojos, de enfado, sin duda. Era evidente que se

sentía traicionada, y eso hizo que lo invadiera una gran euforia. Ella podría estar tan tranquila en su habitación sobre el Churrougham Palace, retozando con Bill —«¡No, no, no pienses en Bill y en churros en la misma frase!»—, pero estaba en Ámsterdam, con él.

Alargó el brazo para acariciarle la mejilla, pero ella lo apartó de un manotazo.

—¡No me toques, Roberto! ¿No has tenido bastante con cuatro mujeres para ti solo? Bueno, cuatro que haya visto.

—Son cuatro; deja que te las presente.

Ellas pasaron tras la pareja haciendo aspavientos con las manos y negando con la cabeza.

—Deja las presentaciones para la vuelta, Roberto. Tenemos prisa.

—¡Hala, a salvar el mundo, hermanas! —replicó Ágata, haciéndolas reír.

Cuando oyó cerrarse la puerta, Roberto no lo pensó. La agarró por la cintura y la levantó para que ella le rodeara las caderas con las piernas por instinto. Ágata no lo defraudó. Se sujetó de su cuello y lo abrazó con los muslos mientras él la llevaba a la encimera más cercana y la sentaba entre el microondas y la nevera.

—Robert... —trató de protestar, pero él no se lo permitió.

Le agarró la trenza y se la enroscó en la muñeca hasta que ella alzó la cara al notar el tirón.

—¡Ah!

Roberto se bebió su grito, hundiendo la lengua en su boca y reclamándola como propia.

Ágata estaba tensa, rabiosa, harta de sentirse como una marioneta en una historia que no controlaba, pero también estaba encendida, excitada, hipersensible. Cuando Roberto rompió el beso bruscamente y le marcó el cuello con los dientes, un estremecimiento brutal la sacudió de arriba abajo. Quería marcarlo ella también, como fuera, con los dientes, con las uñas, pero

él estaba desatado. Se metió la oreja de Ágata en la boca y gimió al paladearla mientras ella se sentía cada vez más como una muñeca de trapo.

—Levanta el culo.

Ágata apoyó las manos en la encimera cuando él la soltó y le desabrochó los vaqueros. Alzó las caderas y él hizo deslizar los pantalones por sus muslos al mismo tiempo que las braguitas blancas. Los lanzó sobre la isla, donde hacía un momento había estado devorando una empanada mientras pensaba que no iba a ser capaz de volver a probar bocado en todo el día.

«Bien —se dijo—. Estaba equivocado. Y, cuando hay que rectificar, se rectifica.»

—¿Cómo me has encontrado? —le preguntó con la voz ronca, dejándose caer al suelo de rodillas y agarrándola por las caderas para acercarla al borde de la encimera—. Suso no tiene esta dirección.

Ella abrió la boca para hablarle de la geolocalización, pero Roberto la carbonizó con la mirada mientras le acariciaba las piernas desde las rodillas hasta las ingles, y ella se olvidó de todo, no sólo de la ciudad, sino hasta de en qué galaxia se encontraba. Se había pasado el viaje hasta allí preparándose las preguntas que le haría cuando lo tuviera delante. Le cantarían las cuarenta. Le diría que, si pensaba que era tan idiota como para creerse que esas mujeres que aparecían siempre a su espalda eran religiosas, estaba insultando su inteligencia.

«¿Inteligencia? —se dijo mientras él hundía la cara entre sus muslos con la misma intensidad que había usado para apoderarse de su boca—. ¿Qué era eso? ¿Y para qué sirve?»

Mientras sobrevolaba el mar del Norte cuajado de veleros había ido repitiendo el discurso en su cabeza. Le diría que, si se había hartado de ella y no quería verla más, que tuviera los huevos de decírselo a la cara.

Pero Roberto no estaba para charlas. Se estaba dando un banquete con su sexo, jugueteando con su clítoris, dándole mordisquitos a sus labios, bebiéndose sus jugos y penetrando con la lengua hasta donde alcanzaba.

Entre un estremecimiento y el siguiente, él alzó la cabeza para mirarla a la cara. Lo que dijo no se parecía en nada al guion que ella se había preparado.

—Dime, Gatita, ¿Bill te ha hecho sentir esto?

Ágata pestañeó. Mantener los ojos abiertos le costaba un gran esfuerzo.

—¿Quién demonios es Bill?

La sonrisa canalla de Roberto le pareció una obra de arte que merecería ser colgada y admirada en el museo Van Gogh, entre girasoles y noches estrelladas.

—Respuesta correcta —gruñó él antes de volver a perderse entre sus muslos. Y, con esa comunicación sin necesidad de palabras que conecta a los amantes, Ágata supo que él no volvería a detenerse hasta que ella saliera disparada en un orgasmo.

«Somos un equipo», se dijo, motivada a cumplir su parte del pacto sensual.

Apoyándose en las manos, se relajó echando la cabeza hacia atrás, y él la recompensó con un gruñido gutural que le hizo retumbar las entrañas.

Roberto redobló su ataque. Si minutos antes le había parecido que la empanada de Virgi era lo más jugoso y delicioso que había probado, la vida le estaba demostrando que se había equivocado. Y se sentía el cabrón más afortunado del mundo por poder admitir su error.

De rodillas.

Disfrutando de su penitencia como un pecador incapaz de redimirse.

—Roberto, Rob... ¡Aaah!

Entre convulsiones, Ágata apretó con fuerza los muslos aprisionando a Roberto, que se sintió como la vez que había subido a aquella montaña rusa de madera en Port Aventura.

«¿Cómo se llamaba? ¡Ah, sí, Estampida!»

Y, con la intensidad de una estampida de búfalos asustados, Ágata se corrió en la cara de un Roberto que había dejado de intentar comprender la vida y se estaba limitando a disfrutar de sus regalos.

La agarró con fuerza por las nalgas y dejó que ella lo montara y marcara el

ritmo y la intensidad que necesitara.

Sólo cuando notó que se relajaba, se puso de pie, se desabrochó los pantalones, los dejó caer a la altura de los tobillos, acompañados del bóxer, y se quedó quieto ante ella, ofreciéndose.

Ella echó la cabeza hacia delante, apoyándola en su pecho. Lentamente, como si estuviera drogada, alargó la mano. Estaba sedienta. Quería acariciarle la cara, enredar la mano en su nuca y atraerlo hacia sí para beber de su boca, pero los brazos le pesaban varias toneladas.

Conformándose con alcanzar su cadera, la apretó mientras le buscaba la mirada. Ágata supo que no encontrarían diamantes más relucientes que los ojos de Roberto en ese momento.

—¿Qué has venido a buscar, Gatita?

—Ya lo sabes —susurró ella ruborizada, encendida, preciosa.

—Quiero oírlo de tus labios.

—Ven aquí. —Ágata alargó la otra mano y, agarrándolo por las dos caderas, lo colocó justo donde lo necesitaba.

Él estaba en llamas, sabiendo que el paraíso lo aguardaba a pocos centímetros. Siempre había pensado que no era un hombre posesivo, porque no le importaba demasiado que Cristina saliera con Rubén o con quien quisiera, pero tuvo que replantearse las cosas cuando Suso y Fin le contaron que Ágata —su Gatita— había salido con un tal Bill. Un oso se había alzado sobre las patas traseras en su interior, reclamando todos los maullidos de su dulce Ágata.

—¿Qué quieres? —repitió, con los dientes apretados, mientras una gota de sudor le resbalaba por la sien.

Durante esos segundos, ella se había recuperado lo suficiente para levantar una mano hasta el cuello de Roberto. Se lo rodeó hasta encontrar el pelo de la nuca y lo agarró, soltando el aire con satisfacción.

—A ti, Roberto —susurró, pegando su frente sudorosa a la de él—. Te quiero a ti, entre mis piernas, en lo más hondo de mi vientre, en mi vida.

Aunque le hubieran puesto una pistola en la espalda y le hubieran prohibido que se moviera, él no podría haberse controlado. De una embestida se clavó donde ella lo necesitaba, en lo más hondo de su vientre y de su vida, y, echando la cabeza hacia atrás, pidió a Dios que no lo expulsara del paraíso.

Sus gemidos se unieron en el aire de la cocina, la mejor banda sonora para su pasión. Sus cuerpos se separaban lo justo y necesario para poder volver a embestir el uno contra el otro, cada vez un milímetro más adentro. Sus manos, frenéticas, aferraban nuca, caderas. Sus bocas jadeaban, sus lenguas lamían la piel del otro como si fuera el manjar máspreciado, sus gargantas gruñían, sus pieles se estremecían.

—Ágata...

—Rob...

—¡Ágat..., aaaaah! —Mientras se derramaba en su interior, Roberto se olvidó por completo de dónde estaba. Había llegado a una dimensión alternativa; una donde no existían los problemas, sólo el placer.

Por eso se sobresaltó tanto al oír una voz a su espalda.

—Bonitas nalgas, perla.

Ágata miró por encima del hombro de Roberto, con los ojos muy abiertos.

—¡Agustina! —exclamó él sin soltarse de Ágata.

—Tranquilos, chicos, a lo vuestro. Es que me he dejado las flores. —Pasó por su lado, abrió uno de los armarios y le guiñó el ojo a Ágata—. Joop se vuelve loco por las flores con miel y canela.

Roberto maldijo en voz baja con tanto sentimiento que Ágata no pudo aguantarse la risa. Hundió la cara en la cueva que formaban el pecho y los brazos de su amante y rio hasta hartarse, sintiéndose libre y relajada como nunca.

* * *

Esa tarde, cuando Ágata y Roberto volvieron a casa de las chicas, agotados

y desanimados al no haber conseguido nada, Virgi los mandó a la ducha y les dijo que al cabo de media hora estaría lista la cena.

El olorcillo de las pizzas que los recibió cuando salieron del baño los devolvió a la vida.

—¡Pizza! Eres la mejor, Virgi —exclamó Roberto.

—Es *lahmacun*, pizza turca —aclaró María—. ¿La has probado, Ágata?

—Sí, la probé en Londres una vez. Me pareció bastante picante, pero hoy irá genial para espabilarme. Estoy muerta.

—Picante es, por el chile, pero la carne picada está muy buena.

Roberto y Ágata compartieron pizza y cervezas con sus anfitrionas. Sentados alrededor de la mesita baja del salón, charlaron de temas poco comprometidos hasta que María y Yurena salieron con dos amigos que acudieron a buscarlas para ir al cine. Cuando se quedaron los cuatro solos, Agustina fue a buscar una botella y cuatro vasos de chupito y los colocó en la mesita.

—¿Limoncello? —preguntó Ágata.

—Panocho —respondió la Dominatrix, quitando el tapón de la botella—. Directo de la huerta murciana; el mejor licor de limón que has probado nunca.

—Pues si sacas el Panocho, tendré que sacar el bizcocho especial. —Virgi fue a la cocina y volvió con un trozo del mismo bizcocho que le había dado a probar a Roberto durante su breve visita al escaparate del Barrio Rojo—. Toma, Ágata, maja. A tu chico le gustó mucho cuando lo probó. —Se volvió hacia él y le guiñó el ojo.

Ágata estuvo a punto de decirle que no era su chico, pero recordó que, para Suso y sus parientes, Virgi era monja. Si la exuberante gallega podía hacerse pasar por monja, ella bien podía hacerse pasar por la pareja de Robbie; así que guardó silencio y disfrutó de la situación, acurrucándose bajo el brazo de Roberto, que la besó con cariño en la cabeza.

—Pues sí, saca el bizcocho, porque las flores se han acabado. Espero que llegue pronto el paquete de mi madre. ¡Frita me tienen esos dos!

—No te quejes. —Virgi se acomodó en el sofá—. Te tocó la lotería con Pim.

—¿Pim? —preguntó Ágata con la boca llena de bizcocho. Estaba rico, pero un poco pastoso, así que lo bajó con el limoncello—. ¿No se llamaba Joop?

—Pim es el cliente de Agustina. Se llama Willem y aquí a los Willem los llaman así.

—Anda, qué raros son los holandeses.

—Más que ir en bici de espaldas —asintió Agustina.

—Bueno, en España llamamos Paco a los Franciscos —comentó Roberto—. ¿Y quién es Joop? Pensaba que trabajabas para un único cliente, en exclusiva.

Agustina se encogió de hombros.

—Sí, trabajo para Willem Waas, el dueño de Diamantes Waas. —La mano de Roberto se tensó sobre el hombro de Ágata al mismo tiempo que la de ella se tensaba sobre el muslo de Roberto, pero ninguna de las dos mujeres notó nada—. Joop es su guardia de seguridad y chófer. Es el que viene a buscarme y me deja en casa para que no tenga que cruzar la ciudad vestida de faena. Es un tío callado, pero folla de vicio.

Ágata alzó las cejas.

—¿Hacéis tríos?

A Agustina se le escapó la risa por la nariz.

—¡Qué va! Ya ni me acuerdo de la última vez que hice un trío. Si no fuera por Joop, mi vida sexual sería digna de un convento de clausura. Pim y su esposa son exageradamente ricos y son aún más aburridos que ricos. Él es presidente de la patronal del diamante y ella es mecenas de todas las fundaciones culturales del país y de varias asociaciones de defensa de los valores morales tradicionales, o algo así.

—Esa casa está llena de mujeres —comentó Virgi—. ¿Cuántas hay?

Agustina resopló.

—No sé. La madre de Pim, tres o cuatro hijas y la esposísima. La esposa

de Pim se pasa el día organizando fiestas en su casa. Almuerzos, meriendas, subastas solidarias, yincanas..., lo que se le ocurra. —Sacudió los brazos en el aire.

—¿Cómo conociste a Pim? —quiso saber Roberto—. ¿Fue a verte al Barrio Rojo?

Las dos amigas se echaron a reír.

—No. Pim ni se acerca por ahí —respondió Agustina—, pero envió a Joop. Un día entró buscando una Dominatrix con buenas pechugas. Yo nunca había ejercido, pero había visto en acción muchas veces a doña Paca en la whiskería donde me inicié en esto. Y la materia prima la tenía. —Sacudió el género—. Vi una oportunidad y la agarré con las dos manos. Joop me dijo que estuviera lista al día siguiente y esa tarde tuve que conseguir la ropa, los complementos y sacarle el polvo a lo poco que sabía. Suerte que los tutoriales de internet te sacan de cualquier apuro.

—Ya te digo —asintió Ágata, chupándose los dedos tras acabarse el bizcocho—. Así aprendí yo a hacer churros.

—¿Sabes hacer churros? ¡Uy, como se entere Joop! Lo que le va a ese hombre un dulce frito no es normal.

—Pues yo se los preparo cuando quiera.

—Sí, a Ágata se le da muy bien conquistar a los cuerpos de seguridad con sus churritos, ¿verdad? —Aunque trató de sonar despreocupado, los celos seguían tiñendo la voz de Roberto.

Ella le dio una palmada en el estómago y se apartó con brusquedad.

—¡Serás capullo! ¡Quieres parar ya con Bill! ¿Cómo tengo que decirte que no pasó nada?

—Ah, ¿por eso viniste, Robertiño? ¿Mal de amores?

Ágata y Roberto se quedaron mirándose a los ojos durante unos segundos. Sin necesidad de palabras supieron que volvían a estar ante uno de esos momentos cruciales en la vida. Volvían a estar en lo alto del puente de

Alcántara, de noche, sin saber si el agua que encontrarían a sus pies sería lo bastante profunda para amortiguar el golpe.

Pero el tiempo se acababa. Solos no lograrían apoderarse de los diamantes. Necesitaban ayuda y la vida se la había puesto delante. La decisión prácticamente estaba tomada.

Ágata asintió.

Roberto inspiró hondo y se dispuso a hablar.

Más relucientes que un espejo

A Virgi y a Agustina las habían llamado de muchas maneras a lo largo de su vida, pero nunca nadie las había llamado *tontas*, porque de tontas no tenían ni un pelo. Desde el principio sabían que si Roberto estaba en su casa y no en un hotel era porque no quería que las autoridades lo tuvieran localizado.

Aunque de entrada mucha gente pensaría que una congregación religiosa y un piso compartido de prostitutas no podían parecerse en nada, lo cierto era que tenían más de una cosa en común, entre ellas, la camaradería entre mujeres y el secreto de confesión: lo que se contaba entre aquellas paredes no salía de ellas.

Virgi se quedó boquiabierta al enterarse de que su formal primo estaba detrás de un robo de joyas reales.

—¡*Carallo*, ya no soy la oveja negra de la familia! ¡No la única, al menos!

A Agustina le habían faltado cejas para alzar cuando salió el tema de que Cristina era la hermana de Ágata y la novia de Roberto, pero no hizo ningún comentario sobre la escena que había interrumpido en la cocina esa misma mañana. Sabía que todo el mundo guardaba secretos de puertas para dentro, vaya si lo sabía.

Willem Waas —Pim para los íntimos, entre los que Agustina se encontraba— era un dechado de virtudes a ojos de la alta sociedad holandesa. Se levantaba antes que el sol y, cuando enviaba a Joop a recoger a Agustina al piso, ya había aumentado su fortuna gracias a los movimientos de sus valores en las Bolsas de Tokio y Shanghái. Antes de proseguir con sus negocios, hacía una pausa a media mañana, una que lo devolvía a sus mejores años.

Gracias a la entusiasta colaboración de Agustina, Pim volvía a la adolescencia cada día durante un rato. La Dominatrix murciana se convertía en su aya, en la cocinera, en la doncella que hacía las camas de la mansión de sus padres, en la panadera, la lechera o —su favorita— en lady Aldegonda, la institutriz encargada de su educación y de la de sus hermanos y auténtico mito erótico de Pim.

A Agustina lo que más le había costado había sido aguantarse la risa durante los primeros días. Su nuevo cliente le parecía un viejo pervertido que se aburría y quería echarle un poco de sal y pimienta a su vida, pero poco a poco se fue dando cuenta de que en aquellos encuentros había más de lo que parecía a simple vista.

Sí, usaba la fusta, las esposas y los tacones de aguja para castigarlo por haber sido un chico malo, pero al interpretar a esas mujeres que habían desempeñado un papel en la vida del millonario empresario, Agustina se dio cuenta de lo solo que se había sentido Pim al crecer. Y de lo mucho que había echado de menos a su madre. Durante esas horas pasadas en el lujoso despacho insonorizado del taller de diamantes, Agustina aprendió a valorar mucho más a su madre, una mujer dura por fuera pero con un gran corazón, que se desvivía por sus hijos y les hacía saber de mil maneras lo mucho que los quería, aunque no se lo dijera con palabras. El paquete lleno de pestiños, flores, pacharán, bonito en salazón y lo que produjera la huerta en aquellas fechas era la manera de su madre de decirle que la quería y la echaba de menos.

Pim purgaba sus pecados durante las sesiones con Agustina y ella, al ver lo relajado que quedaba él después de sus encuentros, se fue soltando. Desde que lo vio empalmarse como nunca cuando le pidió que le limpiara las botas con la lengua, no había vuelto a limpiárselas en casa. Pim se encargaba de que estuvieran siempre relucientes como un espejo.

A veces se limitaba a esposarle las manos por detrás del respaldo de una de las rígidas sillas para visitantes, dejándolo inmovilizado mientras ella se

dedicaba a limarse las uñas o a leer las revistas del corazón sentada en el comodísimo sillón presidencial con las botas ya lustradas apoyadas en el carísimo escritorio hecho de maderas nobles.

Cuando él gemía al notar los primeros calambres, ella alzaba una ceja, sintiéndose lady Aldegonda, y él le dirigía una mirada entregada que la hacía sentirse realizada en su trabajo.

Virgi tenía razón. Le había tocado la lotería el día que Joop la encontró en el Barrio Rojo. Pronto descubrió que Pim no la deseaba de una manera «normal». El empresario había idealizado su sexualidad adolescente. Aunque maduró, se casó y tuvo un montón de hijas, nunca había disfrutado tanto como en la soledad de su cama, imaginándose que espiaba las habitaciones de las empleadas de la gran mansión familiar de los Waas.

Pim no era un mal tipo. Era generoso con los suyos, y Joop y Agustina eran dos de las personas con las que más contacto tenía. Por eso, aunque le exigió a su nueva Dominatrix que no se viera con ningún otro cliente mientras trabajara para él, pronto hizo a Joop partícipe de sus juegos privados para alegría de Agustina, que desde el primer día se había sentido muy atraída por el alto y silencioso jefe de seguridad.

Y, aunque sus actuaciones frente a Pim tenían más de coreografía erótica que de sexo real, cuando al final de la jornada él la llevaba a casa en el lujoso coche con cristales tintados, raro era el día que no culminaran lo que habían empezado deteniendo el coche en algún punto del trayecto.

Y así llevaban más de un año. Aunque ni el guardia de seguridad ni ella protestaban, cada vez les costaba más separarse al final del día. Se habían resistido tanto como habían podido, pero, como suele decirse, el roce hace el cariño, y Joop y ella se habían rozado mucho durante los últimos meses.

Agustina había viajado a Ámsterdam con la idea de pasar cinco años, ahorrar y volver a casa, y el plazo estaba a punto de acabar. No se veía dedicándose a eso toda la vida. Era un trabajo exigente, que quemaba mucho.

Sin decirse nunca nada, hablando con los ojos, lo de Joop y ella había

crecido sin parar. Tenía miedo de perderlo, pero sabía que si no actuaba lo perdería igualmente. Había descubierto ya miradas de rabia de Joop dirigidas a su jefe. La relación se estaba tensando.

Pim no disfrutaba del sexo, pero sí disfrutaba manipulándolos, jugando con ellos en una danza de dominación y sumisión en la que el poder iba saltando de manos. A veces dejaba que fuera Joop quien demostrara el poder de su masculinidad y su potencia física; otras era Agustina la que exhibía el poder del sexo. Pero, al final, los tres sabían que el que ostentaba el auténtico poder allí era el dinero de Pim. Era su riqueza la que los tenía a los tres danzando aquel tango. Y la idea de que Pim podía hacer que todo acabara con una sola palabra iba calando cada vez más en la pareja, aprisionándolos en una tela de araña creada por el miedo a no volver a verse.

—¡Agustina! —La voz de Virgi se coló en sus pensamientos—. ¡Agustina! ¿Puede saberse en qué piensas?

—Contad con esos diamantes —respondió Agustina, con una autoridad que no necesitaba de fustas para ser obedecida—. Avisa a tu madre, Ágata. Que los secuestradores le den un punto de encuentro. Mañana por la mañana esos diamantes serán vuestros.

* * *

—Muy bien, así —murmuró Agustina, dando la última vuelta con la cuerda alrededor del brazo de Willem, al que, tras desnudar del todo, estaba atando a su silla de despacho—. Bien atadito como un pavo en Acción de Gracias.

Joop, vestido como siempre con traje negro, camisa negra y corbata del mismo color, se fundía con la pared del fondo, pintada de color gris acorazado.

La Dominatrix agarró la silla por los reposabrazos, donde acababa de sujetar a Pim, se inclinó hacia delante para hipnotizarlo con la visión de su

generoso escote comprimido por el cuero y empujó la silla hacia el centro del despacho insonorizado, un auténtico búnker.

Dio una vuelta despacio alrededor del rico empresario, contemplando su obra y dándose golpecitos en el labio inferior con el dedo índice.

—Has sido un chico muy malo, Pim —canturreó con la vista fija en su obra de arte. Agustina había ordenado a Willem que colocara las piernas abiertas por encima de los reposabrazos. Le había hecho apoyar los brazos sobre las piernas y así lo había inmovilizado con una larga cuerda comprada para la ocasión. Era una visión... impactante—. Te has olvidado de que hoy es mi cumpleaños.

Willem abrió mucho los ojos y dijo algo, pero ni Joop ni Agustina lo entendieron porque ella le había colocado una mordaza de bola antes de empezar a atarlo.

—No me mereces, Pim. —Agustina se acercó a la mesa y cogió la fusta que había dejado junto al resto del material. Regresó y rodeó la silla un par de veces, caminando lenta pero deliberadamente. Él estaba esperando que usara la fusta en cualquier momento y justo por eso no le dio lo que esperaba, alargando su agonía y su excitación. Al pasar frente al millonario, expuesto del todo, vio que se había empalmado—. Es mi cumpleaños y el regalo te lo he hecho yo a ti. ¿Te parece bonito?

Él negó con la cabeza, atormentado, y ella lo premió dándole un golpe seco en el pene enhiesto.

—He recibido varias ofertas, Pim. Hay otras familias que quieren que lady Aldegonda se ocupe de disciplinar a sus hijos.

Él palideció y volvió a negar con la cabeza.

—¿Crees que es tolerable que te hayas olvidado de celebrar el día en que tu Ama y Señora llegó al mundo?

De la garganta del magnate de los diamantes salió un gemido lastimero. Agustina le azotó el interior de los muslos con la fusta, con sacudidas cruzadas y la elegancia de una directora de orquesta.

—¿Quieres decirme algo, Pim?

Él asintió con desesperación y Agustina volvió a rodearlo y se detuvo a la altura de su nuca. Cuando le quitó la mordaza, él inspiró hondo y se humedeció los labios antes de decir:

—Discúlpeme, lady Aldegonda, por favor. Sé que no lo merezco, pero le ruego que no me deje. La necesito.

—Mmm. —Ella siguió dando vueltas a su alrededor, golpeándose con la fusta en la pantorrilla cubierta por la bota alta de cuero. Cuando volvió a quedar cara a cara con Willem, apoyó el tacón en la silla, entre los muslos del millonario, y fue haciendo bajar la punta hasta chafarle las pelotas—. ¿Qué estás dispuesto a hacer para compensarme, Pim?

—¡Lo que quiera, señora! —le prometió él con la voz torturada—. Sólo tiene que pedirlo y será suyo. Perdona a este patán.

Agustina se sintió poderosa y excitada. Pasó la lengua por la fusta y se la acercó a Willem, que la lamió con devoción.

—Hoy es tu día de suerte, Pim —le dijo, alzando una ceja y sacándose un papelito enrollado de entre los pechos—. Tengo un caprichito. Nada, una fruslería.

Desenrolló el papel y se lo puso ante los ojos. Él, que había esperado algo difícil de conseguir, suspiró aliviado.

—Claro —respondió con la voz ronca—. Nada me hará más feliz que saber que mis sucias piedras adornan su piel, lady Aldegonda.

—Buen chico, Pim.

—Mañana estará preparado y envuelto...

Agustina presionó con la bota, haciéndolo gemir.

—¿Cuándo estará listo, Pim?

—¿Esta tarde?

Presionó hasta que las pelotas de Pim quedaron más planas que dos huevos fritos hechos a la plancha vuelta y vuelta.

—¡Ahora mismo!

Agustina bajó el pie al suelo, rodeó la silla y la empujó, haciéndola rodar hasta el escritorio. Apretó el botón del intercomunicador que conectaba al director y dueño de la empresa con su asistente y le plantó el papel ante los ojos para que pudiera hacerle el pedido especial.

* * *

Cuando, media hora más tarde, la Dominatrix murciana salió del despacho, Greetje, la secretaria que llevaba veinte años trabajando para Pim, tenía el paquete con los diamantes esperando en su mesa. Joop la seguía de cerca, como siempre. Agustina, que cada día debía soportar las miradas despectivas de la estirada secretaria, sonrió al aceptar el paquete y le dijo:

—El señor Waas ha pedido que nadie lo moleste durante las próximas dos horas. No se le ocurra entrar ni pasarle ninguna llamada si no quiere perder su trabajo. ¿Está claro?

La mujer, que no entendía qué veía su jefe en ella, refunfuñó para sus adentros, pero obedeció.

Cuando, dos horas más tarde, Greetje entró en el despacho y se encontró a Pim llorando de dolor porque tenía un calambre en la nalga, la secretaria gritó al verlo en aquella postura, pero accedió a ayudarlo y, mientras le masajaba la nalga dolorida, le prometió que aquello no saldría de allí. Aunque ellos aún no lo sabían, ése sería el inicio de una nueva etapa —mucho más picante y satisfactoria— en su relación.

Una torre, cuatro cervezas y un columpio rojo

En lo alto del A'DAM Lookout, una torre de veintidós plantas con una gran terraza mirador situada frente a la Estación Central de tren de Ámsterdam, Ágata vio acercarse a la mesa a Roberto con una bandeja y cuatro *pilsjes* de cerveza Heineken. Joop ofreció una espumosa pinta a Agustina y otra a Ágata mientras Roberto se sentaba y Ágata proponía un brindis:

—Por la amistad desinteresada, más valiosa que cualquier diamante.

Los cuatro hicieron chocar los vasos, llenos de líquido ambarino que brillaba a la luz del atardecer, y bebieron con ganas.

Una pareja subió a los columpios gemelos rojos que se balanceaban sobre el vacío a unos cien metros del suelo. Un pequeño grito marcó el momento en que el columpio se puso en marcha.

—No sé cómo podemos agradeceros lo que habéis hecho por nosotros —dijo Roberto, que no acababa de creerse que tuviera los diez diamantes que exigían los secuestradores en el bolsillo de la camisa.

—No os preocupéis, chicos, de verdad —replicó Agustina—. Ya sabemos que no vais a poder pagárnoslo nunca.

—Pues no —Ágata hizo una mueca—, ya me gustaría.

—Por eso precisamente nos lo hemos cobrado nosotros mismos... a cargo de Pim, que ha estado encantado de hacerme un regalo por mi cumpleaños.

—¿Es tu cumple? ¡Felicidades! —exclamó Ágata.

Agustina se echó a reír ante el entusiasmo de la joven toledana.

—No, mi cumpleaños es en noviembre, pero Pim no lo sabe. —Agustina le guiñó el ojo y Ágata se tapó la boca con las manos para aguantarse la risa.

—Pero... —Roberto frunció el ceño— tu regalo nos lo hemos quedado nosotros y dentro de un rato estará en manos de los cabrones de los secuestradores.

Agustina se inclinó sobre Joop y le acarició el pecho mimosa. Aunque ella se había cambiado de ropa en el apartamento, él seguía con el mismo traje. Cuando ella le dio unos golpecitos en el pecho con los nudillos, algo sonó a hueco. Joop lo sacó a la luz y se lo mostró un momento. Era una caja metálica rectangular con sitio para tres puritos, una lata *vintage* ilustrada con una pantera, igual que la que le había dado a Roberto hacía un rato con los diez diamantes dentro.

—¿Os acordáis del papel que me disteis con las instrucciones de los diamantes?

La pareja asintió.

—Pues cambié el diez por un veinte. —Agustina se encogió de hombros y apoyó la cabeza en el hombro de Joop—. Estos diamantes son nuestro finiquito. Joop y yo hemos decidido volver a España. Con lo que nos den por los pedruscos montaremos un chiringuito en Mojácar o por ahí cerca... Ya veremos. Lo importante es estar juntos y cerca de la familia.

Joop le dijo algo al oído que la hizo reír.

—¿Qué dice el hombre de negro? —preguntó Ágata, y Agustina se lo tradujo.

—Dice que le da igual adónde vayamos siempre que haya una cama; que está harto de hacerlo en el coche.

Ágata se echó a reír, pero Roberto miró al chófer y asintió, en silenciosa solidaridad.

—¿No tenéis miedo de que Pim os denuncie?

—Sé que no lo hará; las apariencias lo son todo para él. Y, si va a buscarme al piso, las chicas no le dirán dónde estamos. Llevamos años cubriéndonos las espaldas unas a otras. Somos como hermanas.

A Ágata se le opacó la mirada. Aunque pocas veces había sentido

camaradería y complicidad con Cristina, tenía muchas ganas de verla en libertad. Casi echaba de menos que se metiera con ella. No del todo, pero casi.

Joop le dijo algo a Agustina, que asintió.

—Pues nosotros nos vamos a ir yendo. Sé que Pim no dirá nada a nadie, por la cuenta que le trae, pero mejor no tentar a la suerte. No, no os levantéis. Mejor no llamar la atención. Aquí la gente no se abraza tanto.

Ágata se conformó con el abrazo gritado y saltado que se habían dado en el apartamento, cuando habían llegado con los diamantes.

—Muchas gracias por todo, hermana Agustina. —Ágata le guiñó el ojo—. Has sido una auténtica bendición del cielo.

—Espero que volvamos a encontrarnos —dijo Roberto, y se sorprendió al darse cuenta de que no era una frase vacía. Llevaba cinco días en Holanda y se sentía más cómodo con sus nuevos amigos que con gente a la que conocía de toda la vida.

—Hasta la vista, *baby* —fue la frase de despedida de Joop, una de las pocas cosas que sabía decir en español gracias a *Terminator*.

Ágata se quedó mirando con expresión soñadora a la pareja que había roto con todo, hasta con la legalidad, para iniciar una nueva vida en común.

—¿Voy a buscarte algo para comer? —Roberto la sacó de su ensoñación.

Ella negó con la cabeza. Aunque trataba de no hacerlo, no podía evitar pensar en que los secuestradores podrían estar observándolos en ese momento. Habían quedado al anochecer, en la discoteca del edificio, y aún faltaba un rato; pero ¿quién podía saber si no habían llegado con tiempo, igual que ellos?

—Pues a mí los nervios me dan hambre —le susurró Roberto al oído—. Y me temo que no vas a querer encerrarte en el lavabo conmigo, ¿o sí?

Ágata se estremeció, a pesar de que el día era soleado. ¿Olvidarse de todo durante un rato perdiéndose entre sus brazos? Mmm, tentador.

—No me distraigas, Robbie. Hemos de estar alertas; no me fío de esa gente.

Él gruñó, aunque sabía que tenía razón.

—Pues voy a comprar algo; ahora vengo. —Se inclinó sobre ella y le dio un beso en la mejilla.

—¡Robbie! —lo reprendió ella en un murmullo—. Odio decirte esto, pero ¿podrías disimular un poco?

—Claro. —Él agachó la cabeza y se alejó, sintiéndose el capullo más grande del Benelux, pero la mirada que le dirigió Ágata mientras se alejaba estaba tan cargada de cariño que le habría devuelto el brillo a su desgastada autoestima.

«Aplicáte el cuento, Ágata. Disimula un poco.»

Se volvió hacia el panorama que se abría a sus pies. Se alegraba de que los secuestradores no hubieran elegido hacer la entrega en el vertiginoso columpio que se balanceaba sobre el vacío. Con la noria de Londres ya había tenido bastante contacto con las alturas por una temporada.

Ámsterdam no se parecía en nada a Londres. Holanda era un país francamente curioso: tan diminuto, sin altas montañas como Suiza, caudalosos ríos como Francia, industriales ciudades como Alemania o el rico patrimonio histórico de los países mediterráneos. ¿Cómo había logrado un pequeño trozo de tierra hundido convertirse en un país tan importante?

Como solía pasar, la respuesta estaba ante sus ojos y, al cabo de unos instantes, se dio cuenta de ello. El canal del mar del Norte, el amplio brazo de agua que la separaba de la estación de tren, era un hervidero de actividad. No sólo por los cientos de veleros que se habían reunido para el evento naval. Había todo tipo de embarcaciones: de recreo, comerciales, ferris que se lanzaban suicidas a cruzar el canal de lado a lado en medio de aquel tráfico demencial... Como había leído en una de las pantallas informativas del edificio, el canal era artificial, abierto por la mano del hombre entre 1865 y 1876. Y por sus aguas iban y venían barcos de todo tamaño y calado. Los holandeses se habían abierto al mundo: los canales eran sus venas; los mares, sus arterias.

Roberto se sentó a su lado y empezó a comer.

—¿Seguro que no quieres? ¿Ni un poco de bocadillo, ni una patata frita?

Ella negó con la cabeza, sin apartar la vista del canal. Poco a poco, la luz fue perdiendo intensidad. Cuando la Estación Central se iluminó de repente, Ágata se sobresaltó.

—¿Qué hora es? —le preguntó a Roberto, que estaba vuelto hacia ella, con el codo apoyado en la mesa y la cara en la mano, contemplándola embobado.

Él también se sobresaltó y consultó la hora en el móvil. Fue entonces cuando se dio cuenta de que tenía un mensaje de Teresa Veragua.

—Hay mensaje de tu madre.

—Mierda.

Ágata consultó su móvil y, en efecto, ella también había recibido un par. Se maldijo en silencio por haberse abstraído con el paisaje. Quiso maldecir a Roberto por haberse abstraído también, pero lo había sorprendido mirándola con adoración y nunca podría maldecirlo por eso. Si todo iba bien, en pocos minutos los secuestradores liberarían a Cristina y todo volvería a ser como antes. Por lo menos, durante sus horas de melancolía podría echar mano del recuerdo de la mirada de Roberto para calentarse el corazón.

—Vamos. —Ágata trató de levantarse, pero le temblaron las piernas. Roberto, que se dio cuenta, le dio la mano y luego le rodeó los hombros con el brazo.

Bajaron en el ascensor de cristal hasta la discoteca Shelter, situada también en la zona alta del edificio. Un grupo estaba tocando música en vivo, versiones al parecer, pensó Ágata al reconocer uno de los primeros éxitos de Maroon 5.

Se acercaron a la barra, se sentaron y, al ver que era la *mojito hour*, pidieron dos.

Aunque era consciente de que debía actuar con normalidad, Ágata no pudo evitar lanzar una mirada desconfiada a su alrededor. No saber quién los estaba observando la ponía muy nerviosa. ¿Y si los secuestradores aprovechaban el

bullicio para dispararles por la espalda? Estuvo a punto de pedirle a Roberto que se colocaran espalda contra espalda, pero eso no habría sido actuar con normalidad precisamente.

Cuando la camarera les sirvió los mojitos, ella le dirigió una mirada agradecida antes de abalanzarse sobre la copa y sorber por la pajita como si fuera un tubo de buceo y ella se encontrara bajo las aguas del canal.

Roberto alzó la copa hacia ella para brindar por el éxito de la misión antes de beber, pero Ágata estaba sorbiendo con tanta pasión que se empalmó deseando que fuera otra cosa lo que estuviera entre sus labios. Gruñó y la imitó, vaciando medio vaso del tirón.

Dieron media vuelta en los taburetes y miraron con disimulo a su alrededor. Había bastante gente. A esas horas, en España los jóvenes estaban pasando un rato con su familia antes de salir por la noche con los amigos, pero las parejas y los grupos que llenaban la pista estaban ya bastante animados.

—¿Tienes un cigarrillo? —preguntó una voz masculina al lado de Roberto.

Era la señal. Ágata se mantuvo mirando al frente, aunque las ganas de mirar a la cara al secuestrador eran inmensas. No sabía si iba a poder controlarlas.

—Sólo puritos —respondió él, sacándose la lata del bolsillo y mostrándosela.

—Perfecto. —El desconocido alargó la mano, pero Roberto apartó la caja y se la llevó al pecho.

La mano asomaba de una manga trajeada. Roberto siguió con la vista la manga hasta llegar a un pecho amplio. Siguió subiendo con la vista y llegó a un cuello afeitado y una barbilla decidida, igual que la nariz. Tenía los ojos ocultos tras unas gafas de sol con cristales azul oscuro y un pelucón rubio a lo David Guetta.

—La vista al frente si quieres volver ver a tu chica —lo amenazó con la voz ronca.

Al oír esas palabras, Roberto buscó instintivamente la mano de Ágata.

—¿Dónde está? —Ella no pudo resistirse a preguntar por su hermana.

—Está viva... —respondió el hombre— de momento. No hagáis idioteces si queréis que siga así. —Ágata apretó el vaso con tanta fuerza que temió romperlo—. Los... *cigarrillos*, ¿están todos?

—Compruébalo si quieres. —Roberto le entregó la lata.

—Me fío de vosotros, sois buenos chicos. —El hombre se la guardó en el bolsillo y bajó del taburete, pero él lo agarró del brazo.

—Pero yo no me fío ni un pelo de vosotros. Nada de desaparecer como en Londres. Tenéis los... *cigarrillos*. Soltad a Cristina.

El tipo apartó el brazo con brusquedad y se sacudió la manga.

—Tranquilo, si no quieres que envíe el mensaje de emergencia.

«No preguntes, no preguntes», se dijo Ágata.

—¿Qué dice el mensaje de emergencia? —se oyó preguntar Ágata.

«¡Bocazaaaaas!», se riñó, y la mirada de Roberto le dijo que pensaba algo parecido.

—Es un simple emoticono: la mierda con ojos. Quiere decir que algo ha ido mal. Es la señal para que tiren el paquete al canal.

—Y el paquete es... —Ágata no se atrevió a acabar la frase.

—Exacto. —El tipo le dirigió una sonrisa odiosa.

—Es decir, que no está aquí. —Roberto bajó del taburete y dio un paso amenazador en dirección al tipo, que le recordaba al Drácula de Bram Stoker con aquellas gafas azules—. Hemos cumplido todas las condiciones. ¡Soltadla ya! —exclamó con los dientes apretados.

—Claro. Tranquilo, campeón —replicó el tipo, que le resultaba familiar pero fue incapaz de reconocerlo—. Estaba un poco... mareada por el viaje y no hemos querido que se mareara más subiendo hasta aquí arriba. La hemos dejado en un sitio tranquilo y seguro.

—¿Dónde? —Ágata se dirigió hacia él, pero Roberto la agarró por la cintura.

—Os enviaremos la ubicación muy pronto —fue lo último que dijo antes de desaparecer en medio de un grupo.

—¡Joder, que se va!

—Ya lo veo —refunfuñó Roberto.

—¡Pues hagamos algo!

—¿Y si envía la mierda de emergencia?!

—¡Mierda!

—¡Eso he dicho!

—¡Joder!

—¿Qué hacemos?

—¡Yo qué sé!

Ágata se volvió hacia la barra. La tentación de pedir una copa doble de cualquier cosa era enorme, pero tenían que calmarse. Tal vez los secuestradores llamaran, tal vez liberaran a Cristina...

«¿A quién quieres convencer?»

—Vamos. —Roberto le ofreció la mano—. Salgamos a la calle, necesito aire.

Bajaron en silencio los veinte pisos que los separaban de la calle y salieron a la noche. Roberto respiró profundamente el aire húmedo y salado.

—¿Estás bien? —le preguntó Ágata.

Él se encogió de hombros. No, no estaba bien. Se sentía frustrado, impotente, idiota perdido, pero no era culpa de Ágata y no quería cargarla con su frustración.

Cuando sonó un aviso en el móvil de ella, ambos se miraron a los ojos durante un momento antes de unir las cabezas para leer el mensaje.

Era Teresa de nuevo.

—¡La han soltado! —exclamó Ágata, tras leer las palabras de su madre, echándole los brazos al cuello—. ¡Esta vez la han soltado!

Roberto la abrazó por la cintura y la levantó del suelo, haciéndola girar en el sitio. El abrazo, que empezó siendo eufórico, pasó por varias fases. Comenzó con alivio, porque aquella locura estaba a punto de acabar. Luego, a medida que las consecuencias fueron calando en la mente de los dos, la

euforia dio paso a la incertidumbre. Durante los últimos segundos, antes de soltarse, la pareja apretó al otro con fuerza, casi como en una despedida.

Se separaron y, sin mirarse a los ojos, se pusieron en marcha.

—Vamos. ¡El ferri está ahí mismo!

Aunque había muy pocos puentes que cruzaran el Noordzeekanaal, los ferris eran gratuitos y funcionaban las veinticuatro horas del día.

En el mensaje, Teresa les decía que habían soltado a Cristina en la Estación Central. La tenían justo enfrente, al otro lado del amplio canal. Aunque tuvieron que correr para alcanzar el ferri, que cruzó a la otra orilla en minutos, el trayecto se les hizo eterno.

Una vez dentro de la estación se dieron cuenta de que era más grande de lo que parecía y se separaron para abarcar más superficie. Recorrieron la estación de punta a punta, de ida y de vuelta, pero no había ni rastro de Cristina.

Se reunieron en la puerta por donde habían entrado y, con lo que le quedaba de batería, Ágata llamó a su madre.

—Lo siento, hija —se disculpó Teresa, sin darle tiempo a decir nada—, acaban de escribir. Dicen que ha habido cambio de planes de última hora. —Ágata cerró los ojos e inspiró hondo—. Que la soltarán mañana por la mañana.

—Pero ¿de qué van? Esto, esto, esto... ¡esto no es serio! ¿Dónde les dieron el título de secuestradores? ¡¿En una tómbola?!

Roberto le arrebató el teléfono y tiró de ella para salir de la estación antes de que llamaran la atención de los vigilantes. Tras hablar un par de minutos con su madre, él le devolvió el teléfono. Buscaron un banco cercano y se sentaron.

Ágata tenía las piernas muy abiertas y la cabeza gacha, apoyada entre las manos.

—Si es que nos han visto la cara —refunfuñó—. Gilipollas, que somos gilipollaaaas. A ver, ¿qué dice que quiere? ¿Cuarto y mitad de diamantes?

Claro, justo hoy los tengo en oferta. ¿Cómo se los pongo? ¿Fileteados, para empanar, o los prefiere para estofar? ¡No se vaya, guapa, que no los va a encontrar mejor de precio! Hoy, con la media docena de diamantes, regalo un rubí. Auténtico, de la corona de la reina de Inglaterra. ¡Rechace imitaciones!

Roberto, que se había sentado en el banco tan mosqueado como ella, sintió que un burbujeo le nacía en lo más hondo del vientre e iba empujando hacia arriba, llevándose por el camino la indignación, la angustia y las preocupaciones. Echando la cabeza hacia atrás, rompió a reír a carcajadas. Rio y rio y, cuando pensaba que se calmaba, volvió a empezar. Tanto rio que contagió a Ágata.

—¿Te quieres callar, idiota? Esto no tiene puta gracia —lo riñó ella, pero, al decirlo riendo, su afirmación perdió mucha fuerza.

—Esto no —admitió él, secándose una lágrima en el rabillo del ojo—, pero tú sí.

—No me digas que no te sientes como una máquina dispensadora. —Ágata se golpeó los muslos con los puños—. ¡Su diamante, gracias! —Resopló—. Los secuestradores tienen lo que querían, Carmen y Guille se lo llevaron calentito, Agustina y Joop, lo mismo. Y nosotros... —se miró las manos y las agito en el aire— ¡nada! Ni hermana, ni joyas, ni...

Roberto le atrapó la muñeca y tiró de ella hasta que quedó sentada a horcajadas sobre él. Le sujetó la nuca con una de sus grandes manos, la atrajo hacia él y la besó.

Ágata, que seguía con las manos abiertas y separadas en el aire, fue cerrando los brazos mientras dejaba que él penetrara en su boca y la examinara con la misma atención que había dedicado poco antes a explorar la estación. Gimió y cerró los ojos, relajándose. La firmeza de sus labios, la textura de su lengua, la presión de su mano en la nuca la sumieron enseguida en un lugar familiar, un lugar donde el mundo desaparecía, donde no existía la frustración, donde los problemas quedaban fuera.

Posó las manos en su cabeza, como si fueran dos satélites alunizando.

Separó los dedos y los hundió en su pelo antes de ladear la cabeza y reclamar su boca. Él le soltó la cara y bajó las manos, gruñendo mientras le recorría el torso, la cintura y las caderas. Aferrándola por las nalgas, la atrajo hacia sí, frotándose contra su calor.

Al notar la erección que ocultaba bajo los pantalones, Ágata se estremeció y rectificó en su interior. En el pequeño mundo de los dos existía la frustración. Y estaba creciendo muy deprisa.

Gruñeron a la vez y se separaron, respirando entrecortadamente.

—No pasa nada por esperar una noche más —susurró Roberto, y Ágata lo entendió a la perfección porque ella sentía lo mismo. Si hubiera tenido delante a los secuestradores, les habría dado las gracias por dejarla disfrutar de Roberto una noche más. Y eso la hacía sentirse la peor hermana del mundo, igual que Roberto se sentía un ser humano despreciable. Pero un ser humano despreciable muy excitado—. Vamos. —Se levantó con ella encima y la dejó caer poco a poco al suelo, deslizándose por su cuerpo.

Ella permaneció con las manos alrededor de su cuello, resistiéndose a romper el contacto.

—¿Busco un albergue? —susurró, tan excitada como él—. A casa de las chicas no quiero volver. No quiero ponerlas en peligro.

—¿Un albergue? —Él alzó una ceja—. ¿Uno de esos sitios donde hay literas y tienes que compartir habitación con otras personas?

A Ágata casi se le escapa la risa al verlo tan indignado.

—Em, sí, sería una definición aproximada.

Él alzó los brazos, retiró los de Ágata de su nuca, le dio la mano y tiró de ella en dirección al centro.

—Ni hablar. Vamos a un hotel; esta noche no vas a salir de mi cama.

Y Ágata pensó que nunca una amenaza le había sonado mejor.

Un futuro brillante... o no

Los secuestradores de Cristina —o, lo que es lo mismo, Fabergé, Rubí y Swarovski— contemplaron aliviados cómo la potente barca motora en la que viajaban los rusos se alejaba por el IJsselmeer con los diamantes. Habían tenido que amarrar en Lemmer, una pequeña localidad situada al nordeste de Ámsterdam, ya que el evento naval no había dejado ni un amarre libre en toda la ciudad.

—No me lo puedo creer —susurró Swarovski—, hemos salido de ésta con vida.

—Ya te lo dije, preciosa —fanfarroneó Fabergé—. Mi padre es un tipo importante, con amigos muy bien situados. Habrían sido muy idiotas haciéndolo enfadar.

—Ya sólo falta que cumplan con su parte del plan y hagan el ingreso en la cuenta. —Ella frunció el ceño—. Lo que no entiendo es que tengan que hacerlo en *tu* cuenta. Eres un jodido ilusionista. ¿Quién nos dice que no harás desaparecer el dinero igual que me hiciste desaparecer a mí?

—Vamos, vamos, Swarovski. —Fabergé le dirigió una sonrisa de encantador de serpientes—. ¿Desconfianza a estas alturas?

—No me llames así —protestó ella—. La dichosa misión ha acabado. Llámame por mi nombre.

—Claro, Cristal.

—¡Cristina! ¡Me llamo Cristina! ¡Estoy harta de esto! Harta de nombrecitos en clave, de barcos que no paran de moverse, de no poder darme un baño en condiciones, de...

Fabergé —o, lo que era lo mismo, Rasputín, apodo que, por supuesto, tampoco era su nombre real— puso los ojos en blanco.

—Menudo carácter, mujer. Pobre Rubí. Bueno, Rubén.

—¿Pobre Rubén? ¡¿Pobre Rubén?!

—Cariño, ¿qué te pasa? —Rubén se acercó a ella con la misma cautela que si se aproximara a un tigre siberiano.

—Conque «yo controlo», ¡¿eh, idiota?!

Cristina desapareció en el interior de la cabina del barco. Puso una taza con agua a calentar en el microondas y se sentó. Sus dos socios permanecieron fuera.

—«No me digas que no, Cristina, no puedo vivir sin ti» —refunfuñó, repitiendo las palabras que le había susurrado su amante al oído una noche en la que se quedaron sin preservativos. Pero, aunque se esforzó en odiarlo por haberla dejado embarazada en el momento más inoportuno, no pudo.

Lo suyo con Rubén no tenía remedio. Estaba enamorada de su vecino de cigarral desde los doce años, desde que un lagarto había entrado en su habitación y él, al oír sus gritos, salió de la piscina y subió chorreando a rescatarla. Durante unos segundos fue su caballero andante. Se imaginó que se casaban en el patio, junto a la piscina. Ella llevaría un vestido de princesa, blanco, con mucho vuelo y miles de brillantes cosidos en la tela, y vivirían felices por siempre jamás.

Aunque eso fue hasta que Rubén vio el lagarto, lo cogió y se dedicó a martirizarla persiguiéndola por todo el cigarral, lagarto en mano, con la intención de metérselo por dentro del vestido. Ésa había sido la excusa que había encontrado Rubén para colarse bajo las faldas de su vecinita, dorada como el trofeo de la Champions, una criatura tan bella como molesta que lo fascinaba sin que pudiera evitarlo.

Al principio, los padres de la pareja se habían mostrado encantados con sus tonteos. En las numerosas reuniones de las dos familias solían bromear con una fusión de los patrimonios de los Carrión y los Veragua. A Cristina le

gustaban esas conversaciones. Se sentía como una princesa de cuento y achacaba a la envidia las miradas exasperadas que les dirigía Ágata cuando se dignaba levantar los ojos del aburrido libro que estuviera leyendo en aquel momento.

Pero luego Rubén pasó por una... fase rebelde. Una fase que empezó a los trece y terminó..., bueno, que terminaría un día u otro..., tal vez. Lo habían expulsado de tres colegios, había acabado en el cuartelillo varias veces por conducción temeraria y otros delitos ligados al consumo de alcohol y drogas en la vía pública.

Sus padres le habían pagado la mejor educación posible en escuelas y universidades privadas y había acabado sacándose el título de licenciado en Derecho, y hasta un máster, pero para entonces ya hacía años que Pedro Veragua le había prohibido acercarse a su hija. La gota que había colmado el vaso fue cuando, una noche que se pasó por casa de los Carrión a hablar de un caso con su amigo Pablo, los dos hombres entraron en la habitación de Rubén para ver el telescopio que Pablo le había regalado a su hijo por su cumpleaños. Rubén se puso de todos los colores y trató de alejarlos del telescopio, lo que, por supuesto, redobló la curiosidad de los dos socios.

Cuando Pablo pegó el ojo a la mirilla, agarró el telescopio con fuerza contra su pecho para impedir que su amigo viera lo que él acababa de ver: a Cristina, en su habitación, desnuda, dándose placer para los ojos de Rubén. Pedro, que no era idiota, le prometió a su amigo que no miraría por nada del mundo, y Pablo soltó el telescopio y empezó a perseguir a su hijo por la habitación, dándole todos los capones que no le había dado cuando era niño. Cuando Pedro miró por el telescopio, Cristina había acabado sus trabajos manuales y estaba tumbada boca abajo en la cama, enviando un beso con la mano.

La entrada en el gabinete de Roberto, el chico de familia humilde que se había sacado la carrera gracias a su esfuerzo, fue un revulsivo que alteró las relaciones de las dos familias. Tras la gamberrada del puente durante la puesta

de largo de Ágata, Pedro Veragua se había puesto serio: si Rubén quería seguir trabajando en el gabinete, no podía acercarse más a Cristina. Para Pedro, su hija mayor era una chica inocente que estaba expuesta a la mala influencia de Rubén. Por eso había tenido una pequeña charla con Roberto en la que, sin pronunciarlo, vino a decirle que, si quería seguir trabajando para ellos, más le valía ser el novio ideal de su hija. Roberto le había dirigido una sonrisa enorme, sonrisa que se empañó cuando Pedro apostilló: «Mi hija la mayor».

Habían pasado más de dos años desde entonces y la relación entre Rubén y Cristina se había afianzado gracias a la clandestinidad, que los había obligado a andarse con mil ojos y había añadido sal y pimienta a su relación..., hasta que estalló el huracán Inés.

De un día para otro, fue como si la vida le hubiera estallado a Cristina en la cara. La callada y discreta hermana de Rubén había cometido la peor de las traiciones al anunciar durante la noche de fin de año que se casaba con Iván, el hijo de un importante cliente de su padre, al que había conocido durante la dichosa fiesta de puesta de largo de Ágata.

Se casaba... ¡antes que ella!

Cristina rogó, lloró, gritó, trató de chantajearla para que cambiara de idea, pero no sirvió de nada. Todo el mundo parecía encantado de la vida menos ella, que estaba furiosa. Cuando Inés le mostró el dedo anular para enseñarle el anillo de compromiso que le había regalado Iván, Cristina le mostró otro dedo, menos elegante pero mucho más contundente. Y cuando Inés le quitó importancia y le pidió que fuera su madrina, Cristina la mandó a la mierda en Segway y se escapó de casa... por unas horas.

La encontró Rubén en su escondite, un motel de carretera, donde, compartiendo cervezas, Cristina se desahogó. Todos estaban en su contra: su padre siempre se había interpuesto entre ellos, su madre le había ofrecido a Inés celebrar la ceremonia en su casa, chafándole el sueño de publicar su boda en las revistas del corazón, Ágata había huido a Londres, dejándola sola y aburrida en casa. Estaba harta. Tenían que hacer algo para salir de esa trampa.

Rubén quería complacerla, pero Cristina no trabajaba y él dependía de Pedro y de Pablo para hacerlo. Sabía que si se los ponía en contra se quedaría sin empleo. No se engañaba, con los contactos de su padre en el sector y su propia falta de talento para el Derecho, no encontraría trabajo en ninguna otra parte. Los dos querían ser independientes pero sin perder las comodidades a las que estaban acostumbrados, y no sabían cómo hacerlo.

La frustración de la pareja fue el terreno abonado que encontró Rasputín cuando se plantó en la boda, acompañando a Iván. En un rincón apartado de la terraza compartió con ellos varios whiskies y, cuando les propuso un plan que empezaba con un secuestro fingido, ambos se mostraron entusiasmados.

Pero si la frustración por tener que preparar una boda que no era la suya había atacado los nervios de Cristina, el secuestro en sí acabó de desquiciarla. Se dio cuenta de que odiaba el mar. Una cosa era pasar unas horas en un yate en Ibiza, con las aguas quietas como un plato y un hotel al final de la jornada para ducharse y lavarse el pelo en condiciones, y otra, tener que dormir en un barco sin las mínimas comodidades, aguantando tormentas en el mar del Norte y visitas sorpresa de la policía costera.

Sin embargo, en cuanto Rasputín le echó la capa por encima y la hizo desaparecer mediante un truco de espejos dobles en la maleta, la suerte estuvo echada. Se vieron metidos hasta el cuello en la operación Diamante con una gente que no se andaba con chiquitas; dar marcha atrás era imposible.

Hacer sufrir a Roberto, la insoportable marioneta de su padre, había sido un aliciente adicional. Con lo que no contaba era con que su hermanita, la dichosa Ágata, aprovechara la excusa de su secuestro para lanzársele al cuello una vez más. Sabía que su hermana estaba loca por Roberto desde el primer día, pero por lo menos podría tratar de mantener las apariencias, ¿no? Cuando Rasputín les sacó una foto en el London Eye, momentos antes de arrebatárseles la tiara, ninguno de los dos se dio cuenta... ¡porque se estaban comiendo la boca como si fueran dos adolescentes en su primera cita! Eso era lo mucho que les preocupaba que ella pudiera estar en manos de unos secuestradores

peligrosos. Les estaba bien empleado todo lo que les pasara. ¡Por falsos, hipócritas y traidores!

Cuando expresó su rencor a gritos, en el barco que los llevaba Támesis abajo, Rasputín se había echado a reír, recordándole que Roberto y Ágata podrían decir lo mismo de ella. Suerte que tenía a Rubén, que odiaba a Roberto con todas sus fuerzas, y que supo calmarla con sus caricias mientras Rasputín acariciaba el timón.

Había pensado que su falso secuestro sería un susto y una lección para sus padres, que nunca los habían apoyado ni respetado, ni a ella ni a Rubén. Y, de paso, una manera de conseguir el dinero para empezar una nueva vida, lejos de todos. Pero, puestos a dar sustos y lecciones, la vida les había pasado la mano por la cara. Al principio Cristina pensó que se le estaba retrasando la regla por la vida desordenada de las últimas semanas, pero cuando empezaron las náuseas tuvo que rendirse a la evidencia.

Al llegar a Lemmer, lo primero que hizo fue comprar una prueba de embarazo, que confirmó sus sospechas, aunque esa noche no dijo nada. Permaneció en silencio y se acostó pronto, y sus socios achacaron su actitud a los nervios. La recogida de los diamantes estaba prevista para el día siguiente, igual que su posterior entrega a sus contactos rusos.

Un día más tarde, volvían a estar los tres sentados a la mesa del barco amarrado en el puerto de Lemmer. Cuando Rasputín y Rubén entraron al fin, se la encontraron sentada con los pies sobre el banco, tomándose una infusión.

—¡Nada de infusiones! —exclamó Rasputín, cogiendo una botella de vodka y dejándola sobre la mesa—. Tenemos mucho que celebrar.

Rubén abrió la botella y trató de animarle la infusión con un chorro de licor, pero ella tapó la taza con la mano. Cuando él la miró alzando una ceja, Cristina se sacó el test de embarazo del bolsillo y se lo plantó delante de los ojos.

—¿E... eso es... lo que imagino?

—Un termómetro no es —respondió ella rabiosa y asustada—, eso te lo

aseguro.

—¿Y esa rayita significa...?

—Déjate de rayitas —dijo Rasputín—. ¿No le ves la cara? ¿Qué más pruebas necesitas?

Rubén se llevó la botella a la boca y bebió a morro hasta que Rasputín le dio una palmada en la espalda que hizo que se atragantara.

—¡Vaya, vaya! —exclamó—. Menudo semental, Rubén. Le pondréis mi nombre, ¿no, parejita?

Cristina hundió la cara entre las rodillas.

Si ya estaba harta de vivir a salto de mata antes de saber que esperaba un hijo, su espíritu aventurero había muerto de golpe al ver el resultado del test. Sentía mil cosas al mismo tiempo: ganas de arrancarse al niño del vientre, de arrancarle las pelotas a Rubén por haberla convencido de que no pasaría nada por hacerlo sin condón, de arrancarle la eterna sonrisa irónica a Rasputín de la boca...

Se echó a llorar desconsolada. No estaba preparada para ser madre. De hecho, lo que necesitaba era echarse en brazos de la suya, pedirle perdón y rogarle que la ayudara a salir de ese callejón sin salida.

—No llores, por favor —le rogó Rubén, al que se le partía el alma cada vez que la veía llorar.

—¡No quiero ser madreeeee..., no estoy preparadaaaa! —bramó Cristina—. Y ahora, ¿cómo me caso? No puedo casarme con tripón. ¡Es tan *working class*! ¡Buaaaa!

Rubén se había rascado la cabeza.

—¿Qui... quieres deshacerte de él?

Cristina se había llevado las manos al vientre de manera instintiva y le había dirigido una mirada dolida.

—¿Serías capaz? ¿Serías capaz de hacerle eso a nuestro hijo?

—O hija —había apostillado Rasputín.

Sintiéndose el hombre más miserable del universo, Rubén salió a cubierta,

se apoyó en la barandilla e inspiró hondo. Lo único que quería era que Cristina se sintiera orgullosa de él. Quería hacerla feliz, darle una buena vida..., pero al parecer no podía hacer nada sin meter la pata. Empezaba a entender a su padre y al padre de Cristina. Roberto había conseguido la tiara y los diamantes en un tiempo récord, en países extranjeros, sin contactos. Había demostrado ser un hombre de recursos, mientras que él... Estaba por ver si Rasputín les daba su parte del botín. Al igual que Cristina, él también tenía miedo de que el ilusionista aficionado hiciera uno de sus trucos y los dejara a los dos con un palmo de narices.

«Reacciona, Rubén. Se acabó el juego. Algún día tenía que pasar. La edad adulta ha llegado y te ha agarrado por las pelotas.»

Cristina apareció en la puerta y se aferró al marco con las manos a lado y lado del pecho, con la melena rubia alborotada, unos vaqueros pitillo negros que había tenido que desabotonarse y una blusa vaporosa color verde agua. Estaba más preciosa que nunca. Y llevaba a su hijo en su interior. Sintió un gran amor por ella, por esa mujer que lo llevaba a cometer locuras una y otra vez. Y que lo estaba mirando con llamas en los ojos.

—¡No huyas como siempre!

—¡No estoy huyendo! Estoy tratando de encontrar una solución.

—Claro, eso es lo que somos para ti, ¡un problema!

—¡No pongas palabras en mi boca, mujer! ¡Me vuelves loco!

—Claro, la culpa es mía, como siempre. ¡Estoy harta de todo! ¡Quiero irme a casa! ¡Quiero estar con mi madre!

Rubén sintió que esas palabras le clavaban un puñal en el pecho, pero, al mismo tiempo, el dolor abrió un camino, una solución. Aunque lo que le pedía el corazón era acercarse a Cristina, decirle que la quería con toda su alma y que se encargaría de que no les faltara de nada ni a ella ni al bebé, su mente lo vio claro. Cristina tenía razón. Necesitaba dejar de dar tumbos en una cáscara de nuez en medio del océano y volver a la seguridad de su casa.

Cogió a Cristina del brazo y la metió de nuevo en la cabina.

—Rasputín, llama a Toledo. Diles que los problemas de última hora ya están resueltos y que mañana Cristina será liberada en la Estación Central.

Las llamas de los ojos de Cristina se apagaron. Se sintió abandonada, herida, vulnerable. Librándose del brazo de Rubén, entró en el dormitorio y cerró la puerta con pestillo.

Rasputín envió un mensaje a los padres de Cristina, para que éstos se encargaran de avisar a Roberto y a Ágata. Luego sirvió dos vasos de vodka.

—Siéntate —le dijo a Rubén—, vamos a tener que pasar la noche aquí. Más te vale ponerte cómodo. —Empujó uno de los vasos en dirección a él y alzó el otro—. Por la paternidad —brindó, antes de perderse en recuerdos de su infancia, con su padre.

Rubén se quedó mirando el vaso como si fuera una serpiente venenosa.

«Paternidad.» La palabra le quedaba grande, muy grande. Por primera vez en la vida se planteó cómo reaccionaría si un hijo suyo actuara como él. «O una hija», se dijo, estremeciéndose. Se imaginó que una niña suya se enamoraba de un cabrón que la llevaba de fiesta, la emborrachaba y se la llevaba a recorrer mundo entre mafiosos y magos estafadores. «¡Lo mato! ¡Me lo cargo!»

El test de embarazo actuó como una varita mágica. De pronto sintió que le habían abierto el cerebro en dos y se había hecho la luz donde antes sólo había niebla. Por primera vez en su vida le pareció que Pedro Veragua, el padre de Cristina, había hecho lo correcto tratando de apartarla de él. ¿Qué motivos le había dado para que pensara que era el hombre adecuado para su hija? Ninguno.

Cogió el vaso de vodka y lo vació de un golpe, pero cuando Rasputín quiso volver a llenarlo, le dio la vuelta y lo plantó boca abajo sobre la madera.

Y cuando Rubén estiró las piernas, echó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en la pared y cerró los ojos, Rasputín sonrió. Y su sonrisa carecía de su sarcasmo habitual. Porque no hacía falta ser un mago para ver que en el futuro de esa pareja se presentaban curvas. Pero ni ella había optado por una

salida fácil ni él por ahogar los problemas en alcohol. Si eran capaces de reconocer el valor de los sentimientos que los unían, de admitir sus errores y de afrontar las consecuencias, tal vez, tal vez, el futuro de esos dos niños ricos acabaría brillando.

Porque yo lo valgo

Ágata sintió el inconfundible saludo de Roberto en su retaguardia y sonrió, aún dormida. Segundos después, al notar un nuevo golpecito entre las nalgas, gimió suavemente y llevó las caderas hacia atrás para devolverle el saludo. Roberto le echó el brazo por encima de la cintura y la atrajo hacia sí. Ella le sujetó el brazo con fuerza, exultante. Así, entre sus brazos, era como quería despertar el resto de su vida. Volvió la cara buscando sus labios y él no la hizo esperar. Se echó hacia delante, haciendo que sus bocas se fundieran mientras la mano que se había apoderado de su cintura descendía, acariciándole el vientre y más abajo.

Ágata jadeó. Nunca dejaba de sorprenderla la facilidad que tenía Roberto para excitarla. Una mirada, un roce, una sonrisa..., y se convertía en gelatina.

Él gruñó al encontrarla húmeda.

—Joder —le susurró al oído, haciendo que ella se estremeciera de arriba abajo—, si los secuestradores creen que se han llevado el tesoro es que son idiotas profundos.

Ágata sintió un enorme calor en el corazón, que se unió a la hoguera que había empezado a arder en su vientre y se extendió por todo su cuerpo, haciendo que no pudiera quedarse quieta. Echó el brazo hacia arriba, aferrándose a la nuca de Roberto mientras separaba las piernas, dándole acceso a su interior. Él le deslizó el otro brazo por debajo de la cintura y le aferró un pecho mientras le acariciaba el clítoris con la otra mano. Ella balanceó las caderas hacia delante y hacia atrás, excitada, frustrada,

generando un oleaje entre las sábanas que atraía a Roberto con la fuerza de las mareas.

Cuando sonó el teléfono, ninguno de los dos le hizo caso, ya que tardó unos segundos en calar en su mente que algo se había colado en su nebulosa de placer. La primera en reaccionar fue Ágata, pero su reacción no fue la de abalanzarse sobre la mesilla para responder, sino la de bajar la mano y echarla hacia atrás, para apoderarse de la erección de Roberto.

Él gruñó al notar su calor rodeándolo, pero el tono del teléfono seguía sonando, impertinente, implacable.

—Tengo que responder —se lamentó jadeando—. Y si...

—¡Mierda! —A regañadientes, ella lo soltó y se tumbó boca abajo en la cama, con la cara hundida en la almohada para controlar la frustración.

Roberto respondió con la voz ronca. Fue una llamada breve, de escasos segundos, pero que puso su mundo del revés una vez más.

—Claro, vamos enseguida. Sí, tranquila, te llamamos cuando sepamos algo.

Ágata se sentó en la cama al oír el tono de urgencia en su voz.

—¿Quién era?

—Tu madre. Van a liberar a Cristina.

La pareja se quedó en silencio unos instantes, mirándose a los ojos. Sentados en la cama de un hotel de Ámsterdam, totalmente desnudos, no tenían dónde esconder sus sentimientos. El deseo seguía ahí, brillando como una hoguera, pero otras emociones se encargaban de apagarla, echando un cubo tras otro de culpabilidad sobre las llamas.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. Avisaron anoche, pero tu madre se quedó sin batería y hasta ahora no ha escuchado el mensaje.

—¿Qué decía el mensaje?

—Que la liberarían esta mañana en la Estación Central.

—¿Y nos lo hemos de creer?

—¿Hay otra opción?

Ágata soltó el aire en un suspiro sonoro y negó con la cabeza.

—No, claro que no, vamos.

Se volvió para levantarse de la cama, pero Roberto la agarró del brazo y tiró de ella, inclinándose al mismo tiempo para que se encontraran a mitad de camino.

—Esto no acaba aquí. Lo sabes, ¿verdad? —le susurró a un centímetro de su boca.

Ella cerró los ojos y pegó la frente a la de Roberto.

«Yo ya no sé nada —admitió para sí, pero en vez de decirlo en voz alta, asintió y le dio un beso en los labios—. Espero que no sea un beso de despedida.»

La pareja se dio una ducha rápida y, sin desayunar, salió del hotel situado cerca de la Oude Kerk —la iglesia más antigua de Ámsterdam— rumbo a la estación, que, por suerte, quedaba a pocos minutos de allí.

Al llegar frente al gran edificio de ladrillo rojo con dos torretas y un reloj en cada una de ellas que parecía más un castillo medieval que una estación, se dieron cuenta de que habían recorrido el camino cogidos de la mano y se soltaron como pillados en falta.

—¿Nos lo repartimos como ayer? —preguntó ella para romper la tensión del momento.

Roberto asintió.

Al cruzar las puertas, toda sensación de estar en un edificio medieval se desvaneció y el siglo XXI los golpeó en la cara con fuerza. Pantallas con horarios, máquinas expendedoras de billetes, escaleras mecánicas, ascensores, gente agobiada yendo de un lado a otro...

Ágata respiró hondo y avanzó despacio, mirando a lado y lado, revisando los bancos, las cafeterías, cualquier rincón en que una melena rubia le indicara dónde podría estar su hermana.

«Dios mío, que esté bien», rezó.

Siguió avanzando y llegó a la zona de las vías. No podía pasar sin billete,

así que dio media vuelta y regresó por donde había llegado.

Exasperada, maldijo a los secuestradores. Estaba en ayunas, sin tomarse ni un café, había tenido que saltar de la cama donde Roberto había estado a punto de alegrarle el día con un orgasmo mañanero, y todo por el retorcido sentido del humor de esa banda de psicópatas a los que, al parecer, les resultaba gracioso hacerles dar más vueltas que el London Eye.

Se sacó el móvil del bolsillo para decirle a Roberto que no había rastro de Cristina, pero él se le adelantó.

—Ágata, la he encontrado. —Ella sintió que la sangre se le helaba en las venas, paralizándole los músculos. Quiso correr, o al menos andar, pero no pudo—. ¿Ágata?

—Sí, ¿dónde...?

—¿Sabes el quiosco donde ayer compramos los chicles? Te espero al lado.

Con las piernas temblorosas, buscó el lugar que le había indicado Roberto. Su voz no había sido especialmente alegre. Al revés, había sonado muy tenso, casi molesto. ¿Significaría eso que Cristina estaba herida?

«Como le hayan hecho algo a mi hermana, yo, yo...»

Se abrió camino entre la gente, con pocos miramientos, lo que le valió varias miradas molestas, pero no se detuvo a disculparse. Su hermana debía de estar traumatizada tras tantos días prisionera, tal vez herida, asustada, la necesitaría a su lado...

—¡Roberto! —exclamó al verlo al fin, y lo saludó levantando el brazo. «Qué raro. Está solo»—. ¿Dónde está mi hermana? —le preguntó con la respiración entrecortada.

Con los dientes apretados, Roberto levantó el pulgar y señaló un punto a su espalda.

Ágata se echó a un lado para ver qué había tras el torso de su amante.

«¿Una peluquería?» Frunció el ceño.

—¿Tú también, Robbie? ¿Qué coño os pasa a todos?

—Mira bien —gruñó él.

Ágata volvió a mirar. En el primer sillón le estaban recortando la barba a un hípster pelirrojo; en el segundo, le estaban tiñendo el pelo a una mujer mayor. En el tercero...

—¡La madre que la parió!

—Acabo de enviarle una foto —replicó Roberto. Ágata lo miró sin entender nada—. Le he enviado una foto de Cristina a tu madre, para que vea que está libre y bien.

—Bien hecho —murmuró Ágata—, porque cuando la pille, le arranco el pelo a mordiscos.

Entró en la peluquería, sin saber si abrazar a su hermana o hacerle tragar una docena de rulos.

—¡Ágata! —Cristina la saludó alegre.

Parecía genuinamente contenta de verla, y eso la amansó. De repente se olvidó de los nervios, de la angustia, del esfuerzo de Suso, Fin, Virgi o Agustina, del sacrificio de Carmen y de Guille, de...

—Cristina, ¿estás bien?

—Ahora sí. Qué ganas tenía de que me lavaran la cabeza con champú de verdad. ¡Y acondicionador! Cómo lo echaba de menos. —La peluquera soltó el secador de pelo con el que acababa de darle forma a la melena—. Habéis llegado justo a tiempo —dijo al ver a Roberto detrás de su hermana—. No llevo nada encima. Pagas tú, ¿verdad, Robbie?

La alegría por ver a su hermana sana y salva había durado poco. Ágata dio media vuelta, apoyó la cabeza en el pecho de Roberto e inspiró hondo, pidiendo fuerzas a todos los santos para no coger las tijeras de recortar barbas y hacerle una escabechina en el pelo.

Cuando la peluquera se acercó a Cristina con un frasco que contenía un líquido dorado, Roberto le agarró la muñeca para impedir que se lo pusiera.

—¡Robbie! Es Kérastase Elixir Ultime de L'Oréal. Deja que me ponga un poco, no seas rata. Ni te imaginas lo que han sido estas semanas en ese

barcucho del demonio. Necesito un poco de brillo en mi vida... ¡Porque yo lo valgo!

Roberto sacó la tarjeta de crédito y se la dio a la peluquera tras decir:

—No más.

La peluquera entendió, si no las palabras, al menos su cara de impaciencia, y cobró a toda prisa. Al salir, Ágata dijo:

—Necesito un café, pero salgamos de aquí. Esto es un puto agobio.

—Sí, creo que necesito un *coffee shop* —refunfuñó Roberto.

Minutos después, desde un *coffee shop* llamado Amnesia, ante sendos cafés con leche y bizcochos especiales, Ágata llamó a su madre, que, entre lágrimas, pudo al fin hablar con su hija mayor. Al acabar, Cristina le devolvió el móvil. Teresa le dio las gracias a su hija menor y luego Pedro quiso hablar con Roberto, para agradecerle personalmente todo lo que había hecho.

«Si supieras lo que he hecho esta noche con tu hija menor no me lo agradecerías todo», se dijo haciendo una mueca.

—Os saco billete para el primer vuelo a Madrid —le indicó Veragua—. Mete a las chicas en un taxi; id directos al aeropuerto.

Roberto se volvió hacia Cristina, que comía con ansia, mojando el bizcocho en el café con leche.

—¿Tienes documentación?

—No tengo nada —respondió ella—, sólo hambre.

—Em, Pedro. Creo que va a ser mejor que vengáis vosotros y traigáis el DNI de Cristina. Va indocumentada.

Su jefe maldijo en voz baja.

—Tienes razón. ¿En qué hotel estáis?

Cuando colgó, Ágata y Roberto se miraron por encima de la cabeza de Cristina.

—¿Vas a comerte esto? —preguntó la recién liberada secuestradora—. Está de muerte.

—No abuses —le aconsejó Ágata.

—¿Por qué? ¿Es malo para el embarazo?

Ágata y Roberto se quedaron helados.

—¿Es... estás embarazada? —le preguntó él con unos ojos como platos.

Cristina estuvo a punto de echarse a reír y de decirle que no se preocupara, que el niño era de Rubén, pero no tenía nada, ni dinero ni manera de conseguirlo. De pronto, el bebé que crecía en su interior se convirtió en un valioso comodín; sólo tenía que decidir cómo usarlo.

—Es una larga historia.

—Voy a buscarte un bizcocho no especial..., o mejor un bocadillo de queso, que tiene calcio —dijo Roberto con un hilo de voz.

—Eres un amor, Robbie. —Cristina le dirigió una sonrisa radiante. Al ver la cara de angustia de su hermana, no pudo resistir la tentación de torturarla un poco más—. Vas a ser el mejor padre del mundo.

Ágata no dijo nada, pero le arrebató el bizcocho especial a su hermana y no dejó ni las migas.

Sacarle brillo al cetro

Habían pasado dos días desde que habían entregado los diamantes a los mafiosos y veinticuatro horas desde que habían dejado a Cristina en la estación, pero Rubén tenía la sensación de que habían pasado dos meses. No soportaba el limbo en el que había caído desde que había perdido a Cristina de vista. Habían permanecido en un lateral de la plaza de acceso a la estación, disfrazados con pelucas que Rasputín usaba en sus espectáculos de magia, hasta que vieron salir a Cristina con su hermana y Roberto. Aunque se dijo que era lo mejor para todos, algo en su interior no hacía más que gritarle que estaba metiendo la pata hasta el fondo. Y Rasputín no ayudaba. Como volviera a dirigirle una de sus miradas burlonas, ¡lo haría desaparecer sin necesidad de capas!

—Tranquilo —le dijo Rasputín como si lo hubiera oído mientras pasaba la página de un periódico que Rubén no podía leer porque estaba escrito en ruso —. Todo saldrá bien; aprovecha estas vacaciones.

—¿Cómo puedes estar tranquilo? ¿Te fías de esa gente? ¿No tienes miedo de que todo esto no haya servido de nada?

El ruso negó con la cabeza sonriendo.

—Yo no me fío de nadie, pero mi padre los tiene bien agarrados por los huevos. No harán ninguna tontería. Lo que pasa es que mi país es muy grande y las distancias son largas. España cabe treinta y cinco veces dentro de Rusia, ¿lo sabías?

Rubén resopló malhumorado.

—¡Rasputín, joder, que me da igual!

El ruso sacudió la cabeza.

—Estás insoportable, socio. Qué mal te sienta estar sin follar. No, si al final va a resultar que la rubia servía para algo.

Rubén se abalanzó sobre él y echó el brazo hacia atrás. Y si la nariz de Rasputín no quedó más llana que la estepa siberiana fue porque éste no exageraba al decir que no se fiaba de nadie. En segundos se había sacado una pistola del bolsillo y la había plantificado en el pecho de Rubén, que se la quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—Tienes razón —dijo al cabo de unos momentos, echándose hacia atrás—. Me calmo; la violencia no sirve de nada.

—Chico listo. —Rasputín bajó el arma—. Pero más te vale aprender a controlar ese carácter ahora que vas a ser padre.

Rubén apretó los puños.

—Cristina me ha dejado.

El ruso se encogió de hombros.

—Tu mujer tiene mucho carácter, ya lo sabes, pero eso da igual. Esté donde esté ese hijo siempre será tuyo; nadie te va a poder arrebatarte la paternidad.

Rubén se quedó dando vueltas a esas palabras. En otro momento de su vida le habrían sonado a amenaza, pero, curiosamente, ahora le sonaban bien. Entre la vorágine de emociones y el torbellino de experiencias de las últimas semanas, tener algo fijo y estable en su vida le resultaba atractivo.

No podía volver a casa. Se había marchado de Toledo tras el secuestro con la excusa de hacer unas jornadas de reflexión espiritual en el monasterio de Uclés, en Cuenca. Les dijo a sus padres que se le había aparecido la Virgen en sueños, indicándole el camino para salir de la espiral de autodestrucción en la que había caído. Le añadió sal y pimienta a la historia afirmando que la Virgen lo había castigado llevándose lo que más quería, a Cristina, y que no volverían a verla si él no se entregaba al rezo y a la meditación durante al menos tres meses.

Sus padres —que no se habían separado de los Veragua, que estaban en

shock— le dieron su bendición distraídos. Sólo habían pasado tres semanas desde entonces porque el repelente de Roberto lo había resuelto todo en tiempo récord. Rasputín estaba preparado para darles más días cuando lo pidieran, pero los muy idiotas se habían creído que le harían daño a Cristina si no entregaban las joyas en el plazo acordado.

Resopló. La gente cumplidora le atacaba los nervios.

Se palpó los bolsillos, buscando la cajetilla de tabaco para encenderse un pitillo, pero estaba vacía.

—¿Me pasas la mierda esa que fumas? —le pidió a Rasputín.

—Hombre, si me lo pides con tanta educación, ¿cómo negarme? —Alargó la mano, cogió el tabaco de liar y el cuadernillo de papel y se los tiró—. Anda, siéntate aquí. He encontrado una historia de lo más interesante.

Rubén se peleó durante un rato con el papel y el tabaco. No entendía esa manía de liarse los cigarrillos pudiendo comprarlos hechos. Él fumaba para calmarse los nervios, ¡pero ese invento del demonio lo ponía aún más frenético! Cuando al fin logró liarse algo parecido a un pitillo y encenderlo, echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, aspiró hondo y se relajó.

—... y resulta que el tipo ¡era español! —estaba diciendo Rasputín.

Rubén abrió un ojo.

—¿Quién?

El ruso lo miró por encima del periódico.

—No has oído nada de lo que te he contado, ¿no?

—Mmm...

—Vale, vale. Repito, pero escúchame.

—Claro, claro.

Mientras Rubén fumaba con las piernas encima del banco, Rasputín le contó una historia sobre una tal reina Cristina de Suecia, que había salido en una peli de un tal Mamoulían, y que había acabado abdicando cuando se enamoró de un diplomático español llamado Antonio.

—¡Menudo pichabrava el Antoñico! —comentó Rubén.

Rasputín lo fulminó con la mirada.

—Eso no es lo importante.

—¿No? Pues ilumíname, ¿qué es lo importante?

—Que las coronas de la reina Cristina y de Carlos IX se guardan en la catedral de Strängnäs, una localidad pequeña y tranquila. Mira las fotos.

—No me hagas levantar, tío, que acabo de pillar la posturita.

Rasputín puso los ojos en blanco, pero inspiró hondo y se levantó él. Dejó el periódico en la mesa y señaló la fotografía en la que se veían dos impresionantes coronas reales y un cetro, un orbe de oro con incrustaciones de plata, perlas y piedras preciosas.

—¿Tú ves alguna medida de seguridad? —Rubén se encogió de hombros—. ¡Nada! —Rasputín se respondió a sí mismo, dejando asomar al fin su entusiasmo—. Ni un guardia a la vista. La catedral está abierta al público y la visitan cuatro gatos.

—¿Y a nosotros qué más nos da eso?

—¿No te apetecería apoderarte del tesoro real? —Los ojos de Rasputín brillaban más que las gemas que adornaban la corona de Cristina, la rebelde reina a la que algunos llamaban la Minerva del Norte—. Sin intermediarios, sólo tú y yo. Robamos las joyas, las vendemos, y el beneficio a partes iguales.

—Mmm... —Rubén titubeó.

—Tenemos la barca alquilada durante tres meses. Hemos de esperar a que los cabrones esos paguen..., y tú has de esperar a que acabe tu supuesto retiro espiritual para volver a Toledo. ¿Qué vamos a hacer aquí, sacarnos brillo a los cetros a base de pajas? Vamos, tío. Si Roberto pudo asaltar la Torre de Londres, un bastión teóricamente inexpugnable, nosotros podemos asaltar una catedral perdida en el culo del mundo. ¿O no? ¿Qué pasa, Rubén? —Aunque por dentro estaba sonriendo, Rasputín frunció el ceño, plantó las manos en la mesa y se inclinó sobre su socio antes de apretar el botón nuclear que lo haría reaccionar—. ¿No hay huevos?

Tal como el ruso esperaba, Rubén bajó los pies al suelo y se puso en pie de

un salto.

—¿A qué coño estamos esperando?

Rasputín liberó al fin la sonrisa que se había estado reservando.

—Así me gusta, socio. —Le ofreció la mano—. Suecia nos espera.

Los huevos del toro de Wall Street

Nueva York, Estados Unidos

Mientras los señores Veragua aterrizaban en el aeropuerto de Schiphol, Ágata y Roberto se dirigieron en tren al aeropuerto de Eindhoven. En silencio, sacaron billete para Nueva York y, poco después, embarcaron. Agotada por los nervios de las últimas horas, Ágata apoyó la cara en el pecho de Roberto, que la abrazó por los hombros, y se durmió en cuanto el avión empezó a surcar el Atlántico. Sólo horas más tarde, mientras esperaban para cruzar el control de inmigración con el pelo hecho un nido de pájaros y la mente embotada, empezó a darse cuenta de dónde se habían metido.

—¿Qué hemos hecho, Roberto? —susurró.

Él le dirigió una mirada cabreada.

—No me lo recuerdes.

—¿Cómo nos hemos dejado convencer por mi hermana?

—Porque Cristina es así: convincente, intensa..., una brasas, vamos.

—Sí —susurró Ágata—, cunde más que unas migas con huevo.

Avanzaron medio metro y volvieron a parar. Roberto suspiró. La cola era larguísima y se estaba meando mucho, aunque no tanto como la mujer embarazada que hacía muecas a pocos metros.

«Embarazada... como Cristina. ¿Cómo es posible? La vida se ha vuelto loca.»

Esa mañana habían vuelto con Cristina al hotel y habían hecho tiempo en la cafetería, esperando a que sus padres llegaran a Ámsterdam. La secuestrada recién liberada había hablado por los codos, pero era imposible saber si lo que contaba era cierto o una de sus invenciones.

Ella había dejado caer que el bebé era hijo de Roberto, pero superado el shock inicial, él había reaccionado. Mirándola con dureza, le había recordado que su noviazgo había sido platónico y que para milagros, a Lourdes.

Cristina había sacudido una mano en el aire y había cambiado de tema.

—Vale, puede ser que no sea hijo tuyo, pero ¿es eso lo que quieres que le diga a mi padre? Va a pensar que no eres capaz de darme lo mío.

Roberto y Ágata habían intercambiado una mirada cargada de lucidez. Lo que decía Cristina era del todo absurdo, no tenía ningún sentido y, sin embargo, hasta pocas semanas atrás, ésa había sido su realidad. Todos tenían parte de responsabilidad en la situación. Sí, Pedro Veragua era un hombre poderoso y había impuesto su voluntad, pero lo había hecho porque ellos se lo habían permitido. Se habían plegado a su juego por miedo a perder algo: una carrera prometedora en la abogacía, unos estudios en Londres...

Aunque al principio no se dieron cuenta, los secuestradores les habían hecho un gran favor. Al sacudir el tablero de ajedrez, la partida había quedado desmontada. Desde el suelo, las fichas se habían visto en otro escenario y, como si hubieran despertado de un trance, se habían planteado por qué demonios tenían que seguir las estrictas normas del juego.

El rey y la reina —Pedro y Teresa Veragua— estaban volando hacia ellos, dispuestos a volver a colocar las fichas en sus casillas. Pero Roberto —uno de los dos caballos— se había encabritado. No pensaba seguir avanzando en absurdas eles. Gracias al secuestro de Cristina, había conocido a fondo a Ágata, que para su padre era una de sus dos princesas encerradas en las torres, aunque él sabía que era mucho más. Había probado lo que era cabalgar libre a su lado y no iba a prescindir de ello. No era sólo Cristina la que había sido

liberada. Él también. La libertad era muy dulce y no pensaba renunciar a ella. Lo tenía claro: cuando llegara su jefe, pondría las cartas sobre la mesa. Le diría que no contara más con él para mantener a Cristina alejada de Rubén. Rompería su relación con ella, dejaría el trabajo y..., bueno, luego paso a paso.

—Cristina —oyó que le decía Ágata—, ¿quién te secuestró? ¿Les viste las caras?

Ella había dirigido una mirada irónica a su hermana menor.

—Sí, les vi las caras... y algo más.

—¿El niño es de los secuestradores? —Roberto apretó los puños—. ¿Te violaron?

Cristina se echó a reír.

—No te pongas melodramático, Robbie. No me pusieron las manos encima... a menos que yo se lo pidiera. —Roberto no dudó de sus palabras. Se la veía entera, poderosa, en absoluto traumatizada, aunque con ella era muy difícil saber qué era verdad y qué era reflejo de su armadura de cristal—. Pero mi padre no tiene por qué saberlo. —Alzó una ceja—. De hecho, una violación es la solución perfecta para todos.

—¿Qué dices, Cristina? —Ágata estaba perdiendo ya la paciencia con su hermana—. Una mentira nunca es la solución.

—Tú no te hagas la mosquita muerta, que los secuestradores os vieron en el London Eye. —Ágata miró a Roberto de reojo y se ruborizó—. ¿Cómo? ¿Vosotros no los visteis? ¿Por los nervios tal vez? Ah, no. Que os estabais comiendo los morros como si no hubiera un mañana. —Se echó a reír—. Te recuerdo que Roberto es MI novio, hermanita.

—Ya no —anunció él con rotundidad—. Se acabó, Cristina. Yo también te libero de esta relación que nunca debería haber empezado.

Las dos hermanas se habían vuelto hacia él con idénticas caras de sorpresa. Cristina fue la primera en reaccionar.

—¿Me estás dejando, rata insignificante?

Él alzó una ceja.

—¿Prefieres dejarme tú?

—Por supuesto. —Se echó la melena hacia atrás—. Esto se acabó, Roberto. No vuelvas a ponerme la mano encima.

—Cuenta con ello.

—Pero, para que veáis que no os guardo rencor por vuestra traición —añadió Cristina alegremente—, voy a compartir con vosotros una interesante información.

«Se te ve dolida, sí», pensó Ágata poniendo los ojos en blanco.

—¿Sobre los secuestradores?

Aunque, en efecto, lo que estaba a punto de compartir con ellos se lo había contado Rasputín, que llevaba una especie de inventario mental de todas las joyas legendarias del mundo, Cristina volvió a mentir.

—No, lo he leído en el *Cosmopolitan* mientras me ponían la mascarilla en el pelo.

A lo largo de los siguientes minutos, Cristina les había hablado del diamante Orlov, un enorme diamante de casi doscientos quilates de peso que había pasado de mano en mano tras ser robado en la India en el siglo XVIII. Fue arrancado del ojo de una estatua que representaba a una divinidad hindú por un soldado inglés. Éste lo vendió y vivió regaladamente el resto de su vida. El problema fue que el resto de su vida resultó ser muy corto.

A partir de ese momento, todos los que habían sido dueños de la impresionante gema habían acabado sus días de manera trágica. El nombre se debía al conde Orlov, que lo compró para ofrecérselo a la emperatriz Catalina, con la que quería tener algo más que reverencias.

Al convertirse en una joya imperial, el interés de los expertos aumentó y las leyendas se multiplicaron. Se decía que la gema era mucho más grande y que había ido menguando al pasar por las diferentes manos. Y, mientras unos aseguraban que permanecía en el cetro imperial, en el Kremlin, y otros que la guardaba la reina de Inglaterra en su habitación, había quien afirmaba que fue

el regalo que un amante desesperado le hizo a Elizabeth Taylor para ganarse su amor.

—Lo último que se dijo fue que había sido comprado por Lynette —añadió Cristina—, pero no es verdad. El de Lynette es el Orlov negro, otra gema legendaria.

—¿Quién es Lynette? —preguntó Ágata, perdida.

—Felicity Huffman, la actriz que hacía de Lynette en la serie «Mujeres desesperadas» —les aclaró Cristina, que estaba en su salsa. Parecía estar merendando con sus amigas en El Café de las Monjas, en Toledo, no acabada de salir de un peligroso secuestro—. Iba a lucirlo en la ceremonia de los Oscar, pero no se atrevió. —Bajó la voz y la convirtió en un susurro—: Se dice que todos los que lo han llevado han acabado asesinados o, peor aún, suicidándose.

Ágata se estremeció y Roberto le dio la mano.

—¿Para qué nos cuentas todo esto, Cristina? —le preguntó él.

La mayor de las hijas de Pedro Veragua les había dirigido una sonrisa brillante como el cristal de Bohemia.

—Me ha contado un pajarito, digo..., he leído en el artículo, que Felicity está deseando librarse del diamante, pero que nadie se lo compra porque todo el mundo tiene miedo de su leyenda negra. Ha tratado incluso de regalarlo a entidades benéficas, pero... ¡tampoco lo quieren! ¡Increíble!

Ágata se había encogido de hombros.

—Normal. Sólo faltaría llevar mala suerte a los desfavorecidos.

Cristina recordó las risas de Rasputín cuando se lo había contado durante una noche en la costa este de Inglaterra. El ruso les había asegurado que no había joya que se preciara sin su correspondiente leyenda negra. Que el mundo de las piedras preciosas, igual que el mundo del arte, estaba cuajado de vividores, estafadores y gente de todo pelaje, que se aprovechaban del miedo y de la superstición para estafar a los crédulos.

—No irás a creerte esas paparruchas, ¿no, Ágata? Pensaba que eras la

científica de la familia.

—¿Qué tramas debajo de esa melena, Cristina? —insistió Roberto.

Ella miró las manos unidas de la pareja antes de volver a levantar la vista hacia el que acababa de dejar de ser su novio para pasar a ser su cuñado sin pestañear.

—El plan perfecto, Robbie. Ágata y tú vais a Nueva York, le pedís el Orlov negro a Felicity, me lo traéis a Toledo y yo me encargo de que papá dé la bendición a vuestra relación.

* * *

—*Passport!*

—¡Roberto, el pasaporte!

El abogado reconvertido en ladrón de joyas miró a su alrededor. Perdido en los recuerdos de la charla con Cristina, no se había dado cuenta de que habían llegado frente a la funcionaria de aduanas, que le estaba dirigiendo una mirada de impaciencia.

—*Yes! ¡Sí! ¡Voy!*

Poco después, el taxi los dejó en la entrada del hotel que habían reservado esa misma mañana y que resultó estar en Korea Town, o K-Town, lo que venía siendo el barrio coreano.

—No sabía que hubiera un barrio coreano en Manhattan —comentó Ágata tras enchufar el móvil para que se cargara y abriendo la maleta para sacar el neceser.

—Hay tantas cosas que no sabemos... —replicó Roberto, mirando por la ventana hacia los altos edificios y los carteles publicitarios verticales escritos en coreano. Ágata se acercó a él y lo abrazó desde atrás. Él se dio la vuelta y la envolvió entre sus brazos—. A veces pienso que todo esto es un sueño.

Ella alzó la cara para verle los ojos.

—¿Un sueño o una pesadilla?

—Si esto es una pesadilla, espero no despertar nunca —susurró, inclinando la cabeza, y la besó dulcemente. Luego, inspirando hondo, cogió la cabeza de Ágata y la mantuvo pegada a su corazón—. *Fly me to the moon and let me play among the stars* —le cantó al oído.

Ágata se estremeció porque la canción de Frank Sinatra la devolvió al cigarral de sus padres como una máquina del tiempo. Cerró los ojos, se meció en brazos de Roberto y casi pudo oír el canto de las cigarras y notar el aroma de los lirios del Amazonas que Cristina había encargado para la boda de Inés. Tuvo la sensación de que, en cualquier momento, el mago encargado de entretener a los niños interrumpiría el baile y haría desaparecer a Cristina.

—Tienes razón. Es como si hubiéramos entrado en un sueño..., o en un truco de magia...

Pero el sonido de campanas que empezó a oírse en aquel momento no tenía nada que ver con la magia. Eran los avisos de las diversas aplicaciones del móvil de Ágata, que habían saltado a la vez cuando la batería estuvo lo bastante cargada.

Roberto gruñó.

—Más te vale meter la clave del wifi del hotel.

—Señor, sí, señor.

—¿Quién diablos será ahora?

Ágata le dio una palmada en el pecho y se alejó. Tenían pendiente una conversación y ambos lo sabían, pero estaban posponiéndola expresamente. Sabían que pisaban terreno resbaladizo. Podría decirse que Roberto acababa de salir de una relación y, aunque no parecía estar de luto —o, al menos, parecía vivir el luto al mismo estilo que Cristina—, no quería apresurar nada.

Resopló al ver los avisos.

—¿Por dónde quieres empezar? Hay varias llamadas de mi madre, mensajes de Suso, de Fin, fotos de Fer...

Roberto se quitó la camiseta y Ágata se quedó embobada mirándolo.

—Te dejo que socialices, voy a ducharme.

Ágata se mordió el labio y sacudió la cabeza.

—Eso es jugar sucio.

—Nunca te fíes de un ladrón de joyas, Gatita. —Le guiñó el ojo, y Ágata luchó entre la conciencia, que le decía que debía hablar con su madre, y la necesidad de comprobar que el hombre que acababa de abrir el agua caliente en el baño no era fruto de su fantasía.

«¡A la mierda todo!»

Se puso de pie, lanzó el móvil sobre la cama y empezó a desnudarse, pero el teléfono volvió a sonar en ese momento. Era una llamada. La retahíla de insultos y maldiciones que soltó hizo reír a Roberto desde el baño.

—¡Mamá! Justo iba a llamarte ahora mismo.

—Ágata, mi niña, ¿estás bien? ¡Nos tenías tan preocupados!

Ella frunció el ceño. Su madre parecía... ¿asustada?

—Sí, estoy muy bien. ¿No os ha contado Cristina...?

—Sí, nos lo ha contado... —Su madre se echó a llorar y no pudo seguir hablando.

—¿Mamá?

—¡Ágata! ¿Dónde estás? —Era su padre, seco y directo como siempre.

—En Nueva York.

—¡La madre que los parió, hijos de la gran puta!

Ágata se apartó el teléfono de la oreja y se lo quedó mirando unos segundos.

—Papá, estoy bien. ¿Qué os ha dicho Cristina?

—Que los secuestradores han vuelto y se te han llevado. Y que Roberto había salido a perseguirlos para rescatarte.

«Lo de mi hermana y sus inventos no tiene nombre. ¡Que se meta a guionista y nos deje vivir en paz! ¿Y ahora yo qué digo?»

—Mmm, sí. Ya ves. Me atontaron y me metieron en un avión. Menos mal que Roberto nos siguió y... y... cuando fui al lavabo, al aterrizar, él me metió en una maleta ¡y me rescató!

—¡Gracias a Dios! Si es que ese chico vale un tesoro. Dile que se ponga.

—No puedo, se está duchando... ¡En su habitación! Hemos venido a un hotel porque... porque...

—Porque, si no tienes hotel, no te dejan entrar en el país, sí, ya. —Su padre acabó la frase por ella y Ágata soltó el aire.

—¡Exacto!

—Bueno, Cristina insiste en que no avise a la policía, pero esto no puede seguir así eternamente.

—¡No, papá! Nunca pensé que diría esto, pero Cristina tiene razón. La policía no hará nada porque ya estoy libre y... y... tal vez nos pondrían problemas para salir del país si se enteraran de que hay una investigación policial de por medio.

Su padre soltó el aire en una espiración larguísima y luego la sorprendió al decir:

—Vuelve pronto, ¿vale, pequeña?

—Ya no soy pequeña, papi. —Ágata sonrió, relajándose y sintiendo el agradable calor de la infancia en el corazón—. Un beso, papá.

Colgó el teléfono y vio a Roberto, devorándola con la mirada desde la puerta.

—Ni te imaginas lo que me alegra que ya no seas pequeña, Gatita —le dijo avanzando hacia ella.

Con el pelo mojado y revuelto, una toalla a la altura de las caderas y el torso lleno de gotas de agua que se dirigían entusiastas hacia su entrepierna, Roberto era la tentación hecha carne.

«Decenas de gotas no pueden estar equivocadas», se dijo ella soltando el teléfono. Se acercó a Roberto, se apoderó de la punta de la toalla y le hizo dar una vuelta, como una peonza, hasta dejarlo tan desnudo como el toro de Wall Street.

Él gruñó enardecido y se la cargó al hombro. Sólo le faltó arañar el suelo con los pies para parecerse aún más a la escultura de bronce que tiene las

pelotas más relucientes que el escaparate de Tiffany, por las caricias de los visitantes que buscan prosperidad y buena suerte.

La soltó sobre la cama y empezó a ascender sobre ella despacio. Ágata levantó los brazos por encima de la cabeza y se deslizó hacia arriba, escurridiza y cimbreada. Roberto la sujetó por las caderas para que no huyera, aunque ella no tenía ninguna intención de hacerlo.

Cuando el estridente sonido del teléfono rompió la magia del momento, Roberto se dejó caer sobre ella y gruñó con la cara hundida en su cuello. Al ver que quien llamaba no se daba por vencido, se volvió hacia el teléfono.

—¿Quién es? —susurró Ágata, acariciándole la nuca.

—Fin.

—Ya, se ha acabado el momento, pero ¿quién es?

—Es Fin.

—Ah, ¡pásamelo!

Él volvió a gruñir, echando las caderas hacia delante.

—¿Seguro?

Ágata le tiró del pelo hasta que él se apartó y fue ella misma la que respondió al teléfono.

—¿Qué hay de nuevo, Fin?

—¡Ya era hora! Llevo un montón de rato enviándote mensajes al WhatsApp.

—Sí, perdona, acabamos de llegar al hotel.

—Pues libraos del *jet-lag* rapidito, porque os he conseguido una cita para mañana. Coméis con Felicity en Manhattan.

Ágata se quedó mirando el teléfono en silencio unos instantes. Había aprovechado la espera en el aeropuerto de Holanda para hablar con Fin y Suso y contarles las novedades. Les había pedido si podían obtener el contacto de la actriz dueña del diamante maldito, pero pensaba que los chicos le conseguirían el correo electrónico de su agente o algo por el estilo. Cuando Roberto la pinchó en las costillas con un dedo, reaccionó.

—¿En serio? ¿Tan rápido? ¿Con Felicity en persona?

—Sí, señora; es un encanto de mujer. Y, por cierto, para ella soy tu secretario privado y tú eres la dueña de la empresa Agatoil. Exportas aceite de oliva, que lo sepas. Parece que tu hermana tenía razón. La he visto muy interesada en hablar con vosotros. Anota la dirección.

Roberto le tendió papel y un bolígrafo que cogió de un mueble cercano y apuntó lo que Fin le dictaba.

—¿Lo tienes o prefieres que te lo pase por WhatsApp?

—No hace falta. Lo tengo. Muchas gracias, Fin. ¿Qué tal todo por ahí?

Oyó un resoplido al otro lado de la línea.

—Como el culo. Fer se ha cansado de la francesita.

—Mucho le estaba durando.

—Ya, pero la tenemos por aquí todos los días. Yo ya no sé qué decirle a la pobre. Ayer pasó un rato pelando la pava con Bill, que también se pasa casi todos los días a preguntar por ti.

Ágata se mordió el labio inferior. «Creo que están formando una alianza anglofrancesa.»

—Ay, Fin, cómo siento que tengas que comerte tantos marrones...

—Olvídalo. Tú consígueme un autógrafo de Felicity... y, si es en una foto con Eva Longoria, Teri Hatcher y Marcia Cross, me harás el maño más feliz al norte del Ebro.

—¡Te lo prometo! ¿Está Suso ahí?

—Está en la tienda.

—Dale un abrazo.

—Tú tráele algo de Midtown Comics o de Toy Tokyo y lo tendrás en el bote.

—¡Hecho! Hablamos, Fin.

—Cuídate, Gattaca.

¡Tiffany!

Los diamantes son los reyes absolutos del brillo. Qué digo reyes... Los emperadores, los zares, los putos amos. Y han tenido legiones de embajadoras de lujo. La dulce y sensual Marilyn, un tesoro más grande que cualquier piedra preciosa, a la que todos quisieron poseer hasta que opacaron su brillo. Pero si en el siglo XX Marilyn aconsejaba a las mujeres que se aseguraran una jubilación a base de diamantes, en el XXI no podemos comprarle esa idea. Como dice Rihanna, la pantera de Barbados: «Brilla como un diamante». Brilla. Tú. Tú eres la joya.

Niñas, aprended un oficio. Mujeres, exigid que vuestro trabajo cotice. Y con el dinero que ganéis os podréis comprar todas las joyas que queráis, sin depender de nadie, sin temer que nadie se canse de vosotras. Valéis todos los quilates del mundo. Que nadie os atrape en una cárcel dorada.

DEL BLOG «MATE O BRILLO»

—Me gustan más los tuyos, pero oye, no están nada mal. —Roberto mordió uno de los churros que habían comprado en una tienda de camino hacia la Quinta Avenida. A su lado, dos chicas comían cruasanes y suspiraban—. ¿Estás segura de que no preferías un cruasán?

—Los churros son mucho más ligeros que los cruasanes, que están hechos con mantequilla —comentó Ágata sin apartar la mirada de uno de los escaparates de Tiffany, la icónica joyería de las cajas azules—, pero estos americanos no saben hacer nada sencillo. —Bajó la vista hacia el surtido de churros de colores que aún no se habían comido. Los más austeros eran los de azúcar y canela, pero en el surtido había también churros rellenos de dulce de leche, bañados en crema y rebozados en chocolate y almendra, otros con crujiente de fresa y otros...—. ¿De qué son los verdes?

—Ni idea. ¿De pistacho?

Ágata lo probó, frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Creo que son de té.

—¿Están buenos?

Ella dio otro bocado.

—Yo prefiero los de toda la vida, pero creo que a *missis* Jessica le gustarían.

—¿A quién?

Ágata negó con la cabeza.

—Ya te contaré. ¿Quieres más?

—No. Dame, que te los meto en la mochila. No vamos a entrar ahí comiendo.

Roberto tenía razón. La joyería inspiraba respeto, era casi un lugar de culto. De culto a la belleza y al lujo, pero de culto al fin y al cabo. Mientras él abría su mochila, Ágata siguió contemplando las joyas del pequeño escaparate. A diferencia de la elegante Audrey Hepburn, ella no llevaba un vestido negro, ni collar de perlas ni grandes gafas de sol negras. Y, a diferencia de Holly Golightly —la protagonista de la novela de Truman Capote en la que se basa la película *Desayuno con diamantes*—, no necesitaba que la joyería le proporcionara sensación de seguridad. Con Cristina a salvo y Roberto a su lado, se sentía más poderosa que una superheroína. Lo único que echaba de menos era poder volar de rascacielos en rascacielos, ya que la ciudad tenía unas dimensiones descomunales, sobre todo comparada con Toledo. Si no hubiera pasado antes por Londres, el shock habría sido de los grandes. Hasta Madrid era pequeña comparada con la capital del mundo.

—¿Entramos? —propuso Roberto—, tenemos tiempo.

Ágata estuvo a punto de limpiarse el azúcar de los dedos en los pantalones, pero recordó que no estaba en su leonera de Londres y buscó un pañuelo de papel para no ensuciarse. Se había puesto unos pitillos negros y una camisa de Roberto blanca, que le llegaba a medio muslo. Y le había comprado una

pashmina en tonos dorados y cobrizos a un vendedor ambulante para darle un toque menos formal. Las zapatillas deportivas blancas tal vez no fueran el calzado más adecuado para visitar joyerías de lujo o para reunirse con una gloria de Hollywood, pero al menos eran cómodas. En su aventura por medio mundo persiguiendo diamantes famosos, no había tenido tiempo para prepararse un fondo de armario más variado.

«¿Cómo lo hará James Bond para tener siempre trajes impecables durante sus misiones?», se preguntó.

Aunque, tras comerse a Roberto con la mirada, decidió que él no necesitaba un traje hecho a medida para ser el protagonista de sus sueños. Estaba guapísimo con sus chinos color tabaco y un polo azul oscuro.

Sólo tras tropezar con una señora, apartó la vista de él. Seguía entrando en trance cada vez que lo tenía delante. No sabía cuánto le iba a durar el atontamiento; la verdad, no era nada práctico.

Un cliente se dejó caer de rodillas frente a su pareja y los demás se arremolinaron a su alrededor entre exclamaciones. En cuestión de segundos, decenas de cámaras de móvil se habían dispuesto a inmortalizar el momento.

Ágata no pudo evitar evocar una de sus películas favoritas, *Sweet Home Alabama*, y su mente empezó a elaborar un post para su blog, «Mate o brillo». Al igual que Reese Witherspoon, ella también prefería el calor de los rayos que caían sobre la arena, cristalizándola, al frío brillo de las gemas que refulgían tras los escaparates, pero, a diferencia de la película, la chica a la que acababan de pedirle la mano parecía genuinamente feliz por la iniciativa de su pareja. Ágata levantó la vista hacia Roberto, que contemplaba la escena con una mirada entre melancólica y divertida. La inseguridad asomó a su cara. ¿Estaría pensando en Cristina? ¿En lo entusiasmada que estaría paseando por esos pasillos? ¿En que sería la mujer más feliz del mundo si Roberto le hubiera pedido matrimonio ante las cámaras de todos aquellos desconocidos que lo colgarían en sus cuentas de Instagram?

Roberto la sorprendió observándolo.

—¿Por qué me miras así, Gatita?

—¿Así, cómo?

—Como si acabara de cagarla.

—No sé, tú sabrás.

Con los ojos más brillantes que los diamantes en exposición, él la atrajo hacia sí hasta que sus cuerpos quedaron pegados.

—¿Quieres que te pida matrimonio, Gatita?

Ella abrió mucho los ojos y le dio un empujón en el pecho.

—¡No, claro que no! ¡Ni se te ocurra! ¿Ya has olvidado que hace dos días eras el novio de mi hermana?

A su lado, un grupo de tres mujeres se volvió hacia ellos como si acabaran de anunciar amenaza de bomba en la joyería y fulminaron a Roberto con la mirada.

—Me rompen los ovarios estos tarados.

—Reboludos.

—Mamarrachos.

—Señoras, no es lo que...

—¿Señoras? ¿Encima nos llama *señoras* el muy guampero? ¡Andá en la loma del orto!

—¡La concha de la lora!

Las tres mujeres, que debían de rondar los treinta años, se alejaron ofendidas.

Roberto fulminó a Ágata con la mirada.

—¿Te importaría ser más discreta con nuestras intimidades? Parece que aquí habla español todo el mundo menos Trump. Si no me estabas lanzando una indirecta, ¿por qué me mirabas así?

—Porque tenías una cara muy rara. Parecía que estuvieras recordando algo.

—Porque estaba recordando algo. —Ágata ladeó la cabeza y Roberto le pellizcó las nalgas—. Estaba recordando el taller de diamantes de Pim. Me

estaba imaginando al dueño de Tiffany en su despacho —se inclinó hacia ella y le susurró al oído— siendo un chico muy malo.

Ella se estremeció sin remedio y se libró de su abrazo. En silencio contempló las vitrinas y admiró los collares, pulseras, anillos y pendientes. Aunque las joyas no la deslumbraban como a su hermana, el buen gusto y el trabajo que había detrás de cada uno de esos diseños era innegable.

A su lado, Roberto se fijaba en las grandes gemas amarillas, lilas o de color azul Tiffany, tratando de calcular su peso en quilates o su valor. Ágata, en cambio, quedó prendada de una colección de Paloma Picasso, sobre todo de los anillos hechos con pequeñas hojas de olivo.

Cuando Roberto le rodeó la cintura desde atrás y la besó en la mejilla, Ágata suspiró.

—Anda, vámonos, quiero ir a Barnes & Noble. Necesito pasar un rato entre mis objetos mate favoritos para recuperarme de tanto brillo cegador.

Él la abrazó por la cintura y juntos se dirigieron a la salida.

—¿Burns? ¿Ése no es el jefe de Homer Simpson?

Ágata se echó a reír y tiró de él.

—Anda, ven, que te lo enseño.

Durante la siguiente hora, Ágata estuvo en el paraíso. Sus objetos mate favoritos —también llamados *libros*— eran los protagonistas del templo dedicado a su culto. Situado en la Quinta Avenida, muy cerca de Tiffany, no le faltaban visitantes, tan entusiastas o más que los adoradores de las piedras preciosas. Si en la joyería algunas clientas gemían de placer ante un diamante tallado con delicadeza, en la librería no faltaban gritos ante una oferta con motivo del veinte aniversario de la publicación de *Harry Potter*.

Ágata hundió la cabeza en el pecho de Roberto para disimular la risa cuando vio la expresión de éxtasis de una joven pelirroja y con gafas que estaba golpeando la cubierta de un libro con los nudillos, como si fuera un pájaro carpintero.

—¿Qué hace? —le preguntó Roberto confundido.

—Disfruta del sonido de una buena tapa dura, obviamente —respondió ella, haciéndolo reír—. No podemos comprarnos todos los libros que querríamos en papel. Leer en digital es un buen sustituto, más ecológico y todo eso, pero..., ¡ah!, no hay nada como acariciarle el lomo a un libro recién salido de la imprenta.

Cuando encontraron la zona de grandes sagas de la literatura fantástica, Ágata entró en trance.

—Gatita..., ¿Gatita?

—Mmm...

—Voy un momento a... a la cafetería. —Habían visto un Starbucks dentro de la propia librería—. Enseguida vuelvo.

—Yo también te quiero —murmuró ella distraída, haciendo que el corazón de Roberto se hinchara un poco más de amor por ella.

* * *

Cuando Roberto volvió, al cabo de una media hora, la encontró en el mismo pasillo, leyendo sinopsis con una mezcla de placer y frustración en la cara.

—¡Ya estoy aquí!

Ella lo miró distraída.

—¿Te habías ido?

Roberto soltó el aire y sonrió.

—Aquí al lado, a la sección de ciencia ficción.

—Oh, sí. ¡Vamos!

Él negó con la cabeza.

—En otro momento, hemos de reunirnos con Felicity.

Un tornasol de emociones asomó a los expresivos ojos de Ágata: fastidio, culpabilidad y, por último, resolución.

—Claro, vamos.

* * *

Un taxi los dejó en la puerta del alto edificio. El portero, avisado de su llegada, les permitió entrar y les confirmó el piso. Durante el trayecto en ascensor, Ágata empezó a ponerse nerviosa.

«Pero ¿cómo me he dejado convencer por Cristina? De verdad, esto es absurdo. ¡Esa mujer nos va a echar de su casa a gorrazos!»

—No lo veo claro —susurró retorciéndose las manos—. Aún estamos a tiempo, mejor nos vamos.

Roberto alzó una ceja divertido.

—¿Dónde está la Ágata valiente que asaltó la Torre de Londres?

Ella miró a su alrededor alarmada, buscando cámaras. Lo agarró por la nuca y lo atrajo hacia su boca.

—Calla, ¿estás loco?

Él la levantó por la cintura, la empotró contra la pared del ascensor y pegó sus labios a los de ella.

—Si tienes que preguntármelo es que estoy haciendo algo mal. —Deslizó las manos por debajo de la camisa y le acarició el torso, ascendiendo por sus costillas y resiguiendo la línea inferior del sujetador. Cuando le pellizó los pezones por encima de la tela, ella gimió y él aprovechó para colarse en su boca. De pronto, el trayecto, que prometía ser eterno, se volvió insuficiente. A sus lenguas les entró prisa. Ágata volvió a gemir dentro de su boca mientras ladeaba la cabeza y lo sujetaba por el pelo para que no se apartara. Él echó las caderas hacia delante, dejándole notar que los pezones de Ágata no eran los únicos afectados por el arrebató—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho, mujer? Ya no voy a poder ver esta camisa nunca más sin ponerme malo. —Ella trató de echar la cabeza hacia atrás, pero la pared del ascensor se lo impidió. Él aprovechó para recorrerle el cuello con los dientes, haciéndola estremecer

—. ¿No tienes faldas, Gatita? —gruñó, maldiciendo la tela que los separaba
—. Cuando salgamos de aquí, voy a comprarte una.

Ella se alzó un poco y se dejó caer, frotándose contra su erección.

—Tendrán que ser dos, Robbie —susurró con la frente pegada a la de él—.
Tú también llevas pantalones.

El sonido de una campanita hizo que abrieran mucho los ojos primero y se soltaran rápidamente.

Ágata se alisó la camisa y se recolocó el pañuelo al mismo tiempo que él se recolocaba cierta parte de su cuerpo.

La puerta quedaba al otro extremo del pasillo. La táctica de distracción de Roberto había funcionado, los nervios se habían quedado varias plantas más abajo.

Alzó la mano hacia el timbre, buscó la mirada de su cómplice y levantó una ceja. No era momento de dudas. Ágata respiró hondo, apoyó la mano sobre la de él y, juntos, volvieron a saltar del precipicio.

La ciudad que nunca duerme

Desde el otro extremo del amplio salón, Ágata miró a Roberto, que brillaba más que cualquier piedra preciosa, rodeado de un grupo de mujeres espectaculares. No sabía qué les estaría contando, pero, por sus reacciones, a ellas les parecía más gracioso que un programa de Jimmy Fallon.

Llevaban ya una hora en casa de la actriz, que había tirado la casa por la ventana para recibirlos. Ágata no sabía si Felicity tenía demasiado tiempo libre o se alegraba muchísimo de librarse del diamante. En cualquier caso, estaba bastante mosca por su reacción.

Había montado una *spanish party*, a la que había invitado a varias colegas. Cuando les presentó a Eva, a Zoe y a Salma, a Roberto se le había abierto la boca hasta la altura de las rodillas al reconocer a Eva Longoria, Zoe Saldana y Salma Hayek. Y, aunque durante unos segundos pareció abrumado, pronto las mujeres lo hicieron sentir uno más. Se lo veía cómodo, demasiado cómodo.

—Estás seria, querida —comentó Felicity, a su lado—. María, nuestra invitada está seca. Otra copa para ella, no vaya a cambiar de idea, ja, ja, ja, ja. Oh, disculpa. —Felicity respondió al teléfono y, tras aceptar con una sonrisa el mojito que le entregó María, Ágata aprovechó para levantarse y dar un paseo por el salón.

En una mesa larga apoyada contra una de las paredes había un surtido de delicias *españolas*: tacos, nachos, mangos, piñas, cocos, dulce de leche, tequila, mezcal, pulque... Las caras de Ágata y de Roberto mientras Felicity les cantaba las excelencias del menú *español*, rematando cada palabra con un «¡olé!», habrían sido perfectas para hacer *memes*.

Al ver una botella de aceite de oliva, Ágata se acercó, sintiendo un ataque agudo de morriña, y buscó el origen antes de servirse un poco en una chapatita. Pero ni siquiera eso, el aceite era tan italiano como el pan.

«Déjate de nostalgias culinarias. Estás aquí por el Orlov negro. Sonríe, aguanta un poco más y luego os vais. O disfruta de la experiencia. Fin daría un brazo por estar aquí.»

Siguió rodeando la estancia mientras contemplaba las impresionantes vistas de los tejados desde los ventanales. Llevaban un rato hablando con la actriz y sus amigas, y el plan de Cristina ya había empezado a hacer aguas. Por supuesto, Felicity no guardaba la joya en su casa, sino en la caja fuerte de su banco.

«Lógico.»

Roberto la llamó con la mirada, como pidiéndole que lo rescatara. Al ver que Felicity seguía al teléfono, se acercó al grupo.

Él no esperó a que acabara de llegar. Dio dos pasos hacia ella, la abrazó por los hombros y se volvió hacia las mujeres, que escanearon a Ágata de arriba abajo.

—Roberto nos estaba diciendo que estáis prometidos, pero no veo que lleves ningún anillo, querida —comentó Eva.

Ágata alzó la mirada hacia él, que le devolvió una sonrisa de circunstancias mientras le bajaba el brazo hasta la cintura y la pellizcaba, pidiéndole que no lo arrojara a las leonas.

Una mezcla de instinto protector y de posesión le recorrió las venas. Llevó una mano a las nalgas de Roberto y las apretó con fuerza, haciendo que él se sobresaltara. A ninguna de las amigas de Felicity le pasó por alto el gesto posesivo.

—Ah, el anillo de compromiso; lo he dejado en el hotel —replicó con despreocupación—. Al lado del Orlov se vería ridículo. Cuando llegemos a España lo haré montar; ése será mi nuevo anillo de compromiso.

Felicity se acercó al grupo, que contemplaba a Ágata con miradas que iban

desde la incredulidad hasta el respeto, pasando por la envidia.

—Querida, sabes que pesa sesenta y siete quilates y medio, ¿no? —le preguntó la anfitriona, que, no por primera vez, dudó de la salud mental de la excéntrica empresaria española—. Es absurdo montar una gema así en un anillo.

—Imposible —corroboró Eva.

Ágata se vino arriba. Haber adoptado otra personalidad —la de la rica empresaria dueña de varias hectáreas de olivares y de empresas embotelladoras con tecnología punta— le daba un gran aplomo.

—¿Imposible? Pensaba que en Nueva York no existía esa palabra. Si aceptáramos que las cosas son imposibles, seguiríamos viviendo en cuevas. No se habrían construido los rascacielos y Nueva York no sería la que es.

—Penélope me contó que en España aún había gente que vivía en cuevas —le susurró Salma a Eva—. Me dijo que Javier la había llevado a celebrar su aniversario de bodas a una cueva excavada en una montaña de Andalucía.

Eva fingió un estremecimiento.

—¿Tienes frío, querida? ¿Hago bajar el aire acondicionado?

—No, Felicity, no querría que sufieras sofocos por mi culpa —respondió con una sonrisa gatuna—. Me estaba imaginando a Javier, sin ropa, en una cueva de Andalucía.

Los gruñidos se extendieron alrededor de la pareja.

—No sé qué le veis —comentó Roberto—. Es feo como un pecado. —Ágata le dio una palmada en el pecho—. ¿Qué pasa? Me gusta como actor, pero guapo no es; hasta él me daría la razón.

—Vale, no es George Clooney, pero es tan... viril. *No offence, Roberto, darling.*

Él miró a la anfitriona, alzando las cejas.

—¿Me estás diciendo que no soy viril, Felicity?

Ella se echó a reír.

—No, nunca diría algo así. Hay que tener los cojones muy grandes para

llevarse el Orlov. —Se estremeció.

—¿Cuándo podremos verlo? —preguntó Ágata, que cada vez tenía más ganas de quedarse a solas con Roberto para poder acabar lo que habían empezado en el ascensor.

Las risas de Felicity y sus amigas hicieron que el vello de la nuca de Ágata se erizara.

—Mi asistente ha dado instrucciones a mi publicista, que ha hablado con mi abogado. Mañana mi apoderado irá a abrir la caja fuerte del banco. Hemos quedado allí, a las diez, para firmar la entrega.

Roberto le apretó la mano a Ágata, para infundirle ánimos y paciencia.

«Un día. Veinticuatro horas. Resiste. Pasará rápido.»

—Comprenderás, Ágata, querida, que, aunque tengo muchas ganas de librarme del Orlov, las cosas tienen que seguir su curso.

Lo que Ágata empezaba a comprender era que Felicity se complicaba mucho la existencia, pero tampoco era plan de decírselo a la cara y ponerse a malas con su anfitriona.

—Bueno —le dijo—, pues mejor nos vamos y no os molestamos más. Ya mañana...

Felicity echó los brazos al aire.

—¡Noooo, ni hablar! Las chicas y yo hemos preparado un montón de cosas para la despedida.

—¿La... despedida?

—Claro —respondió Salma—. La despedida de la mala suerte. ¿Por qué celebrar sólo la despedida de la soltería? Felicity lleva una racha espantosa desde que el Orlov llegó a sus manos. No le han vuelto a ofrecer ni un papel...

—Bueno, estuvo Charles —la interrumpió Eva, y el resto de las reunidas se santiguó.

«No preguntes, no preguntes...» Ágata estaba a punto de preguntar cuál era el problema del tal Charles, pero la asistente entró en ese momento para anunciar que habían llegado los masajistas.

Con exclamaciones de júbilo, Felicity y sus amigas se dirigieron al gran gimnasio, donde habían instalado media docena de camillas. Seis masajistas, altos, guapos y vestidos con pantalones y camisa holgada de algodón blanco, los esperaban en formación.

Cuando Eva y Salma empezaron a desnudarse alegremente, Roberto se excusó.

—Chicas, os dejo...

—¡Ni se te ocurra! —protestó Felicity.

—Es que yo solo, entre tantas mujeres...

—Llegan refuerzos. —Una fuerte palmada lo desestabilizó. La cara extasiada de Ágata lo hizo volverse hacia la profunda voz con curiosidad. Y tuvo que alzar la mirada porque el recién llegado rondaba los dos metros—. Encantado, soy Joe.

—Ro... Roberto. —Le devolvió el apretón de manos a Joe Manganiello, mientras a poca distancia, su esposa, Sofía Vergara, felicitaba con efusividad a Felicity.

—¡Ay, qué alegría más grande, querida! —exclamó la exuberante colombiana—. ¿Lo ves? ¡Todo se arregla al fin!

—Gracias por traer a Joe —le susurró la anfitriona al oído—. Tengo miedo de que se echen atrás. Han tratado de marcharse un par de veces.

—No te preocupes, cielo. De aquí no sale nadie hasta que tú lo digas. Esta racha de mala suerte va a acabar de una vez por todas.

—Ay, sí. Cada vez que me acuerdo de Charlie...

Sofía le llevó un dedo a los labios.

—¡Ni lo nombres! ¡Ese *man* era una gonorrea! No entiendo cómo no me dejaste que mis primos le hicieran una visita.

Felicity agachó la cabeza.

—Si la prensa se enterara...

—¡Maldito líchigo, perro gorrero!

Felicity sonrió.

—No te entiendo cuando te pones en plan Pablo Escobar, pero me encanta. Gracias, Sofia.

Tal vez se debiera al efecto de los mojitos o las hábiles manos del masajista que le había tocado, pero Ágata se fue relajando. A medida que el sol fue descendiendo por el cielo, reflejándose en los cristales de los altos edificios, las confidencias cada vez surgían con más facilidad.

Zoe les habló de sus hijos y de los problemas que le suponía educarlos según sus principios veganos.

—¿Echan de menos las hamburguesas? —preguntó Roberto.

—No, no echan de menos nada porque nunca han comido carne y han crecido en el respeto a todos los seres vivos, pero la última vez que fuimos a visitar a mi familia a la República Dominicana, mi abuela preparó puerco asado y... ¡Ay! Los niños empezaron a llorar y a gritar, llamándola *asesina*. A las vecinas les faltó tiempo para asomarse... —Eva se aguantó la risa y Felicity se tapó la boca con las manos—. Vino la policía, los bomberos... No sé cuándo voy a poder volver —acabó, suspirando.

—No es fácil romper con la tradición —dijo Salma—. Cuando somos niñas, nuestras mamás y abuelas son para nosotras la ley, las que saben el porqué de las cosas. Pero no podemos seguir obedeciendo ciegamente, sin pensar por nosotros mismos; es demasiado cómodo. Si nadie cambiara nunca, continuaríamos haciendo rodar cabezas por las pirámides.

Ágata se estremeció y su masajista se afanó en darle calor corporal, lo que le valió una mirada de advertencia de Roberto.

—Qué ganas tengo de volver a México. ¿Cuándo nos invitas, Salma?

—Cuando queráis. Roberto, Ágata, ¿conocéis mi país?

Ella negó con la cabeza.

—Me encantaría. Una vez escribí un post en mi blog sobre las serpientes de luz que descienden por la pirámide de Chichén Itzá.

Roberto la miró como si el masaje le hubiera reblandecido el cerebro, pero a Salma se le iluminaron los ojos.

—Es una de las mejores experiencias que pueden vivirse.

—¿Serpientes de luz? —preguntó Joe—. ¿Qué es eso?

—La pirámide tiene una gran escalinata central y dos cabezas de serpiente a los pies —empezó a explicar Ágata.

—Así es —corroboró Salma—, y cada año, en los equinoccios de primavera y otoño, cuando el sol se pone, la luz y las sombras forman el cuerpo de la serpiente, que parece reptar pirámide abajo. Es... ¡mágico!

—Lo que es mágico es lo bien que te conservas, Salma, querida. —Felicity se sentó en la camilla—. Sabes que te quiero, pero no es justo que estés cada día más bella. Dinos tu secreto de una vez.

Salma sonrió con la calma que le proporcionaba el yoga.

—Te haré llegar otro lote con los productos de mi línea de belleza.

Felicity sacudió la mano.

—Los he probado todos y no funcionan. Quiero que me presentes a tu chamán. Lo tuyo no es normal. ¡Has hecho un pacto con los dioses mayas o aztecas, confíésalo!

Salma se echó a reír.

—Me has descubierto. Me acuesto con la gran serpiente emplumada cada noche.

—¡Ay, nooo, querida! —intervino Sofía, haciéndolos reír—. Todo el mundo sabe que con la gran serpiente emplumada me acuesto yo.

—Muy sabios nuestros antepasados llamándola *serpiente emplumada*... —suspiró Eva—. Es capaz de hacernos volar...

Roberto y Ágata intercambiaron una mirada cómplice.

—¿Qué tal la serpiente de Roberto, Ágata? No seas tímida. Entre nosotras no hay secretos.

Él también se sentó en la camilla, con cuidado de no dejar la serpiente al descubierto.

—Yo prefiero la serpiente de mazapán —bromeó, apoyando las manos a lado y lado.

—No es una serpiente, es una anguila —protestó Ágata.

Las amigas miraron a Roberto con admiración.

—¿Tienes una bestia eléctrica? —comentó Joe, sentándose también. A diferencia de Roberto, él no parecía preocupado por sacar la fauna a pasear—. Interesante. ¿Cómo os conocisteis? ¿Durante un apagón? —Se volvió hacia Ágata y le guiñó el ojo—. ¿Lo viste brillar en la oscuridad?

Ágata miró a los masajistas dudosa, y Felicity decidió que el masaje había llegado a su fin.

—Tienes razón, querida. Hay charlas que necesitan un poco de alcohol. Vamos a ponernos guapas.

* * *

Una hora más tarde, cuando Ágata salió del vestidor de Felicity con un vestido amarillo de cintura ceñida y amplio vuelo, sintiéndose como María en *West Side Story*, pensaba que hallaría a Roberto aburrido, con ganas de irse, pero lo encontró disfrutando como un adolescente junto a Joe. Tanto que hasta que Sofía pegó un grito ni se dieron cuenta de que ya no estaban solos.

—¡Uau! —Roberto se levantó, soltando el mando de la consola sobre el sofá y acercándose a ella—. ¿Eres Ágata o Marilyn en *La tentación vive arriba*? —La cogió de la mano y le hizo dar un par de vueltas sobre sí misma, haciéndola reír. Luego la abrazó y le susurró con los labios pegados a los suyos—: Estás preciosa.

Ella se perdió en el brillo de los ojos de Roberto. Tan perdidos estaban el uno en el otro que no oyeron los comentarios de Felicity con sus amigas.

—¿El vestido también? —Eva se cubrió la boca con la mano.

—¿No te parece un poco cruel? —corroboró Zoe.

—Si es bien chida, pobrecita. —Salma sacudió la cabeza.

—Chida pero codiciosa —protestó Felicity—. Nadie la ha obligado a venir. Si está dispuesta a enfrentarse a la maldición del Orlov por codicia, un

poco más de mala suerte ni la va a notar. —El vestido amarillo había sido un regalo de un famoso diseñador. Ese año Felicity estaba nominada a los Globos de Oro, a los Emmy y al Premio del Sindicato de Actores. ¿Cuántos de esos premios había ganado? Ninguno, por supuesto. El amarillo era color gafe entre los actores desde que Molière murió en el teatro vestido de ese color, y Felicity estaba más que harta de mala suerte. La insensata española había llamado a su puerta en el momento oportuno. Había superado el trauma que le causó Charlie y estaba dispuesta a empezar una nueva etapa—. ¿A que está divina?

Roberto asintió con la cabeza, sin apartar la vista de los ojos verdes de Ágata.

—Gracias por dejármelo, Felicity.

—De dejar, nada —protestó la anfitriona—. Ese vestido es tuyo y no se hable más. ¡María! —Se dirigió a la cocina.

—¿Te has aburrido mucho? —le preguntó Ágata a Roberto.

—¡Qué va! Joe es un loco de *Dragones y mazmorras*. Estábamos jugando una partida online. ¿A que no sabes con quién?

Ella ladeó la cabeza y alzó las cejas.

—¿Con los chicos?

En vez de responder, Roberto la arrastró al sofá. Efectivamente, en la pantalla partida del gran televisor vio las caras de sus colegas.

—¡Suso! ¡Fin! ¡Qué alegría veros!

—*Carallo!* —Suso silbó—. Estás preciosa, Gattaca.

—¡Oh! —exclamó Fin, llevándose las manos a la boca—. ¡Tengo fotos de Felicity con ese vestido! Lo que daría yo por poder tocarlo.

—Pues ya lo tocarás, ¡me lo ha regalado!

—¡Ay, Dios mío, esa mujer es divina! ¿Te has sacado ya una foto con ella? ¡No te olvides de mi autógrafo!

Cuando Felicity volvió de la cocina, Ágata la llamó y, en cuanto tuvo delante a su musa, el dicharachero maño se quedó sin palabras. Roberto sacó

una foto en la que se lo veía boqueando como un pez de río mientras Felicity se hinchaba como un pavo al ver las caras de admiración de los dos amigos de Ágata al otro lado de la pantalla.

* * *

El atardecer transcurrió en la terraza, picando algo de comer y disfrutando de los cócteles. El ambiente, mucho más relajado por el alcohol y la confianza, se hizo propicio a las confidencias.

Sin entrar en detalles que pudieran mandarlos a la cárcel, Ágata y Roberto contaron la historia de cómo se conocieron, de cómo la vida los había llevado por caminos separados y de cómo Cristina había puesto como condición que le entregaran el diamante Orlov a cambio de ayudarlos a defender su amor ante su padre, el jefe de Roberto.

Las amigas de Felicity miraron a ésta como si fuera una asesina de gatitos.

—No me miréis así —se defendió la anfitriona—. Si no se queda con el diamante mucho tiempo, la mala suerte no se cebará en ella..., supongo. Tú llévaselo a tu hermana cuanto antes —le dijo a Ágata—. Yo tengo seis hermanas. Te entiendo. Pueden ser un auténtico grano en el culo.

—Amén a eso —corroboró Eva, poniendo los ojos en blanco.

—Las mejores hermanas son las que te regala la vida. —Felicity alzó la copa—. De no ser por vosotras, no sé qué habría hecho cuando Charlie... —Se le rompió la voz.

—Ya, ya. —Joe la rescató de la melancolía—. Vamos a bailar.

Joe, que dominaba la tecnología de la casa, puso música y, al ritmo de una de las primeras canciones de Alicia Keys, hizo que la anfitriona se olvidara de todo. Eva sacó a bailar a Roberto y, mientras tanto, tras hacerle jurar que aquello no saldría de allí, Sofía le contó a Ágata que el tal Charlie había fingido ser un productor de televisión, pero en realidad había abusado de su confianza y había instalado cámaras en todas las habitaciones, hasta dentro del

retrete. Por suerte, María se dio cuenta antes de que pudiera poner en marcha su Canal Felicity veinticuatro horas, que pensaba explotar en YouTube.

Aquel día, la actriz había estado a punto de lanzar el diamante por la taza del váter, pero una chamana que pasaba consulta en el SoHo le había advertido que la única manera de romper la maldición era esperar a que alguien se lo pidiera. Ella había ido a buscar el diamante voluntariamente, y voluntariamente también su siguiente dueño tenía que reclamarlo.

Había pasado casi un año desde entonces y Felicity estaba perdiendo la fe en la profecía de la chamana, pero la llamada del secretario de Ágata lo cambió todo.

Roberto se acercó a ellas mientras Joe sacaba a bailar a su esposa.

—Si me permitís, me gustaría bailar con Ágata.

—Claro, claro.

Felicity, Eva, Salma y Zoe observaron cómo se deslizaban por la terraza, a la luz del atardecer, mientras Rihanna cantaba con sentimiento.

—*Shine bright like a diamond...* —le susurró Roberto al oído, abrazándola y pegándola a su cuerpo.

Ágata, por costumbre, estuvo a punto de protestar y decirle que prefería el mate al brillo, pero su corazón se sentía resplandeciente. Estaba en el ático de un rascacielos, en compañía de un grupo de estrellas de Hollywood en apariencia inaccesibles pero que los habían hecho sentir como en casa; Roberto la quería a ella, no a Cristina, y la vida se abría ante ellos como una autopista, como una promesa de aventuras. El sol se reflejaba en los rascacielos vecinos, inundando la ciudad de cálidos tonos anaranjados, y Rihanna los envolvía con su voz, recordándole que juntos eran hermosos como las estrellas, como diamantes en el cielo.

—*You and I...* —susurró ella, escondiendo la cara en su pecho.

—*Like diamonds in the sky...* —Roberto le llevó la mano a la cabeza y hundió los dedos en su pelo, acariciándola.

El corazón de Ágata giraba con la fuerza de un generador. Si se hubieran

apagado todas las luces de la ciudad que nunca duerme, ella sola habría sido capaz de iluminarla con la potencia de su optimismo. ¿Qué efecto podía ejercer una fría piedra contra la fuerza ardiente de su amor? Nunca había sido supersticiosa, y en esos momentos, entre los brazos del hombre de su vida, menos que nunca. Alzó la cara hacia él, que parecía estar esperándola, y sus labios se fundieron en un beso lento y apasionado.

No. Mientras estuvieran juntos, no habría piedra preciosa ni maldición que pudiera separarlos.

Dos coronas, un cetro y un final de temporada

Strängnäs, Suecia

—No puede ser tan fácil —susurró Rubén—. Tiene que ser una trampa.

—¿Tú ves a alguien?

—Tiene que haber cámaras ocultas.

—Que no, tío. Déjate de paranoias y coge la corona de Cris.

—Un respeto por la reina, ¿no?

Rasputín sacudió la cabeza.

—Qué monárquicos sois los españoles, nunca podré entenderlo.

Rubén se encogió de hombros.

—Bueno, respetar nunca ha hecho daño a nadie.

—¡Pues coge la corona de su majestad la reina Cristina de Suecia con todo tu respeto y mueve el culo hacia el barco!

Rasputín metió en la bolsa la corona del rey Carlos y, con el cetro bajo el brazo, salió de la catedral a la carrera.

—Tú ve por ahí —le ordenó a su nervioso socio—. Yo iré por el otro lado.

Rubén obedeció sin pensar. No estaba hecho para esa vida. El corazón le latía con tanta fuerza que retumbaba en todo su cuerpo. Era como si tuviera un tambor dentro de la cabeza y los aldabonazos le impidieran razonar. Mientras corría en dirección al barco en el que llevaba varias semanas viajando, admiró a Roberto y a Ágata. Deseó hablar con ellos y preguntarles cómo habían sido capaces de robar en lugares trufados de seguridad cuando a él se le estaba descomponiendo el vientre por hacerlo en una catedral desierta.

Aunque la distancia de la catedral al lago era de unos cien metros, Rubén llegó al pequeño embarcadero casi sin aliento. Rasputín había llegado antes que él, había puesto el motor en marcha y se había alejado un par de metros de la costa.

—¡Tírame la bolsa! —le ordenó Rasputín, y Rubén obedeció por inercia—. ¡Buen chico! —El ruso le dirigió una sonrisa cegadora. Cogió otra bolsa y se la lanzó a Rubén—. Ha sido un placer compartir aventuras contigo, pero ahora, no seas idiota y vuelve a casa. Tienes una familia que te necesita.

Rubén se quedó en el embarcadero, con el pecho subiéndole y bajándole rápidamente, sin protestar, tratando de entender qué demonios estaba pasando mientras Rasputín se alejaba por el lago y se desvanecía ante sus ojos sin necesidad de trucos de magia.

Sólo el sonido de una sirena de policía lo hizo reaccionar. Cargándose su bolsa al hombro, echó a correr.

Tres mil kilómetros y seis países lo separaban de Toledo, pero en aquel momento él aún no lo sabía. Sólo sabía que por primera vez en la vida tenía un objetivo. Volver junto a Cristina para emprender a su lado la mayor aventura de su vida. Sabía que debería estar cagándose en las muelas de Rasputín o maldiciéndose a sí mismo por idiota, pero no podía porque estaba solo. Solo y muy lejos de casa. Y desde la distancia y la soledad las cosas se ven mucho más claras y no tiene sentido engañarse a uno mismo.

Rubén siguió corriendo y corriendo con una sonrisa en la cara. No tenía la sensación de que acabaran de dejarlo tirado en el culo del mundo, sino de estar viviendo un capítulo de final de temporada en la serie de su vida. Una temporada cargada de acción, sustancias y polvos inigualables bajo las estrellas, pero una temporada hueca, absurda, en la que se había dejado arrebatarse el protagonismo.

Se moría de ganas de llegar a casa, enderezarlo todo y retomar las riendas de su vida.

—¡A tu lado, Cristina! —gritó—. Tú eres la reina de mi vida, la

protagonista de mi serie... y te lo voy a demostrar. Se lo voy a demostrar al mundo entero.

Eclipse de diamante

Nueva York, Estados Unidos

—No. —Roberto estaba tumbado en el césped de Sheep Meadow, apoyado en un brazo. El contraste entre el verde de la hierba y la alta hilera de rascacielos que lo enmarcaba lo convertía en un sitio único, con una personalidad especial —. ¡No! —Aunque, para personalidad, la de la ardilla que llevaba cinco minutos yendo a pedirle comida. El parque era enorme. Había quedado allí con Ágata y, de camino, había comprado una caja de donuts de colores. Quería compartir con ella donuts y novedades, pero de tanto caminar le había entrado hambre y se había zampado ya varios. No iba a darle el resto a esa ardilla que no aceptaba un no por respuesta—. ¡Será posible! No me mires con esa carita de buena, que a mí no me la das. Además, los donuts no te convienen. —La ardilla ladeó la cabeza y Roberto sintió que lo estaba llamando *cínico*—. ¡Que no, que son para Ágata! —repitió con firmeza, porque estaba a punto de ceder.

Un aviso del WhatsApp lo sacó del duelo al sol que estaba manteniendo con la ardilla. Era Ágata:

¡El huevo está en el nido! Lo he dejado en la caja fuerte de la habitación. Voy para allá.

Él alzó una ceja divertido. Quién iba a decir que al final le iban a pillar el gusto a eso.

Tu pájaro te espera afilándose el pico. Date
prisa.

Al revisar el resto de las conversaciones del WhatsApp vio que no había respondido a su madre, que le había preguntado cómo estaba. Una punzada de culpabilidad lo impulsó a llamarla por teléfono.

—¿Roberto? ¿Ha pasado algo? —fue el saludo de su madre.

—No, todo va bien, ¿por qué?

—Es que es tan raro que me llames...

Se encogió, haciendo una mueca. Tenía razón. Si ya antes de que empezara toda esa locura de los diamantes la llamaba poco, durante las últimas semanas le había enviado un «Todo OK» de vez en cuando al WhatsApp, a salto de mata.

—Mi jefe, que me tiene esclavizado —se excusó.

—¿Sigues en Londres?

Roberto se rascó la cabeza, haciendo una mueca. Su madre no sabía que había estado en Holanda, pero es que los negocios a los que se había dedicado en los últimos tiempos no eran de esos que se comentan con la madre de uno.

—De hecho, no. Estoy en Central Park, mamá. En Nueva York.

—¿En Nueva York? ¿Desde cuándo? ¿Hasta cuándo? Pero ¿cómo no me avisas de eso, hijo? Si no me avisas, no puedo poner una vela en el altar para que vuelvas sano y salvo.

Roberto sonrió. Su madre —Ana— era una mujer de aspecto joven y dinámico. No paraba en casa. Trabajaba en una tienda de ropa para el hogar por las mañanas y por las tardes hacía todo tipo de actividades: cerámica, pintura, macramé..., era muy mañosa. De joven iba a misa con su familia, pero el padre de Roberto —que se llamaba como él— tenía alergia a las iglesias. Ana había encontrado una solución. Había instalado un pequeño altar en la habitación donde guardaba los materiales para sus hobbies. En Navidad colocaba allí el nacimiento y un calendario de adviento hecho de *patchwork*, pero durante el resto del año iba variando. En primavera colocaba flores; en verano, arena y conchas nacaradas; en otoño, piñas, castañas, granadas... Lo

que nunca faltaba eran velas, que fabricaba ella misma en cálidos tonos anaranjados.

—Si quieres, mamá, pon una vela para que salga bien el negocio que tengo entre manos. Si sale bien, marcará una nueva etapa en mi vida profesional.

«Y, si sale mal, me temo que me quedaré en el paro», aunque se guardó mucho de decirle eso a su madre.

El silencio se alargó unos instantes.

—No estarás metido en algún lío, ¿no, hijo? Sabes que puedes contármelo todo, ¿verdad?

Roberto agachó la cabeza y soltó el aire, reviviendo la antigua sensación que llevaba toda la vida acompañándolo. Su vieja amiga: la vergüenza.

—No, mamá, no estoy metido en ningún lío. —«Mentira piadosa, san Pedro; es una mentira piadosa, para que no se preocupe. Tú también tuviste madre, ¿no? Me entenderás entonces»—. Y, sí, sé que puedo contar con vosotros para todo. Soy un tipo con suerte.

—Espero que no te moleste que te lo haya preguntado. Es que últimamente estás un poco raro.

—No me molesta. —«Me jode vivo, pero molestarme, no.»

—Bueno, ¿cuándo dices que vuelves? Tu padre tiene muchas ganas de verte.

—Ah, ¿y tú no? Ya te vale, mamá.

—Yo siempre tengo ganas de verte, hijo.

Sus palabras le aliviaron el alma como un gel para después del sol tras un largo día de playa.

—Yo también tengo muchas ganas de veros. No sé cuándo volveré, pero pronto, muy pronto.

—¿Cristina va contigo?

Roberto se tapó los ojos con la mano.

—Mmm, no. No ha venido. Esto es..., em..., un viaje de negocios.

Iba a tener que poner al corriente a sus padres de muchas cosas. La vida

estaba yendo tan deprisa que las noticias quedaban anticuadas y caducaban antes de poder compartirlas, como si fueran *stories* en Instagram. Pero en ese momento, no. Algunas cosas se tenían que decir cara a cara. Su madre conocía a Ágata y le caía muy bien. De hecho, sin que nunca se lo hubiera dicho, sabía que le caía mejor que Cristina; había cosas que se notaban sin necesidad de palabras. Justo por eso, no quería apresurarse. No quería que su madre pensara que Ágata era una robanovios, porque no lo era. Era muchas otras cosas: «Preciosa, sincera, entusiasta. ¿He dicho ya *preciosa?*», pero robanovios, no.

—¿Está papá? —Cambió de tema para protegerla.

—No, se ha ido hace poco. Le prometió al tío Joaquín que iría a jugar unas partidas de ajedrez con él a la residencia. Se alegrará cuando le diga que has llamado.

—Siento... siento haber estado un poco ausente, mamá.

—Normal, hijo. El siglo XXI, que es muy loco.

Roberto suspiró.

—Ni te lo imaginas. En cuanto vuelva, os invitaré a cenar y hablaremos muuuucho rato.

Su madre tardó unos instantes en responder.

—¿Nos invitarás a cenar? ¿Seguro que te encuentras bien?

Roberto se tumbó en la hierba y, mirando el cielo azul, sonrió.

—Joder, qué fama de rata tengo. Sí, me encuentro bien; mejor que nunca.

—¡Ay, me alegro mucho, hijo! Me has animado el día. ¡Un beso muy fuerte!

Roberto permaneció tumbado, sintiendo las cosquillas que le hacía la hierba en la palma al acariciarla y recordando la reunión que había tenido a primera hora con un cliente. Pedro había concertado la reunión y le había enviado los detalles a través de un correo electrónico que acababa con las palabras: «Ya sabes lo que hay que hacer».

En el taxi, de camino a la reunión con Melendreras, el cliente, Roberto había ido dándole vueltas al tema. Justo antes del secuestro de Cristina, había

estado preparando una propuesta para sus jefes. Asesorar a sus clientes que buscaban meter su dinero en sociedades *offshore* lo hacía sentir mal, sentía que estaba estafando dinero a su país, a su gente, dinero muy necesario en los hospitales, en las escuelas, en las residencias de ancianos como la del tío Joaquín. Por eso había estado recopilando información de proyectos solidarios con los que sus clientes pudieran tener una desgravación fiscal interesante y, además, la satisfacción de estar dejando un mundo mejor a su paso.

Los proyectos solidarios y filantrópicos eran muy variados. Roberto estaba seguro de que casi todos los clientes se sentirían motivados por algún tema u otro, lo importante era descubrir si les preocupaba el cambio climático — aunque sólo fuera porque tenían un apartamento en la Manga del Mar Menor —, la infancia o las aves de ribera. No era ingenuo, sabía que la mayoría rechazarían la propuesta, pero ya sólo por intentarlo se sentiría mejor.

El director de la empresa —un neoyorquino nieto de asturianos que habían huido de la guerra civil— había escuchado sus propuestas con atención. Roberto no había tardado en encontrar su punto flaco: los refugiados centroamericanos que trataban de entrar en Estados Unidos y que se topaban con un muro de intolerancia. Roberto le había hablado de un proyecto que incluía el apoyo a comunidades pesqueras de Belice, Guatemala, Honduras y parte de México, para concienciarlos del tesoro natural que era su casa y poner en marcha iniciativas de economía sostenible. Si podían ganarse la vida en su tierra y se ponían medios de seguridad para luchar contra mafias y señores de la droga, muchas de esas personas no se verían forzadas a emigrar.

El empresario había puesto cara de póquer y le había dicho que lo pensaría y le daría una respuesta a Pedro. Esperaba haber apelado a sus instintos solidarios y haber puesto su granito de arena para que el mundo fuera un poco mejor. ¡Qué ganas tenía de compartir las novedades con Ágata!

—Sí que tarda. —Un gritito a su lado le hizo darse cuenta de que no estaba solo. Sobresaltado, se sentó y vio que la caja de los dónuts estaba abierta y

casi vacía. La ladrona se alejaba corriendo árbol arriba—. ¡Me cago en la nieta de *Chip* y *Chop*! ¡Como te agarre, te pongo en órbita!

Se llevó la mano al bolsillo y respiró aliviado. Por suerte se había llevado los dónuts y no el anillo.

«Normal, Roberto. Es una ardilla, no una urraca.»

Estaba decidido a darle el anillo a Ágata en cuanto la viera. La reunión con el cliente le había elevado la moral. ¡Si es que estaba en racha! Habían conseguido la tiara en la Torre de Londres, su preciosa Gatita había sacado las uñas en el dormitorio y le había dejado el corazón marcado para siempre, había logrado sacar diez diamantes de un taller-búnker holandés, había roto su relación con Cristina sin dramas... Comparado con todo eso, pedirle matrimonio a Ágata no podía ser tan difícil, ¿no? No quería agobiarla, ni ponerle fechas; sólo deseaba demostrarle que se tomaba su relación en serio, que no era un capricho causado por el subidón de las aventuras.

«Sí que tarda...»

Se levantó y echó a andar hacia el carrusel.

¿Estás llegando ya? ¿Por dónde vas?

Ágata no leyó el mensaje y él frunció el ceño.

«Relájate. Ya vendrá.»

Siguió andando en dirección al zoológico para encontrarse con ella en la puerta. Le envió más mensajes, que tampoco respondió.

«Espero que haya cogido un taxi.»

iÁgataaaaa!

«No creo que haya venido andando.»

iiGatitaaaaaa!!

«Como se haya metido en Barnes & Noble ya no la recupero hasta que le entre hambre.»

Al cabo de una hora, estaba a punto de subirse a los árboles por hacer algo.

Había pasado treinta minutos charlando con la estatua de *Balto*, el perro esquimal, con quien sentía que había nacido una bonita amistad basada en el aburrimiento compartido. Cuando sonó el teléfono, se puso en pie de un salto y respondió sin mirar.

—¡Ágata! ¡Por fin! ¿Dónde estás?

—¿Ya la has perdido?

«¡Mierda!»

No era Ágata, era su padre.

—¡Pedro! ¿Qué tal? No, no la he perdido. —«Espero»—. Ha ido a... buscar un regalo para Cristina. ¿Querías hablar con ella?

—No, quería hablar contigo. Me ha llamado Melendreras.

Roberto tragó saliva. Era el momento de la verdad. Pedro no estaba gritando, y en principio ésa era una buena noticia, pero lo conocía y sabía que a veces una aparente calma sólo era señal de que la tormenta estaba creciendo.

—Y... ¿qué tal?

—¿Tú qué crees, Roberto?

«¡Ay!»

—¿Bien? —intentó.

—Pues no, Roberto, no. ¡Como el puto culo! Me ha dicho que si había contratado a un cooperante de Greenpeace en vez de a un abogado.

«¡Mierda, mierda, mierda!»

Roberto se mordió el puño.

—Yo...

—¡Ni yo ni ya! El bufete Veragua se ocupa de cumplir las instrucciones de los clientes. Ellos saben lo que quieren, no necesitan que hagamos de monjitas de la caridad... ¡Para eso ya están las monjitas de la caridad! ¿Estás seguro de que quieres seguir trabajando con nosotros, Roberto?

—Claro que quiero trabajar en el bufete, Pedro, pero no todo vale.

—¿Me estás dando lecciones, niñato? —Se oyó un grito femenino a lo lejos—. Joder, ¿y ahora qué pasa?

Pedro no colgó, pero fue en busca de su esposa. Al acercarse a ella, su voz llegó hasta Nueva York. También la de Cristina. A Roberto se le erizó el vello. No sabía qué estaba pasando, pero las vibraciones que recibía a través del teléfono eran de alarma.

—¡Pedro! Pedro, ¿qué pasa?

Nada. Sólo gritos y lloros al otro lado de la línea.

«¡Joder, joder, joder!»

—¿Roberto?

—¿Cristina? ¿Qué demonios está pasando?

—Han secuestrado a Ágata.

Por suerte tenía un banco detrás, porque las piernas dejaron de sostenerlo. Sentado, recuperó el móvil, que se le había caído de la mano por el shock.

«No puede ser.»

—Dime que es otro de tus inventos, Cristina.

Su exnovia y cuñada suspiró.

—Ojalá lo fuera.

—¿Otra vez esos hijos de puta? —exclamó—. ¿Qué quieren ahora?

—¡No! ¡No son los mismos secuestradores! —El tono alterado en la voz de Cristina le extrañó.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has hablado con ellos?

—He... he oído la voz mientras hablaban con mi madre. ¡Te digo que no son mis secuestradores!

La actitud de Cristina era de lo más extraña.

—¿Te has encariñado de ellos? Tú tienes síndrome de Estocolmo, Cristina. —Se sintió mal por haberse desentendido de ella después del secuestro, pero la culpabilidad sólo le duró hasta que recordó que estaban en Nueva York por Cristina y su idea de apoderarse del diamante Orlov—. ¿Dónde tienen a Ágata? ¿Qué piden por ella? ¿El puto Orlov?

«Joder, si es que Felicity tenía razón. La maldición del diamante ya ha caído sobre nosotros.»

—Roberto. —Volvía a ser Pedro, sonaba desesperado—. Esta pesadilla no va a acabar nunca.

—No te preocupes. Lo último que me ha dicho Ágata antes de desaparecer ha sido que había guardado el Orlov en la caja fuerte de la habitación. ¡Voy para allá! Queda con los secuestradores y hacemos el intercambio ya mismo. Y diles de mi parte que, como le pongan un dedo encima, ¡se lo arranco con los dientes!

Pedro pensó que cuando era Cristina la secuestrada, nunca lo había visto ponerse así, pero no hizo ningún comentario.

—No sé de qué Orlov hablas, pero no es eso lo que quieren.

Roberto, que se había puesto ya en marcha hacia el hotel y había estado a punto de cortar la llamada, frunció el ceño. Se detuvo en seco y suspiró.

—¿Qué quieren que robe ahora?

—No te lo vas a creer.

Por un momento, Roberto se vio asaltando la reserva de oro en la cámara acorazada de Fort Knox.

«De algo hay que morir», se dijo suspirando.

—Dicen que falta un diamante en la tiara.

—¿Qué tiara?

—La de las Chicas de Gran Bretaña e Irlanda.

Roberto abrió mucho los ojos.

—¿Perdón? ¡¿Nos hemos vuelto todos locos?! ¿Qué se piensan?, ¿que esto es Amazon, que puedes devolver el producto si llega abollado? Hijos de la gran...

—Dicen que uno de los diamantes ha sido sustituido por un cristal de Swarovski y que, tal como está, no les sirve para nada. O entregamos el diamante original o...

Roberto arañó el suelo con los pies. Se sentía tan enfurecido como el toro de Wall Street. Lo veía todo rojo. Un carrusel de imágenes le cruzó la mente a toda velocidad hasta que empezó a darle vueltas la cabeza. Buscó una pared

donde apoyarse, pero no había ninguna cerca y acabó buscando apoyo en una farola. El suelo se movía como si viajara en un barco.

Un barco.

Un barco en el Támesis al pie de la Torre de Londres.

La tiara.

La tiara en manos de Guille mientras le ponía a Carmen un anillo en el dedo. Según él, un anillo de Swarovski.

¿O no?

—¡Qué hijo de puta el Guille!

—¿Roberto?

—Pedro. —Inspiró muy hondo y soltó el aire—. Sé dónde está el diamante, pero yo solo no puedo encontrarlo. Necesitamos ayuda.

—¿Llamo a mi amigo el comisario?

—Llámalo, pero necesitamos a alguien más arriba. ¿Conoces a alguien en la Interpol?

Una jaula de oro

Roberto se subía por las paredes. No sabía cuántas horas habían pasado desde que Pedro le había dicho que no se moviera del hotel hasta que volviera a ponerse en contacto con él, pero a él le parecieron semanas.

Había recorrido la habitación tantas veces que había perdido la cuenta. La conversación con su madre le había removido la conciencia, llevándole a la memoria capítulos de su infancia y su adolescencia que había tratado de olvidar con muchas ganas.

La primera vez fue un Maxiroll, una larga tira de chicle que iba enrollada en una caja roja con un superhéroe dibujado. Estaba harto de que sus compañeros de clase llevaran chuches y pastelitos a clase y de tener que esperar a que alguno de ellos se estirara para probarlos. En casa nunca faltó comida, pero tampoco sobraba el dinero y sus padres —buena gente, gente austera— no estaban para caprichos.

«Eso son mierdas empaquetadas —le decía su padre—. Una buena rebanada de pan con aceite, sal y una onza de chocolate. Eso es una buena merienda, no esas chuminadas que ni quitan el hambre ni *ná*.»

Ahora le daba la razón, pero a los diez años habría matado por un Bollycao. Bueno, a matar evidentemente no había llegado, pero a robar sí.

A las chuches y los pastelitos les siguieron los discos en El Corte Inglés. Estaba harto de que los pijos de la clase tuvieran siempre la música más molona en sus fiestas, recién llevadas de Londres o de Nueva York. Pero cuando pedía dinero a sus padres para discos, la respuesta era: «Escucha la radio, que es gratis».

Luego llegaron las chicas. Y si le había parecido que el mundo era un lugar mal repartido antes, entonces ya quedó convencido. ¿Por qué las chicas sólo hacían caso de los que tenían moto?

«Sólo quería dar una vuelta con Olga, lo juro.» Tenía esa frase grabada en el cerebro. El día en que la policía lo detuvo por haber robado una moto, el mundo se le cayó encima. Lo peor, con mucha diferencia, fue la mirada de desprecio de Olga, la chica que le gustaba y a la que había querido impresionar tomando prestada la Aprilia RS 125 de Rafa, uno de sus compañeros de clase. Pero lo que vino después no se quedó atrás. Ver el disgusto y la decepción en los ojos de sus padres, los sermones inacabables del director de instituto y —lo peor de todo— las miradas de burla y desprecio de Rafa y de Olga, que a partir de aquello empezaron a salir juntos.

Sus compañeros le habían puesto de mote *Robbie Robaburras*, y había odiado ese diminutivo con toda su alma... hasta que Ágata empezó a llamarlo *Robbie* en sus conversaciones por Skype. Ella se había mudado a Inglaterra —empujada por su padre, que de tonto no tenía un pelo y quería apartarla de indeseables como Rubén y como él—, la vida londinense la fascinaba y en sus labios *Robbie* no sonaba a burla, sonaba...

«De puta madre», admitió.

Se tumbó en la cama y cruzó los brazos detrás de la cabeza. La mano dura de sus padres y del director y los profesores del colegio habían logrado enderezarlo. Había estudiado con ahínco y rabia para sacarse una carrera que le permitiera tener las cosas que creía que se merecía, y ahora... Ahora lo único que quería era poder volver a respirar el mismo aire que Ágata, pero la vida había elegido ese momento para recordarle por qué no se debía robar. El karma había decidido que no merecía tener en su vida a Ágata; se la había arrebatado sin piedad.

Cerró los ojos sintiendo una gran angustia. La idea de pasar el resto de su vida sin ella le resultaba insoportable. Por mucho que ella criticara el brillo y

defendiera lo mate, Ágata era pura luz, la luz que iluminaba su vida. Sin ella, su existencia se convertiría en un chapapote denso e insufriblemente mate.

Sintiendo que los pulmones se le encharcaban de oscuridad, saltó de la cama donde se había tumbado hacía menos de un minuto y volvió a recorrer la habitación del establecimiento situado en el K-Town neoyorquino. Si durante los días que había pasado allí con Ágata la habitación le había parecido el cielo en la Tierra, ahora se había convertido en una cárcel, un zulo, una jaula de oro.

Todo se burlaba de él: la ducha donde habían hecho el amor después de que ella lo asaltara por la espalda, montándose sobre él como un koala. Hizo una mueca que no llegaba a ser una sonrisa al recordar cómo habían resbalado y cómo, bajo el chorro del agua, se habían unido como dos leones celebrando la vida y la libertad.

«La libertad. Bonita palabra, pero ¿existe en realidad? Cuando somos niños deseamos crecer para hacer lo que queramos; de adultos, renunciamos a nuestros sueños para alcanzar metas..., pero ¿metas de quién?»

Se asomó a la ventana desde donde Ágata contemplaba la vida de la ciudad, que cambiaba a cada hora del día. Durante esos días se había convertido en un ritual. Ella se asomaba a la ventana y él se acercaba por detrás, jugaba con su coleta y se daba un festín con su cuello; sin duda su comida para llevar favorita de Nueva York. Lo malo era que otros también habían pensado lo mismo y se la habían llevado.

—¡Maldita sea! —Dio una doble palmada con las dos manos a lado y lado de la ventana.

Un aviso del WhatsApp hizo que se volviera a toda velocidad y cogiera el teléfono de la mesilla, donde se estaba cargando. Resopló al ver que era un mensaje de Fin, no de Pedro.

Conéctate a Skype en el ordenador. Ya sé que necesitas tener el móvil libre por si te llaman.

Aunque ya había hablado con Fin y Suso hacía horas y no tenía nada nuevo

que contarles, agradeció la distracción. Esta vez, cuando estableció conexión con ellos, la cara de Fer también apareció en la pantalla, con una expresión tan preocupada como la de sus compañeros de piso.

—Joder, tío —lo saludó Fer—, lo siento mucho.

—¿Alguna novedad? —lo interrumpió Suso.

—No, nada. Sigo esperando. Y vosotros, ¿habéis encontrado algo?

—Hemos entrado en un montón de foros sobre joyas legendarias.

—¿Hay foros sobre eso?

En la trastienda del Churrougham Palace, los chicos se miraron y sacudieron la cabeza.

—Hay foros sobre cualquier cosa, la cuestión es discutir —Fin se encogió de hombros—, pero de momento, ni rastro de la tiara.

—Seguimos buscando —añadió Suso—. Por cierto, muchos recuerdos de mi prima.

Roberto sonrió.

—Virgi..., qué maja. Ahora mismo no le diría que no a un trozo de su bizcocho especial para relajarme un poco.

Suso sacudió la cabeza.

—Ámsterdam, la ciudad del pecado.

Roberto frunció el ceño.

—¿Sabes a lo que se dedica, entonces?

—Pues claro —respondió el gallego.

—Ya decía yo. Hacen mucha falta las mujeres como ella en este mundo tan cargado de violencia y malas vibraciones.

—Desde luego. Me ha dicho que rezará con sus hermanas para que Ágata aparezca pronto sana y salva.

Roberto reaccionó enseguida.

—¡Claro! Claro, que recen, que recen... Toda ayuda es bienvenida.

Cuando acabaron de hablar, volvió a acercarse a la ventana y apoyó un brazo en el marco.

«La congregación del Glorioso Cirio Enhiesto», se dijo, sonriendo al recordar a las «hermanas» de Virgi, pero pronto la sonrisa le desapareció de la cara. Por mucho que pensara en otras cosas, Ágata siempre estaba presente en su mente. Y pensar en Ágata y en cirios a la vez no le hacía ninguna gracia mientras estuviera en manos de unos delincuentes de los que no sabía nada. Esperaba por su bien que no fueran violadores además de ladrones, o no pararía hasta...

«¡Te digo que no son mis secuestradores!», le vinieron a la mente las palabras de Cristina. Parecía tan convencida... ¿Qué demonios significaría eso?

—¡No aguanto más! ¡Tengo que salir de aquí!

Desenchufó el móvil, se lo metió en el bolsillo y se dirigió a la puerta para estirar las piernas aunque fuera hasta el vestíbulo.

Abrió con decisión, pero su paseo acabó antes de empezar. Un desconocido le cortaba el paso.

Cristal de roca

Toledo, España

Ven a los arcos. Te espero ahí.

Cristina se puso en pie de un brinco al leer el mensaje de Rubén.

«¿Los arcos?» Esas dos palabras hicieron aparecer en su cabeza un montón de recuerdos: su madre queriendo plantar cipreses para proteger la piscina del viento. Su padre jugando a doblar las puntas de los cipreses que habían sobrado para construir un pasillo de arcos vegetales. Ella de pequeña, jugando a casarse vestida de princesa pasando bajo los arcos. Besos robados por Rubén durante una noche jugando al escondite, lo que le descubrió que los villanos de los cuentos tenían su puntito...

Cuando su mente llegó al final de la película de recuerdos, reaccionó.

—¿Rubén? —susurró—. ¿Está aquí?

Se mordió el puño para contener un grito de alegría y se calzó para ir a su encuentro. Se había arrepentido un millón de veces de haber discutido con él. No recordaba por qué había sido, la verdad. Sabía que había estado muy asustada y perdida, y que necesitaba a su madre, pero en cuanto se sintió a salvo en su casa de Toledo, con sus geles y sus sales de ducha, su Elixir Ultime de Kérastase, que hacía que sintiera que su melena era de oro puro, sus polvos de maquillaje brillantes, su ropa preferida y sus zapatos de tacón, empezó a echar de menos hacer el paseíllo por la habitación para volver loco de deseo a Rubén al otro lado del valle. Saber que no había nadie admirándola detrás del telescopio le quitaba aliciente a la vida.

Bajó la escalera, con cuidado de no llamar la atención de sus padres, y salió por la puerta de la cocina. Rodeó la piscina, corrió hacia los cipreses y, al llegar al primer arco, un brazo salió disparado y la atrapó.

Cristina ahogó un grito que se convirtió en una sonrisa al ver a su hombre.

—Rubén —susurró.

—Cris. —Él le devolvió la sonrisa. Sosteniéndole la cara con las dos manos, hizo que sus bocas se fundieran en un beso que era pura hambre.

Ella gimió, echando las caderas hacia delante. Durante las últimas semanas estaba constantemente encendida. Le dolía el útero como si tuviera que venirle la regla. Tenía los pezones tan sensibles que había tenido que dejar de usar los sujetadores de encaje y había tenido que comprarse unos de algodón porque hasta el más leve roce le molestaba. Cuando Rubén se echó hacia delante, empotrándola contra el seto, las hormonas que la recorrían a todas horas se aceleraron. Se le doblaron las rodillas y sintió un vahído.

Él la sujetó por la cintura y la miró preocupado.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? ¿Una silla?

Cristina lo abrasó con la mirada mientras bajaba la mano y se apoderaba del único cetro que le interesaba.

—Esto es lo que necesito —susurró.

—Tuyo es —replicó él con la voz estrangulada.

Juntos, se desplomaron en el suelo.

Ella le desabrochó el pantalón.

Él le subió la camiseta y gruñó al notar que los pechos que tanto había echado de menos habían aumentado de tamaño. No tenía ninguna queja. Ninguna.

—Dios, Cristina, qué buena estás. —Se quedó contemplándola embobado.

Ella alargó la mano para agarrarlo. Lo del telescopio y el sexo a distancia estaba bien para calentar el ambiente, pero ya estaba bastante caliente, demasiado.

—No seas gañán y ven aquí de una vez. —El pecho le subía y le bajaba al

ritmo de su respiración alterada, haciendo las delicias de Rubén.

—¿Me has echado de menos, pantera?

Ella se echó hacia delante, lo cazó por la cintura de los vaqueros y se los desabrochó con habilidad.

—Siempre he sido más de práctica que de teoría, Rubén. Ven aquí, que te lo demuestro.

Él se resistió porque mucho se temía que, si se dejaba vencer por la gravedad, ya no habría quien parara. Si se dejaba caer sobre su cuerpo, no podría ni quitarse los pantalones ni quitárselos a ella. Se correría al instante, como el adolescente que siempre había estado obsesionado por esa mujer, su mujer.

—Cris, no sabes cuánto...

Ella lo hizo callar, tirando de él con fuerza, enredándole las caderas con las piernas y sonriendo con la boca pegada a sus labios.

—No me lo cuentes, demuéstramelo.

—¡Joder! —Rubén le deslizó las manos bajo las nalgas para pegarla más a su erección—. ¡A la mierda todo!

Ella gimió con fuerza cuando él empezó a embestirla con la fiereza de un toro. Sonrió cuando una oleada de un placer intenso la recorrió de arriba abajo.

«Sí, por fin. Por fin.»

—¡Ay! —Su gemido cambió de tono en el momento en que una de las bolas de ciprés que solía haber por el suelo empezó a clavársele a la altura de los riñones—. ¡Ay, Rubén! Para un momento. Las bolas. —Él, al borde del clímax, ni la oyó—. ¡Las bolas! ¡Para!

Lo que no lograron los gemidos de Cristina lo consiguió el contacto del metal en la nuca.

Rubén se quedó inmóvil mientras una voz desconocida decía:

—Policía. Suéltala o disparo.

Seguida de una voz por desgracia muy conocida:

—Las bolas te las voy a cortar yo a ti, Rubén. —Cristina cerró los ojos al oír a su padre, que siguió diciendo—: Ese retiro espiritual no te ha sentado nada bien. Ya le dije a tu padre que estaba tirando el dinero.

Rubén hundió la cara en el cuello de Cristina.

«Mierda.»

* * *

—¿Un mazapán, agente López? —ofreció Teresa al agente de la Interpol.

Los tres sofás en forma de «U» del gran salón de los Veragua estaban llenos, pero esta vez el tema de conversación no eran los problemas de fulanito con Hacienda ni los líos de menganita, que se había quedado embarazada de un tipo que no era su novio. ¿Para qué buscar chismes fuera si lo tenían todo en casa? Teresa no sabía en qué momento su familia se había convertido en un culebrón. Como las vecinas se enteraran, los Carrión y los Veragua iban a pasar a ser el tema favorito de conversación de todos los cigarrales de la provincia.

—No, gracias, estoy de servicio.

—¡No son bizcochillos borrachos, es mazapán! —Teresa estaba bastante animada.

Aunque cuando desapareció Cristina se había vuelto loca de preocupación, ver que su hija y Rubén habían ideado ese plan para poder sacar adelante su amor a pesar de la oposición de su marido le parecía de lo más romántico. Quería creer que Ágata había seguido los pasos de su hermana y que su desaparición era un truco para que Pedro diera su bendición a su relación con Roberto. Porque todos podrían decir misa, pero ella los había visto juntos y a una madre no se la engaña.

El agente López sonrió y aceptó un dulce por no hacerle un feo a la mujer, que bastante tenía con lo suyo. Aunque al principio había protestado cuando le asignaron el caso, empezaba a divertirse. Lo que *a priori* parecía un conflicto

familiar estaba resultando ser uno de esos casos con implicaciones internacionales que podían acabar en medalla.

—Recapitulemos —dijo cuando acabó de tragar el delicado mazapán. Cogió su libreta de notas y leyó—: Rubén Carrión y Cristina Veragua, amantes desde hace años —Pedro fulminó con la mirada al novio de su hija, que le sostuvo la mirada—, idearon el autosequestro de la segunda con ayuda de un socio al que sólo conocemos por su nombre en clave: Rasputín. El tal Rasputín era el contacto con una organización criminal, presumiblemente rusa, que daba las instrucciones. A cambio de una serie de joyas concretas, entre las que se encuentran una tiara de la reina de Inglaterra y diez diamantes holandeses, iban a ingresarles una elevada cantidad de dinero, dinero que, por lo que cuentan, ni ha llegado ni se espera que lo haga.

—Bobo, si es que el niño te ha salido bobo, Pablo —murmuró Pedro a su socio.

—No es el momento, Pedro. —Pablo le dirigió una mirada dolida—. ¿Tengo que recordarte que tu niña está tan metida en esto como mi hijo?

Una mirada del policía los hizo callar. Rubén y Cristina intercambiaron una mirada y se apretaron la mano.

—En aquel momento nos pareció buena idea —dijo ella—. Mi padre nos había prohibido salir juntos. De hecho, obligó a Roberto a salir conmigo.

—¿Quién es Roberto?

—Nuestro empleado —respondió Pablo—. Es abogado del bufete.

—Vale, el que estaba en Nueva York con su otra hija cuando la secuestraron. —El agente trazó unas líneas conectando conceptos en su libreta.

—Yo... yo no quería que secuestraran a Ágata. —Cristina tenía los ojos llenos de lágrimas—. ¿Quién se iba a imaginar...?

Rubén le rodeó los hombros con un brazo.

—¡Las manos quietas, Rubén! —exclamó Pedro, pero él, que estaba muy harto de que su suegro siguiera tratándolo como a un adolescente rebelde, se plantó.

—No.

Pedro alzó las cejas.

—¿No?

—Cristina es mi mujer.

Teresa e Inés contuvieron el aliento.

—¿Os habéis casado a escondidas?

—No nos hemos casado oficialmente, pero ella me quiere, yo la quiero desde siempre y está esperando un hijo mío. Es mi mujer le pese a quien le pese.

—¿No te da vergüenza? —dijo Pedro para machacarlo.

—Mucha. Me da mucha vergüenza haber aceptado tus condiciones, Pedro. Te crees que sabes lo que nos conviene a todos, impones tu voluntad como si fueras un rey y los demás tus súbditos, pero no se puede esclavizar al corazón.

El silencio se alargó unos instantes. Cristina estaba mirándolo emocionada. No habían tenido tiempo de hablar, pero Rubén y ella se conocían tanto y desde hacía tanto tiempo que se comunicaban con una mirada o un apretón de manos. Ella también se avergonzaba de no haberle plantado cara a su padre. Se había autoconvencido diciéndose que era divertido mantener una relación clandestina, pero ya no. Ya no eran dos críos aburridos. Al cabo de unos meses serían padres y ese bebé necesitaba una madre con las ideas claras y los ovarios bien puestos para defenderlas.

Pedro se había puesto de pie furibundo.

—¡Egoísta como siempre! ¿No has pensado en Roberto? ¡Qué disgusto le vais a dar al pobre!

Rubén y Cristina le dirigieron una mirada de incredulidad mientras Teresa ponía los ojos en blanco.

—Pedro, cállate ya —le ordenó a su marido.

—Y me llama *bobo* a mí... —murmuró Rubén.

—Roberto está saliendo con Ágata —le comunicó Cristina.

—¡No! —exclamó Pedro.

Rubén se sacó el móvil del bolsillo y le mostró a su suegro la foto de Roberto y Ágata besándose en la gran noria londinense.

—¡Lo mato!

—Señor Veragua, cálmese. —El agente no perdía detalle de las dinámicas familiares. Si algo le había enseñado la profesión era que, detrás de un secuestro o un asesinato, más de una vez se escondían rencillas familiares—. Lo importante es encontrar a su hija pequeña cuanto antes. —Se volvió hacia Rubén—. ¿Tiene alguna foto del tal Rasputín?

—No, no se dejaba hacer fotos. —Cristina frunció el ceño al recordarlo.

—Durante el viaje, tal vez, pero yo sí tengo fotos en las que sale — comentó Inés, la madre de Rubén, una mujer tan discreta que todos se extrañaban cuando abría la boca.

López se volvió hacia ella.

—¿Le importaría enseñármelas?

—Las tengo en casa, en el álbum de fotos de la boda de la nena.

—¿Rasputín estuvo en la boda de su hija?

—¡Claro! —exclamó Teresa—. Era el ilusionista. Yo también tengo esas fotos, un momento.

Mientras Teresa iba a buscarlas, el agente López hizo que Rubén le repitiera los datos del último robo, el de las coronas y el cetro suecos. Nadie tenía ni una pista de esa desaparición. Sus superiores iban a estar encantados con la noticia.

—Aquí tiene, agente. —Teresa le plantó un álbum de fotos sobre las rodillas—. Éste es el tipo que hizo desaparecer a Cristina.

López abrió mucho los ojos.

—Vaya, vaya.

—¿Lo reconoce? —preguntó Rubén.

López asintió.

—Es un viejo conocido de la Interpol; escurridizo como una anguila.

—¿Es un famoso ladrón de joyas? —preguntó Cristina.

El agente López no respondió.

—Si me permiten, tengo que hacer una llamada confidencial. ¿Puedo usar su despacho?

La oscuridad no existe, es la ausencia de luz

En un contenedor, en un lugar desconocido

Oscuridad total. Oscuro como un cielo sin estrellas, como el armario ropero de un gótico, como el alma de Voldemort. De pronto se abrió una ventana en lo alto y entró un haz de luz blanca, pura, liberadora. La voz de Roberto rompió el silencio.

—No te rindas —le dijo—. La oscuridad no existe; es la ausencia de luz. Algo que no existe no puede acabar contigo.

—¡Robbie, sácame de aquí!

Ágata alzó la mirada hacia la ventana que se había abierto en su cárcel metálica, pero era otra trampa de su mente; seguía encerrada a oscuras.

Había perdido la noción del tiempo y del espacio. Suponía que estaba dentro de un contenedor, donde alguien la habían dejado inconsciente. Al despertar y comprobar que nadie respondía a sus gritos, había encontrado palpando una manta, una caja con botellas de agua y paquetes de galletas.

Si pensaba que estar en ese contenedor a oscuras era lo peor que podía pasarle, cambió de idea cuando alguien —mediante una grúa, se imaginó— trasladó el contenedor, que empezó a dar bandazos hasta que lo depositaron en otro lugar. Gritó y gritó hasta quedarse ronca, pero nada. Nadie la oyó. La grúa soltó otro contenedor encima del suyo, sobresaltándola y haciéndola gritar. ¿Cuántos tendría por debajo? No lo sabía.

Se sentó en su rincón, con su manta, a la que le había puesto de nombre *Linus*, en homenaje al personaje de Charlie Brown que no se separaba de la

suya. Ahora sabía lo que Linus sentía por esa manta, lo más parecido a un compañero en ese horrible lugar, lo único que le proporcionaba calor aparte de los recuerdos de Roberto.

Su cabeza había tenido tiempo para imaginarse mil escenarios.

Lo último que recordaba era haber guardado el diamante Orlov en la caja fuerte de la habitación del hotel, haberle enviado un mensaje a Roberto y haber entrado en el ascensor para bajar a la calle. En el ascensor había un hombre, alto, ancho de espaldas, con traje oscuro. No le vio la cara porque la tenía agachada. Ya no recordaba haber llegado al vestíbulo.

A partir de ahí, sólo había existido la oscuridad.

Oscuridad total y absoluta.

Nunca se había imaginado que echaría tanto de menos la luz y el brillo.

«Si salgo de ésta, cerraré el blog. O le cambiaré el nombre. Haré un manifiesto en todas las redes sociales renegando de mis convicciones. Muera lo mate. Viva el brillo. *¡Brilli-brilli forever!*»

Se obligó a comer una galleta, aunque las aborrecía casi tanto como a la oscuridad. Llevaba días sin probar otra cosa. ¿Dos, tres, cuatro días? No lo sabía, pero se le habían hecho eternos.

Iba en un gran barco, eso lo tenía claro. Por suerte, el oleaje no era exagerado. No quería imaginarse que se encontraran con una tormenta o un huracán. ¿Adónde se dirigirían? ¿A Europa? ¿O tal vez a Sudamérica?

Suspiró. No tenía ni idea de dónde se encontraba.

Las últimas experiencias la estaban ayudando a conocerse mejor. Durante unos días pensó que le gustaba la vida aventurera, pero se había dado cuenta de que vivir aventuras sin Roberto al lado no le gustaba nada.

«Conclusión: lo que me gusta es estar con Robbie, aunque sea viviendo aventuras.»

Volvió a suspirar y bebió agua, porque se le estaba secando la garganta con tanto suspiro.

Se obligó a confiar en que alguien sabía dónde estaba. Se obligó a creer

que alguien la recogería en el puerto de llegada, porque la otra alternativa era que la hubieran metido en un contenedor con destino a algún lugar remoto, como Australia o la Antártida... Un lugar donde nadie la esperara y donde tal vez nadie se molestara en abrir la puerta nunca más.

La respiración se le alteró como cada vez que la claustrofobia la asaltaba. De vez en cuando se ponía a calcular la capacidad del contenedor, el oxígeno que consumía con cada inspiración, y la angustia la volvía loca.

Quería acabar con aquella pesadilla.

—¡Abran la puerta! ¡Quien sea! Si me han de matar, mátenme de una vez, pero sáquenme de aquí.

«¡Ágata! ¡Gatita! Nada de rendirse. Tú y yo vamos a tener una vida larga y feliz juntos cuando todo esto acabe. ¿Me oyes?»

Gimió, abrazándose a *Linus*.

—Te oigo, Robbie, pero ¿cómo vas a encontrarme si ni yo sé dónde estoy?

«Dile a tu corazón que siga latiendo. Mientras tu corazón siga latiendo, el mío sabrá encontrarlo. ¡Prométemelo! ¿Me lo prometes, Gatita?»

Ella se secó una lágrima.

—Te lo prometo, Robbie, pero date prisa.

La madre de todos los diamantes

—*Going anywhere?* —preguntó el tipo alto, con barba de pocos días, que le impedía el paso.

Roberto se puso a la defensiva.

—¿Si voy a alguna parte? Pues sí, ¿algún problema? ¿Quién eres? Y puedes dejar el inglés, porque tú eres tan americano como yo.

El tipo, que le recordaba a Hugo Silva, le dirigió una sonrisa sarcástica que no le iluminó los ojos.

—Muy agudo. Les diré a mis superiores que trabaje para nosotros.

—¿Y quiénes sois vosotros?

—Somos los que hacemos las preguntas aquí. —Roberto tuvo un *flashback*. Los agentes de la Policía Municipal que lo había detenido por el robo de la Aprilia, las preguntas, los papeles que tuvo que firmar cuando lo ficharon, la eterna espera hasta que llegaron sus padres...—. ¿Puedo pasar?

Luchando por controlar el sudor frío, se hizo a un lado.

El tipo entró y empezó a examinarlo todo sin tocar nada.

—Soy Mario Silva, Interpol. —Le mostró la placa con desgana.

Roberto inspiró hondo.

«No viene a detenerte, idiota. Viene a ayudar a localizar a Ágata. Espabila.»

—Roberto Bravo.

—Eso me han dicho.

«Joder, joder. Este tipo es el que va a ayudarte a recuperar a Ágata. Empieza de nuevo.»

—¿No será pariente de Hugo Silva?

El policía se rio por la nariz.

—No, pero me lo dicen mucho. ¿La señora Veragua desapareció en esta habitación?

Roberto frunció el ceño, preguntándose qué pintaba la esposa de Pedro en todo eso, hasta que se dio cuenta de que se refería a Ágata.

—No, bueno, no lo sé seguro, pero creo que no.

A lo largo de la siguiente media hora, Roberto puso al día a Mario de todo lo que había pasado desde que Cristina desapareció en el cigarral de sus padres. Aunque a medida que lo iba contando le sudaban las manos pensando que era imposible que alguien se creyera una historia tan rocambolesca, al acabar comprobó sorprendido que el agente asentía.

—Mis compañeros en España han hablado con su jefe y con Rubén, su compañero de trabajo.

—¿Rubén? ¿Ha vuelto de su retiro espiritual?

Mario sacudió la cabeza.

—¿Le apetece beber algo?

—¡Dios, sí!

—Vamos al bar. Tengo que ponerlo al día de un par de cosas.

* * *

—Cristina se autosecuestro —murmuró Roberto por tercera vez. Tal vez a base de repetírselo acabaría asimilándolo.

—Con la colaboración de su amante y del socio de ambos.

—Rasputín.

—Exacto. —Le mostró una imagen en el móvil—. ¿Lo reconoce?

Roberto se echó hacia atrás en la silla, abrumado por la intensidad de las sensaciones y las emociones que le provocó la foto. Sí, lo reconocía, aunque el tipo era hábil cambiando de aspecto. Lo había visto como ilusionista, con

capa y chistera, entreteniendo a los niños en la boda de Inés e Iván. En Ámsterdam, con gafas de sol azules y peluca. Y juraría que era uno de los dos hombres vestidos con túnicas negras que habían subido con ellos a la cabina del London Eye. ¡Y el otro había sido Rubén!

—Lo único que tenían de monjes era el hábito —murmuró, sacudiendo la muñeca y haciendo sonar los cubitos de hielo en la copa de bourbon. Iluminados por las luces indirectas del local, a Mario le recordaron icebergs al atardecer.

—¿Cómo dice?

Roberto le contó todo lo que recordaba del tal Rasputín: la boda, el breve contacto en la noria y la conversación en la discoteca del A'DAM Lookout.

—¿Cree que Rasputín está detrás del secuestro de Ágata? —le preguntó al acabar la explicación.

El agente Silva tardó unos segundos en responder.

—Es posible.

—Lo tenían fichado, ¿es... es un delincuente peligroso?

No hacía falta ser agente de la Interpol para darse cuenta de la angustia que sentía el abogado, que estaba a punto de romper el vaso de tanto apretarlo.

—En teoría, no es un delincuente.

Roberto alzó las cejas.

—¿Perdón?

—Es hijo de un famoso científico, muy ligado a la Agencia Espacial Rusa.

Roberto tardó unos segundos en procesar la nueva información.

—¿Y eso es bueno o es malo?

—Buena pregunta.

* * *

Al día siguiente, Roberto soltó una maldición de alivio cuando llamaron a la puerta de la habitación de hotel.

Iba vestido con pantalón de deporte y sin camiseta. Llevaba dos horas entrenando en el cuarto, matándose a abdominales, sentadillas y todo lo que se le ocurrió para pasar el tiempo. Desde que Ágata no estaba en su vida, los minutos le parecían horas y las horas..., una jodida tortura.

Se incorporó de un salto, se limpió las manos en la tela del pantalón, por encima de las nalgas, y abrió la puerta.

El agente Silva alzó una ceja.

—Roberto —lo saludó mientras entraba—. Estás en forma. —Habían empezado a tutearse el primer día, de manera natural—. ¿Seguro que eres abogado y no agente secreto?

Él resopló mientras iba a buscar una toalla al baño para secarse el sudor de la cara.

—Yo ya no sé qué soy. ¿Hay novedades?

—Sí.

Roberto apretó el puño, ansioso por oírlas, pero se lo llevó a la boca y se lo mordió para contener la impaciencia cuando el agente Silva recibió una llamada y respondió. A Roberto la inactividad le estaba resultando insoportable. Habría preferido asaltar Fort Knox a tener que estar mano sobre mano, esperando a que encontraran alguna pista que seguir.

—Super López —saludó a su compañero, el que estaba ocupándose del secuestro de Ágata desde España—. Sí, lo he recibido. —Escuchó en silencio—. Ajá. Perfecto. Vamos para allá. Super Mario al rescate. —Colgó la llamada.

—¿Super López? ¿Super Mario?

El agente disimuló una sonrisa.

—Cosas nuestras. —Le hizo un gesto para que se levantara—. Buenas noticias: un confidente ha respondido a la oferta de recompensa. Han encontrado una pareja que coincide con la descripción de Carmen y William Fitzpatrick Bridgewater Cramborough.

Roberto sintió que le quitaban un peso del corazón y los pulmones. Por

primera vez en tres días pudo hacer una inspiración profunda.

Se levantó y se dirigió junto a Mario a la salida.

—¿Dónde están?

—Por el camino te lo cuento. Recoge tus cosas... El Orlov también.

El día anterior, Mario había querido ver el diamante mientras recogía información del caso, pero Roberto le había dado largas. Siempre había pensado que no era supersticioso, pero era difícil no relacionar la desaparición de Ágata con la maldición del diamante, por mucho que los secuestradores reclamaran un diamante de la tiara que, en comparación, era diminuto.

Pero había llegado el momento. Tenían que irse del hotel. Si de él hubiera dependido, habría dejado el maldito pedrolo en la caja fuerte. Es más, habría llamado a un cerrajero para que sacara la caja tal como estaba y la tirara al mar, pero el diamante no era suyo. Era de Ágata y, teóricamente, acabaría siendo de Cristina.

«La madre que la parió..., que es mi suegra... Una santa, pero su hija, una loca. Sí, ya. Más loca su otra hija por hacerle caso. ¿Y yo? Lo mío ya no tiene nombre.»

—¡Roberto! ¡Abre la caja!

Él inspiró hondo, marcó la combinación que habían elegido Ágata y él juntos —la fecha del día que habían hecho el amor por primera vez en la habitación de Ágata, sobre el Churvingham Palace— y abrió conteniendo el aliento y entornando los ojos. Había esperado que salieran rayos y truenos, espectros milenarios, risas fantasmagóricas o polvos de ántrax, pero no. La caja no era ningún templo maldito ni él era Indiana Jones.

—¿Me permites? —Mario, harto de esperar a que Roberto reaccionara, sacó el estuche y la carpeta que contenía la documentación legal. Lo llevó todo a la mesa y lo depositó allí.

Mientras Roberto se daba una ducha rápida y recogía sus cosas, Mario hizo fotos y tomó huellas dactilares de la caja fuerte, el estuche y la carpeta.

—Vamos. Abre el estuche; yo haré fotos.

Roberto se negó.

—Paso. Si quieres abrirlo, ábrelo tú; yo no me acerco ni con un palo.

Mario le dirigió una mirada divertida.

—No parecías un tipo supersticioso.

—¿Tienes novia, Super Mario?

El brillo en los ojos del agente murió de un modo tan brusco y repentino que Roberto se arrepintió de habérselo preguntado.

—Una en cada puerto, abogado.

—Pues, si tuvieras novia y la vieras desaparecer el mismo día que el puto diamante entró en su vida, tal vez también te volverías supersticioso.

Mario chasqueó la lengua y, al abrir el estuche, soltó un larguísimo silbido.

—Jesús, María y José —exclamó. Y no había para menos.

Aunque se había tapado los ojos con la mano, Roberto separó los dedos al oírlo y quedó impresionado por la belleza de la gema, que, aunque negra, soltaba destellos azules o verdes según le diera la luz.

—Joder —murmuró, sintiéndose atraído por la gema—. Qué preciosidad. Empiezo a entender a Gollum.

—Muy impresionable eres tú —comentó Mario, sacándole fotos a la piedra desde todos los ángulos—. Pero tienes razón, es una pasada.

El agente acabó de fotografiar el diamante y los documentos que transferían la posesión a Ágata. Todo estaba en orden, todo menos la nueva dueña.

Cuando Mario dijo que él se encargaría de custodiar el diamante porque Roberto y la propietaria no tenían ningún vínculo, Roberto había apretado con rabia la caja con el anillo de compromiso que llevaba en el bolsillo. Aunque en comparación era un anillo ridículo, casi sin valor, estaba seguro de que, si le diera a elegir a Ágata uno de los dos, elegiría el suyo.

—No —había respondido con decisión.

—¿No? —Mario había alzado una ceja y había dejado a la vista la correa de la funda donde guardaba la pistola, como quien no quiere la cosa.

—Ágata es mi mujer. Aún no nos hemos casado, pero ése es un detalle que solucionaré en cuanto la encuentre.

—Muy seguro te veo. Sabes que la mayoría de las desapariciones de personas son voluntarias, ¿verdad?

Sí, lo sabía. Una vocecita muy cabrona que vivía en lo más hondo de su mente no paraba de recordárselo de vez en cuando. Pero si la voz era tozuda, él lo era más.

—Ágata no. Si hubiera querido irse, me lo habría dicho. No nos ataba nada, nada más que las ganas de estar juntos. —Inspiró hondo—. Además, de haberse ido sola a empezar una nueva vida, no se habría dejado el diamante aquí, ¿no? Digo yo.

Mario le entregó el estuche.

—Supongo.

Roberto aceptó el diamante maldito con prevención y se lo guardó en la mochila.

—Si tanto miedo te da, ¿por qué no dejas que lo guarde yo?

—Es mi responsabilidad.

El policía se encogió de hombros.

—Sabes que te tenemos chipado y te estamos controlando, ¿no?

Roberto le dirigió una mirada asesina.

—¿Chipado? ¿Qué te crees que soy?, ¿un chihuahua?

—Pues no me extrañaría. Protestas más que un perro enano de ésos. Anda, vamos de una vez.

—Eso digo yo. ¿Me vas a decir de una puta vez adónde vamos?

Una bola de discoteca entre cocoteros

Panamá, temporada de huracanes

El Land Rover dejó atrás la ciudad. Las nubes eran cada vez más densas; la humedad, exagerada. En Nueva York hacía calor, pero nada comparado con esa sensación de estar cociéndose al vapor.

«Y eso que está atardeciendo. No quiero imaginarme el bochorno aquí a las tres de la tarde.»

El corazón de Roberto latía con fuerza. Mario y él habían tomado un vuelo en el aeropuerto John F. Kennedy que los había dejado en el de Tocumen. Habían cruzado la capital de Panamá, que lo había sorprendido por los altos rascacielos de formas curiosas que crecían no muy lejos de casas coloniales. Pero no se habían entretenido en hacer turismo y se acercaban rápidamente al puente de las Américas mientras Mario le contaba la historia del canal de Panamá.

—Imposible saber la de vidas de marineros que se habrán salvado al no tener que bordear Sudamérica por el cabo de Hornos.

Al fijarse en la pantalla del GPS, algo llamó la atención de Roberto.

—¿El canal va de norte a sur? —preguntó interrumpiendo a Mario.

El policía lo miró de reojo.

—O de sur a norte, sí.

—Siempre pensé que iba de este a oeste.

A Mario se le escapó una discreta risa por la nariz.

—Sí, eso es muy nuestro. Nos quejamos de que los estadounidenses

piensan que España está en Sudamérica, pero nosotros no nos molestamos ni siquiera en ampliar lo suficiente el mapa para fijarnos en eso. América es un continente fascinante, riquísimo y muy complejo.

Roberto había vuelto a mirar por la ventanilla. El canal, que en algunos puntos se estrechaba hasta permitir tan sólo el paso de un barco, era en ese punto una amplia desembocadura que se fundía con el océano Pacífico. Un inmenso barco carguero, donde se apilaban contenedores como si fueran piezas de Lego, pasaba bajo el puente.

El atardecer, el sol iluminando las aguas, el carguero que avanzaba con parsimonia... Visto desde fuera parecía una estampa relajante, pero el corazón de Roberto cada vez latía con más fuerza. Sintió un cosquilleo en las palmas. Inquieto, se las frotó en los muslos para librarse de la incordiante sensación.

—Ya veo que no te importa mucho la historia del canal —comentó Mario.

—En otro momento me encantará oírla, pero ahora sólo puedo pensar en Ágata. ¿Falta mucho para llegar al sitio ese?

—No, dentro de media hora estamos ahí.

Roberto asintió.

Y, aunque tuvieron que detenerse varias veces durante el camino, porque primero un puerco espín y luego un caimán decidieron que la carretera era el sitio ideal para empezar la noche, una hora más tarde llegaban a su destino.

Roberto bajó del coche. Aunque el atardecer había sido corto y la noche había caído con rapidez, el local que se alzaba —poco— ante ellos estaba muy animado. Entre un par de cocoteros habían colgado una cuerda, de la que a su vez colgaba una bola de discoteca que daba vueltas movida por el viento y reflejaba la luz de los faros de los coches aparcados frente a la entrada. La animada música que salía a través de la puerta abierta no era salsa, reggae ni reggaetón.

—*A Copa do mundo é nossa, com brasileiro não há, não há quem possa.*

Roberto miró a Mario con el ceño fruncido.

—Anda, ven, te presentaré al agente Vinicius. No te dejes engañar por su

aspecto de hippie trasnochado. Es una institución.

—¿Una institución para quién?

El policía, que parecía encantado de estar allí, le pasó un brazo por los hombros y Roberto miró la mano que se había posado en su hombro como si fuera una araña tropical. Mario se echó a reír y lo soltó.

—Bienvenido al Berimbau. Pasa, escucha y aprende.

Negro mate

Ágata gruñó cuando el barco volvió a detenerse. Durante la última hora había disminuido muchísimo la velocidad, a ratos incluso se detenía por completo. La primera vez se había puesto en pie y había empezado a dar gritos y golpes en las puertas, pero cuando la embarcación se puso de nuevo en marcha poco después, la desesperación se apoderó de ella.

Cuando paró por segunda vez, volvió a levantarse y gritó un poco, pidiendo ayuda, pero con menos fe. La tercera vez, mandó a quien fuera que estuviera moviendo los hilos de su vida a la mierda y dio media vuelta en el suelo, tumbada sobre la manta, tratando de dormir.

Ésa era la cuarta vez que se detenía, si no se había descontado, que también podría ser. Suspiró y dudó.

«¿Me levanto a mear o me aguanto un poco? Va, levanta.»

Cuando se acabó la primera botella de agua, decidió que no encontraría un lugar mejor donde aliviarse. A partir de entonces, guardaba las botellas de agua a un lado y las botellas reconvertidas en váteres de emergencia al otro para no confundirse.

«Esto es reciclaje y lo demás son tonterías», se dijo para animarse mientras vaciaba la vejiga.

Tap.

Tap.

Tap.

Un ruido distinto de los habituales del barco le llamó la atención. Desde que se había quedado a oscuras, los demás sentidos se le habían agudizado. Si

duraba mucho el maldito encierro, acabaría con las orejas más grandes que un murciélago.

Tap.

Tap.

Tap.

El ruido era regular, y cada vez estaba más cerca.

Tapó la botella, la dejó en el suelo y se recolocó la ropa lo mejor que pudo, tratando de no pensar en las ganas que tenía de ducharse y cambiarse de ropa.

Cuando el ruido se detuvo a su altura y, poco después, alguien empezó a manipular los grandes pestillos que la encerraban, las sensaciones que la invadieron fueron tan intensas y contradictorias que tuvo que apoyarse en la pared a su espalda para no caerse al suelo. Por un lado quería chillar, pidiendo ayuda, pero la garganta se le había cerrado de golpe. Otra parte de ella le estaba gritando que huyera, que se escondiera detrás de las cajas más altas. La sensación de amenaza, de peligro, era muy intensa. Un sudor frío le cubría la espalda y se le había erizado el vello de la nuca mientras se estremecía varias veces.

Cuando la puerta se abrió, pensó que la cegaría la luz del sol, pero al parecer era de noche. Lo que la cegó fue el haz de luz de una linterna. A falta de todo, cogió la botella que acababa de rellenar como arma arrojadiza. No era gran cosa, pero mejor que nada.

Un xilofón de colores brillantes

Durante unas horas, Vinicius —el contacto de Mario— no había podido apartarse de la barra. Tampoco parecía tener prisa. Estaba en su salsa, tatareando las canciones de Vinicius de Moraes, Maria Creuza, Toquinho o Maria Betania que sonaban por los altavoces. A su espalda se alineaban botellas de ron, vodka y, sobre todo, cachaza. De vez en cuando se volvía hacia las botellas y golpeaba en ellas con las largas cucharas de mezclar los cócteles, como si fueran un gran xilofón de colores brillantes.

Mientras esperaban a que el dueño del bar quedara libre, Mario le contó a Roberto que el gigantón de aspecto bonachón, con larga melena que llevaba peinada en gruesas y largas rastas, había sido un emprendedor que, con veinticinco años, había ganado su primer millón de dólares.

Roberto había mirado al camarero con más atención. Tenía los hombros anchos y llenos de tatuajes, que le asomaban bajo la camiseta de tirantes y continuaban por los brazos.

—¿Y qué hace un millonario brasileño en Panamá?

Mario se rio dentro del vaso.

—¿Quién te ha dicho que sea brasileño?

—¿No lo es?

—Tanto como tú o como yo.

—¿Es español?

Mario asintió.

—De Badajoz. Emigró a Brasil a los veinte años. Era joven, guapo y decidido, y las cosas le fueron muy bien.

—Hasta que...

Mario no dijo nada. Cuando su mirada se encontró con la de Vinicius, alzó la copa en un brindis silencioso.

—Hasta que empezaron a irle mal —continuó—. Comenzó a frecuentar los círculos de la alta sociedad, fiestas, clubes de campo. La vida le sonreía: yates, fiestas con futbolistas famosos, mujeres preciosas..., y un día se enamoró.

Roberto alzó las cejas.

—¿Eso es ir mal?

—Si el amor no es sincero ni correspondido, es lo peor que le puede pasar a uno. Mira a tu alrededor.

El local estaba lleno de hombres. Algunos hablaban, otros jugaban a las cartas o a los dardos, pero la mayoría parecían estar teniendo una conversación muy profunda con sus copas.

—¿Adónde me has traído? ¿Al club de los corazones solitarios?

Mario negó con la cabeza.

—El mundo está lleno de clubes de corazones solitarios. Vinicius se enamoró de una mujer morena, preciosa, alegre como el carnaval de Río que se llamaba Rita, y se volcó en ella. Le dio lo que tenía y, cuando no fue suficiente, quiso darle lo que no tenía.

Roberto bebió en silencio.

—Vinicius no lo sabía —siguió contando Mario—, pero Rita lo estuvo manipulando desde el principio. Ella también estaba locamente enamorada, pero no de él. Su amante y ella se aprovecharon de la pasión que cegaba a Antonio...

—¿Quién es Antonio?

Mario señaló hacia la barra con el vaso. El barman entendió que se estaban quedando secos y les hizo llegar una botella de cachaza a través de un parroquiano que ya se iba.

—Gracias, *friend*. —Mario aceptó la botella y siguió hablando—. Antonio

es nuestro amigo. Se cambió de nombre en la cárcel; dice que la música de Vinicius de Moraes le salvó la vida.

—¿Estuvo en la cárcel? —Roberto no pudo evitar mirarlo con desconfianza.

—No te dejes engañar por las apariencias. No todos los que van a la cárcel son gente peligrosa. En muchos casos, si son culpables de algo es de ser demasiado confiados. En cambio, la calle está llena de ladrones y asesinos que nadie ha descubierto.

Roberto se atragantó con la caipiroska. Si no fuera porque ya había confesado su participación en el robo de las joyas, habría pensado que el agente le estaba lanzando una indirecta.

Mario le dirigió una sonrisa irónica.

—Tranquilo, Roberto; no iba por ti. Pensaba en Rita, que convenció a Vinicius para que apoyara un negocio que en teoría estaba levantando con su hermano. Pero aquel tipo no era el hermano de Rita. Y las miradas asesinas que él le lanzaba de vez en cuando, y que Antonio tomaba por las de un hermano protector, eran las de un amante celoso que quería cortarle la mano cada vez que tocaba a Rita.

—Joder.

—Vinicius, borracho de deseo, firmó todos los papeles que ella le puso por delante. Cuando un día la policía se plantó en la puerta de su casa, quedó en shock. Trató de localizar a Rita y a su hermano, pero, evidentemente, habían desaparecido con los millones de reales que habían estafado. ¿Y quién era el dueño de la empresa estafadora, según todos los papeles?

Roberto soltó un silbido.

—En la cárcel entró Antonio y de ella salió Vinicius, un hombre nuevo.

—Un hombre nuevo —repitió él.

—Ni te lo imaginas.

—Debió de quedar amargado de por vida —murmuró Roberto, tratando de imaginarse una traición de Ágata.

—No creas. Se lo tomó como un regalo de la vida, una oportunidad de seguir creciendo. Sí, era evidente que al principio estaba cabreado con todo y con todos. Se peleó con compañeros de celda, probó todo tipo de drogas, pero poco a poco la rabia se fue calmando y se dio cuenta de que la vida le estaba dando la oportunidad de empezar de cero. Asumió su responsabilidad y aprovechó esos diez años para liberarse de su adicción a Rita. Se dio cuenta de que había acabado allí por su culpa, por no escuchar a los amigos que le decían que ella no era de fiar, por no leer los papeles que ella se ponía sobre su sexo desnudo para que él los firmara sin leerlos.

—Joder con Rita.

—Sí, joder se le daba de lujo, al parecer. —Mario alzó una ceja y siguió hablando—. Cuando superó el mono que le había generado la adicción al sexo con Rita, nuestro Antoñico estudió filosofía oriental, música e informática. Organizó veladas musicales y escribió cartas a artistas, que aceptaron visitar la cárcel y cantar para los internos.

—Si es que un emprendedor siempre será un emprendedor.

Mario asintió.

—Sí. Acabó ganándose la confianza del director de la cárcel y se convirtió en su informador. Cuando le comunicaron que podría salir de su encierro dos años antes de lo previsto, al principio la noticia lo pilló a contrapié.

—Supongo que a todo se acostumbra uno.

—Sí, los cambios cuestan, sobre todo cuando no los decide uno, pero luego mantuvo su faceta de informador fuera de la cárcel. Parece un tipo despreocupado, pero le gusta sentir que lucha contra el mal y la injusticia.

Roberto apretó el vaso con rabia al revivir el vértigo de la desaparición de Ágata. La música brasileña, cargada de saudade y melancolía, creaba un ambiente del que era difícil arrancarse, pero la inactividad lo estaba poniendo nervioso. Aquello parecía cualquier cosa menos una misión policial. Habían pasado ya varias horas desde que llegaron al local. Los parroquianos se habían ido yendo o quedando dormidos por las esquinas.

—No sé cómo puedes estar tan tranquilo —le reprochó a Mario, que le dirigió una media sonrisa.

—La gente cree que los agentes de la ley somos tipos impetuosos, que no sabemos estarnos quietos.

Roberto se encogió de hombros.

—Bueno, es obvio, ¿no? No os veo detrás de un mostrador, poniendo sellos.

Mario fingió estremecerse.

—Prefiero enfrentarme a la yakuza que a la burocracia un día cualquiera.

—Exagerado.

—Que no, tío, que la yakuza igual me quita la vida, pero con la burocracia soy yo el que tiene ganas de saltar desde el puente de las Américas... —Volvió a estremecerse exageradamente, haciendo sonreír a Roberto—, con la estatua de la Libertad atada al cuello —añadió por si quedaban dudas—. Por suerte, tengo quien me ayuda con el papeleo, pero para el trabajo de policía secreta, igual que el resto de las fuerzas de seguridad, hace falta tener un gran control mental. La mayoría de los candidatos fallan ahí. Pueden superar las duras pruebas físicas, pero no son capaces de soportar la presión de permanecer quietos o en silencio cuando la situación lo requiere. Y para ganarte la confianza de los colaboradores hace falta mucha calma; si vas apabullando no consigues nada.

Vinicius se acercó a ellos y apoyó una mano en el hombro de cada uno.

—¿Qué tal las cosas por aquí?

—Todo de primera, Vinicius. Tu cachaza es la mejor de todo el hemisferio norte. ¿Has acabado? ¿Te ayudamos a cerrar?

—Sí, ayudadme a sacar a Jacob a la hamaca del porche. Dentro de un rato vendrán a buscarlo.

Por suerte, el tal Jacob no pesaba demasiado y poco después volvían a estar dentro del Berimbau, el local que Vinicius había abierto como homenaje al país que lo vio nacer por segunda vez. Aunque para sus vecinos Vinicius era

un hippie cuarentón que se refugiaba en la música y el alcohol para curar su corazón malherido, de puertas para adentro era uno de los colaboradores más valorados por los servicios secretos de medio mundo.

—Supongo que aquí mi *friend* Mario te habrá contado ya mi bonita historia.

—Bueno... —Roberto no quería traicionar la confianza de Mario.

Vinicius se echó a reír.

—Tranquilo, a mí también me ha contado la tuya.

Roberto se volvió hacia Mario con la ceja alzada.

—Pues ya sólo falta que nos cuentes la tuya, Super Mario.

—¡Ja! Tú sueñas, abogadito.

—¡Es lo justo!

Vinicius asintió, mirando a Mario.

—¿Dónde está la pareja, Vin? —El policía fue directo al grano, dejando claro que no tenía ninguna intención de revivir su historia.

—No muy lejos de aquí, en Costa Rica —respondió el extremeño, y Roberto soltó el aire aliviado al oír que habían localizado a Carmen y a Guille —. La descripción física de los dos coincide. Además, van con una abuela y tres nietos. Han abierto un bar en Golfito.

—¿Golfito?

—Una zona cercana a la frontera con Panamá —respondió Mario.

Roberto se frotó las manos en los pantalones y preguntó:

—¿Podemos llegar esta misma noche?

La mirada que intercambiaron Mario y Vinicius le dio la respuesta.

—Calma, pana —le dijo el segundo—. Esta noche la pasáis aquí y mañana ya habrá tiempo de reemprender camino.

—Maldita sea —susurró Roberto.

«Aguanta, Ágata, por favor. Estoy aquí. Voy a por ti.»

Como luciérnagas en la noche

Una maldición en un idioma que sonaba a ruso le hizo saber que había alcanzado al dueño de la linterna, pero la alegría no le duró demasiado. Una mano la aferró con fuerza en un punto entre el hombro y el cuello, haciendo que se retorciera de dolor.

—Pensaba que te alegrarías de que te sacara de aquí —dijo el desconocido en inglés—, pero si prefieres quedarte...

Ágata no sabía con quién estaba hablando. No sabía si estaba frente a su secuestrador o su rescatador, supuso que las dos cosas.

—No, no prefiero quedarme —replicó.

—Chica lista —Mano de Hierro aflojó los dedos con que la agarraba por el hombro, pero no la soltó del todo—, teniendo en cuenta que el barco está a punto de cruzar el Pacífico... sin escalas. —La empujó hacia la salida—. Vamos.

—¿Adónde?

—Al aire libre. No se te ocurra echar a correr —le advirtió el tipo—, si no quieres acabar chafada contra la cubierta del barco..., unos cuantos metros más abajo.

Ágata se acercó a las puertas abiertas con precaución y ahogó una exclamación al comprobar que el desconocido no la engañaba. Aunque era de noche, en comparación con la negrura total del contenedor, la oscuridad le pareció radiante. Las luces de cubierta brillaban a sus pies como diminutas luciérnagas.

Inspiró hondo, disfrutando del aire limpio y salobre, pero tuvo que agarrarse

a la pared porque la asaltó el vértigo. La sensación era la de asomarse al balcón de un sexto o un séptimo piso.

—Pe... pero ¿cómo vamos a salir de aquí?

—¿Has rapelado alguna vez?

—¿Repelado? Bueno, a veces el plato, cuando mi madre hace guiso, que le queda de muerte.

El tipo, al que aún no le había visto la cara, sacudió la cabeza mientras a Ágata le sonaban las tripas.

—¿Hacer rápel, descender con cuerda?

—Ah, eso... Em, no.

—Pues siempre hay una primera vez.

Ágata dio un paso atrás.

—No sé yo...

—Tranquila. Irás atada a mí. Sigue mis instrucciones y dentro de un momento estarás abajo.

Aunque no lo veía del todo claro, no tenía demasiadas opciones. Roberto le había dicho que iría a rescatarla, pero teniendo en cuenta que probablemente había sido una alucinación causada por el miedo y la falta de oxígeno, no era un gran plan. Podía quedarse donde estaba y cruzar el Pacífico a solas y a oscuras comiendo galletas y meando en una botella. O podía inspirar hondo, seguir las instrucciones de ese tipo que estaba ya manipulando cuerdas a la entrada del contenedor y salir de allí. ¿Para ir adónde? No lo sabía, pero ahora que había respirado el aire fresco, la idea de volver a quedarse encerrada en ese zulo metálico le resultaba insoportable.

—¿Vamos? —repitió el desconocido, mostrándole una cuerda y colocándose la linterna entre los dientes.

Ella inspiró muy hondo y asintió.

—Vamos.

* * *

Ágata miró a su alrededor, mordiéndose la lengua. Aunque ella no lo sabía, estaba recorriendo el mismo pasillo del Aeropuerto Internacional de Tocumen que Roberto y Mario habían pisado horas antes.

Tampoco sabía que Andréi, el exagente del KGB que la había secuestrado en Nueva York y la había metido en el carguero para que la Interpol no pudiera seguirle la pista, al ver que las señales de Roberto y de Ágata se solapaban en el ordenador que se encargaba de localizarlos, había decidido no esperar más y sacarla del barco de inmediato para meterla en el primer avión con destino a Almatý.

Ágata mantenía la vista baja, tal como Andréi le había ordenado, pero la tentación de dar la voz de alarma era enorme. Le había pedido ir al lavabo, con la idea de quedarse a solas y suplicarle a alguien que la ayudara, pero Andréi no había nacido ayer. La llevó a una cafetería, le compró un sándwich de queso y un capuchino caliente que le supo a gloria, y le dijo que ya iría al lavabo en el avión.

—Tenemos casi un día entero de vuelo. Dos escalas. Mira si tendrás tiempo para ir al baño. Y te lo advierto, tengo a Roberto controlado; así que no se te ocurra hacer ninguna tontería o las consecuencias las pagará él.

A Ágata se le cayó el alma a los pies. Bajó la vista hacia el capuchino abatida. Mil preguntas le daban vueltas en la cabeza. ¿Quiénes eran? ¿Qué querían? Aunque sospechaba que iban detrás del diamante Orlov, ¿por qué no se lo habían llevado del hotel en vez de llevársela a ella? Y, sobre todo, ¿por qué demonios se la llevaban cada vez más lejos del Orlov?

—Pero ¿qué...?

Andréi la hizo callar.

—Toma. Éste es tu nuevo pasaporte. —Ágata alzó las cejas al ver su foto en un pasaporte ruso—. Cuando pasemos el control de seguridad, tú no hablas inglés; no abras la boca, yo me encargo de todo.

Ágata abrió la boca para protestar, pero la amenazadora ceja alzada de

Andréi le recordó que la vida de Roberto estaba en juego. Agachó la cabeza y guardó silencio.

—Bien —dijo Andréi—, muy bien.

El peine de la Sirenita

Golfito, Costa Rica

—¡Hola! —Una niña de unos diez años, sentada en una roca, saludó a los dos hombres que se acercaban a la cabaña.

—Hola, guapa. —Mario le devolvió el saludo—. ¿Qué tienes ahí?

—Es mi peine de la Sirenita. —La niña les mostró un tenedor que había perdido más brillo que una estrella del cine mudo en los años treinta—. ¿Quieres que te peine? —le dijo a Roberto.

A Mario se le escapó la risa. Su ocasional compañero de misión estaba tan nervioso que no paraba de revolverse el pelo. En cualquier momento saldría una pareja de loros de la selva para reclamarlo como nido.

—Igual luego —dijo Roberto—. ¿Están tus padres?

—Mi padre no —su mirada se apagó—, pero está mi madre... y mi abuela.

—¡Carmencitaaaaa! —Una mujer que no era Carmen y que, por edad, podía ser su madre, salió de la cabaña empuñando un gran machete y se dirigió corriendo hacia ellos—. ¿Qué te tengo dicho?

La niña resopló.

—No sé, *abu*, no paras de decirme cosas.

—¿Que no hables con extraños? —sugirió Mario para ayudarla.

La niña lo miró con admiración.

—¡Sí! ¿Cómo lo has sabido? ¿Eres mago?

Roberto gruñó con ganas.

—No me hables de magos. ¿Has visto alguno por aquí últimamente?

La niña hizo una mueca de fastidio.

—Qué va. Aquí no hay nada, ni internet. Mi hermana está negra.

La abuela, que no corría demasiado rápido, llegó al fin ante ellos con el machete en alto.

Mario contraatacó sacando la chapa.

—Policía. Guarde el arma, señora.

—¡Hala! ¡Sois polis! ¡Cómo mola! —exclamó Carmencita—. ¡Voy a peinar a un poli!

Roberto miró el tenedor con desconfianza.

—No sé yo si ese peine cuenta con todas las garantías sanitarias...

—Pero ¿qué te tengo dicho?

La niña miró a Mario, por si el guapo recién llegado volvía a tener la respuesta a las difíciles preguntas de la abuela.

—¿Que no recojas objetos metálicos sucios? —probó Mario.

Esta vez, la niña frunció el ceño.

—Esto no es un objeto metálico sucio, *abu*; es el peine de la Sirenita.

—¡Suelta el trozo de hierro ese, niña de los cojones, que vas a pillar el *tuétanos*!

—El tétanos —la corrigió Roberto sin pensar.

Carmencita se echó a reír.

—¡Ha dicho *tetas*, ha dicho *tetas*!

Mario se pinzó el puente de la nariz y Roberto pensó que la vida de un agente de la Interpol era más dura de lo que la gente pensaba.

—Estamos buscando a Carmen Martínez —notificó Mario.

—Es aquí —replicó la niña al mismo tiempo que la abuela decía:

—Aquí no hay ninguna Carmen. —Volviéndose hacia su nieta, la riñó—: ¡Carmencita! ¿Qué te tengo dicho?

La niña alzó los brazos al cielo con las palmas hacia arriba, la viva imagen de la impotencia.

—¿Que no diga mentiras?

—Yo así no puedo, ¿eh? —La abuela estaba cada vez más alterada, y Mario decidió que era un buen momento para desarmarla.

Con un par de movimientos fluidos, le quitó el machete y señaló hacia la cabaña.

—Vamos, doñita. No queremos perjudicar a su hija, pero una mujer ha desaparecido y necesitamos su ayuda.

* * *

Poco después, los Martínez-Fitzpatrick Bridgewater Cramborough al completo estaban sentados a la mesa, compartiendo arroz y pescado con los recién llegados, pero sus caras no eran las de estar viviendo en el paraíso. Había mucha más tensión alrededor de aquella mesa que durante el atraco en la Torre de Londres.

Si Carmencita echaba de menos ver los vídeos de sus películas Disney favoritas, Yolanda, su hermana de quince años, culpaba a su madre de haberle arruinado una prometedora carrera como *youtuber* e *instagramer*. Su mayor éxito, el vídeo en que salía bailando la canción de la cintura, había llegado a doscientas personas. Su hermano mayor, Carlos, se burlaba de ella diciéndole que eso no era nada, pero Yolanda no se desanimaba. Cuando llegaron a Golfito y se instalaron en la cabaña que William había comprado a distancia, sin verla, Yolanda pensó que los escenarios la ayudarían a ganar seguidores, pero cuando comprobó que no había cobertura para el móvil, se tiró de los pelos sin ayuda de ningún peine oxidado.

Su madre no le había hecho demasiado caso porque bastante trabajo tenía ya haciendo que funcionara la canalización de agua. William, ocupado desatascando el retrete, le había hecho el mismo caso.

Carlos empezó a explorar el entorno. Con diecisiete años, a su madre le pareció normal. Pero cuando recibió la visita del cura de Golfito advirtiéndole de las compañías que había empezado a frecuentar su hijo y

recomendándoles que asistieran al servicio del siguiente domingo para enderezar al chaval antes de perderlo a manos de las maras, a Carmen casi le dio un infarto.

La vida sexual de la pareja, tan rica en Londres, se había visto frenada en seco por el —nulo— grosor de las paredes. Tener a la suegra y a los hijos de Carmen al otro lado de la finísima pared hacía que William estuviera en tensión constante y no fuera capaz de remontar... la situación.

Roberto recordó su conversación con Carmen el día que la conoció, frente a la Torre, lo mucho que echaba de menos a sus hijos, a los que llamaba sus *tesoros*. A juzgar por la tensión de su cara, en esos momentos Carmen tenía más ganas de librarse de sus tesoros de las que Felicity había tenido del Orlov negro.

Cuando acabaron de comer, la abuela se llevó a sus tres nietos a dar un paseo para darles intimidad.

—¡No os alejéis demasiado! Cuidado con los cocodrilos —les advirtió Carmen.

Carlos hizo un ruido despectivo mientras salía de la cabaña.

—Lo jodido no son los cocodrilos, son los mosquitos. Parecen aviones.

Cuando los cuatro adultos se quedaron a solas, fueron al grano.

—¿Nos vais a detener? —preguntó William—. ¿Nos reclama la reina Isabel?

—Su graciosa majestad no sabe que estáis aquí —lo tranquilizó Mario. Y era cierto, Vinicius lo había informado a él directamente.

—¿Entonces...?

Roberto les contó una versión abreviada de la entrega de la tiara en la noria, del nuevo rescate exigido para que liberaran a Cristina y la desaparición de Ágata.

—A ver si lo he entendido bien —recapituló Carmen—: ¿Tenéis un diamante del tamaño de un huevo de codorniz y os reclaman un diamante canijo como el huevo de una ranita?

—Pues es un buen resumen, sí.

—No tiene mucho sentido.

Roberto suspiró.

—Cuando te tienen pillado por los huevos, no puede uno exigir coherencia.

Guille se encogió de hombros.

—Supongo que no. ¿Cuál es la propuesta?

—Nos dais el diamante original y nosotros nos vamos y aquí paz y después gloria —respondió Mario.

—No. —La réplica convencida de Carmen hizo que los tres hombres se volvieran hacia ella con las cejas alzadas—. Es mi anillo de compromiso. Es... —se le quebró la voz—, es lo único que me queda del sueño.

—No preferirás que os detenga, ¿no? —le preguntó Mario.

—¡No! Claro que no. No le haga caso, agente Bravo, está... —Guille carraspeó— está nerviosa y muy sensible.

Roberto la miró.

—¿Hay un nuevo bebé en camino, Carmen?

—¡Que no, coño! Que no hemos podido hacer nada desde la última vez que nos vimos.

Roberto miró a William, que se lo confirmó negando con la cabeza con expresión de funeral.

—*Nothing*. Nada.

Mario los contemplaba en silencio. Le gustaba su trabajo, más que gustarle, lo apasionaba. Sabía cuándo debía usar la fuerza y cuándo la palabra. Había sacado de la circulación a criminales muy peligrosos y, aunque sobre la pareja que tenía delante pesaba una orden internacional de detención, era consciente de que eran tan peligrosos como Vinicius.

—¿Y qué hay del resto de los objetos que desaparecieron ese día de la Torre?

Carmen sacudió la cabeza en silencio mientras William enderezaba la espalda.

—No nos llevamos nada. ¿Crees que estaríamos viviendo en esta cabaña si tuviéramos objetos valiosos en nuestro poder?

—A veces lo difícil no es robar los tesoros —replicó Mario—, es colocarlos después.

—La casa la compré con el dinero que me dio mi hermano por cederle la mitad de la herencia de mis padres. No pensaba que estaría aislada entre el pueblo y el puerto ni que estaría en este estado. —Sacudió la cabeza—. Y si robé el diamante fue porque mi Carmen no se merecía un anillo de Swarovski. Pero cuando lo hice la corona ya había sido robada; ya no era de la reina. Nunca sería capaz de robarle a la Corona de mi país.

La mirada de la mostoleña se iluminó.

—Ay, mi Guille. —Apoyó la mano sobre la de él—. Si es que vale más que todas las joyas de la Corona una encima de otra.

Él bajó las manos unidas por debajo de la mesa y la pareja se acercó lentamente. Cuando la mano de Guille fue a parar a algún punto de interés, Carmen dio un respingo, pero pronto contraatacó con la otra mano y esta vez fue el turno de William de tensarse.

Mario carraspeó, pero la pareja siguió perdida el uno en los ojos de la otra. Un imán invisible los iba uniendo sin remedio. La tensión sexual podía cortarse sin necesidad del machete de la abuela.

Roberto y Mario se miraron y se entendieron sin palabras.

—Vamos, ejem —carraspeó Roberto—, un momento fuera. Tengo cita con la peluquera.

Pero la pareja ni los oyó. Carmen se había levantado y había tirado de Guille en dirección al dormitorio.

Mario se plantó frente a la puerta, con las piernas separadas y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ve a peinarte, chaval, que falta te hace. Yo vigilo el fuerte.

Roberto se acercó a la playa y durante la siguiente media hora dejó que una niña le hiciera *fusilli* en el pelo con el peine de la Sirenita.

Un vestido de diamantes negros

Donde Cristo perdió la alpargata, continente asiático

Cuando su captor le dijo que tenían veinticuatro horas de vuelo por delante, Ágata no le hizo mucho caso, porque tenía otras cosas en la cabeza. Un día más tarde, no sabía cómo ponerse. Le dolía la espalda, la nuca, tenía calambres en las piernas. ¡No aguantaba más!

La primera etapa del viaje, hasta Houston, había sido muy corta. Allí tomaron otro avión que los llevó hasta Frankfurt. Tan cerca de casa y tan lejos. Durante las casi dos horas que tuvieron que esperar, Ágata se mordió las uñas casi hasta el codo. Quería ponerse en contacto con Fin y Suso para que la sacaran de allí, pero no sabía cómo. Cuando entró en el ascensor, en el hotel de Nueva York, llevaba el móvil encima. Cuando se despertó en medio del mar, dentro del contenedor, no lo tenía. Le había pedido a Andréi que se lo devolviera, pero él ni siquiera le había respondido. Tampoco la había dejado sola ni un instante durante el tránsito. Estaba harta de su compañía. Harta de no saber adónde iba. Harta de todo.

Sólo al embarcar se enteró de que el avión los llevaba a Almatý. Al preguntarle a Andréi, le respondió que era la antigua capital de Kazajistán, pero hasta ahí llegó su generosidad comunicativa. Por supuesto, no le dijo qué demonios iban a hacer allí.

Aunque no se arrepentía de haber dejado el contenedor atrás, echaba de menos poder levantarse de vez en cuando y estirar las piernas. Y poder mear cuando le apeteciera sin tener que despertar a Andréi y a una señora entrada

en carnes que la fulminaba con la mirada de tal manera cada vez que la hacían levantar que Ágata temía que la enviaran a Siberia.

Pero la vista que se extendía bajo sus pies no tenía mucho de siberiana. Tras cruzar las verdes extensiones de Alemania, Polonia y Ucrania, el paisaje se había ido secando. Durante las últimas horas, hasta que la puesta de sol le impidió seguir contemplando las vistas, el terreno había sido un continuo secarral. Por eso, al bajar del avión, la sorprendió darse cuenta de que estaban en un paisaje montañoso.

Andréi, el compañero ideal para el dolor de cabeza porque no decía ni mu, la sacó por una discreta puerta y, tras cruzar cuatro frases con los oficiales al mando, los dejaron pasar. En un reloj del aeropuerto, Ágata vio que era la una de la madrugada, pero no tenía ni idea de si había ganado o perdido horas al volar hacia el este. Y le dolía demasiado la cabeza para tratar de averiguarlo. Al fin y al cabo, había perdido la libertad y también a Robbie. ¿Para qué quería el tiempo si no podía compartirlo con él?

Subieron a un todoterreno que parecía construido con piezas de mecano. No tenía ni una sola línea curva. Era puras superficies y ángulos rectos. Y, si por fuera parecía incómodo, al entrar Ágata comprobó que no engañaba. Los asientos eran más duros que un carro de nueces; tanto que pronto echó de menos el avión.

Su vida había entrado en una rampa descendente que no hacía más que empeorar. No quería imaginarse qué le esperaba al final del viaje. Pronto dejaron atrás las luces de la ciudad y se perdieron en la oscuridad del valle. Por unos momentos trató de construir mentalmente una entrada para su blog, pero sintió tantas ganas de llorar que se olvidó del tema. No entendía cómo su vida había entrado en esa espiral de oscuridad. Llorando en silencio, se quedó dormida. En sueños, una bruja vestida con un vestido cuajado de diamantes negros, con el pelo y la voz de su hermana, se reía de ella.

—Corre, Ágata —le decía entre carcajadas—. Tráeme el Orlov y Roberto será tuyo.

Tal vez su subconsciente le estaba queriendo decir que la culpa de todo la tenía ella misma, por ambiciosa y mala hermana. No lo sabía. Y, cuando despertó, se había olvidado de sus sueños.

Rojo rubí

Golfito, Costa Rica

Esa tarde, como muchas otras, una tormenta tropical descargó sobre la humilde cabaña de la bahía de Golfito, pero la auténtica tormenta ya había descargado horas antes y el ambiente era mucho más relajado en el interior.

Carmen estaba sentada de lado sobre las rodillas de Guille y le iba dando besos en la mejilla cada diez segundos como mucho, como si no pudiera soportar la distancia.

Las negociaciones estaban muy avanzadas. Mario y Roberto podrían haberse apoderado del anillo por la fuerza, pero no era su estilo. Ambos preferían dejar el mundo un poco mejor de como lo habían encontrado a su paso. Ya había demasiada gente destrozándolo todo por diversión. Por eso habían charlado con los hijos de Carmen y con la abuela antes de reanudar las conversaciones. Esta vez, los ocho estaban sentados a la mesa, y pronto Carmen se dio cuenta de que su familia estaba del bando de los recién llegados.

—Escúchalos, hija —dijo la señora Reme, la madre de Carmen—. Esto no puede seguir así.

Ella ya lo sabía, pero William lo había dejado todo por darles a ella y a su familia una nueva vida, y no quería que pensara que no valoraba su esfuerzo. Instintivamente, se cubrió el anillo con la otra mano.

—Si devuelves el anillo, Carmen, la Interpol se encargará de limpiar vuestros expedientes. Podréis ir a Londres o a Móstoles, o a cualquier otra

parte del mundo. No tendréis que seguir escondiéndoos.

—Yo quiero volver a casa, mamá —dijo Yolanda—. Necesito relanzar mi carrera en las redes. Y echo de menos a la Jenny.

—Yo también echo de menos a la Jenny —admitió Carlos ruborizándose.

—¡Ja! —Yolanda lo señaló—. Te mola mi amiga, ¡lo sabía!

—Yo echo de menos el baile de los jueves, ya puestos a confesar. Dejé a un pretendiente allí.

Todos se volvieron hacia la señora Remedios, que suspiró.

—Ya sé que es ridículo a mi edad, pero...

—¡No es ridículo, *abu!* —protestó la pequeña Carmen.

—¡Claro que no, mamá! ¿Por qué no me lo dijiste? Podrías haberte quedado en Móstoles.

Ella hizo una mueca.

—¿Y aguantar yo sola a los reporteros de las teles llamando al telefonillo? ¡Ni hablar!

—¿Tú tampoco eres feliz aquí, Mencita? —le preguntó Carmen a la niña de sus ojos.

La pequeña miró al suelo.

—Yo echo de menos las chuches. Pero en casa te echaba de menos a ti —miró a su madre—, así que prefiero estar contigo —confesó la pequeña antes de salir corriendo.

Carmen miró a William, que asintió con decisión.

—Volvamos a Móstoles. Si tus niños y tu madre no son felices, tú tampoco lo serás. Y, si tú no eres feliz, yo seré un desgraciado.

—Pero la cabaña, el anillo...

Él negó con la cabeza.

—El sitio es lo de menos. Y el anillo... ya te compraré otro.

Ella lo besó con cariño.

—No sé qué he hecho para merecerte, Guille —susurró.

—Dejarme que te quiera.

—¡Qué idiotas fueron los jefes! —Carmen le cogió la cara entre las manos y lo besó con fuerza en los labios—. No saben que dejaron escapar el auténtico tesoro de la Torre.

Se quitó el anillo y se lo entregó a Roberto, que lo apretó dentro del puño, como queriendo hacerle llegar su fuerza a Ágata.

En ese momento, Carmencita, que había ido a buscar algo a su cofre de los tesoros, le dio a su madre un anillo que había hecho ella misma con un trozo de coral y hebras vegetales.

—Toma, te regalo mi anillo.

Carmen se cubrió la boca con la mano.

—Pero ¡es tu tesoro!

Carmencita se encogió de hombros.

—Cuando te mueras, me lo dejas en tu testamento para que no se lo quede la Yoli y ya está.

—¡Será petarda la niña! —exclamó Yolanda, aunque se estaba riendo igual que todos los demás.

Mario se levantó y alargó la mano, reclamándole el anillo a Roberto, pero éste se negó y salió de la cabaña.

—Hablaré con mis superiores en cuanto tenga cobertura y lo pondremos todo en marcha —dijo Mario a la familia—. Os aconsejo que os quedéis aquí hasta que os avise, para que no haya sustos. Por cierto —se llevó a William aparte—, ¿cómo diste el cambiazco en tan poco tiempo y sin herramientas?

Guille sonrió, quitándose diez años de encima, y se llevó la mano al bolsillo.

—Fui *boy scout*. La navaja suiza no tiene secretos para mí.

Mario le devolvió la sonrisa y salió de la cabaña en busca de Roberto. No temía que huyera porque no sabía dónde estaba Ágata, pero no quería perderlo de vista. Un hombre enamorado y desesperado es capaz de cualquier cosa.

Lo localizó sentado en una roca cercana y se sentó a su lado. Encendió un cigarrillo y extendió la mano.

—Dame el diamante, Bravo, a ver si te lo va a robar un mono de la selva.

—Ni lo sueñes, Silva. —Roberto siguió apretándolo con fuerza dentro del bolsillo—. Si te lo doy, no vuelvo a verte el pelo. Y yo no me separo de ti hasta que encontremos a Ágata.

Mario soltó el humo.

—Cualquiera diría que te gusta esta vida aventurera, Bravo. —El policía le dirigió una sonrisa irónica. Cuando ponía esa cara era clavadito a Hugo Silva—. ¿O es que te molo yo?

—Me has descubierto, Super Mario; eres irresistible.

—Me lo dicen mucho. —Los dos hombres permanecieron en silencio contemplando el océano. Cuando acabó de fumar, Mario apagó la colilla, se levantó y dio una palmada—. Vamos a despedirnos.

—Ahora voy.

La tormenta había acabado tan bruscamente como había empezado. El sol, rojo como un rubí de Birmania, se abría paso entre las nubes y seguía su camino hacia el oeste, hacia las costas de Asia, el continente donde, aunque Roberto no lo sabía, Ágata había iniciado una nueva etapa de su secuestro.

Ónix negro

Base espacial abandonada, Baikonur, Kazajistán

—Bienvenida, querida —la saludó un tipo grande con los ojos más negros que había visto en su vida.

«Negros como el ónix —pensó Ágata al mirar a los ojos del desconocido, que parecía cortar el bacalao allí—. Al menos, habla inglés. Salvo que todo sea un sueño, claro.»

Se había pellizcado el brazo hasta dejárselo como un vestido de lunares y, no, no creía estar soñando. Lo que no sabía era dónde estaba, ya que Andréi era el tipo más soso y aburrido del planeta; hablaba menos que la momia de Lenin.

Tras ir dando tumbos toda la noche y buena parte de la mañana en el incómodo *jeep*, habían llegado al fin a su destino. Tal vez hubiera en este planeta un lugar más remoto y opuesto a Nueva York, pero en ese momento no se le ocurría. Había subido a un ascensor en un barrio de Manhattan y, como Alicia en el país de las Maravillas, había caído en un agujero oscuro que la había llevado a la otra punta del planeta. Al patio trasero de la otra punta del planeta, para ser exactos, porque aquello parecía salido de una película de los años sesenta. Al parecer, estaba en una base espacial, pero una abandonada.

«Esto está más muerto que tu blog. No digas nada. Espera a que te hablen, será más seguro.»

—¿Dónde estamos? —se oyó preguntar un segundo después—. ¿Para qué me han traído aquí?

«Si vas a hacer lo que te dé la gana, conmigo no cuentes. Yo me largo; ya te las apañarás», le dijo su conciencia.

«Vale, gracias, abandóname tú también.»

«Oye, mona, no me hagas chantaje emocional, que de eso me encargo yo. Eso es intrusismo profesional.»

Por suerte, el desconocido sonrió, cortando lo que amenazaba con ser una discusión de las grandes entre Ágata y su conciencia.

«Me estoy volviendo loca.»

—Ni un «Hola, ¿qué tal?», ni un «Gracias por abrirme las puertas de su casa»... —El tipo de los ojos negros como pozos sin fondo chasqueó la lengua—. Qué chiquilla tan maleducada.

Algo en los ojos del tipo la puso en alerta. Aunque sonreía, su sonrisa le ponía los pelos de punta.

—Hola, ¿qué tal? —se obligó a decir—. Gracias por abrirme las puertas de su... casa, señor...

—Onyx. Me llaman Onyx.

«Lógico.»

—¿Podría decirme dónde estamos, señor Onyx? A su..., em..., chófer se le ha olvidado comentármelo.

—¿Mi chófer? ¡Ah, Andréi! Mi viejo amigo. —Le palmeó el hombro—. Qué ganas tenía de volver a verte. —Volviéndose hacia Ágata, añadió—: Es mucho más que un chófer para mí.

—¿Como el hijo que nunca tuviste? —Les llegó una voz desde las alturas.

Onyx sacudió la cabeza.

—No te pongas celoso, hijo.

Ágata levantó la vista hacia la voz y aprovechó para examinar el lugar. Se encontraban en un gran edificio abovedado. La bóveda que hacía de techo parecía ser corredera, como la de un observatorio astronómico, aunque no estaba segura porque quedaba a muchos metros por encima de su cabeza. El

espacio central lo ocupaba un cohete espacial. Era distinto de todos los que Ágata había visto hasta el momento.

«Negro. Es totalmente negro. Y totalmente mate.»

Lo único que no era negro era un logo situado cerca de la cabina. Entornó los ojos para distinguir el logo.

«¿Una tiara?»

El dueño de la voz había bajado la escalera larga y estrecha que ascendía a lo que parecía ser una cabina de observación, situada a media altura del edificio.

—Hola, Ágata.

Ella se sobresaltó al oír la voz tan cerca y lo miró a los ojos. No era la primera vez que veía aquellos ojos, negros como los de su padre.

—¿Nos conocemos? —le dijo.

Él sonrió e hizo un gesto con las manos vacías, como si extendiera una capa en el aire y la dejara caer sobre algo.

—¡Rasputín! —exclamó al reconocer al ilusionista que había hecho desaparecer a su hermana.

Él hizo una reverencia.

—¿Sigues usando ese ridículo apodo zarista, Mijaíl?

—Tú te haces llamar Onyx, ¿no? ¿Por qué no puedo llamarme Rasputín?

—Yo no me puse el nombre, me lo puso tu madre. —La mirada de Onyx se apagó.

—Ah, sí. Mamá solía decir que tenías el corazón más negro que los ojos — lo provocó su hijo, y Ágata se estremeció—. A mí, en cambio, mis amantes no me pusieron el mote por el color de mis ojos, sino por el tamaño de otra parte de mi cuerpo. —Le guiñó el ojo a Ágata—. ¿Has oído hablar de la leyenda de Rasputín, querida?

Ella negó con la cabeza.

—Pero seguro que me la vas a contar —replicó.

—Si lo prefieres, te lo demuestro. —Rasputín, vestido con vaqueros,

camisa blanca y chaleco estampado con flores en varios tonos de gris, se cernió sobre ella.

—¡Mijaíl! —lo reprendió su padre—. Tengo un cociente intelectual de ciento cincuenta.

—Y mi madre de ciento sesenta —completó la frase Rasputín, que obviamente no era la primera vez que recibía esa charla.

—Tu madre y yo no te educamos para que fueras impresionando a las mujeres con la entrepierna.

—Nos impresiona más una cabeza amueblada, aunque no te lo creas, *Mijaíl* —corroboró Ágata, pronunciando su nombre con ironía.

—A ti, seguro, cerebritito, pero a tu hermana no sé yo.

Ágata se lanzó hacia él.

—¿Fuiste tú? ¿La violaste? ¿El niño es tuyo?

Rasputín le sujetó las muñecas para que no le arrancara los ojos.

—¿Qué niño? ¿Me vas a dar un nieto por fin? —Los ojos de Onyx se iluminaron, y Rasputín resopló.

—Tenemos mucho de que hablar. Vamos a casa.

* * *

Casa resultó ser un edificio situado al otro extremo de la explanada que rodeaba la nave abovedada central. Cuando Ágata preguntó por qué no se construía nada en todo aquel espacio vacío, Onyx le habló de los accidentes que había habido en la base durante los años de esplendor del ambicioso programa espacial de la Unión Soviética, accidentes que lo habían arrasado todo a unos cien metros a la redonda.

—Vidas perdidas por la ciencia, no se me ocurre una muerte mejor —comentó despreocupado mientras Andréi los llevaba en el *jeep*—, pero el gobierno prohibió volver a edificar cerca de la nave.

Onyx, que tendría unos setenta años, era aún un hombre atractivo: alto, de

espaldas anchas y con un matojo de pelo gris alborotado en la cabeza. Su hijo se le parecía bastante. Era más alto que su padre y bastante más guapo, con un toque exótico en sus ojos rasgados, herencia de su madre, Valentina, una cosmonauta que en otra época fue muy famosa.

Al llegar a la casa, Ágata se dejó de timideces. Había cosas que no podían esperar.

—Necesito ir al baño. Y ducharme.

Onyx la miró sorprendido, como si le costara entender que la gente prefiriera ocuparse de asuntos tan frívolos pudiendo hablar de ciencia.

—Claro. —La actitud de Onyx no se parecía en nada a la de Andréi. Tal vez fuera porque en medio de la nada no tenía adónde huir, pero habían dejado de tratarla como a una secuestrada—. Teresa, acompaña a nuestra invitada al baño y ocúpese de que tenga todo lo que necesita.

La mirada de Ágata se apagó al oír el nombre de la mujer, que se llamaba como su madre. De pronto fue consciente de lo lejos que estaba de casa y de todos sus seres queridos.

Teresa le mostró una habitación, le dio una toalla y le indicó dónde estaba el baño.

Aunque todo era muy austero y no se parecía en nada a la habitación de hotel que había dejado en Nueva York, nunca una ducha le había sentado tan bien. El agua caliente le quitó de encima el polvo y la angustia que la habían acompañado durante los días que pasó encerrada en el contenedor y las contracturas del inacabable viaje. Cuando cerró el grifo y salió de la ducha, miró la ropa usada con fastidio. Ahora que por fin estaba limpia, no quería volver a ponérsela.

Se rodeó el torso con la toalla, que no era demasiado grande, y salió al pasillo en busca de Teresa, pero a quien se encontró apoyado en la pared fue a Rasputín, que le dirigía una mirada irónica.

Se sujetó la toalla con más fuerza, lo que hizo que la sonrisa del ruso creciera.

—Tranquila, no te voy a comer, Caperucita. No se lo digas a mi padre, pero a mí me gustan más los lobos. Toma. —Ágata se fijó entonces en que le estaba ofreciendo una muda de ropa—. Era de mi madre.

—Gracias.

—Cuando estés, baja. Teresa está preparando la cena.

Ágata se vistió en la habitación. No sabía qué había esperado, pero no eso. El conjunto de pantalón —de licra o alguna tela elástica parecida— y top de manga tres cuartos era de lo más yeyé. El estampado, blanco, negro y rojo, formaba anillos de varios tamaños.

«Moda *cosmoyeyé*. A Fin le encantaría.»

Cuando bajó, se encontró a Rasputín en la cocina. Estaba solo, contemplando el hangar que se alzaba en la distancia. Al oírla acercarse con sus botas blancas, que le llegaban hasta las rodillas y le iban un par de números grandes, se volvió hacia ella y sonrió.

—Preciosa, Gatita.

Ella palideció.

—¿Cómo sabes...?

Rasputín separó una silla y la invitó a sentarse.

—Sé muchas cosas, Gatita. Ven, come mientras te pongo al día.

Durante la comida, servida por la cocinera y cuidadora general del científico —la que se encargaba de que se acordara de comer, dormir y ducharse de vez en cuando—, Ágata descubrió que Fiódor Lomonosov había sido uno de los últimos ingenieros de la base antes de que la Unión Soviética se disolviera como un azucarillo en agua y se retiraran los fondos al costoso programa espacial.

Fiódor había seguido trabajando en Baikonur, pero la base no era rusa, ya que se encontraba en territorio de Kazajistán, y Moscú se negó a seguir subvencionando una carrera espacial que había perdido mucho fuelle.

A Fiódor temas como las fronteras o las financiaciones le resultaban tan molestos y absurdos como las picaduras de un mosquito. Él veía a la

humanidad como un único ente, un ente diseñado por el Ingeniero Supremo para cumplir una misión: llegar hasta los confines del universo y descubrir las maravillas que había puesto ahí para disfrute de los pequeños humanos, sus mascotas favoritas.

Por eso, cuando en 1991, en plena crisis de la URSS, Fiódor opinó públicamente que debían dejar a Sergei Krikalev en la Mir porque era demasiado costoso ir a rescatarlo, se convirtió en un apestado. Lo veía claro. Un ser humano era para él una sola neurona en el gran ordenador que formaban los cerebros combinados de la humanidad. Gastar en una neurona los fondos que tanto se necesitaban para continuar la exploración del universo era —para él— un sacrilegio, un acto que iba en contra de los designios del Gran Ingeniero, su dios.

Onyx era muy inteligente, pero carecía de empatía y dotes sociales. Su opinión, expresada en un momento de gran crispación en un país en descomposición, fue la gota que colmó el vaso. Su esposa Valentina le preguntó en público si opinaría lo mismo si fuera ella la que estuviera en la Mir.

«Ya sabes que sí», respondió él.

«Lo sabía —replicó ella—, pero necesitaba oírtelo decir.»

Valentina se llevó a Mijaíl consigo a Londres, Krikalev fue rescatado y el que quedó aislado en la Tierra fue Fiódor. Sus antiguos colegas se recolocaron en programas espaciales de distintos países del mundo y Onyx —como lo había bautizado Valentina por la negrura de su corazón— quedó más aislado y vulnerable que Krikalev en la Mir. El científico, que era capaz de extraer energía de cualquier cosa, era incapaz de mantenerse con vida porque se olvidaba de asuntos tan básicos como comer o dormir.

Valentina había iniciado una nueva vida en Londres. Bellísima y con el aura exótica que le daba haber sido cosmonauta, los salones se rifaban su presencia y pronto volvió a casarse. El nuevo marido de Valentina movió los hilos para que su hijo entrara en Eton y poco después en Cambridge. Al principio,

marginado y falta de motivación, sus notas habían sido desastrosas, pero una visita de su padre fue el revulsivo que su vida necesitaba.

Onyx había viajado a Londres y le había ofrecido su proyecto estrella a Gran Bretaña con la idea de recuperar a su familia, pero Valentina no quiso saber nada de él. Fiódor permaneció varios meses en Londres esperando una respuesta del gobierno, solo en la habitación de su hotel o en los pubs a los que acudía para cenar. La televisión siempre contaba historias de una princesa con los ojos azules más tristes que había visto nunca, y reconoció en ella la tristeza y la soledad que eran sus fieles compañeras.

El frío científico se enamoró de Lady Di.

Cuando el gobierno británico rechazó la oferta de Fiódor —sin duda aconsejado por el nuevo marido de Valentina, un hombre con influencia en las altas esferas—, éste se olvidó de su plan de conocer algún día en persona a la preciosa y melancólica princesa y decidió hacerle un homenaje que pasara a la historia.

Antes de regresar a Kazajistán, fue a visitar a su hijo. Cuando Mijaíl vio el estado en que se encontraba su padre, sus papeles se invirtieron. Onyx se lanzó en brazos de su hijo, buscando consuelo, y el joven encontró al fin un objetivo en la vida. Le prometió a su padre que lo ayudaría a conseguir fondos para construir su gran proyecto: un cohete capaz de retroalimentarse para alcanzar los confines de la galaxia.

Onyx había regresado a Baikonur y había empezado a construir con sus escasos recursos un esbelto y elegante cohete negro al que llamó *Princess Diana*.

En sus ratos libres, Mijaíl había empezado a frecuentar un pub de Cambridge donde quedó fascinado por los trucos de un mago de ojos verdes. El mago le había enseñado todo lo que sabía, dentro de la cama y fuera. Gracias a su primer amante —que fue quien lo bautizó con el nombre de Rasputín, impresionado por el poderío de su armamento ruso—, Mijaíl aprendió juegos de cama, juegos de manos, micromagia, ilusionismo y, al

final, escapismo, cuando el mago de ojos verdes lo abandonó por un guapo griego recién llegado a la universidad.

Rasputín se entregó a los estudios y pronto se marchó de Inglaterra. Inició entonces una nueva etapa de su vida en la que alternaba temporadas en Baikonur y temporadas viajando por el mundo. Mientras estaba en la base, cuidaba de su padre y aprendía todo lo que Fiódor sabía, que era mucho más de lo que había aprendido en clase.

Durante sus viajes se especializó en el robo de joyas. Descubrió que el mundo estaba lleno de tesoros a los que la gente hacía muy poco caso. Se lo tomó como una redistribución de la riqueza en nombre del bien común. Se planteó incluso cambiarse el nombre por el de Robin Hood, pero lo de Rasputín le abría muchas puertas. De habitaciones de hotel básicamente, pero de momento no aspiraba a nada más duradero.

Poco a poco fue creando una red de contactos con antiguos miembros de la Agencia Espacial Soviética reconvertidos en agentes del KGB y que en el globalizado siglo XXI se ganaban la vida como podían.

Rasputín robaba las joyas y sus contactos las vendían en el mercado negro. El dinero que obtenía se lo entregaba a su padre, haciéndole creer que eran aportaciones de mecenas que querían colaborar con la carrera espacial. Su padre tenía nula empatía, pero eso no quería decir que no tuviera sentimientos. Los tenía, era un hombre muy orgulloso que habría dado un brazo por obtener un Nobel de física.

Poco a poco, el proyecto de Onyx había cobrado vida. El *Princess Diana* era su legado, un elegante cohete que estaba a punto para emprender su viaje a los confines de la Vía Láctea. Sólo le faltaba un detalle.

Como homenaje a su amada princesa había diseñado un motor que funcionaba con la energía que le proporcionaban los diamantes de una tiara. ¿Un gesto romántico? ¿Un toque de locura? En el fondo es lo mismo.

Primero pensó en usar la tiara *Lover's Knot*, la favorita de Lady Di, pero cuando su amada se divorció y la reina Isabel se la reclamó, Onyx se sintió

ultrajado y decidió vengar la afrenta robando y usando la tiara favorita de la reina Isabel: la de las Chicas de Gran Bretaña e Irlanda. Las risotadas que soltó al decidirlo resonaron por el gran hangar abovedado.

Cuando la historia del cohete *Princess Diana* saliera a la luz, la historia probablemente supondría que el científico había perdido la razón, pero sus colegas ingenieros aeroespaciales disfrutarían de lo lindo con los planos, que eran una obra de arte. Onyx había construido una matriz en la que encajaban a la perfección las decenas de diamantes de la tiara. Una vez diseñada y construida, había enviado a su hijo a buscar la tiara, y Rasputín, que sabía que su padre tenía una enfermedad incurable, había querido concederle ese último capricho.

En el avión, camino de Londres, había coincidido con un viejo compañero de clase. Iván lo había invitado a su boda, que prometía ser un pintoresco evento en una mansión española.

A Rasputín le pareció un plan sugerente. Durante el vuelo, Iván le habló de todos los miembros de las familias Carrión y Veragua. Ya en Toledo, en las horas que pasó en el cigarral bajo el disfraz de ilusionista, observó a los invitados y seleccionó a Cristina y a Rubén —a los que había sorprendido en pleno polvo salvaje tras los arcos hechos con cipreses— como cómplices perfectos.

En algún momento la situación se le escapó un tanto de las manos. En realidad era mucho más sencillo y práctico robar las joyas él mismo, pero vivir en medio de un desierto en Kazajistán era tremendamente aburrido. Estudiar el comportamiento y las reacciones de Cristina y de Rubén por un lado, y de Roberto y Ágata por otro, había sido una de las experiencias más entretenidas de los últimos años.

Tras vender las coronas y el cetro de los reyes suecos, volvió a casa satisfecho, diciéndole a su padre que la Real Academia Sueca de Ciencias le había concedido un premio en metálico para compensarlo por no haberle otorgado nunca el Nobel.

—¡Ya era hora de que se reconociera mi aportación a la ciencia! Maldita política.

—Sí, papá. Me han dicho que quieren ver al *Princess Diana* en el aire cuanto antes —mintió.

A su padre, muy desmejorado a causa del tumor cerebral que le habían diagnosticado poco antes de que Rasputín saliera en su última misión como ladrón de joyas, se le había iluminado la cara.

—Está casi a punto. Sólo falta el diamante rebelde.

Rasputín había partido en busca de la tiara para hacer realidad el último deseo de su padre, el tipo más tozudo que conocía, tanto que se había negado a tratarse el tumor. Sólo quería acabar su cohete y verlo partir; lo demás le daba igual.

Los tipos que se habían llevado la tiara desde Ámsterdam hasta San Petersburgo y de allí a la base no eran mafiosos, sino antiguos trabajadores de la base a los que Rasputín daba trabajo cuando podía. Había ocultado su identidad ante Rubén y Cristina, ya que la pareja no era demasiado discreta.

Mientras realizaba los últimos ajustes, Onyx había esperado a que su hijo regresara para colocar la tiara en su sitio. Era un momento histórico y necesitaba que alguien lo presenciara y dejara constancia. Cuando Rasputín volvió, Onyx colocó la tiara en la matriz con parsimonia mientras su hijo lo grababa todo en vídeo. Cerró la tapadera del sofisticado reactor y se dirigió a la cabina para ponerlo en marcha.

Padre e hijo habían vivido un momento de gran complicidad, pero el momento histórico había salido rana, ya que lo único que salió disparado fue la alarma, señalando que algo no iba bien.

En el gran ordenador, Onyx había comprobado entusiasmado cómo todos los diamantes encajaban con las baterías que había fabricado mediante un preparado gelatinoso altamente conductor de energía. Todos... menos uno. Tras extraer la tiara, limpiarla y examinarla con cuidado, había descubierto, entre asombrado y divertido, que uno de los diamantes era falso.

—Ja, ja, ja, una de las chicas de Gran Bretaña e Irlanda te dio el pego, Isa.
—Se rio de la reina de Inglaterra, uno de sus pasatiempos favoritos.

A quien no le hizo ninguna gracia fue a su hijo. Tras maldecir en varios idiomas, Rasputín se puso en contacto con Andréi, un excompañero de la base que se había recolocado como agente de seguridad y que en los últimos tiempos se ganaba la vida en América. Roberto había resultado ser un chico con muchos recursos y, si había conseguido apoderarse con facilidad de la tiara para liberar a Cristina, tras haberlo visto junto a Ágata, supo que movería cielo y tierra para recuperar a la pequeña de los Veragua. Y, puestos a jugar, le apeteció compartir el final del juego con Ágata y Roberto, que tan buenos jugadores habían resultado ser.

Miró a Ágata, que estaba acariciando la cabeza de *Laika* y *Gagarin*, los dos gatos de su padre, y sonrió. Ágata ya estaba en Baikonur. Ya sólo faltaban Roberto y el diamante fugitivo.

«Vamos a ponérselo un poco más fácil», se dijo.

Se dirigió a su habitación, llamó a Pedro Veragua y le dio la dirección de la base. Se acercaba el momento del truco final, el prestigio, como lo llamaban los ilusionistas, y, como todo buen truco final, se merecía tener un público a su altura.

Las flechas de un dios furioso

A diez mil metros de altura, en algún punto sobre el océano Atlántico

—Deja quieta la pierna si no quieres que te la perforo con el boli —le susurró Mario a Roberto, que ya no sabía cómo ponerse.

—Pues déjame salir.

—No puedes desabrocharte el cinturón, hay turbulencias.

Un bache especialmente fuerte hizo que varios viajeros gritaran.

Roberto inspiró hondo, apoyó la cabeza en la pared del avión y, cuando éste volvió a sacudirse como una coctelera, se golpeó la sien.

—¡Mierda! —Se frotó la cabeza—. ¿Falta mucho?

Mario le dirigió una mirada entre divertida y hastiada.

—Gracias por recordarme por qué no quiero hijos.

Al poco de alejarse de la cabaña de los Martínez-Fitzpatrick Bridgewater Cramborough, habían recibido una llamada de los padres de Ágata. Los secuestradores se habían puesto en contacto para marcar el lugar de entrega del diamante extraviado. Roberto se lo había hecho repetir dos veces y, al final, Mario le había quitado el teléfono y había tranquilizado a Pedro Veragua. Conocía el lugar del que estaba hablando. Tardarían un par de días en llegar, pero llegarían y rescatarían a su hija.

Algunas llamadas más tarde, volvían a estar en camino. Al principio, Roberto no entendió por qué tenían que volver al aeropuerto de Tocumen en vez de salir de San José, en Costa Rica, pero cuando Mario se lo preguntó a su

secretaria, la persona encargada de hacerle la vida más fácil en la oficina, le quedó clarísimo. Por las escalas. Desde Tocumen tenían un día entero de vuelo; desde San José habrían sido dos.

Si tras doce horas de vuelo Roberto estaba a punto de arrancar la ventanilla para salir de allí, no quería ni imaginarse cómo habría sido viajar desde Costa Rica.

Un relámpago abrió el cielo en dos y lo cegó. Parecía como si un dios furioso se entretuviera lanzando flechas de fuego a esos humanos vanidosos que surcaban los cielos sin que él les hubiera dado alas.

—Cierra ahí. —Mario alargó el brazo y bajó la ventanilla.

Un nuevo bache, esta vez de varios segundos, hizo que Roberto temiera que el vuelo acabara antes de hora. Respiró hondo y decidió darle conversación a Mario para que la tortura se hiciera más llevadera.

—¿Qué hay que estudiar para trabajar en... —Mario alzó una ceja, advirtiéndole que no fuera bocachancla— donde trabajas?

El agente sacudió la cabeza, reflexionando en silencio.

—Llegamos por caminos muy distintos —murmuró—. Hay miembros retirados de las Fuerzas Armadas, policías de carrera, pero también científicos, abogados, deportistas de élite, astronautas jubilados... ¿Por qué me lo preguntas, Rob? ¿Temes que tu jefe no te devuelva el trabajo cuando esto acabe?

La verdad era que la preocupación por la seguridad de Ágata le impedía pensar en nada más, pero ahora que Mario lo mencionaba, no pudo evitar plantárselo.

—Es que no sé qué temo más, que me eche, o que no me eche.

Mario alzó la ceja.

Sin entrar en detalles, Roberto le contó que su visión de la abogacía y la de su futuro suegro tenían muy poco en común.

—Uff, majete, eso no augura nada bueno. Yo que tú me planteaba quedarme en Kazajistán.

—Pero ¿ese país existe de verdad?

Mario le dirigió una sonrisa ladeada.

—¿No sabes nada de los cosmonautas rusos? ¿Qué os enseñan en la universidad?

Roberto se encogió de hombros.

—Leyes, reglamentos, derechos, deberes, obligaciones, convenios...

Mario fingió estremecerse.

—Eso suena muy aburrido, perdona que te lo diga.

—Qué me vas a contar —comentó Roberto—, pero ya es muy tarde. Elegí mi camino y ya no puedo cambiar.

Las risotadas de Mario resonaron en toda la cabina, hasta que quedaron eclipsadas por los gritos de sus vecinos cuando un nuevo bache en las nubes los hizo saltar en el asiento.

—No digas tonterías, chaval. Acabas de empezar. En... donde yo trabajo, todos llegamos rebotados. Uno hace planes, pero luego la vida se encarga de meter los dados en el cubilete y volver a lanzarlos. Puedes pasarte el resto de tus días lamentando haber perdido la jugada anterior o sacar el máximo partido de la próxima. Los que mejor se adaptan a los cambios constantes son los mejores agentes. Y, deja que te diga una cosa, Robbie: me has impresionado.

Roberto, con la moral por los suelos, lo miró sorprendido.

—Sí, no me extraña. Debe de ser difícil encontrar a alguien con mi historial. Me secuestran a una novia; cuando la encuentro, ella rompe conmigo porque me he liado con su hermana, luego me secuestran a la otra novia, mi suegro me despedirá del trabajo en cuanto me ponga los ojos encima y...

—No es así como yo lo veo —lo interrumpió Mario. La cara agotada y ojerosa de Roberto lo animó a seguir—: No podrías haber evitado el secuestro de Cristina. ¿Cómo impides el secuestro de alguien que forma parte de los secuestradores? Y no creo que le pusieras los cuernos a Cristina, porque ella te los puso antes a ti. Quedan compensados. —La conciencia de

Roberto trató de protestar, pero Mario alzó la mano y siguió hablando—: Tampoco podrías haber hecho nada para evitar el secuestro de Ágata. La estaban siguiendo. Tarde o temprano te habrías separado un segundo de ella y se la habrían llevado. Resolviste el secuestro de Cristina sin ayuda de la policía, pero pediste ayuda cuando viste que te sería imposible rescatar a Ágata solo. Eso para mí es saber adaptarse a los cambios y actuar con la cabeza en circunstancias de tensión extrema. Y lo de tu suegro... Por lo poco que me cuentas y lo que te voy conociendo, si te da órdenes que chocan con tu conciencia y no las cumples, el problema no es tuyo, es de tu jefe.

Roberto movió la cabeza a lado y lado para librarse de la contractura que lo estaba matando y soltó el aire.

—¿Quieres ser mi *coach* personal? —Le dirigió una sonrisa irónica pero agradecida. Era agradable que alguien creyera en él cuando se sentía un fracasado.

—No necesitas un *coach*.

—Tienes razón, lo que necesito es ver a Ágata libre.

Mario asintió.

—La verás.

—Dios te oiga.

—Aquí está más cerca —susurró, señalando hacia arriba con la barbilla—, pídeselo.

Roberto, que llevaba pidiéndoselo desde que Ágata había desaparecido, volvió a rogarle a Dios que la mantuviera a salvo de todo mal.

Un trueno sacudió el avión, que parecía una cáscara de nuez rodeando el cabo de Hornos.

Roberto y Mario intercambiaron una mirada.

—Menudo carácter tiene el colega. —Roberto tragó saliva.

—Un mal día lo tiene cualquiera.

—¿Cuánto has dicho que faltaba?

—¡Oh, cállate ya!

Una nueva estrella

Base espacial abandonada, Baikonur, Kazajistán

Ágata sonrió mientras Fiódor y su hijo discutían en la cabina de lanzamiento. Rasputín no podía ocultar el cariño que sentía por su padre, aunque tampoco podía disimular que la tozudez del ingeniero le atacaba los nervios.

Aunque sólo llevaba un par de días en la base abandonada en medio del desierto de Baikonur, Ágata empezaba a encariñarse con el lugar y con sus habitantes... y empezaba a entender a su hermana y su obvio síndrome de Estocolmo.

El paisaje era desolador, el escenario perfecto para una historia postapocalíptica. Torres de lanzamiento con estructuras metálicas abiertas a lado y lado como pieles de plátano. Pilonas de cemento blancas que parecían un memorial militar, pero que eran protecciones para reducir el impacto de una explosión por un problema en el lanzamiento. Todo era un recordatorio constante de lo frágil y efímera que es la vida humana.

Le habían devuelto su teléfono móvil y, aunque no tenía cobertura, al menos se entretenía sacando fotografías que algún día formarían parte de un post para su blog.

La tarde anterior había contemplado y fotografiado la puesta de sol en el desierto. Los intensos tonos ocre y anaranjados bañaban los hierros oxidados, transformando las estructuras abandonadas en lo que parecían templos elevados al dios del progreso. El entorno invitaba a hacerse preguntas metafísicas. Uno se sentía muy pequeño al lado de las grandes torres de

lanzamiento. Y esas torres eran como granos de polvo del desierto comparadas con la inmensidad del espacio que se abría ante los cohetes espaciales.

Mientras el sol desaparecía por el horizonte, mostrándole el camino que Roberto estaba siguiendo para llegar hasta ella, sintió que el alma se le expandía. Estaba tranquila, viviendo el momento, disfrutando de la experiencia, consciente de que era difícil que volviera a vivir algo así.

Rasputín le había contado que su familia y ella estaban metidas en el robo de tiaras y diamantes por casualidad y aburrimiento. Cuando lo oyó, Ágata no pudo controlarse y le dio una buena colleja.

«¡Pero si os he hecho un favor a todos!», había protestado él frotándose la nuca. Y, en el fondo, tenía que darle la razón.

Padre e hijo seguían discutiendo animadamente en ruso.

Ágata subió a la grúa hidráulica situada junto al cohete y, aprovechando que los rusos estaban distraídos, le dio al botón y empezó a ascender.

* * *

Al bajar al fin del avión en el aeropuerto de Almaty, Mario y Roberto estaban cansados, pero ni se les pasó por la cabeza la idea de descansar. Fueron a la única ventanilla donde alquilaban vehículos, pero para su desesperación no tenían ninguno disponible.

—¡Que no me joda el kazajo! —Roberto se tiró del pelo—. ¿Cómo no van a tener un puto coche en una empresa de alquiler de coches? Si le estuviéramos pidiendo un aguacate o un abrelatas, ¡pero le estamos pidiendo un coche!

Mario tiró de él y lo apartó porque el empleado los estaba fulminando con la mirada desde detrás del mostrador. Agarrándolo por el cuello de la camiseta con las dos manos, se acercó y le susurró a pocos centímetros de la cara:

—Roberto, te voy a contar el secreto de todo buen agente internacional: cuanto más desesperado estés, más calma debes mostrar. Nadie se fía de alguien que actúa como un loco, y menos si no entienden lo que estás diciendo. ¿Te queda claro?

Roberto deslizó las manos entre los puños del policía y las separó con fuerza, librándose de su agarre.

—Clarísimo. Como un diamante *flawless* —replicó—. Me calmo..., ¡joder! —añadió en un susurro.

—Quédate ahí sentado.

Cuando Mario volvió al mostrador con su mejor sonrisa y la cartera a la vista, un hombre alto, que ocultaba la cara, se marchó. Si Roberto hubiera sabido que se trataba de Andréi, el tipo que había secuestrado a Ágata en Nueva York, habría montado tal pitote que se habrían quedado sin coche pero con alojamiento pagado por el Estado en la cárcel más cercana.

—Acaban de devolver un *jeep*. Si se esperan a que lo limpiemos, pueden llevárselo.

—No lo necesitamos limpio. Con que tenga gasolina nos vale.

El tipo se encogió de hombros. Si no querían el coche limpio, no iba a ser él quien protestara.

Rellenó los papeles, los acompañó a la salida, llenó el *jeep* de combustible y les entregó la llave.

A Roberto la última etapa del camino se le hizo eterna. Le habría gustado poner el todoterreno a toda velocidad, pero Mario no lo dejó acercarse al volante. Estaba un poco harto de que el policía lo tratara como al novato de la clase, pero se aguantaba pensando en Ágata. Su seguridad era lo único importante. Cuando ella estuviera a salvo y entre sus brazos, sería distinto.

—¿No puedes ir más deprisa?

Mario se volvió hacia su impaciente acompañante.

—Sí, podría ir más deprisa, pero no sé si te has dado cuenta de que esta carretera está llena de baches. —Hasta la pista se puso del lado de Mario,

obsequiándolos con un precioso montículo en que los hizo saltar medio metro—. Si se nos rompe cualquier pieza, ¿sabes dónde queda el taller más cercano?

—¿En a tomar por culo?

—Exacto.

Roberto respiró hondo para tranquilizarse.

—Pensaba que nos pondrían más problemas para entrar.

Mario sonrió con ironía.

—Los dólares en metálico siguen siendo el mejor visado.

—¿Has estado alguna vez por aquí?

—Si te respondo, tendré que matarte. —Roberto se volvió hacia él y se tranquilizó al ver que seguía con la sonrisa irónica en la cara—. No, no he estado nunca en Baikonur. En sus tiempos esto debía de estar muy animado.

Roberto miró al frente y a los lados. *Animado* no era la palabra que usaría para definir el entorno.

—La caída de la URSS supuso asimismo la caída en cadena de las torres de lanzamiento —comentó Mario—. ¿Quién se iba a imaginar que desaparecería la poderosa Unión Soviética? Pensamos que las cosas que conocemos van a durar para siempre, pero no. —Se encogió de hombros—. Todo cambia.

En otro momento, Roberto le habría preguntado si quería hablar de la persona que le había hecho daño haciendo cambiar su mundo, pero en ese instante vio una gran estructura metálica brillando al sol en la distancia.

—¡Mira! ¡Ya llegamos!

—Sí. —Mario le dirigió una sonrisa de aliento. No quiso desanimarlo, pero lo que estaba viendo Roberto era como un esqueleto en un cementerio de elefantes metálicos.

«Sin oficinas, sin laboratorios, sin centros de mando, ¿dónde demonios vamos a encontrarla?»

* * *

Horas más tarde, con los nervios a flor de piel, Mario le plantó un brazo a Roberto ante el pecho para que no entrara corriendo en el hangar que habían encontrado tras explorar una docena de instalaciones abandonadas y diseminadas por el desierto.

Asomó la cabeza con cautela y no dio crédito a lo que veían sus ojos. Había esperado tener que rescatar a Ágata —a la que había visto en fotos— de algún zulo subterráneo, pero...

—¿Qué, joder? ¿Qué ves?

Mario sonrió y le cedió el sitio.

—Hay cosas que no se cuentan, hay que verlas.

Imitando al policía, Roberto asomó la cabeza sin cruzar las puertas del hangar. Y, con unos ojos como platos, abrió la boca tratando de gritar, pero la voz se le quedó trabada en la garganta.

Junto a un esbelto y elegante cohete negro, Ágata, vestida con un ajustado mono blanco, con un ribete negro en el cuello y el pelo recogido en un moño alto, ascendía hacia el cielo sobre una plataforma.

Roberto avanzó en silencio —seguido por Mario, que lo protegía empuñando la pistola—, con la cabeza alzada hacia la que parecía una superheroína de cómic.

Rasputín salió de la cabina y bajó la escalera metálica, rompiendo el silencio del momento con sus pasos.

—Vaya, vaya —comentó con una sonrisa irónica, mirando con descaro hacia las entrepiernas de los recién llegados—. Cuántos cohetes alzados veo por aquí. Y sin necesidad de torres de sujeción. Menudo poder antigravitatorio el tuyo, Ágata.

Ella bajó la vista para preguntarle de qué demonios estaba hablando y vio a Roberto a sus pies, contemplándola con adoración, como si estuviera ante la

estatua de una Virgen. Y, aunque iba vestida de blanco, los sentimientos que se le despertaron al verlo a sus pies no fueron lo que se dice virginales.

Se llevó la mano a la cintura y sonrió, sintiéndose poderosa.

—Robbie, ¿por qué has tardado tanto? —Dio un paso adelante.

—¡Cuidado! —Los gritos alarmados de los tres hombres hicieron que Ágata recordara dónde se encontraba.

Le dio al botón de bajada y la grúa inició el descenso a una velocidad endiabladamente lenta. Alargó el brazo hacia Roberto, que subió a la plataforma antes de que ésta llegara al suelo.

Cogiendo su cara entre las manos, Roberto cerró los ojos e hizo que sus bocas se fundieran en un beso. Sólo entonces, al reconocer su sabor, soltó el aire que había estado conteniendo y se permitió respirar.

Ágata gimió al compartir su espacio, el calor de su cuerpo, la vibración de sus músculos bajo los dedos. Lo agarró por las nalgas y lo atrajo hacia su vientre, gruñendo de deseo al entender el comentario de Rasputín.

La lujuria le enturbió la mente, haciendo que el suelo empezara a moverse bajo sus pies.

—Qué demonios...

Roberto rompió el beso con desgana y Ágata comprobó que no había sido la lujuria, sino que alguien había apretado el botón para que la plataforma volviera a elevarse. Al bajar la vista, Rasputín se llevó dos dedos a la sien y le dedicó un saludo militar.

—Tú ocúpate de Roberto —le dijo—. Yo me encargo del resto.

—¡Eh! —le gritó Mario a su compañero de viaje—. Dame el diamante de una vez, que tú ya tienes lo que querías.

Gruñendo, Roberto metió la mano en el bolsillo interior de la cazadora y le lanzó el diamante, que llevaba guardado en el recipiente vacío de la macedonia que les habían servido durante la primera escala del vuelo.

Ágata alzó una ceja.

—¿Regalándole diamantes a un desconocido? ¿Tan poco tiempo has

tardado en olvidarme, Robbie?

Sonrió cuando él volvió a gruñir y a echarse la mano al bolsillo. El abogado parecía haber perdido la capacidad de formar frases coherentes. Aunque la plataforma seguía ascendiendo, Roberto se dejó caer de rodillas ante ella. Al pasar frente a la cabina de control, Onyx los miró con curiosidad.

—Me juré que, si te encontraba, lo primero que haría sería pedirte que te casaras conmigo. —Ágata miró el anillo que le ofrecía y se llevó una mano a la boca al reconocer el diseño de Paloma Picasso que la había enamorado en Tiffany—. Hace unas semanas me habría dado miedo que pensaras que estaba loco o que me dijeras que no, pero ya no soy aquel Roberto. Tal vez esté loco, pero más loca está la vida. —Ella se aguantó la risa emocionada. Ahora que Roberto había recuperado la voz era ella la que la había perdido—. Estas semanas me han enseñado muchas cosas. Me han hecho ver que fui un cobarde, que me dejé apabullar por tu padre, y que he estado a punto de vender mi alma a cambio de lo que pensaba que era mi sueño. Creo que alguien ha movido los hilos desde ahí arriba para que no cometiera un enorme error.

«Pero si os he hecho un favor.» Ágata recordó las palabras de Rasputín y tuvo que darle la razón. Estaban a la altura de la cabina del cohete. La cara de la princesa Diana estaba pintada en un lateral, sobre el nombre de la aeronave. Ágata le sonrió y deseó que, al final de su vida, la princesa de ojos tristes hubiera encontrado la libertad y el amor verdadero.

—Ágata —dijo Roberto, a sus pies—. Ya sé que te he dicho que no me daba miedo que me rechazaras, pero era mentira. Dime algo, ¡joder!

Ella se echó a reír, aunque tenía los ojos húmedos. Se dejó caer de rodillas ante él, su querido Robbie, con el que había pasado dos años soñando a solas en su cama, la cama de los pomos que no eran mágicos, porque por mucho que los hiciera girar no la llevaban junto a él. Sacudió la cabeza porque no estaba acostumbrada a sentir una felicidad tan grande.

—Tienes razón —le respondió al fin—. La vida está loca. Y no lo dudes, tú también. —Roberto ladeó la cabeza inseguro—. Y no veas lo que me alegro,

porque ya somos dos. Te recuerdo que soy la que convenció a sus compañeros de piso para que abriéramos el Churringham Palace en el corazón de Londres.

Roberto sonrió.

—Estás muy loca, Ágata.

—Ni te lo imaginas. —Se lanzó sobre él, haciéndolo caer de espaldas sobre la plataforma de la grúa. Las cabezas de los dos quedaron colgando sobre el vacío.

—No sé si lo que siento en el estómago es amor o vértigo, Gatita —admitió Roberto.

Ella tiró de su camiseta y, juntos, se desplazaron hacia el centro de la plataforma. Entre gruñidos y gemidos, se devoraron la boca, porque no hacerlo les suponía un esfuerzo demasiado grande.

—Me parece recordar que te había hecho una pregunta —comentó él entre besos y jadeos.

—¿De verdad quieres perder el tiempo hablando, Roberto? —replicó ella sin dejar de besarlo y de acariciarle el pecho.

Él se incorporó lo justo para ponerle el anillo en el dedo, ya que quería tener las manos libres para otras cosas.

Ágata miró el precioso anillo de oro rosa formado por hojas de olivo y sonrió.

—¿Robbie? —Le dirigió una mirada traviesa.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta?

—Me encanta, pero pensaba que las ramas de olivo eran un símbolo de paz...

—Em, sí, eso creo.

Ágata empujó a Roberto, que quedó tumbado con los brazos en cruz, contemplando boquiabierto cómo ella se quitaba el top.

—Pues la paz tendrá que esperar, porque yo ahora mismo quiero guerra, Robbie, y no precisamente guerra fría.

—¡Vale, vale! —gritó Rasputín desde el suelo—. Estaremos en la casa.

Venid cuando acabéis.

Roberto se alegró, porque no podría haber parado ni aunque hubieran tenido al Estado Mayor ruso pasando revista al pie del cohete. La agarró por la nuca y se apoderó de su boca mientras ella le desabrochaba los pantalones.

Ágata quería guerra y esa guerra no la iba a detener ni la Asamblea General de la ONU.

* * *

Roberto se despertó de madrugada y se incorporó apoyándose en los codos.

—¿Qué pasa? —preguntó Ágata, que dormía sobre su pecho desnudo.

—He oído voces.

Ella le acarició el torso y siguió descendiendo con la mano por su vientre hasta enredar los dedos en su vello.

—Estarías soñando. Duérmete.

La voz de Rasputín llamando a su padre con urgencia los sobresaltó a los dos. Se levantaron y salieron al pasillo, donde se encontraron con Mario.

—¡Joder, Mario, vas desnudo! —protestó Roberto.

—Ah, ¿jugamos a decir obviedades? Bien, pues tú también. Y tu chica. Precioso culo, por cierto.

—¡Mario!

Mientras Ágata entraba en la habitación para ponerse la camiseta de Roberto —más fácil de poner que los modelitos *cosmoyeyé* de Valentina—, Roberto y Mario seguían discutiendo.

—Como vuelvas a mirarle el culo a Ágata, te arranco los ojos.

—No seas neandertal, Robbie.

—Me gusta tu chica, Robbie —lo provocó Mario.

—¡No, no te gusta mi chica! —Roberto sabía que se estaba comportando como un niño inmaduro, pero no podía evitarlo.

—No soy la chica de nadie. —Ágata apoyó una mano en el torso desnudo

de los dos hombres y no pudo resistirse a apretar un poco el pectoral de Mario al comprobar que estaba muy en forma. A Roberto no se le escapó el gesto—. Estoy harta de secuestros y de que me hagan ir de un lado a otro sin preguntarme mi opinión. Dejadme pasar. —Les pegó un empujón que los dejó a lado y lado del pasillo.

Mientras ella bajaba la escalera, Mario le clavó la puntilla a Roberto.

—Me encanta tu chica.

Roberto quiso borrarle esa insoportable sonrisilla irónica de la cara, pero las palabras de Ágata le habían devuelto la cordura.

—No es mi chica —murmuró chafado—. ¿No la has oído?

Al llegar frente a la cocina, ella se encontró con Rasputín.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Mi padre; no lo encuentro.

—Habrá ido a dar un paseo. —Mario llegó a su lado y se asomó a la ventana—. Hace una noche preciosa.

Rasputín abrió la puerta para rodear la casa. Los tres lo siguieron al exterior y quedaron boquiabiertos ante el espectáculo que les ofrecía la naturaleza.

—Dios mío —susurró Ágata.

A lado y lado, Mario y Roberto le dieron la razón en silencio. Nunca habían visto nada igual. Las estrellas se arracimaban formando un arco.

—Parece un puente sobre el cielo —murmuró Roberto.

—He visto la Vía Láctea muchas veces en mis viajes, pero nunca así —admitió Mario.

Rasputín acabó de rodear la casa y se unió a ellos, pero él no tenía la cabeza para estrellas.

—¿Lo has encontrado? —preguntó Ágata, aunque su actitud le dio la respuesta antes de que él negara con la cabeza.

En ese momento, un fuerte traqueteo alteró la paz de la noche.

—¡Joder!

—¿Qué pasa? —preguntó Mario.

—¡Se ha ido al hangar!

—Bueno, no podría dormir. —Roberto trató de tranquilizarlo.

—Mi padre está enfermo. Los médicos le han prohibido conducir; puede perder la consciencia en cualquier momento. Voy a buscarlo.

—Dame un minuto —Mario entró corriendo en la casa—. Te acompaño.

Ágata lo señaló con el dedo.

—No te vayas sin nosotros.

* * *

Diez minutos más tarde entraban en el hangar. Estaba débilmente iluminado, y la Vía Láctea se veía a la perfección por la abertura del techo. A Ágata le recordó la pancarta de salida o llegada en una carrera popular. Pensó que, salvando las distancias, la carrera espacial no dejaba de ser algo así. Los presidentes de turno de los países que se disputaban ser potencia mundial deseaban ponerse la medalla, clavar la bandera con sus colores en la Luna o en Marte, pero, pasados unos años, todo el mundo hablaba de cuando el hombre llegó a la Luna. El hombre, en general, refiriéndose a la especie humana, sin distinción de género, etnia o país. Porque los logros de un ser humano son los logros de todos, igual que los conflictos y las guerras son fracasos de todos.

Roberto la abrazó por los hombros.

—Sé que eres más de mate —le susurró—, pero no me negarás que este cielo es para pasarse al equipo brillo.

Ella asintió con la cabeza.

—Hace falta una noche oscura para valorar el brillo de las estrellas —susurró.

Mientras la pareja —envuelta en una nebulosa de relajación y bienestar tras haber pasado buena parte de la noche demostrándose lo mucho que se habían

echado de menos— contemplaba la inmensidad del universo a través de la abertura del techo, Rasputín y Mario habían subido corriendo la escalera que llevaba a la cabina de control. Pero Fiódor tampoco estaba allí.

—Joder, papá. ¿Dónde estás?

La voz de Onyx llenó el hangar:

—Hijo, ha llegado la hora.

—¡Papá, déjate de tonterías! —La voz de Rasputín, siempre tan despreocupado y seguro de sí mismo, parecía otra—. Sal, tenemos muchas cosas de las que hablar todavía. ¿Dónde te has metido?

Mario señaló hacia lo alto del cohete. La luz de la cabina estaba encendida, como si fuera la punta de una enorme linterna negra.

Rasputín se apoyó en el control de mandos cuando las piernas le fallaron. Llevaba años proporcionando fondos a su padre para que se entretuviera con su cohete y no sintiera que su vida había sido un fracaso. La base, abandonada, no contaba con equipamiento suficiente para lanzar un cohete al espacio, pero, mientras construía el *Princess Diana*, Onyx sentía que su vida tenía sentido y Rasputín podía disfrutar de su compañía. No podía ni quería imaginarse la vida sin él.

—No intentes detenerme, hijo. —A través de la megafonía del hangar, la voz de Onyx parecía llegar directamente desde el cielo. Ágata se estremeció y Roberto la atrajo hacia sí para darle calor—. Me he pasado la vida construyendo naves para que otros pudieran salir al espacio. Ha llegado mi momento. No quiero quedarme aquí. Quiero volar; quiero alcanzar las estrellas y entregarle la tiara a mi amada Diana.

Roberto y Ágata intercambiaron una mirada preocupada.

—No tiene energía ni para iluminar el hangar —dijo él para tranquilizarla—. Es imposible que levante esa mole.

Como si Onyx lo hubiera oído, las luces del hangar se apagaron del todo y el cohete empezó a temblar, como si alguien hubiera enchufado una nevera vieja.

—Papá, no hagas tonterías. No puedes lanzar el cohete dentro del hangar. Hay que sacarlo al exterior; lo destruirías todo.

—Nadie echará de menos este viejo hangar, hijo. Prefiero verlo arder a ver cómo cae en el abandono como todos los demás.

—¡Yo sí lo echaré de menos!

—Ya has perdido demasiado tiempo cuidando de tu viejo y chiflado padre. El mundo es tuyo, hijo. No me olvides, pero vive tu vida, Mijaíl.

—Esto ha llegado demasiado lejos —le dijo a Mario—. Voy a sacarlo de ahí.

—Mijaíl, saca a tus amigos de aquí; voy a encender el motor.

—¡Papá!

Rasputín bajó corriendo la escalera metálica, con Mario pegado a sus talones. Al llegar junto a la plataforma, le dio al botón para hacerla bajar, pero el ruido y la vibración del cohete aumentaron con rapidez, convirtiéndose en un estruendo insoportable.

—Vamos. —Roberto tiró de Ágata para salir del hangar, pero ella se soltó y corrió hacia Rasputín.

—¡Papá! —Mijaíl se abalanzó hacia el cohete, pero entre los otros tres lo agarraron para impedirlo—. ¡Dejadme, tengo que sacarlo de ahí!

—¡No se va a elevar, déjalo! —le ordenó Mario.

—¡Pero puede explotar! —Rasputín trató de liberarse con desesperación—. ¡Joder, papá, apágalo!

—En eso te doy la razón. Soltadlo —ordenó Mario a Roberto y a Ágata. Cuando Rasputín trató de ir en busca de su padre, Mario lo sujetó por el hombro, le dio la vuelta y lo derribó de un puñetazo en la mandíbula. Lo levantó del suelo, se lo cargó al hombro y gritó—: ¡Al *jeep*, rápido!

El ruido seguía aumentando, pero al echar la vista atrás, Ágata no vio ni rastro de fuego ni de humo. Ella no era experta en ingeniería aeroespacial, pero sabía que un cohete no podía elevarse sin combustible, ¿no?

De todos modos, siguió corriendo y entró en el *jeep*. Mientras Roberto

ayudaba a Mario a meter a Rasputín en la parte trasera descubierta, ella puso el motor en marcha y, en cuanto Roberto subió, arrancó sin esperar a que acabara de cerrar la portezuela.

Condujo a toda velocidad sobre la pista de tierra y, cuando el vehículo saltó sobre uno de los baches, Rasputín se espabiló.

—¡Mierda! ¿Adónde vamos? —le preguntó a Ágata a través de la ventanilla que separaba la parte de carga de la parte del conductor.

—A casa.

—No, gira a la izquierda, ¡ahí!

Al cabo de unos segundos llegaron a una estructura que parecía un edificio a medio derribar, pero que resultó ser un antiguo búnker de lanzamiento. Descendieron la rampa, bajaron del *jeep* y se agolparon frente al pequeño ventanal cubierto con un cristal especial.

En silencio, contemplaron cómo el cohete se elevaba elegantemente hacia el cielo envuelto en un halo de luz azul, fría como el brillo de un diamante.

Ágata trató de decir algo, pero no le salieron las palabras. Al volverse hacia los demás, vio sus caras asombradas a la luz fantasmagórica. Por la mejilla de Rasputín, el más alto de los tres, caía una lágrima.

Apoyó la cabeza en el hombro de Roberto y él la abrazó sin dejar de contemplar el increíble espectáculo.

El *Princess Diana* se elevaba como si no le costara nada, como si fuera una gran ballena azul surcando las profundidades del océano. El resplandor azulado se alzaba más y más y, a medida que pasaban los minutos, el nudo que se había formado en el estómago de Ágata a la espera de una posible explosión se fue aflojando.

A su lado, notó las convulsiones del cuerpo de Rasputín y agachó la cabeza; suponía que estaba llorando y le dio intimidad. Pero, aunque tenía el rostro húmedo por las lágrimas, el ilusionista estaba riendo y su risa, cada vez más descontrolada, contagió a los demás.

—La madre que lo parió —susurró Mario.

—¿Cómo coño ha hecho eso? —preguntó Roberto.

Ágata no dijo nada, sólo lo abrazó.

Por encima de su cabeza, Rasputín siguió con la mirada el cohete, que era ya tan diminuto que se confundía con el resto de los cuerpos celestes.

Esa noche, una nueva estrella apareció en el cielo.

Epílogo

Sí, los más observadores os habréis dado cuenta: el blog ya no se llama «Mate o brillo», sino «Mate y brillo». Sí, mi ausencia tiene que ver con el cambio de nombre y, no, no puedo contaros más porque, como diría un buen amigo, si lo hiciera, tendría que mataros.

Puedo deciros que durante estos últimos meses he descubierto que la capa más oscura de un ilusionista puede tener un forro plateado en su interior; que, a veces, los diamantes más valiosos son negros; que tal vez, sólo tal vez, haya en la Tierra arcángeles enviados por el mismo Dios, como san Miguel, a quien en algunos sitios llaman Michael y en otros Mijaíl. Arcángeles enviados para guiar a los hombres cuando se pierden. Seres que, desde este planeta que parece una canica azul, añoran a su creador y anhelan su atención, pero no pueden hacer más que levantar la cabeza hacia el cielo y admirar su brillo desde lejos.

Ángeles que nos recuerdan que debemos cuidar de nuestros seres queridos porque, como le cantó Elton John a Lady Di, todos somos *candles in the wind*, velas en el viento, y un soplo enfurecido puede dejarnos el corazón a oscuras.

DEL BLOG «MATE Y BRILLO»

Toledo, España, 2020

—Ágata, ¿dónde están los zapatos? Ágataaaaa...

—Aquí están. —Teresa, la madre de Cristina, entró en el dormitorio de matrimonio donde la novia se estaba preparando para el gran día.

—¿Y Ágata?

—Deja a tu hermana tranquila, que disfrute del cigarral, que viene poco.

Cristina hizo una mueca.

—Es que la echo de menos.

Su madre abrió la caja de cartón de color turquesa, apartó el papel de seda plateado y le mostró los zapatos que la organizadora de bodas le acababa de

entregar con los cambios que su hija había pedido en el último momento.

—Ya vendrá. Vamos a ver cómo han quedado estos zapatos...

—Eso, eso. —Inés, la hermana de Rubén, avanzó hacia su cuñada balanceándose de lado a lado a causa de su impresionante tripón de embarazada—. Veámoslos. Mira los zapatos tan horribles que he tenido que ponerme yo. ¡Tengo los pies tan hinchados que no me cabe nada!

Cristina disimuló una sonrisa. La venganza era un plato que se servía frío, y la fecha que había elegido para su boda con Rubén —calculada para pillar a su cuñada en el último mes de embarazo— era lo menos que Inés se merecía por haberse casado antes que ella y haberle robado la atención de las revistas. Por fin todo se había puesto en su sitio. Ella había recuperado su figura tras dar a luz a Miguelito y le había vendido un combo de cinco reportajes a su revista favorita: embarazo, salida de la clínica, bautizo, boda y luna de miel en un escenario exótico. Los reporteros debían de estar al llegar para realizar el cuarto de esos reportajes. Y se moría de ganas de dejar a Miguelito con los abuelos y marcharse con Rubén a la cabaña del Pacífico donde grabarían el último. Y, sí, salir en las revistas seguía poniéndola como una moto, pero lo que realmente la tenía excitada perdida era la idea de tener a Rubén para ella sola durante una semana. Adoraba a su pequeño Miguel, que llenaba sus días de alegría, pero desde que Rubén se había convertido en un responsable padre de familia y había tomado las riendas del bufete familiar, ¡casi no le veía el pelo!

—¡Oh! —Cristina se llevó una mano a la boca.

—¡Qué maravilla! —exclamó Teresa.

—¡Son preciosos! —Inés madre miró a su hija.

—¡Una joya! —Inés hija se llevó la mano al vientre—. Ay, me estoy meando.

Mientras su cuñada iba al baño, Cristina sostuvo uno de los zapatos de tacón alto forrado en raso color rosa palo como si fuera una joya. Porque lo era. Mirado desde delante parecía un zapato normal, pero, visto desde atrás,

decenas de cristales de Swarovski formaban un pavo real con la cola extendida en el talón. Los pavos reales eran réplicas de la tiara que había elegido.

Se probó esta última, los zapatos, y dio una vuelta sintiéndose Cristal, la princesa que era en sueños.

—Espectacular —exclamó su madre, que sabía lo que estaba pensando—. Estás preciosa, cariño.

Cristina sonrió, imaginándose el primer plano de la foto de los zapatos que los reporteros sacarían mientras ella subía los escalones que llevaban al porche.

—¡Ágataaaa! —gritó—. ¡Ven a ver mis zapatoooooos!

* * *

Pero Ágata no tenía oídos para su hermana ni ojos para nada más que para Roberto.

Había ido a la antigua habitación de Cristina a buscar la liga que se pondría bajo el vestido —por lo de llevar algo azul—, pero no la encontraba. Se agachó para mirar entre un montón de papeles de seda tirados en el suelo y así la encontró él.

—Precioso —susurró con el sombrero panamá en la mano.

Ella se volvió para mirarlo, sin incorporarse, consciente de lo mucho que a él le gustaba su retaguardia.

—Gracias, lo he elegido pensando en ti.

Se incorporó lentamente, se volvió hacia él y apoyó la mano en la cadera. Aunque su hermana había puesto el grito en el cielo al enterarse de que había elegido un conjunto de pantalones acampanados de tiro alto y top de cuello redondo para la boda, ella se había enamorado a primera vista de la fresca tela de lino color coral, que seguía siendo su color favorito. El top era corto y la parte inferior estaba formada por flecos deshilachados del propio lino, en

los que la diseñadora había trenzado perlas rosadas y negras, bolas de coral y conchas nacaradas.

—¡Pero, mamá! —había protestado Cristina—. No puedes dejar que se compre ese conjunto.

—¿Por qué no?

—¿Tú has visto el culo que le hacen esos pantalones?

—Sí, precioso —había comentado Teresa—. Quién lo pillara.

—Pues eso. Me va a robar el protagonismo, ¡como Pippa Middleton en la boda de su hermana!

Y, no, Teresa Veragua no le había comprado el conjunto a su hija menor, pero sólo porque se lo había comprado ella misma con su sueldo.

—Acércate —le ordenó Roberto, apoyado en la puerta—. Tengo algo para ti.

Mientras él se la comía con los ojos, Ágata se aproximó despacio, con andares de gata, devorándolo con la mirada de arriba abajo. Llevaba unos chinos color tabaco, del mismo color que la cinta del sombrero, una camisa blanca de lino y una americana también de lino color canela. Había cambiado mucho en los últimos dos años, y no sólo por la barba de pocos días que le oscurecía las mejillas, dándole un aire más varonil y peligroso. Era el brillo de sus ojos color chocolate el que había cambiado. Ya no era el joven deseoso de integrarse que había llegado al cigarral la noche de la puesta de largo de Ágata. Era un hombre seguro de sí mismo; orgulloso de las decisiones que había tomado.

Igual que ella.

Roberto alargó el brazo, cogió la mano de Ágata con la suya y le plantó un beso suave sobre el anillo de hojas de olivo.

—Qué bien te queda el anillo con este conjunto.

Ella sonrió.

—Se me da mejor de lo que pensaba esto de la moda. Y lo que mejor se me da es elegir complementos —añadió con una sonrisa traviesa—. Ya verás al

guapazo que me he buscado para que vaya al altar de mi brazo.

El brillo del chocolate de sus ojos perdió un poco de intensidad.

—El altar de la boda de tu hermana. ¿Nunca vas a aceptar la oferta que acompañaba a este anillo? —Lo hizo girar alrededor de su dedo.

Ella se quedó mirando sus manos unidas.

—¿Necesitas que un cura te diga que soy tu mujer, Robbie? ¿No te lo he dejado claro durante estos años?

Él le acarició la mejilla, suave como la piel de un melocotón.

Lo habían hablado muchas veces durante los últimos meses. Mientras el *Princess Diana* proseguía su viaje —las últimas informaciones afirmaban que se encontraba entre Marte y Júpiter—, Roberto y Ágata habían pasado a formar parte del equipo de Super Mario. Sin ellos saberlo, durante los días que pasaron juntos, Mario —que había pedido a sus superiores un equipo que lo ayudara en sus investigaciones— los había estado examinando y había llegado a la conclusión de que eran perfectos para trabajar en la Interpol. Lo bastante jóvenes para aprender y lo bastante seguros de sus convicciones para no dejarse tentar por las malas artes del «lado oscuro». Y, aunque Roberto entró en calidad de abogado, y seguía formándose en Derecho Internacional, cada vez le gustaba más participar en misiones de recuperación de joyas y patrimonio histórico.

—Tengo claro que soy el tipo más afortunado del mundo. Y acepto tus condiciones —Roberto alzó una ceja—, de momento. Eres un reto, Ágata. Un reto delicioso. —Se inclinó hacia ella y le susurró al oído—: Y que sepas que no pienso rendirme. —Le pellizcó una nalga y añadió con su tono más autoritario—: Pero ahora desnúdate.

El estremecimiento que recorrió la espalda de Ágata no tuvo nada que ver con la brisa que entraba por la ventana abierta.

—¿Ahora? Robbie, la boda va a empezar dentro de...

—Ahora.

La pareja se quedó observándose durante unos segundos, en un duelo

silencioso que se luchaba con las armas de la química y el deseo.

Él inspiró hondo y su torso se ensanchó bajo la camisa.

En sus ojos, Ágata leyó sus ganas de abalanzarse sobre ella, de cargársela al hombro y tumbarla sobre la cama.

Se acercó a él lentamente y, en el último segundo, se volvió. Se retiró el pelo de la nuca y, mirándolo por encima del hombro, le pidió sin palabras que le desabrochara los pequeños botones nacarados.

Roberto aún no la había tocado, pero tenía la respiración muy alterada. Su pecho subía y bajaba por las ganas de bajarle los pantalones, echarla hacia delante y clavarse en ella desde atrás, pero se contuvo. Su Ágata era una joya, una diosa, y como tal quería adorarla.

Roberto se puso el sombrero en la cabeza para tener las manos libres. Cuando le rozó la columna con el dedo, la piel de Ágata se erizó y a él se le escapó una sonrisa al contemplar su reacción. Le desabrochó el primer botón y siguió descendiendo poco a poco hacia el siguiente. Se sintió poderoso como el sol que contempla desde lo alto del cielo el baile de los girasoles. Sus caderas cobraron vida propia y no pudieron esperar más. Se echaron hacia delante, dejando que su erección se acoplara en uno de sus lugares favoritos, la hendidura entre las nalgas de Ágata.

Ella gimió, cerrando los ojos, y se dejó caer hacia atrás, pero una palmada en el culo la despejó del trance en el que estaba cayendo.

—Quiero verte desnuda, Ágata. Te he echado mucho de menos.

Ella avanzó, sosteniéndose el top con las manos cruzadas ante el pecho, hasta llegar junto al tocador de la antigua habitación de su hermana. Se dio la vuelta y dejó que el top se le deslizara hasta las muñecas. En otro momento lo habría dejado caer al suelo, pero, aunque nadie lo diría al verlos, tenían una boda a la que acudir.

—Sigue —le ordenó él, con la voz más ronca que hacía un momento.

—¿No vas a desnudarte tú? —lo provocó alzando una ceja.

—Luego. —Su voz era casi un gruñido—. Continúa. Necesito verte

desnuda —repitió él, y soltó el aire poco a poco.

Los pantalones siguieron el destino del top coral. La lencería, de delicado encaje, era del mismo color, en un tono ligeramente más intenso.

—¿Te sirve así? —preguntó Ágata para seguir provocándolo.

Roberto avanzó hacia ella, que no podía apartar la mirada de su evidente erección. Cuando se pasó la lengua por los labios, él estuvo a punto de perder el control. Se quitó el sombrero y lo dejó sobre el tocador.

A regañadientes, Ágata apartó la vista de su entrepierna y abrió mucho los ojos al ver lo que el sombrero ocultaba en su interior.

—¿Una anguila de mazapán?

A pesar de la tensión del momento, no pudo evitar echarse a reír. Y su risa fue la recompensa de Roberto. Bueno, la primera de ellas.

—Todo fuera —le ordenó él adelantando un dedo hacia el sujetador y trazando una línea vertical por encima de uno de los pezones.

Fue un contacto mínimo, pero el latigazo de sensación viajó directo al vientre de Ágata, que volvió a estremecerse.

Tragó saliva, se quitó el conjunto y lo dejó sobre la pequeña caja de mazapán.

Maldiciendo entre dientes, Roberto acarició la tela y la apretó en el puño antes de soltarla.

—Mirando hacia el espejo —le ordenó. Mientras Ágata se volvía hacia el tocador, él abrió la caja y sacó algo de su interior—. Cierra los ojos.

El roce de los dedos calientes de Robbie en sus clavículas contrastó con el frío que se posó sobre su pecho. Cuando levantó los párpados, sus ojos se abrieron hasta alcanzar el tamaño de las esmeraldas que adornaban su cuello.

Contuvo el aliento y apartó los ojos del brillo frío de las gemas, buscando el calor de los ojos de Robbie.

—Sí, preciosa como una reina —le susurró él al oído.

Superada la sorpresa inicial, Ágata reconoció el collar de la condesa de Romanones, que, tras ser subastado en Sotheby's, fue lucido por Corinna zu

Sayn-Wittgenstein antes de ser robado.

—¡Lo has encontrado! —exclamó.

—Ajá.

—¡Yo quería ir contigo a buscarlo!

—Estabas ocupada con la boda.

Ella entornó mucho los ojos.

—Me dijiste que ibas a comer con tus padres.

—Y lo he hecho. Te envían recuerdos y la tía Lola también.

A Ágata se le iluminó la mirada. Aunque al principio había temido su reacción, la familia de Roberto la había acogido con los brazos abiertos, y la tía Lola había dicho claramente lo que todos pensaban: que Roberto había corregido su error y se había quedado con la hermana adecuada.

—¿Y qué pretendes hacer con ese collar, Robbie? —le preguntó, aunque no hacía falta ser ingeniera informática ni agente de la Interpol para hacerse una idea.

Él le acarició un costado, desde el pecho hasta la cadera.

—Hacer realidad mi fantasía, Gatita. Me he pasado esta semana soñando con hacer justo esto. Apoya los brazos en la silla. —Cuando ella lo hizo, Roberto la sujetó por las caderas y le echó los pies hacia atrás. La soltó para desabrocharse el pantalón y dejarlo caer, junto con el bóxer, hasta los tobillos. Volvió a agarrarla por las caderas y le preguntó—: ¿Estás preparada para mí?

—Compruébalo —susurró ella provocadora—. Yo también he echado de menos esos dedos ágiles, Robbie.

Él le deslizó una mano entre las piernas, haciéndola gemir de deseo. Jugueteeó con su sensible clítoris y habría seguido hasta verla deshacerse de placer entre sus brazos, pero no era momento para entretenerse.

La sujetó por las caderas y, mirándola a los ojos a través del espejo, se clavó en ella. Ágata cerró los ojos mientras se le doblaban las rodillas.

—Mírame.

Ella abrió los ojos.

—No pares ahora —le ordenó.

—Tus deseos son órdenes, mi reina. —Se retiró lo justo para volver a embestirla y gimieron a la vez.

—Antes era tu diosa —protestó ella—. He descendido de categoría.

La sonrisa de Robbie en el espejo brilló más que las trece esmeraldas del collar.

—Eres mi diosa —replicó con una embestida—. Mi reina. —Otra embestida—. Mi presidenta y mi alcaldesa. —Dos embestidas seguidas—. Mi sacerdotisa, mi papisa, mi madre superiora. —Las siguientes embestidas aumentaron de intensidad y de velocidad.

Ágata cerró los ojos, disfrutando de las sensaciones. Del contacto de los fuertes muslos de Roberto contra los suyos. Del calor de su vientre cuando impactaba con sus nalgas al clavarse en ella hasta el fondo. Del ronco susurro de su voz acariciándole los oídos. Adoraba su voz.

—Eres mi gema, mi joya, mi luz, mi estrella...

—Rob... Robbie...

—Mi amor, mi Gatita...

—¡Robbiiieeeee!

Mientras Ágata salía disparada en un potente orgasmo, sin preocuparse de quién pudiera oír sus gritos en la casa llena de invitados, él siguió bombeando con los dedos clavados en sus caderas y la cabeza echada hacia atrás, hasta que, poco después, la siguió. Perdido en un placer oscuro como la noche y cálido como el terciopelo, le pareció ver al *Princess Diana* surcando el universo a su lado. Se dejó caer sobre la espalda de Ágata y la besó detrás de la oreja, disfrutando de su íntimo abrazo cuando ella volvió a contraerse alrededor de su erección, que se aflojaba tras el deber cumplido.

—¿Contento? —le preguntó ella, tan relajada que un hilo de saliva amenazaba con caerle sobre el valioso collar.

—Ni te lo imaginas.

* * *

En el cigarral de sus amigos y vecinos los Carrión, Pedro entró sin llamar, como siempre.

—Hombre, consuegro. ¿Qué haces aquí? —le preguntó Pablo—. ¿Huyendo de los nervios previos a la boda?

—Me envía Teresa a buscar a Miguelito. Ha llegado el fotógrafo y quiere que le saquen fotos por si luego se duerme.

—Ahí tienes a tu nieto. Cada día se parece más a mí. Esa nariz es Carrión de pura cepa.

Pedro resopló.

—Ya te gustaría, Pablito. Ese niño ha salido a mí. Es cien por cien Veragua.

Ajeno a los piques de sus abuelos, el pequeño Miguel acabó de escalar la silla y se sentó satisfecho. Bajando el telescopio, pegó el ojo al visor y sacó la lengua de lado.

Pedro y Pablo intercambiaron una mirada pero enseguida volvieron a clavar los ojos en su nieto.

—Ha salido a su padre —susurró Pablo.

—Algunas cosas se llevan en la sangre —admitió Pedro.

Los dos socios se acercaron al pequeño.

—Vamos, Miguelito, mamá te espera.

—¡Mami! —El niño alzó las manitas hacia Pablo, que lo cargó y lo levantó hacia el techo, haciéndolo reír.

Pedro se dispuso a seguirlos, pero en el último momento no pudo resistir la tentación. Regresó, se asomó al telescopio y se arrepintió al instante. El aparato seguía encarado a la habitación de Cristina, que en la actualidad se utilizaba como cuarto de invitados, ya que Rubén, ella y el pequeño Miguel se habían instalado en una habitación doble del cigarral de los Veragua, aunque repartían su tiempo entre las dos casas. Y lo que Pedro vio a través del cristal

del telescopio no fue un astro celeste, aunque el culo, perfecto y redondo, podía parecer una luna llena.

—¡Me cago en Rubén! ¡La madre que lo parió! —Salió alterado de la habitación—. ¿Es que no la respeta ni el día de su boda?

—¿Me buscabas, suegro? —El novio salió del baño, donde estaba acabando de arreglarse—. Lo sé, soy tu yerno favorito y no puedes vivir sin mí. —Se acercó a su padre—. ¿Llevo bien el nudo?

Miguelito lo agarró de la corbata y tiró de ella alegremente.

Rubén fingió ahogarse, sacando la lengua, lo que a su hijo le pareció de lo más divertido.

—Lo llevabas. Anda, vámonos; te lo arreglas en el coche.

Pedro se volvió hacia la habitación con el ceño fruncido.

«Si no era Rubén... Entonces ¿quién?»

—¿Llevas los anillos? —le preguntó Pablo a su hijo.

—Los tiene Iván. —El marido de su hermana Inés era el padrino de bodas, para compensar, ya que Ágata era la madrina y entre los Carrión y los Veragua todo iba al cincuenta por ciento—. Más le vale no dejárselos por ahí. ¡Llegó la hora! —Cogió la mano de su hijo y la sacudió en el aire nervioso—. ¡Vamos a casarnos con tu preciosa madre, chiquitín!

* * *

—Yo lo aparco —le dijo a Pedro Miguel Ángel, el chófer que compartían las dos familias—. ¡Y enhorabuena, señor Rubén! ¿Quién iba a pensar que sentaría la cabeza?

—Ya ves, Miguel Ángel. Todos acabamos cayendo. —Una *foodtruck* roja situada en el jardín le llamó la atención—. ¿Y eso qué es?

—Un regalo de la señorita Ágata —respondió el chófer aguantándose la risa.

El novio y sus acompañantes entraron en el jardín.

—No doy crédito —murmuró Pedro.

—¿Cristina ya ha visto eso? —le preguntó Pablo a su hijo.

—Lo dudo. —Rubén sacudió la cabeza.

Sobre la ventana de la furgoneta con el lateral abierto había un cartel pintado con más entusiasmo que talento, donde se leía CHURRINGHAM PALACE.

Miguelito casi no hablaba; sólo sabía decir cuatro cosas con su lengua de trapo, pero sabía lo que le gustaba..., y los churros le gustaban mucho.

Cuando los dos churreros —ataviados con delantales rojos— acabaron de servir a los reporteros, Miguelito se abalanzó sobre el mostrador y echó mano a un plato donde ofrecían a los invitados churritos en forma de corazón.

—*Home*, ¡así me gustan a mí los clientes! ¡Que sepan apreciar *a calidade!*

—¡Miguel Carrión Veragua! —lo reprendió Pablo en broma.

—Eso, no dejes pasar ninguna oportunidad para recordarme que el niño lleva tu apellido primero —refunfuñó Pedro.

—Justicia divina, socio, por haber registrado el bufete con tu apellido delante.

—Nunca me lo has perdonado, ¿eh, Carrión?

—Hombre, es que la gente es muy vaga y se queda sólo con el primer apellido.

Pedro se encogió de hombros.

—Lo gané limpiamente a los dados.

Pablo refunfuñó.

—Mmm, poco me fio yo de tus métodos limpios.

—Pero ¿tú has visto cómo le habla este capullo a tu suegro? —le preguntó Pedro a Rubén—. ¿No me vas a defender?

—*¡Ullo!* —exclamó Miguelito con la cara llena de azúcar.

—A ver, suegro. Esa boca, que Miguelito no habla pero lo absorbe todo como una esponja y el día que empiece a hablar no quiero que reniegue como su abuelo, que parece un carretero.

—¿Carretero yo?, será cabr...! —Rubén alzó una ceja—. Cabritas que

balan en el campo. —Pedro señaló hacia la lejanía—. ¿Ves, Miguelito?, está lleno de cabritas.

—Y, si quieres que alguien te defienda, pídeselo a tu otro yerno, que ahora es agente de la ley.

—No me lo recuerdes —refunfuñó Pedro.

Durante una tensa conversación, Roberto le había dejado claro que no denunciaría las prácticas del bufete en fondos *offshore* si dejaban de proporcionar ese tipo de inversiones fraudulentas a sus clientes.

Mientras los cuatro hombres de la familia se dirigían hacia la entrada principal de la casa, Roberto y Ágata, que habían salido por la puerta trasera, se acercaron a saludar a los churreros.

Fin y Suso bajaron de la furgoneta y se fundieron en un abrazo con sus amigos... y colegas.

—¡Pero qué guapa está nuestra Gattaca! —Fin le dio la mano y le hizo dar una vuelta sobre sí misma—. El conjunto ya me lo habías enseñado por Skype, pero ese collar es nuevo, ¿no?

Ágata se acarició el collar que le colgaba sobre el pecho. No, no era el legendario collar de esmeraldas que había visto rebotar sobre sus pechos mientras Roberto la embestía por detrás minutos antes. Era una delicada preciosidad hecha de caracolas y conchas nacaradas que él le había regalado antes de salir de la habitación y que le quedaba perfecto con el conjunto color coral.

—Acabado de estrenar; es un regalo de Robbie.

—Y esas mejillas rojas como ababoles también son regalo de Robbie, ¿eh, bandida? —Fin le guiñó el ojo—. No respondas.

A su lado, Roberto hablaba con Suso. Al poco de entrar a trabajar para la policía internacional, Ágata recomendó a sus amigos Fin y Suso como expertos en infiltración informática. Con ellos dos, el equipo de Super Mario se había puesto en cabeza en efectividad. Era el equipo que más casos había resuelto el año anterior, y eso que, en teoría, estaban en rodaje.

Poca gente conocía el destino final de la tiara de las Chicas de Gran Bretaña e Irlanda. La reina de Inglaterra era una de las enteradas, por supuesto. Mario, Roberto y Ágata habían acudido a Buckingham Palace, donde habían informado a su majestad de que su tiara surcaba el espacio en una nave que utilizaba tecnología pionera. Aunque a su graciosa majestad no le había hecho ninguna gracia que el cohete llevara el nombre de Lady Di, se le había pasado un poco el berrinche cuando Mario y su nuevo equipo le ofrecieron el Orlov negro como compensación.

Uno de los sensatos consejeros de la reina le habló de la maldición del diamante negro, pero a la reina Isabel se le habían iluminado los ojos al admirar la joya legendaria en la palma de su mano. Con una sonrisa irónica, le replicó que ella ya había pasado su *annus horribilis* y que ninguna maldición iba a superar aquella racha de mala suerte. Satisfecha, ordenó que guardaran el Orlov en su joyero personal y Mario aprovechó el momento para rogarle que retiraran la denuncia contra Carmen y William Fitzpatrick Bridgewater Cramborough. La reina asintió mirando a su consejero y se retiró.

Carmen y William habían recibido la noticia con lágrimas de agradecimiento y hacía ya más de un año que vivían en Móstoles, donde habían abierto una pequeña academia de inglés.

Suso le estaba mostrando a Roberto fotos de la última campaña publicitaria de Fer.

—Mira tu amigo. —Roberto aprovechó para abrazar a Ágata por la cintura y atraerla hacia sí. Necesitaba tocarla constantemente; cuando no lo hacía, era como si le faltara una parte de su cuerpo.

—¿Dónde está ahora?

—En Santorini —respondió Fin, abanicándose con la mano—. Yo paso de mirar, que me pongo malo.

Fin tenía razón. Fer estaba cada día más tremendo. Aunque había acabado la carrera, su destino profesional dio un vuelco radical cuando una agencia de publicidad en la que se había apuntado para hacer trabajos temporales lo

eligió para formar parte de una campaña *antibrex*. Los anuncios mostraban a jóvenes de países de la Unión Europea que residían en Gran Bretaña para que los partidarios de la salida se dieran cuenta de lo que iban a perderse con ella. A partir de ese momento, había estado empalmando una campaña con otra.

—¿Habéis visto a Mario? —preguntó Ágata.

—¿Alguien me echa de menos? —El agente acababa de dejar el coche en manos de Miguel Ángel y se acercaba con su sonrisa ladeada marca de fábrica.

—¡Mario! —Ágata le echó los brazos al cuello y apretó con fuerza. Él le dio un abrazo de oso mientras le guiñaba el ojo a Roberto, que lo estaba cortando en pedacitos con la mirada—. Todos te echábamos de menos.

—Apuesto a que tu chico no. —Le dio un beso en la mejilla antes de soltarla.

—¿Se sabe algo? —le susurró ella.

Mario negó con la cabeza. Hacía semanas que ninguno de ellos tenía noticias de Rasputín. La repentina desaparición de su padre le había afectado mucho. Había estado preparándose para su muerte, pero de un instante para otro Onyx se había desvanecido ante sus ojos y no había podido despedirse de él.

Por si eso fuera poco, cuando el cohete fue detectado por los observatorios astronómicos de todo el mundo, los gobiernos que habían rechazado el proyecto de Onyx empezaron a perseguir a su hijo en busca de los planos.

Rasputín, harto y muy cabreado porque todos esos gobiernos no hubieran dado a su padre el reconocimiento que se merecía, desapareció del mapa. Mario y su equipo habían tratado de localizarlo. Ágata le escribía y le enviaba mensajes de voz cada semana, poniéndolo al día de todo y animándolo a unirse a ellos, pero él seguía sin dar señales de vida.

Mario miró a su alrededor, separó los brazos y sonrió.

—Mi equipo al completo y al aire libre, ¡esto merece un brindis!

Ágata llamó con el brazo a uno de los camareros que servían cócteles de

bienvenida a los invitados junto a la piscina. Mientras llegaba, Mario admiró la furgoneta tuneada, desde donde Fin y Suso realizaban escuchas cuando el caso lo requería.

Fingiéndose estar interesado en el equipamiento, Mario, Fin y Roberto subieron a la *foodtruck*-churrería y, una vez dentro, Robbie le entregó a su jefe el collar de esmeraldas. Aunque había parado en Toledo para comprar una anguila y así recordarle a Ágata su aventura en el Támesis y la gran noria que se refleja en sus aguas, a Mario se lo entregó en una bolsa de cierre hermético que él guardó en el bolsillo interior de su americana.

Ágata se hizo con cócteles para todos y los dejó en la barra de la *foodtruck*, junto a los churros.

—¡Por Robbie! —Alzó la copa.

—Por un nuevo caso resuelto —replicó éste.

—Por muchos éxitos más. —Mario alzó la suya.

—Porque pueda quitarme de una vez este espantoso delantal —protestó Fin, haciéndolos reír.

—¡Por la vida! —exclamó Suso.

—¡Por la vida! —Todos bebieron.

* * *

Una hora más tarde, la ceremonia de la boda estaba a punto de terminar. El cura declaró a los novios marido y mujer, y Rubén besó a su esposa con entusiasmo, ya que la pareja había pasado los últimos días separada para, en palabras de Cristina, pillarse con más ganas.

En la puerta de la ermita del cigarral, junto a un gran olivo y dos altos cipreses, los invitados recibieron a la pareja bajo una lluvia de pétalos de color blanco y rosa palo.

La cena tuvo lugar al aire libre y los fotógrafos esperaron a la puesta de sol para sacar las últimas instantáneas del reportaje a la luz inigualable del

atardecer toledano.

Cristina regresó a la fiesta saludando a los invitados. Rubén, a su lado, estrechaba manos y daba palmadas en la espalda.

—¿Has visto a tu hermana? —le preguntó Roberto a Ágata al oído—. Está radiante.

Ella se volvió hacia él con el ceño fruncido.

—¿Tengo que ponerme celosa, Robbie?

Él le guiñó el ojo.

—¿Por qué no? Me encanta cuando sacas las uñas, Gatita.

El ambiente era alegre y distendido gracias al vino, el champán, los discursos y las risas. Cuando la pequeña orquesta empezó a tocar, Cristina y Rubén abrieron el baile con una coreografía que llevaban meses preparando en los ratos en que el pequeño Miguel dormía.

Ágata bailó con su padre, con Rubén, con Fin, con Suso... Cuando Roberto sacó a bailar a Cristina, los murmullos de los invitados no se hicieron esperar.

—Enhorabuena, cuñada —la felicitó él con una sonrisa sincera—. Una boda preciosa.

—Gracias, cuñado. —Cristina estaba radiante, y no sólo por la atención de los reporteros. La maternidad le había sentado muy bien—. Me alegro de que al final mi padre no se saliera con la suya.

Él rio por la nariz y la pegó más a su cuerpo.

—¿Tantas ganas tenías de librarte de mí?

—Las mismas que tú de mí. —La novia se apartó un poco para mirarlo a la cara—. ¿Habrías llegado hasta el final, Roberto? ¿Te habrías casado conmigo?

Él no dudó. Hacía tiempo que había dado respuesta a esa pregunta.

—No. Ni siquiera si Ágata hubiera encontrado a otro hombre mejor que yo y se hubiera quedado con él. Mis diferencias con tu padre habrían acabado estallando. Uno puede actuar en contra de su conciencia durante un tiempo, pero cuanto más la reprimimos, con más fuerza acaba saltando por los aires.

—Como un tapón de champán —comentó Cristina feliz.

Él le hizo cosquillas en la cintura, haciéndola reír, y siguieron bailando, acunados por esa sensación de paz que es la recompensa que uno obtiene cuando se enfrenta a sus miedos.

Cuando la canción acabó, Roberto se acercó al cantante y le pidió que interpretaran *Fly Me to the Moon*.

Cuando Ágata oyó las primeras notas, contuvo el aliento y lo buscó con la mirada. Él la estaba esperando apoyado en una de las columnas del porche, con los brazos cruzados y los ojos brillantes.

Ella caminó hasta él y le sujetó el cuello con una sola mano mientras con la otra jugueteaba con su pecho.

Roberto la hizo caminar de espaldas, al ritmo de la música, hasta llegar al centro de la pista de baile. Una vez allí, la pegó a su cuerpo con un brazo mientras con el otro le acariciaba el pelo. La mujer que tenía entre sus brazos no era la misma que lo había seducido con su entusiasmo y su inocencia cuatro años atrás, el día de su puesta de largo. Tampoco se parecía a la joven decidida y emprendedora que lo había deslumbrado durante la boda de Inés, dos años antes. Ésta era una Ágata segura de sí misma, que sabía lo que quería y, sobre todo, sabía cómo conseguirlo. Por mucho que Mario se pavoneara afirmando que era el jefe del equipo siempre que tenía ocasión, Roberto tenía muy claro que si el equipo funcionaba como lo hacía era gracias a Ágata, que los amalgamaba a todos con el calor de su gran corazón.

Cuando Roberto la atrajo un poco más hacia sí para que notara el efecto que le causaba su cercanía, ella sonrió y se pegó a su pecho, disfrutando de la paz que siempre encontraba allí.

—¿No vas a llevarme a tu algarrobo esta noche, Gatita? —le susurró él al oído, haciéndola estremecer.

Ágata sonrió al recordar la noche en que, sentada en la rama del árbol, dio sus primeros pasos por el camino de la seducción.

—Sólo si me prometes que tienes malas intenciones, Robbie —replicó, bajando las manos hacia sus duras nalgas.

—Las peores —le aseguró él, mordiéndole la oreja y rozándole la sensible zona con la punta de la lengua.

De la mano, bordearon la piscina, pasaron por debajo de los arcos de cipreses y recorrieron el cigarral bajo el cielo estrellado de Toledo, un cielo que, aunque no podía compararse con la pureza del desierto de Baikonur, seguía siendo un espectáculo.

—¿No querías regalarme un diamante, Robbie?

—¿En un anillo? Ya sabes que sí. ¿Vamos a Tiffany? Si salimos ahora, podríamos llegar allí...

Ágata se echó a reír.

—Ya tengo mi anillo de Tiffany —le mostró el dedo orgullosa—. Pero si quieres regalarme diamantes, Robbie, el cielo está lleno de ellos.

Él alzó la vista y tuvo que darle la razón. No había taller de diamantes en Ámsterdam ni en el mundo entero que pudiera compararse con el joyero divino. Los humanos tallamos diminutos trocitos de estrella tratando de alcanzar la eternidad al lado de la persona que hace latir nuestro corazón, pero no hacen falta grandes tiendas en lujosas avenidas para lograrlo.

La abrazó y, con los labios a un milímetro de su boca, susurró:

—Tuyas, Ágata. Todas las estrellas son tuyas.

Ella sonrió y él se bebió su sonrisa, más embriagadora que el champán más caro.

Fundidos sus cuerpos, sus bocas y sus corazones, tardaron unos segundos en darse cuenta de que alguien les estaba aplaudiendo. Sobresaltados, se separaron.

—¡Bravo, bravo y bravo! Fundimos a negro y tenemos un final de película.

—¡Rasputín! —Ágata le reconoció la voz al instante, pero entornó los ojos tratando de distinguir la figura que se ocultaba entre las tinieblas.

—Está ahí —le indicó Roberto, acercándose al algarrobo—, en tu rama.

—¿En mi rama? —Ella frunció el ceño. No le gustaba que invadieran su intimidad—. ¿Casualidad, Mijaíl?

Él se echó a reír.

—La casualidad no existe, dulce Ágata. —El hijo de Onyx iba vestido totalmente de negro, con traje, camisa y capa del mismo color. Estar situado un par de metros por encima de sus cabezas le daba un aire sobrehumano, de superhéroe—. Llevo unas semanas disfrutando de tu preciosa ciudad.

—¿Por qué no has dicho nada? Mario está en la fiesta; tiene ganas de verte. Mijaíl se echó a reír.

—No lo dudo. Y más ganas va a tener dentro de poco.

A Roberto se le dispararon las alarmas y aferró a Ágata con fuerza por la cintura.

—¿Qué haces aquí, Rasputín? No se te ocurra hacer desaparecer a nadie más —le advirtió apretando los dientes.

—Tranquilo, Roberto. Te recuerdo que ya no necesito financiar las locuras de mi querido padre, en el cielo esté. —Lanzó un saludo al aire y, tras saltar al suelo con la agilidad de un vampiro, quedó plantado ante la pareja. Incluso Ágata, que se echaba al cuello de todo el mundo, se arrebujó contra Roberto, notando que la oscuridad había crecido en él desde la última vez que se habían visto—. Ahora todos los países quieren apoderarse del motor de energía limpia de mi padre, pero él ya no está aquí y a mí no me interesa.

Ágata quiso echarle en cara que no colaborara en la lucha contra la contaminación del planeta, pero la mirada de Rasputín no era la de una persona razonable. Sus ojos brillaban con un toque de locura.

—Entonces ¿has venido a saludar a tus viejos amigos? —le preguntó para romper la tensión.

Él alzó un dedo enguantado y le rozó la mejilla, haciendo que Roberto apretara el puño a su lado.

—He estado admirando el inigualable patrimonio de la ciudad de las tres culturas. Y he conocido a personas... muy interesantes.

—¿De Toledo? Tal vez yo también las conozca.

Rasputín le sonrió como se sonríe a un niño pequeño.

—No lo creo. Son personas... muy influyentes. Y, no, no son de Toledo, son ciudadanos del mundo. Personas con mucho tiempo libre y fondos casi ilimitados que han formado una organización secreta y me han invitado a unirme a ellos.

Ágata ladeó la cabeza.

—¿Sois una ONG?

La sonrisa de Rasputín resplandeció en la noche.

—Eres tan adorable, Ágata... —Alzó un brazo en un gesto teatral—. Tu alma brilla más que cualquier estrella. No, no somos una ONG, pero hemos encontrado nuestro objetivo en la vida. El mundo está lleno de objetos históricos de valor incalculable, objetos de cuando el mundo era liderado por hombres sabios que estudiaban las estrellas y entendían los mensajes de Dios.

Roberto y Ágata intercambiaron una rápida mirada.

—¿Estás bien, Mijaíl? —le preguntó Roberto.

Él se echó a reír con ganas.

—Mejor que nunca. Que en el mundo haya cosas que tu mente mediocre no pueda entender no significa que yo no esté bien.

—¡Eh! ¿A quién llamas tú *mediocre*? —lo defendió Ágata.

—Y ¿qué significa, pues? —replicó Roberto—. Ilumínanos con tu sabiduría, oh, gran Rasputín.

—Significa que las cosas están cambiando. Es inmoral que las cárceles estén llenas de pobres desgraciados, cuando los mayores ladrones de la historia han sido los propios Estados. —Echó a andar, dando vueltas alrededor de la pareja—. Los frisos del Partenón deberían estar en Atenas, no en el Museo Británico. Y, sobre todo, todos los elementos místicos deberían regresar a su lugar de origen. Los templos, oráculos, monasterios, basílicas..., todo está construido en un sitio determinado por algo. Un obelisco era la representación de los rayos del dios Ra. Si lo sacas de su templo y lo colocas en Londres o en Madrid..., entre otras cosas, ¡estás cometiendo un sacrilegio! Cuando alteras los elementos colocados por arquitectos y sumos sacerdotes,

se alteran los flujos de energía y se provocan guerras y catástrofes naturales. No es tan difícil de entender, ¿no?

Ágata carraspeó.

—Pues no, visto así, tienes toda la razón.

Roberto la aplaudió mentalmente por no llevarle la contraria. Rasputín diría lo que quisiera, pero no estaba bien. Ya fuera por la imposibilidad de haber hecho duelo por su padre, ya por la misma alteración mental que había llevado a Onyx a acabar sus días viajando por el espacio, pero lo suyo no era ni medio normal.

—Entonces... ¿has venido a llevarte el templo de Debod de Madrid? — Roberto ladeó la cabeza—. Eso es más complicado que llevarse a Cristina.

—No, hemos venido a buscar algo mucho más valioso.

Por instinto, Roberto aferró a Ágata con tanta fuerza que ella protestó.

—¡Ay! Que no habla de mí, bestia. ¡No aprietes tanto!

—Por si acaso —gruñó Roberto.

—Tú, que has nacido aquí, Ágata, habrás oído leyendas sobre la mesa de Salomón...

Ella se quedó boquiabierta.

—Claro, pero tú lo has dicho, son leyendas.

Rasputín echó a andar hacia atrás, perdiéndose en la oscuridad.

—Ya lo veremos —fueron sus últimas palabras. Con dedos ágiles se desabrochó la capa del cuello, la hizo girar tres veces sobre su cabeza, la dejó caer sobre sí mismo y desapareció.

Roberto volvió a gruñir.

—Que poco me gusta que haga eso —refunfuñó.

—Anda, volvamos a la fiesta. Ya vendremos a la rama del algarrobo en otro momento.

—Sí, con un poco más de luz a poder ser. Rasputín me ha dejado el culo torcido.

Ágata se echó a reír, que era justo lo que Roberto pretendía.

Abrazados por la cintura, regresaron junto a los demás. Al acercarse, oyeron voces.

—¿Ése no es...? —preguntó Roberto.

—Es mi padre.

—Cómo me alegro de que ya no sea mi jefe. Ya sé que es tu padre, pero ese hombre, cuando se cabrea, asusta.

Ella le dio un codazo.

—¿Qué dices? Si es él quien te tiene miedo a ti.

—¡Ágata, Roberto! —Suso fue el primero en verlos llegar—. ¿Dónde estabais? Tu padre os buscaba.

Él resopló.

—¿Qué quiere ahora mi querido suegro?

—Verte el culo —respondió Fin, acercándose.

—Fin, si quieres verle el culo a Roberto, no uses a mi padre como excusa —protestó Ágata, pellizcándole la nalga—. Ya sé que este culo debería ser patrimonio nacional, pero...

—No es un truco. —Mario se acercó y defendió al informático—. Es la verdad.

—¿Y para qué quiere mi padre verle el culo a Roberto?

—Quiere vérnoslo a todos. Dice que no nos dejará marchar sin hacer una rueda de reconocimiento de culos.

—¡Mario! —La madre de Ágata se acercó corriendo, seguida de Cristina, Rubén y unos cuantos invitados más—. Mi marido ha ido a buscar la escopeta de caza. Detenlo, por favor.

—Pero ¿qué mosca le ha picado? —quiso saber Roberto.

—Se ha asomado al telescopio en casa —explicó Pablo—. Y ha empezado a despotricar contra Rubén. Cuando lo ha visto salir del baño, he pensado que se le había pasado la tontería, pero ha bebido más de la cuenta y...

Roberto y Ágata se miraron y se ruborizaron al mismo tiempo.

—Roberto no puede participar en esa rueda de reconocimiento —dijo

Ágata con decisión.

Él le dio la razón, negando con la cabeza y frunciendo los labios.

Mario los agarró a cada uno por un hombro y los encaró hacia la salida.

—Largo de aquí; yo me ocupo de Veragua. Ya me lo contaréis en otro momento.

—Sí, tenemos más cosas que contarte. Hemos visto a Rasputín.

Mario alzó las cejas.

—Pues sí, mañana hablamos. Venga, largo, parejita; portaos mal.

La pareja se dirigió a la entrada, pero Ágata se detuvo en seco, regresó hacia el agente, le cogió la cara entre las manos y le dio un suave pico en los labios.

—Todo se arreglará, Mario, ya lo verás. Un día tú también encontrarás el amor de tu vida.

Él le dirigió una sonrisa cargada de ternura y tristeza.

—Claro. —Cuando estuvieron lo bastante lejos para no oírlo, añadió—: Ése es el problema, Gatita. Que lo encontré... y lo perdí.

Regresó con los demás, dispuesto a neutralizar al anfitrión, pero no hizo falta.

Suso y Fin estaban sentados en tumbonas junto a la piscina, bebiendo.

—¿Y la rueda de reconocimiento?

—Se ha anulado —respondió Fin con fastidio—. El padre de Ágata se ha quedado frito en la cama; no hay quien lo mueva.

Mario se sentó a su lado.

—¿No hay una copa para mí?

Fin sacó una botella de tequila que había ocultado tras una planta.

—Sírvete tú mismo.

El agente la aceptó con una sonrisa.

—Me caes bien, Fin.

Suso alzó una ceja.

—Y si te bebes eso a palo seco, pronto te va a caer mucho mejor.

Fin alzó su copa.

—Brindo por eso.

* * *

—¿Cómo puede ser que no haya ni una sola churrería abierta a estas horas en todo Toledo? —refunfuñó Ágata.

—Ya ves; los churreros, que tienen la mala costumbre de dormir. ¿Tienes frío?

Ella negó con la cabeza y se revolvió en el asiento del coche.

—No. ¿Qué hacemos? ¿Crees que es seguro volver a casa?

Roberto pasó de largo el desvío y entró en la carretera que conducía al norte.

—¡Eh, que mi casa es por allí!

Él le plantó la mano sobre el muslo y lo apretó con suavidad.

—Ya los verás mañana. Esta noche te quiero sólo para mí.

Ágata lo miró de reojo. Robbie, la noche estrellada, la carretera desierta, la vida por delante. No era mal plan.

Se arrebujo a su lado, apoyó la cabeza en su hombro, y viajaron unos minutos en un agradable silencio.

—¿Seguro que no puedo convencerte para ir a Tiffany? —susurró él—. Con este cielo delante, sólo puedo pensar en diamantes.

—Ni hablar. Algunas desayunan con diamantes, yo prefiero unos churritos.

Roberto se echó a reír.

—Más digestivos son, en eso te doy la razón —admitió él acariciándole el muslo.

—Ya te digo. —Ágata posó su mano sobre la de él y apretó—. Y están más ricos.

—Pues ponte cómoda, vamos a desayunar a Madrid.

En vez de ponerse cómoda, ella se estiró todo lo que pudo para besarlo en

la mejilla y siguió bajando por su cuello hasta que él gruñó y le apretó más el muslo.

—Para, Gatita, o doy media vuelta aquí mismo y te llevo debajo del puente de Alcántara.

Ella sintió un cosquilleo en el vientre.

—¿Echas de menos las famosas auroras boreales toledanas? —Ágata contraatacó plantándole la mano en el muslo y ascendiendo muy despacio hasta alcanzar su objetivo.

Al llegar a un desvío en la carretera, Roberto dio un volantazo, avanzó unos metros y dio media vuelta. Antes de reincorporarse a la carretera, la agarró por la nuca y la besó apasionadamente, en un avance de lo que estaba por llegar.

—Tú lo has querido —susurró con los ojos brillantes y la boca pegada a la suya.

Ágata suspiró y se arrebujó contra su costado como una gatita mimosa mientras él la abrazaba por los hombros. Ella siguió acariciándole el muslo arriba y abajo. El calor que se extendía por su brazo pronto le alcanzó el corazón y, desde ahí, se extendió hasta el último rincón de su cuerpo. Su corazón se había convertido en un alto horno. El amor que sentía por Roberto había empezado siendo como un trozo de carbón oscuro y discreto que le había mantenido el corazón caliente mientras estaban separados. Pero, sometido a las presiones de la vida, ese carbón se había compactado, haciéndose más y más fuerte, y había acabado convertido en el diamante más puro.

Él la atrajo hacia sí, apretando el abrazo y diciéndole sin palabras que su amor por ella brillaba con la misma intensidad.

Eran ricos y lo sabían. Habían tenido en sus manos los diamantes más cotizados y las joyas más legendarias. Pero ni la piedra más preciosa tiene el poder de calentar el corazón.

Sólo el amor puede hacerlo.

Y el amor, como los tesoros más valiosos, no se mide en quilates.

Referencias a las canciones

Girl, You'll Be a Woman Soon, Bang Records, interpretada por Neil Diamond.

Fly Me to the Moon, One Media Publishing, interpretada por Frank Sinatra.

Diamonds, The Island Def Jam Music Group, interpretada por Rihanna.

Copa do mundo, RP Music, interpretada por Vinicius de Moraes, Maria Creuza y Toquinho.

Candle in the Wind, Mercury Records Limited, interpretada por Elton John.

Biografía



Lara Smirnov es una autora empeñada en alegrarles el día a sus lectoras. Le gusta hacerlas viajar por escenarios exóticos, despertarles una sonrisa y provocarles un agradable calorcillo en el corazón o en otras partes del cuerpo. Si lo logra y las lectoras se lo cuentan por las redes sociales, la hacen muy feliz.

Además de *El Golfo de Cádiz y la Estrecha de Gibraltar* y *Quiero una boda a lo Mamma Mia*, en el sello digital Zafiro ha publicado *Golfeando*, *Allegra ma non troppo*, *Las manos quietas, que van al pan*, *Si la vida te da limones, haz culebrones* y

Demasiados bombones para el embajador.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<<https://www.facebook.com/LaraSmirnovAutora>>,

<https://twitter.com/lara_smirnov>,

<<https://www.instagram.com/larasmirov>>.

Algunas desayunan con diamantes, yo prefiero unos churritos
Lara Smirnov

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Bochan / Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Lara Smirnov, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2019

ISBN: 978-84-08-21330-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!




LARA SMIRNOV

Algunas
desayunan con
diamantes.

yo prefiero unos

churritos 

 esencia